

# Hermanos Grimm

## Cuentos escogidos



**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE  
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **CUENTOS ESCOGIDOS**

**HERMANOS GRIMM**

**PUBLICADO: 1879  
FUENTE: [HTTP://ES.WIKISOURCE.ORG](http://ES.WIKISOURCE.ORG)**

## **LAS TRES HILANDERAS**

Allá en aquellos tiempos había una joven muy perezosa que no quería hilar. Su madre se incomodaba mucho; pero no podía hacerla trabajar. Un día perdió la paciencia de manera que llegó a pegarla, y su hija se puso a llorar a gritos. En aquel momento pasaba por allí la Reina, y oyendo los sollozos, mandó detener su coche y entró en la casa preguntando a la madre por qué pegaba a su hija con tanta crueldad, que se oían en la calle los lamentos de la niña. La mujer, avergonzada, no quiso contarla la pereza de su hija, y la dijo:

-No puedo hacerla que suelte el huso ni un solo instante, quiere estar hilando siempre, y yo soy tan pobre que no puedo darla el lino que necesita.

-Nada me gusta tanto como la rueca -la respondió la Reina-; el ruido del huso me encanta, dejadme llevar a vuestra hija a mi palacio, yo tengo lino suficiente e hilará todo lo que quiera. La madre consistió en ello con el mayor placer, y la Reina se llevó a la joven.

En cuanto llegaron a palacio la condujo a tres cuartos que estaban llenos de arriba abajo de un lino muy hermoso.

-Hírame todo ese lino -la dijo-, y cuando esté concluido, te casaré con mi hijo mayor. No te dé cuidado de que seas pobre; tu amor al trabajo es un dote suficiente.

La joven no contestó; pero se hallaba en su interior consternada, pues aunque hubiera trabajado trescientos años, sin dejarlo desde por la mañana hasta por la noche, no hubiera podido hilar aquellos enormes montones de estopa. Así que se quedó sola, echó a llorar, permaneció así tres días sin trabajar nada. Al tercero, vino a visitarla la Reina y se admiró de ver que no había hecho nada; pero la joven se excusó, alegando su disgusto por verse separada de su madre. La Reina aparentó quedar satisfecha con esta excusa, pero la dijo al marcharse:

-Bien, pero mañana es necesario empezar a trabajar.

Cuando se quedó sola la joven, no sabiendo qué hacerse, se puso a la ventana. Estando allí vio venir tres mujeres, la primera de las cuales tenía un pie muy ancho y muy largo, la segunda un labio inferior tan grande y caído que la pasaba y cubría por debajo de la barba, y la tercera el dedo pulgar muy largo y aplastado. Se colocaron delante de la ventana, dirigiendo sus miradas al interior del cuarto, y preguntaron a la joven qué quería. Refiriólas su disgusto y ofrecieron ayudarla.

-Si nos prometes -la dijeron- convidarnos a tu boda, llamarnos primas tuyas, sin avergonzarte de nosotras, y sentarnos a tu mesa, hilaremos tu lino y concluiremos muy pronto.

-Con mucho gusto -las contestó-; entrad y comenzaréis en seguida.

Introdujo a estas tres extrañas mujeres e hizo un sitio en el primer cuarto para colocarlas, poniéndose en seguida a trabajar. La primera hilaba la estopa y hacía dar vueltas a la rueda; la segunda mojaba el hilo; la tercera le torcía y le apoyaba en la mesa con su pulgar y cada vez que pasaba el dedo echaba una madeja del hilo más fino. Siempre que entraba la Reina escondía la joven a sus hilanderas y la enseñaba lo que había hecho, llenándose la Reina de admiración. En cuanto estuvo vacío el primer cuarto pasaron al segundo y después al tercero, concluyendo en muy poco tiempo. Entonces se marcharon las tres jóvenes, diciendo:

-No olvides tu promesa, que no tendrás de qué arrepentirte.

Cuando la joven enseñó a la Reina las piezas vacías y el hilo hilado, se fijó el día de la boda. El Príncipe estaba admirado de tener una mujer tan hábil y trabajadora, y la amaba con ardor.

-Tengo tres primas -le dijo-, que me han hecho mucho bien, y a las que no quiero olvidar en mi felicidad; permitidme convidarlas a mi boda y sentarlas a nuestra mesa.

El Príncipe y la Reina no la pusieron ningún obstáculo. El día de la boda llegaron tres mujeres magníficamente ataviadas, y la novia les dijo:

-Bien venidas seáis, queridas primas.

-¡Oh! -exclamó el Príncipe-, tienes unas parientas bien feas.

Dirigiéndose después a la que tenía el pie ancho:

-¿De qué tienes ese pie tan grande? -la preguntó.

-De hacer dar vueltas a la rueda -le contestó-, de hacer dar vueltas a la rueda.

A la segunda:

-¿De qué tienes ese labio tan caído?

-De haber mojado el hilo, de haber mojado el hilo.

Y a la tercera:

-¿De qué tienes ese dedo tan largo?

-De haber torcido el hilo, de haber torcido el hilo.

El Príncipe, asustado al ver aquello, juró que desde allí en adelante no volvería su esposa a tocar la rueca, librándola así de esta odiosa ocupación.

## **EL HIJO INGRATO**

Un día estaba un hombre sentado con su mujer a la puerta de su casa, y se hallaban comiendo con mucho gusto un pollo, el primero que les habían dado aquel año las gallinas. El hombre vio venir a lo lejos a su anciano padre y se apresuró a ocultar el plato para no tener que darle, de modo que sólo bebió un trago y se volvió en seguida.

En aquel momento fue el hijo a buscar el plato para ponerle en la mesa, pero el pollo asado se había convertido en un sapo muy grande que saltó a su rostro, al que se adhirió para siempre. Cuando se intentaba quitarle de allí, el horrible monstruo lanzaba a las gentes miradas venenosas como si fuera a tirarse a ellas, así es que nadie se atrevía a acercarse. El hijo ingrato quedó condenado a sustentarle, pues, si no, le devoraba la cabeza, y así pasó el resto de sus días vagando miserablemente por la tierra.

## JUAN EL FIEL

Había una vez un rey muy viejo que cayó malo. Conociendo que iba a morir, hizo llamar al fiel Juan, que era al que más quería de sus criados, y le llamaban así porque había sido fiel a su amo toda su vida. En cuanto llegó le dijo el rey:

-Mi fiel Juan, conozco que se acerca mi fin: sólo me da cuidado la suerte de mi hijo; es todavía muy joven, y no sabrá siempre dirigirse bien; no moriré tranquilo si no me prometes velar por él, enseñarle todo lo que debe saber, y ser para él un segundo padre.

-Os prometo -respondió Juan- no abandonarle, y servirle lealmente, aunque me cueste la vida.

-Entonces, ya puedo morir en paz -dijo el viejo rey-. Después de mi muerte le enseñarás todo el palacio, todas las cercanías, las salas, los subterráneos con las riquezas en ellos encerradas; pero no le dejes entrar en la última cámara de la galería grande, donde está el retrato de la princesa de la Cúpula de Oro, pues si ve este cuadro, experimentará hacia ella un amor tan increíble que le hará exponerse a los mayores peligros. Procura librarle de esto.

El fiel Juan repitió sus promesas, y tranquilo el viejo rey, inclinó su cabeza en la almohada y expiró.

En cuanto dejaron en la tumba al anciano rey, Juan refirió a su joven sucesor lo que había prometido a su padre en el lecho de muerte.

-Estoy dispuesto a cumplirlo -añadió-, y os seré fiel como lo he sido a vuestro padre, aunque me cueste la vida.

En cuanto pasó el tiempo del luto, dijo Juan al rey:

-Ya podéis conocer vuestra herencia. Voy a enseñaros el palacio de vuestro padre.

Le llevó por todo él, por lo alto y por lo bajo, y le enseñó todas las riquezas que llenaban las magníficas habitaciones, omitiendo sólo el

cuarto en que estaba el peligroso retrato. Había sido colocado de tal manera que, en cuanto se abría la puerta, se le veía en seguida, y estaba tan bien hecho que parecía vivir y respirar y que nada en el mundo era tan hermoso ni tan amable. El joven rey vio desde luego que el fiel Juan pasaba siempre delante de esta puerta sin abrirla, y le preguntó el motivo.

-Es -respondió el otro- porque hay en el cuarto una cosa que os dará miedo.

-Ya he visto todo el palacio -dijo el rey-, quiero saber lo que hay aquí.

Y quería abrir por fuerza.

El fiel Juan le contuvo diciéndole:

-He prometido a vuestro padre, en su lecho de muerte, no dejaros entrar en este cuarto, de lo que podían resultar grandes desgracias para vos y para mí.

-La mayor desgracia -replicó el rey- es que mi curiosidad no quede satisfecha. No descansaré hasta que mis ojos lo hayan visto todo. No salgo de aquí hasta que me hayas abierto.

El fiel Juan, viendo que no había medio de negarse, fue, lleno de tristeza el corazón y suspirando mucho, a buscar la llave entre las demás. En cuanto abrió la puerta, entró el primero, procurando ocultar el retrato con su cuerpo; todo fue inútil: el rey, levantándose sobre la punta de los pies, le vio por encima de sus hombros. Pero al ver aquella imagen de una joven tan hermosa y deslumbrante de oro y de pedrerías, cayó sin conocimiento en el suelo. Levantole el fiel Juan y le llevó a su cama.

-¡El mal está hecho! ¡Dios mío!, ¿qué va a ser de nosotros?

Y le hizo tomar un poco de vino para que recobrase las fuerzas.

La primera palabra del rey, cuando volvió en sí, fue preguntar de quién era aquel hermoso retrato.

-El de la princesa de la Cúpula de Oro -respondió el fiel Juan.

-El amor que me ha hecho concebir es tan grande -dijo el rey- que si todas las hojas de los árboles fueran lenguas, no bastarían para explicarle. Mi vida depende en lo futuro de su posesión. Tú me ayudarás, tú que eres mi fiel criado.

El fiel Juan reflexionó por largo tiempo de qué modo convenía arreglárselas, pues era muy difícil el presentarse delante de los ojos

de la princesa. Por último, imaginó un medio, y dijo al rey:

-Todo lo que rodea a la princesa es de oro; sillas, tazas, copas y muebles de todas clases. Vos tenéis cinco toneladas de oro en vuestro tesoro; hay que dar una a los plateros para que hagan vasos y alhajas de oro de todas hechuras; pájaros, fieras, monstruos de mil formas, en fin, todo lo que debe agradar a la princesa. Nos pondremos en camino con estas joyas y procuraremos probar fortuna.

El rey mandó venir a todos los plateros del país, y trabajaron noche y día hasta que todo estuvo concluido. Entonces lo embarcaron en un navío. Juan el fiel tomó el traje de comerciante y el rey hizo otro tanto para que nadie pudiera conocerle. Después se hicieron a la vela y navegaron hasta la ciudad en que habitaba la princesa de la Cúpula de Oro.

El fiel Juan desembarcó solo y dejó al rey en el navío.

-Quizás -le dijo-, traeré conmigo a la princesa; procurad que todo esté en orden, que se hallen a la vista dos vasos de oro y que el navío esté adornado como para una fiesta.

En seguida llenó su cinturón de muchas alhajas de oro y se fue derecho al palacio del rey.

En cuanto entró, vio en el patio una joven que sacaba agua de una fuente con dos cubos de oro. Cuando se volvía para marcharse, distinguió al extranjero, y le preguntó quién era.

-Soy comerciante -le respondió.

Y abriendo su cinturón, la enseñó sus mercancías.

-¡Qué cosas tan bonitas! -exclamó.

Y poniendo sus cubos en el suelo, se puso a mirar todas las joyas, una tras otra.

-Es preciso -dijo- que vea todo esto la princesa: ella os lo comprará, porque la gustan mucho los objetos de oro. Y cogiéndole por la mano, le hizo subir al palacio, porque era una doncella.

Gustaron tanto los diamantes a la princesa, que dijo a Juan:

-Está tan bien trabajado, que te lo compro todo.

Mas este la contestó.

-Yo no soy más que el criado de un comerciante muy rico; todo lo que veis aquí no es nada en comparación de lo que mi amo tiene en su navío: en él veréis las más preciosas y hermosas obras de oro.

Quería que se las trajesen, pero Juan dijo a la princesa:

-Hay muchas: se necesitaría mucho tiempo y mucho espacio; vuestro palacio no sería suficiente.

Excitose más con esto su curiosidad, y exclamó por último:

-Pues bien, conducidme a ese navío, quiero yo misma ver los tesoros de tu amo.

El fiel Juan la acompañó muy alegre al navío; y al verla el rey le pareció más hermosa todavía que su retrato; el corazón le saltaba de alegría; cuando subió a bordo la ofreció el rey la mano; durante este tiempo el fiel Juan, que se había quedado detrás, mandó al capitán levar el ancla y largarse a toda vela. El rey bajó con ella a la cámara y la enseñó una a una todas las piezas de la vajilla de oro, los platos, las copas y los pájaros, las fieras y los monstruos. Pasaron así muchas horas y mientras estaba ocupada en examinarlo todo, no conoció que el navío estaba navegando. Cuando hubo concluido dio gracias al pretendido comerciante y se dispuso a volver a su palacio, pero al llegar al puente vio que estaba en alta mar, muy lejos de la tierra, y el navío navegando a todo trapo.

-¡Me han vendido! -exclamó llena de espanto-. ¡Me han robado! ¡Caer en poder de un comerciante! ¡Mejor quisiera morir!

Pero el rey, presentándole la mano, la dijo:

-Yo no soy comerciante, soy un rey, y de tan buena familia como la vuestra. Si os he robado con una astucia, no lo atribuyáis más que a la violencia de mi amor. Es tan grande, que cuando he visto vuestro retrato por primera vez, he caído sin conocimiento al suelo.

Estas palabras consolaron a la princesa, se conmovió su corazón y consintió en casarse con el rey.

Mientras navegaban en alta mar, el fiel Juan, estando un día sentado en la popa del navío, distinguió en el aire tres cornejas que vinieron a colocarse delante de él. Escuchó lo que decían entre sí, pues comprendía su lenguaje.

-¿Conque se lleva ya a la princesa de la Cúpula de Oro? -decía la primera.

-Sí -respondió la segunda-, pero no es suya todavía.

-Cómo -dijo la tercera-, ¿pues no está sentada a su lado?

-¿Qué importa? -repuso la primera-; cuando desembarquen presentarán al rey un caballo alazán, él querrá montarle; pero si lo hace, el caballo se lanzará a los aires con él y no volverán a tener noticias suyas.

-¿Pero se puede evitar eso? -dijo la segunda.

-Sí -contestó la primera-, siempre que otra persona se lance sobre el caballo, y cogiendo una de las pistolas que lleva en la silla le deje muerto en el acto. Así se libraré el rey. Pero ¿quién puede saber esto? Además de que el que lo sepa y lo diga será convertido en piedra desde los pies hasta las rodillas.

La segunda corneja dijo a su vez.

-Yo sé algo más todavía; aun suponiendo que muera el caballo, el joven rey no por eso poseerá a su prometida. Cuando entren juntos en palacio, le presentarán al rey en una bandeja una magnífica camisa de boda que parecerá tejida de oro y de plata, pero que no es en realidad más que de pez y azufre; si el rey se la pone se quemará hasta la médula de los huesos.

-¿No hay ningún recurso para evitarlo? -dijo la tercera.

-Hay uno -respondió la segunda-. Es preciso que una persona, provista de guantes, coja la camisa y la eche al fuego. Quemada la camisa se salvará el rey. Pero ¿de qué sirve esto, si el que lo sepa y lo diga se convertirá en piedra desde las rodillas hasta el corazón?

La tercera corneja añadió:

-Yo sé algo más todavía; aun en el caso de que quemen la camisa, no poseerá el rey a su prometida. Si hay baile en la boda y baila en él la reina, se desmayará de repente y caerá como muerta, y lo quedará en realidad si no hay alguien que la levante en seguida y la chupe tres gotas de sangre que la saldrán en el hombro derecho, las que escupirá en seguida. Pero el que lo sepa y lo diga será convertido en piedra desde la cabeza hasta los pies.

Después de esta conversación echaron a volar las cornejas. El fiel Juan que las había oído, comenzó desde entonces a ponerse triste y silencioso. Callar era exponer al rey a una desgracia, pero hablar era buscar su propia perdición. Al fin se dijo:

-Salvaré a mi señor, aunque me cueste la vida.

Al desembarcar sucedió todo lo que había dicho la corneja. Presentaron al rey un magnífico caballo alazán.

-Voy a montar en él -dijo- para ir a palacio.

E iba a meter el pie en el estribo, cuando, pasando por delante de él el fiel Juan saltó encima, sacó la pistola de la silla y tendió al caballo muerto.

Los otros criados del rey, que no amaban mucho al fiel Juan, dijeron que era preciso ser loco para matar un animal tan hermoso y que iba a montar el rey. Pero el rey les dijo:

-Callad, y dejadle obrar; su lealtad es a toda prueba, y habrá tenido sus razones para hacerlo así.

Llegaron a palacio y en la primera sala hallaron colocada en un azafate la camisa de boda, que parecía ser de oro y de plata.

Iba el príncipe a tocarla pero el fiel Juan le desvió, y cogiéndola con guantes la arrojó al fuego, que la consumió en el mismo instante. Los demás criados se pusieron a murmurar.

-¡Qué atrevimiento! -dijeron-. ¡Ha quemado la camisa de boda del rey!

Pero el joven rey insistió todavía.

-Sin duda tiene sus razones; dejadle obrar, pues su lealtad es a toda prueba.

Celebráronse las bodas. Hubo un gran baile, y la novia comenzó a bailar. Desde aquel momento el fiel Juan no la perdió de vista. De repente sintió como debilidad, y cayó muerta en el suelo. Arroja sobre ella en seguida, la levantó y la llevó a su cuarto; y allí, echándola en la cama, se inclinó sobre ella y la chupó tres gotas de sangre del hombro derecho, que escupió en seguida. En el mismo instante volvió a respirar y recobró el conocimiento; pero el joven rey que lo había visto todo y que no comprendía la conducta de Juan, acabó por incomodarse y le mandó prender.

Juan el fiel fue al día siguiente condenado a muerte y conducido al cadalso. Estando subido ya en la escalera, dijo así:

-Todo hombre que va a morir puede hablar antes de su fin. ¿Se me da permiso para ello?

-Te lo concedo -dijo el rey.

Entonces refirió cómo había oído en el mar la conversación de las cornejas, y cómo todo lo que había hecho era necesario para salvar a su amo.

-¡Oh, mi fiel Juan! -exclamó el rey-; te perdono, hacedle bajar.

Pero a la última palabra que había pronunciado Juan el fiel, cayó sin vida, convertido en piedra.

La reina y el rey lo sintieron mucho.

-¡Ay! -decía el rey-, tanta abnegación ha sido muy mal recompensada.

Hizo llevar la estatua de piedra a su alcoba, cerca de su lecho, y siempre que la veía, repetía llorando:

-¡Ah, mi fiel Juan, quién pudiera volverte la vida!

Al cabo de algún tiempo, la reina dio a luz dos hijos gemelos que crio felizmente y que fueron la alegría de sus padres.

Un día en que la reina estaba en la iglesia; y los dos niños jugaban en el cuarto con su padre, se dirigieron sus ojos a la estatua y no pudo dejar de repetir todavía, suspirando:

-¡Ay, mi fiel Juan, por qué no he de poder salvarte la vida!

Pero la estatua, tomando la palabra, le dijo:

-Puedes si quieres, sacrificando lo que tienes más querido.

-Todo cuanto tengo en el mundo -exclamó el rey-, lo sacrificaré por ti.

-Pues bien -dijo la estatua-; para que recobre la vida tienes que cortar la cabeza a tus dos hijos y frotarme de arriba a abajo con su sangre.

El rey palideció al oír esta terrible condición, pero pensando en la abnegación de este fiel criado que había dado su vida por él, sacó su espada y con su propia mano cortó la cabeza de sus hijos y frotó la piedra con su sangre. La estatua se reanimó en el mismo instante, y Juan el fiel se presentó delante de él vivo y sano. Pero entonces dijo al rey:

-Todo sacrificio por mí tendrá su recompensa.

Y tomando las cabezas de los niños las colocó sobre sus hombros y frotó sus heridas con su sangre: en el mismo momento volvieron a la vida y se pusieron a saltar y a jugar, como si no hubiera sucedido nada.

El rey estaba lleno de alegría. Cuando supo que había vuelto la reina, hizo ocultarse a Juan y a sus hijos en un armario grande. En cuanto entró la preguntó:

-¿Has rezado en la iglesia?

-Sí -le contestó-, he pensado constantemente en el fiel Juan, tan desgraciado por causa nuestra.

-Querida mujer -la dijo-, podemos volverle la vida, pero nos costará la de nuestros hijos.

La reina palideció y se oprimió su corazón; respondió sin embargo:

-Le debemos ese sacrificio a causa de su abnegación.

El rey contento de ver que había pensado como él, fue a abrir el armario, e hizo salir al fiel Juan y a los dos niños.

-Gracias a Dios -añadió- le hemos salvado y tenemos nuestros hijos.

Y refirió a la reina lo que había pasado, y vivieron todos juntos muchos años.

## EL JUDÍO EN LAS ESPINAS

Un hombre rico tenía un criado que le servía con la mayor fidelidad: era el primero que se levantaba por la mañana, y el último que se acostaba por la noche. Cuando había alguna cosa difícil que hacer de que huían los otros, se ponía siempre a ejecutarla sin vacilar; nunca se quejaba y siempre estaba contento y alegre. Al espirar el plazo de su ajuste, no le pagó su amo. Con esta astuta conducta, pensaba para sí, ahorro mi dinero, y no pudiendo marcharse mi criado, queda a mi servicio.

El criado no reclamó; el segundo año pasó como el primero, tampoco recibió su salario, pero no dijo nada y continuó con su amo.

Al terminar el tercer año, el amo acabó por acordarse; llevó la mano a su bolsillo pero no sacó nada. El criado se decidió por último a decirle:

-Señor, os he servido fielmente, durante tres años; sed bastante bueno para darme lo que en justicia me pertenece; quiero marcharme a ver el mundo.

-Sí, amigo mío, sí, le respondió su avaro amo; sí, tú me has servido bien y te se pagará bien.

En seguida sacó tres ochavos de su bolsillo y se los dio uno a uno:

-Te doy un ochavo por cada año. Esto hace una fuerte suma; en ninguna parte te hubieran dado un salario tan grande.

El pobre muchacho, que no entendía de monedas, tomó su capital y dijo:

-Ya tengo el bolsillo bien repleto; ¿qué cosa mala puede sucederme en adelante?

Se puso en camino por valles y montes, cantando y saltando con la mayor alegría. Al pasar cerca de un chaparro encontró un hombrecillo que le dijo:

-¿Dónde vas tan alegre? No tienes muchos cuidados, a lo que veo.

-¿Por qué he de estar triste? -respondió el joven, estoy rico y llevo en mi bolsillo el salario de tres años.

-¿A cuánto sube tu tesoro? -le preguntó el hombrecillo.

-A tres ochavos, en buenas monedas y bien contados.

-Escucha -le dijo el enano- yo soy un pobre que está en la última miseria; dame tus tres ochavos; yo no puedo trabajar, pero tú eres joven y ganarás con facilidad el pan.

El joven tenía buen corazón; se compadeció del hombrecillo y le dio sus seis maravedís, diciendo:

-Tómalos, por el amor de Dios; yo puedo muy bien pasarme sin ellos.

Entonces repuso el enano:

-Tienes buen corazón; desea tres cosas, y por cada ochavo que me has dado obtendrás una de ellas.

-¡Ah!, ¡ah! -dijo el joven- ¿entiendes de magia? Pues bien, si es así, quiero que me des, en primer lugar, una cerbatana que no yerre nunca el blanco; en segundo lugar, un violín que obligue a bailar a todos los que le oigan tocar, y por último, quiero que cuando dirija una pregunta a alguno se vea obligado a contestarme.

-Todo lo tienes ya -dijo el enano-; y entreabrió el chaparro, donde se hallaban el violín y la cerbatana, como si los hubiera depositado expresamente, y se los dio al joven añadiendo:

-Cuando pidas alguna cosa, nadie podrá negártela.

-¿Qué puedo desear ya? -se dijo a sí mismo el muchacho; y se volvió a poner en camino.

Un poco más lejos encontró un judío con su larga barba de chivo, que estaba inmóvil escuchando el cántico de un pájaro, colocado en lo alto de un árbol:

-¡Maravilla de Dios! -exclamaba-. ¡Que un animal tan pequeño tenga una voz tan grande! Quisiera cogerle. ¿Pero quién se encargará de ponerle sal debajo de la cola?

-Si no quieres más que eso -dijo el muchacho-, el pájaro estará bien pronto en el suelo; -y apuntó tan bien, que el animal cayó en las espinas que había al pie del árbol.

-Anda, pícaro -dijo al judío-, y coge tu pájaro.

El judío se puso en cuatro pies para entrar en las espinas.

En cuanto estuvo en medio, nuestro buen muchacho, por divertirse un rato, cogió su violín y se puso a tocar. En seguida comenzó el judío a menear los pies y a saltar, y, cuanto más tocaba el violín, con mayor ardor bailaba. Pero las espinas despedazaban los andrajos del judío, le arrancaban la barba y le llenaban el cuerpo de sangre.

-¡Ah! -exclamó-; ¿qué música es esa? Dejad vuestro violín, yo no quiero bailar.

Pero el muchacho continuaba, pensando:

-Tú has desollado a bastante gente, que te desuellen a ti las espinas.

El judío saltaba más alto cada vez, y los pedazos de sus vestidos quedaban colgados en el chaparro.

-¡Desgraciado de mí! -exclamaba-; te daré lo que quieras si dejas de tocar; te daré una bolsa llena de oro.

-Ya que eres tan generoso -dijo el muchacho-, voy a dejar de tocar; pero no dejaré de hacerte cumplida justicia; bailas con la mayor perfección. -A estas palabras tomó su bolsa y continuó su camino.

El judío le vio partir, y cuando le hubo perdido de vista, se puso a gritar con todas sus fuerzas:

-¡Miserable músico, violín de taberna, espera que te coja! Te haré correr de tal modo que gastarás las suelas de tus zapatos. ¡Maldito canalla! ¡Ponte cuatro maravedises en la boca, si quieres valer dos cuartos! -y otras injurias que le dictaba su imaginación.

En cuanto se hubo calmado un poco, y se alivió su corazón, corrió a la ciudad a buscar al juez.

-Señor, apelo a vos; mirad como me han despojado y robado en el camino real. Las piedras del camino habrán tenido compasión de mí: ¡mis vestidos despedazados, mi cuerpo desollado!, ¡mi pobre dinero robado con mi bolsillo!, ¡buenos ducados, a cuál más hermosos! ¡Por amor de Dios, haced prender al culpable!

-¿Es un soldado, -preguntó el juez-, quien te ha puesto así, a sablazos?

-No tenía espada -dijo el judío-, pero llevaba una cerbatana al hombro y un violín al cuello. El malvado es fácil de conocer.

El juez envió sus gentes en persecución del culpable: el guapo mozo había andado de aquí para allí por el camino; no tardaron en encontrarle, y hallaron encima de él el bolsillo lleno de oro. Cuando compareció ante el tribunal:

-Yo no he tocado al judío -dijo-; yo no le he quitado su oro; él me lo ha dado voluntariamente, para que callase mi violín, porque le desagradaba mi música.

-¡Dios me proteja! -exclamó el judío-, coge las mentiras al vuelo como las moscas.

Pero el juez no quiso creerle y dijo:

-He ahí una mala defensa, los judíos no dan su dinero sin más ni más -y condenó al muchacho a la horca, como ladrón en despoblado.

Cuando le conducían a la horca, el judío le gritaba todavía:

-¡Canalla!, perro músico ya vas a pagar lo que mereces.

El muchacho subió tranquilamente la escalera con el verdugo, pero en el último escalón se volvió y dijo al juez:

-Concededme una cosa antes de morir.

-Te la concedo -dijo el juez-, a menos que no pidas la vida.

-No os pido la vida -respondió el joven-; permitidme solamente por última vez tocar un aire en el violín.

El judío dio un grito de dolor:

-Por amor de Dios, no se lo permitáis, no se lo permitáis.

Pero el juez dijo:

-¿Por qué no darle ese último placer?

Además no podía negársela, a causa del don que tenía el muchacho de hacerse conceder todo lo que pidiera.

El judío gritó:

-¡Ah, Dios mío! Atadme, atadme bien.

El buen muchacho cogió su violín, y al primer golpe del arco todo el mundo comenzó a moverse y a menearse; el juez, el escribano, los criados del verdugo, y se cayó la cuerda de las manos del que quería atar al judío. Al segundo golpe, todos comenzaron a saltar y a bailar: el juez y el judío al frente saltaban más altos que los demás. La danza se generalizó por último, bailando todos los espectadores, gordos y flacos, jóvenes y viejos; hasta los perros se levantaban sobre sus patas traseras para bailar también. Cuanto

más tocaba, más saltaban los bailarines: las cabezas chocaban entre sí y la multitud comenzó a gemir tristemente. El juez exclamó perdido el aliento:

-Te concedo el perdón, pero deja de tocar.

El buen muchacho colgó su violín al cuello y bajó la escalera. Se acercó al judío, que estaba en el suelo y procuraba recobrar su aliento.

-Pícaro -le dijo-; confiesa de donde te viene tu oro, o cojo mi violín y vuelvo a empezar.

-¡Lo he robado, lo he robado! -exclamó el judío-. Tú lo habías ganado bien.

De aquí resultó que el juez cogió al judío y le hizo ahorcar como ladrón.

## EL PRÍNCIPE RANA

En aquellos tiempos, cuando se cumplían todavía los deseos, vivía un rey, cuyas hijas eran todas muy hermosas, pero la más pequeña era más hermosa que el mismo sol, que cuando la veía se admiraba de reflejarse en su rostro. Cerca del palacio del rey había un bosque grande y espeso, y en el bosque, bajo un viejo lilo, había una fuente; cuando hacía mucho calor, iba la hija del rey al bosque y se sentaba a la orilla de la fresca fuente; cuando iba a estar mucho tiempo, llevaba una bola de oro, que tiraba a lo alto y la volvía a coger, siendo este su juego favorito.

Pero sucedió una vez que la bola de oro de la hija del rey no cayó en sus manos, cuando la tiró a lo alto, sino que fue a parar al suelo y de allí rodó al agua. La hija del rey la siguió con los ojos, pero la bola desapareció, y la fuente era muy honda, tan honda que no se veía su fondo. Entonces comenzó a llorar, y lloraba cada vez más alto y no podía consolarse. Y cuando se lamentaba así, la dijo una voz:

-¿Qué tienes, hija del rey, que te lamentas de modo que puedes enternecer a una piedra?

Miró entonces a su alrededor, para ver de dónde salía la voz, y vio una rana que sacaba del agua su asquerosa cabeza:

-¡Ah! ¿eres tú, vieja azotacharcos? -la dijo-; lloro por mi bola de oro, que se me ha caído a la fuente.

-Tranquilízate y no llores -la contestó la rana-; yo puedo sacártela, pero ¿qué me das, si te devuelvo tu juguete?

-Lo que quieras, querida rana -la dijo-; mis vestidos, mis perlas y piedras preciosas y hasta la corona dorada que llevo puesta.

La rana contestó:

-Tus vestidos, tus perlas y piedras preciosas y tu corona de oro no me sirven de nada; pero si me prometes amarme y tenerme a tu

lado como amiga y compañera en tus juegos, sentarme contigo a tu mesa, darme de beber en tu vaso de oro, de comer en tu plato y acostarme en tu cama, yo bajaré al fondo de la fuente y te traeré tu bola de oro.

-¡Ah! -la dijo-; te prometo todo lo que quieras, si me devuelves mi bola de oro.

Pero pensó para sí: «¡Cómo charla esa pobre rana! Porque canta en el agua entre sus iguales, se figura que puede ser compañera de los hombres.»

La rana, en cuanto hubo recibido la promesa, hundió su cabeza en el agua, bajó al fondo y un rato después apareció de nuevo, llevando en la boca la bola, que arrojó en la yerba. La hija del rey, llena de alegría en cuanto vio su hermoso juguete, le cogió y se marchó con él saltando.

-¡Espera, espera! -la gritó la rana-. Llévame contigo; yo no puedo correr como tú.

Pero de poco la sirvió gritar lo más alto que pudo, pues la princesa no la hizo caso, corrió hacia su casa y olvidó muy pronto a la pobre rana, que tuvo que quedarse en su fuente.

Al día siguiente, cuando se sentó a la mesa con el rey y los cortesanos, y cuando comía en su plato de oro, oyó subir una cosa, por la escalera de mármol, que cuando llegó arriba, llamó a la puerta y dijo:

-Hija del rey, la más pequeña, ábreme.

Se levantó la princesa y quiso ver quién estaba fuera; pero, en cuanto abrió, vio a la rana en su presencia. Cerró la puerta corriendo, se sentó en seguida a la mesa y se puso muy triste. El rey al ver su tristeza la preguntó:

-Hija mía, ¿qué tienes? ¿hay a la puerta algún gigante y viene a llevarte?

-¡Ah, no! -contestó-; no es ningún gigante, sino una fea rana.

-¿Qué te quiere la rana?

-¡Ay, amado padre! Cuando estaba yo ayer jugando en el bosque, junto a la fuente, se me cayó al agua mi bola de oro. Y como yo lloraba, fue a buscarla la rana, después de haberme exigido promesa de que sería mi compañera; pero nunca creí que pudiera salir del agua. Ahora ha salido ya y quiere entrar.

Entre tanto llamaba por segunda vez diciendo:

-Hija del rey, la más pequeña, ábreme; ¿no sabes lo que me dijiste ayer junto a la fría agua de la fuente? Hija del rey, la más pequeña, ábreme.

Entonces dijo el rey:

-Debes cumplirla lo que la has prometido, ve y ábrela.

Fue y abrió la puerta y entró la rana, yendo siempre junto a sus pies hasta llegar a su silla. Se colocó allí y dijo:

-Ponme encima de ti.

La niña vaciló hasta que lo mandó el rey. Pero cuando la rana estuvo ya en la silla:

-Quiero subir encima de la mesa -y así que la puso allí, dijo:- Ahora acércame tu plato dorado, para que podamos comer juntas.

Hízolo en seguida; pero se vio bien que no lo hacía de buena gana. La rana comió mucho, pero dejaba casi la mitad de cada bocado. Al fin dijo:

-Estoy harta y cansada, llévame a tu cuartito y échame en tu cama y dormiremos juntas.

La hija del rey comenzó a llorar y receló que no podría descansar junto a la fría rana, que quería dormir en su hermoso y limpio lecho. Pero el sapo se incomodó y dijo:

-No debes despreciar al que te ayudó cuando te hallabas en la necesidad.

Entonces la cogió con sus dos dedos, la llevó y la puso en un rincón. Pero en cuanto estuvo en la cama, se acercó la rana arrastrando y la dijo:

-Estoy cansada, quiero dormir tan bien como tú; súbeme, o se lo digo a tu padre.

La princesa se incomodó entonces mucho, la cogió y la tiró contra la pared con todas sus fuerzas.

-Ahora descansarás, rana asquerosa.

Pero cuando cayó al suelo la rana se convirtió en el hijo de un rey con ojos hermosos y amables, que fue desde entonces, por la voluntad de su padre, su querido compañero y esposo y la refirió que había sido encantado por una mala hechicera y que nadie podía sacarle de la fuente más que ella sola y que al día siguiente se marcharían a su país.

Entonces durmieron hasta el otro día y en cuanto salió el sol se metieron en un coche tirado por siete caballos blancos que llevaban plumas blancas en la cabeza y tenían por riendas cadenas de oro; detrás iba el criado del joven rey, que era el fiel Enrique. El fiel Enrique se afligió tanto cuando su señor fue convertido en rana, que se había puesto tres varillas de hierro encima del corazón para que no saltase del dolor y la tristeza. Pero el joven rey debía hacer el viaje en su coche: el fiel Enrique subió después de ambos, se colocó detrás de ellos e iba lleno de alegría por la libertad de su amo. Y cuando hubieron andado un poco del camino oyó el hijo del rey una cosa que sonaba detrás, como si se rompiera algo. Entonces se volvió y dijo:

-¿Enrique, se ha roto el coche?

-No señor, no se rompió,  
es tan solo una varilla  
de las que en mi corazón  
para impedir se saltase  
por la pena y el dolor  
puse, mientras en la fuente  
estabais, cual rana, vos.

Todavía volvió a sonar otra vez y otra vez en el camino y el hijo del rey creía siempre que se rompía el coche, y eran las varillas que saltaban del corazón del fiel Enrique porque su señor era libre y feliz.

## LA REINA DE LAS ABEJAS

Allá en aquellos tiempos hubo un rey que tenía dos hijos, que se fueron en busca de aventuras, lanzándose a todos los excesos de la disipación, por lo que no volvían a su casa paterna. Fue a buscarlos su hermano menor, al que llamaban el Simple, pero cuando los encontró comenzaron a burlarse de él, porque en su sencillez pretendía saber dirigirse en un mundo donde se habían perdido ellos dos, ellos dos que tenían mucho más talento que él.

Habiéndose puesto en camino juntos encontraron un hormiguero. Los dos hermanos mayores querían llenarle de tierra para divertirse viendo la ansiedad de las hormigas que correrían por todas partes cargadas con sus huevos; pero su hermano el Simple les dijo:

-Dejad en paz a esos animales; no consentiré que les hagáis daño.

Poco después encontraron un lago en el que nadaban no sé cuantos patos. Los dos mayores querían coger un par de ellos para mandarlos asar, pero el menor se opuso diciendo:

-Dejad en paz a esos animales; no consentiré que los mate nadie.

Mucho mas allá todavía distinguieron en un árbol una colmena tan llena de miel que corría por el tronco abajo. Los dos mayores querían prender fuego el árbol para ahumar a las abejas y apoderarse de la miel; pero su hermano el Simple los contuvo, diciéndoles:

-Dejad en paz a esos animales; no consentiré que los queméis.

Los tres hermanos llegaron por último a un castillo cuyas caballerizas estaban llenas de caballos convertidos en piedras, y en las que no se veía a nadie. Atravesaron todas las salas y llegaron al fin delante de una puerta cerrada con tres cerraduras. En medio de la puerta había un pequeño postigo por el que se veía una habitación; desde él distinguieron a un hombre de poca estatura y

cabellos grises que estaba sentado delante de una mesa. Llamaron una y dos veces sin que les oyera en la apariencia; a la tercera se levantó, abrió la puerta y se adelantó hacia ellos; después, sin pronunciar ni una palabra, los condujo a una mesa que estaba llena de toda clase de manjares, y en cuanto hubieron comido y bebido, llevó a cada uno a una alcoba diferente.

Por la mañana se presentó el anciano al mayor de los hermanos y mandándole por señas que le siguiera, le condujo delante de una mesa de piedra, en la que estaban escritas las tres pruebas que era necesario hacer para desencantar el castillo. Consistía la primera en buscar en el musgo, en medio de los bosques, las mil perlas de la princesa que estaban allí sembradas; y si el que las buscaba no las había encontrado todas antes de ponerse el sol sería convertido en piedra. El hermano mayor pasó todo el día buscando las perlas; pero, cuando llegó la noche, apenas había encontrado ciento, y fue convertido en piedra como estaba escrito en la mesa. El hermano segundo acometió la aventura al día siguiente, pero no fue más afortunado que su hermano mayor; apenas encontró doscientas perlas y fue convertido en piedra.

Llegó por último su vez al tercero, que era el Simple. Comenzó a buscar las perlas en el musgo; pero como esto era muy difícil y muy largo, se sentó en una piedra y se puso, a llorar. Hallábase en esta situación, cuando el rey de las hormigas a quien había salvado la vida llegó con cinco mil de sus súbditos, y estos pequeños animales no necesitaron más que un instante para encontrar todas las perlas y reunir las en un montón.

La segunda prueba consistía en sacar la llave del dormitorio de la princesa, que estaba en el fondo del lago. Cuando se acercó el joven, los patos, a quienes había salvado, salieron a su encuentro, se sumergieron en el agua y le llevaron la llave.

Pero la tercera prueba era la más difícil; consistía en saber cuál era la más joven y la más hermosa de las tres princesas dormidas. Las tres se parecían completamente y la única cosa que las distinguía era que antes de dormirse la mayor había comido un terrón de azúcar, mientras que la segunda había bebido un sorbo de almíbar, y la tercera había tomado una cucharada de miel. Pero la reina de las abejas, a quien había salvado el joven del fuego, vino

en su socorro; fue a oler la boca de las tres princesas, y se quedó parada en los labios de la que había comido la miel; el príncipe la reconoció así. Entonces se deshizo el encanto, salió el castillo de su sueño mágico, y todos los que se hallaban convertidos en piedra tomaron la forma humana: El supuesto Simple se casó con la más joven y más hermosa de las princesas, y fue rey después de la muerte de su padre. En cuanto a sus dos hermanos, se casaron con las otras dos hermanas.

## HERMANITO Y HERMANITA

Un hermanito tomó a su hermanita de la mano, y la dijo:

-Desde que ha muerto nuestra madre no hemos tenido una hora buena; nuestra madrastra nos pega todos los días, y si nos arrimamos a ella, nos echa a puntillones. Los mendrugos del pan que quedan son nuestro alimento, y al perro que está debajo de la mesa, le trata mucho mejor que a nosotros, pues le echa alguna vez un buen pedazo de pan. Dios tenga piedad de nosotros, ¿si lo supiera nuestra madre? Mira, ¿no será mejor irnos a correr el mundo! ¡Acaso nos vaya mejor!

Caminaron todo el día atravesando campos, prados y sierras, y cuando llovía decía la hermanita:

-Dios llora lo mismo que nuestros corazones.

Por la noche llegaron a un bosque muy espeso, y estaban tan fatigados por el hambre, el cansancio y el disgusto, que se acurrucaron en el hueco de un árbol y se durmieron.

Cuando despertaron al día siguiente, el sol estaba ya en lo alto del cielo y calentaba con sus rayos el interior del árbol.

Entonces dijo el hermanito:

-Tengo sed, hermanita, si supiera dónde hay una fuente, iría a beber. Me parece que he oído sonar una.

Se levantó el hermanito, tomó a su hermanita de la mano y se pusieron a buscar la fuente. Pero su malvada madrastra era hechicera, había visto marcharse a los dos hermanitos, había seguido sus pasos a hurtadillas, como hacen las hechiceras, y había echado yerbas encantadas en todas las fuentes de la selva. En cuanto encontraron una fuente que corría murmurando por entre las piedras, el hermanito quiso beber, pero la hermanita oyó decir a la fuente por lo bajo.

-El que de mi agua bebe, tigre se vuelve; el que de mi agua bebe, tigre se vuelve.

La hermana le dijo:

-Por Dios, hermano, no bebas, pues te volverás tigre y me harías pedazos.

El hermanito no bebió aunque tenía mucha sed, y dijo:

-Esperaré hasta llegar a otra fuente.

Cuando llegaron a la segunda fuente, la oyó decir la hermanita:

-Quien de mi agua bebe, lobo se vuelve; quien de mi agua bebe, lobo se vuelve.

La hermanita le dijo:

-No bebas por Dios, hermanito, pues te volverías lobo y me comerías.

El hermanito no bebió, y dijo:

-Esperaré hasta que lleguemos a la primera fuente, pero entonces beberé aunque digas cuanto quieras, pues estoy seco de sed.

Cuando llegaron a la tercera fuente, la hermanita la oyó murmurar estas palabras:

-El que de mi agua bebe, corzo se vuelve.

La hermanita le dijo:

-¡No bebas por Dios, hermanito, porque te volverías corzo y huirías de mí!

Pero el hermanito se había arrodillado cerca de la fuente y comenzó a beber; apenas tocaron sus labios el agua se convirtió en corzo.

La hermanita echó a llorar sobre su pobre hermano encantado, y el pobre corzo lloraba también sin menearse de su lado.

La niña le dijo por último:

-No tengas cuidado, mi querido corzo, que no me separaré de ti.

Entonces se quitó su liga dorada, e hizo un collar con ella al corzo, después arrancó algunos juncos y tejió con ellos una soguilla, con la que ató al animal y se le llevó metiéndose con él en un bosque. Después de haber andado mucho tiempo, llegaron por último a una casita, donde entró la niña, y habiendo visto que no estaba habitada, dijo:

-Aquí podemos detenernos y quedarnos a vivir.

Entonces buscó musgo para que pudiera descansar el corzo, y todas las mañanas salía, cogía raíces, frutas salvajes y nueces, y cogía también yerbas frescas que comía el corzo en su mano y estaba muy contento y saltaba de alegría delante de ella. Por la noche, cuando la niña estaba ya cansada, y había rezado sus oraciones, reclinaba su cabeza en la espalda del corzo, que la servía de alfombra y se dormía dulcemente, y se hubiese creído feliz con este género de vida, con sólo que su hermano hubiera tenido todavía su forma humana.

Pasaron así algún tiempo en aquel lugar desierto, pero llegó un día en que el rey de aquel país, tuvo una partida de caza en el bosque, que resonaba con las tocatas de las trompas, los ladridos de los perros y los alegres gritos de los cazadores.

El corzo oyó todo aquel ruido y sentía no encontrarse cerca.

-¡Ah!, dijo a su hermanita, déjame ir a la cacería, no puedo resignarme a estar aquí.

Y la suplicó tanto que cedió al fin.

-Mira, le dijo, no dejes de volver a la noche, cerraré las puertas para que no entren esos cazadores, y para que te conozca, dices cuando llames:

-Soy yo, querida hermanita, abre corazoncito mío; si no dices eso, no abriré la puerta.

El corzo se lanzó fuera de la casa, muy contento y alegre de gozar del aire libre.

El rey y sus cazadores vieron al hermoso animal, y corrieron en su persecución sin poderle alcanzar; cuando se creían próximos a cogerle, saltó por encima de una zarza y desapareció. En cuanto comenzó a oscurecer, corrió a la casa, y llamó diciendo:

-Soy yo, querida hermanita, abre corazoncito mío.

Se abrió la puerta, entró en la casa y durmió toda la noche en su blanda cama.

Al día siguiente volvió a comenzar la caza, y cuando oyó el corzo de nuevo el son de las trompas y el ruido de los cazadores, no pudo descansar más, y dijo:

-Hermanita, ábreme, tengo que salir.

La hermanita le abrió la puerta, diciéndole:

-No dejes de venir a la noche y de decir la palabra convenida.

Cuando el rey y los cazadores volvieron a ver al corzo con su collar dorado; echaron todos tras él, pero era demasiado listo y ágil para dejarse coger: los cazadores le habían cercado ya de tal modo a la caída de la tarde, que uno de ellos le hirió ligeramente en el pie, de forma que cojeaba, y a duras penas pudo escaparse. Un cazador se deslizó tras sus huellas hasta llegar a la casita donde le oyó decir:

-Soy yo, querida hermanita, ábreme, corazoncito mío.

Y vio que le abrían la puerta y que cerraban en seguida. El cazador conservó fielmente estas palabras en la memoria, se dirigió a donde estaba el rey y le refirió lo que había visto y oído.

El rey dijo:

-Mañana continuará también la caza.

La hermanita se asustó mucho cuando vio volver al corzo herido, le lavó la sangre de la herida, le aplicó yerbas y le dijo:

-Ve a descansar a la cama, querido corcito, para curarte.

Pero la herida era tan ligera, que al día siguiente el corzo no sentía nada, y cuando volvió a oír en el bosque el sonido de la cacería, dijo:

-No puedo parar aquí, necesito salir, no me cogerán con tanta facilidad.

Su hermanita le dijo llorando:

-Hoy te van a matar, no quiero dejarte salir.

-Me moriré aquí de disgusto, si no me dejas salir, la contestó; cuando oigo la corneta de la caza, me parece que se me van los pies.

La hermanita no pudo menos de ceder, le abrió la puerta llena de tristeza, y el corzo se lanzó al bosque alegre y decidido.

El rey apenas le vio, dijo a los cazadores.

-Perseguidle hasta la noche, pero no le hagáis daño.

En cuanto se puso el sol, dijo el rey al cazador:

-Ven conmigo y enséñame la casa de que me has hablado.

Cuando llegaron a la puerta, llamó y dijo:

-Soy yo, querida hermanita, ábreme, corazoncito mío.

Se abrió la puerta y entró el rey, hallando en su presencia a una joven de lo más hermoso que había visto nunca.

La joven tuvo miedo cuando vio que en vez del corzo, entraba un rey con la corona de oro en la cabeza; pero el rey la miró con dulzura y la presentó la mano, diciéndola:

-¿Quieres venir conmigo a mi palacio y ser mi esposa?

-¡Oh, sí!, contestó la joven, más es preciso que venga conmigo el corzo, no puedo separarme de él.

El rey dijo:

-Permaneceré a tu lado mientras vivas, y no carecerás de nada.

En aquel momento entró el corzo saltando, su hermanita le ató con la cuerda de juncos, tomó la cuerda en la mano, y salió con él de la casa.

El rey llevó a la joven a su palacio, donde se celebró la boda con gran magnificencia, y desde entonces fue S. M. la reina y vivieron juntos mucho tiempo. El corzo estaba muy bien cuidado y saltaba y corría por el jardín del palacio; sin embargo; su malvada madrastra, que había sido la causa de que los dos niños abandonaran la casa paterna, e imaginaba que la hermanita había sido devorada por las fieras del bosque y que su hermanito, convertido en corzo, había sido muerto por los cazadores, cuando supo que eran tan felices, y vivían con tanta prosperidad, se despertaron en su corazón el odio y la envidia, comenzando a agitarle e inquietarle, y se dedicó a buscar con el mayor cuidado un medio para hundir a los dos en la desgracia. Su hija verdadera, que era tan fea como la noche y solo tenía un ojo, la reconvenía diciéndola:

-La ventura de llegar a ser reina es a mí a quien pertenece.

-¡No tengas cuidado, la dijo la vieja, procurando apaciguarla; cuando sea tiempo!, me hallarás pronta a servirte.

En efecto, en cuanto llegó el momento en que la reina dio a luz un hermoso niño, como el rey estaba de caza, la hechicera tomó la forma de una doncella, entró en el cuarto en que se hallaba acostada la reina y la dijo:

-Venid, vuestro baño está cerca, os sentará muy bien, y os dará muchas fuerzas; pronto, antes que se enfríe. Acompañada de su hija, llevó al baño a la reina convaleciente, le dejaron allí, y después salieron, cerrando la puerta. Habían tenido cuidado de encender junto al baño un fuego parecido al del infierno, para que la joven reina se ahogase pronto.

Después de esto, cogió la vieja a su hija, la puso un gorro en la cabeza y la acostó en la cama de la reina; la dio también la forma y las facciones de la reina, pero no pudo ponerle el ojo que había perdido, y para que no lo notase el rey, la mandó estuviera echada del lado de que era tuerta.

Cuando a la caída de la tarde volvió el rey de la caza y supo que le había nacido un hijo, se alegró de todo corazón y quiso ir a la cama de su querida mujer para ver cómo estaba.

Pero la vieja les dijo en seguida:

-No abráis, por Dios, las ventanas; la reina no puede ver la luz todavía; necesita descanso.

El rey se volvió no recelando se hallaba sentada en su lecho una reina fingida.

Pero cuando dieron las doce de la noche y todos dormían, la nodriza que estaba en el cuarto del niño, cerca de su ama, siendo la única que velaba, vio abrirse la puerta y entrar a la verdadera madre. Sacó al niño de la cuna, le tomó en sus brazos y le dio de beber. Después le arregló la almohada, volvió a ponerle en su sitio, y corrió las cortinas. No se olvidó tampoco del corzo, se acercó al rincón, donde descansaba y le pasó la mano por la espalda. Salió después sin decir una sola palabra, y al día siguiente, cuando preguntó la nodriza a los guardias si había entrado alguien en palacio durante la noche, la contestaron:

-No, no hemos visto a nadie.

Volvió muchas noches de la misma manera sin pronunciar una sola palabra; la nodriza la veía siempre, pero no se atrevía a hablarla.

Al cabo de, algún tiempo la madre comenzó a hablar por la noche y dijo:

¿Qué hace mi hijito?

¿Qué hace mi corcito?

Volveré dos veces más,

y ya no vendré jamás.

La nodriza no la contestó, pero apenas había desaparecido, corrió a contárselo al rey, quien dijo:

-¡Dios mío! ¿qué significa esto? Voy a pasar la noche próxima al lado del niño.

En efecto, fue por la noche al cuarto del niño, y hacia las doce, se apareció la madre, y dijo:

¿Qué hace mi hijito?

¿Qué hace mi corcito?

Aun volveré otra vez más,  
y ya no vendré jamás.

Después acarició al niño como hacía siempre, y desapareció. El rey no se atrevió a dirigirla la palabra; pero a la noche siguiente se quedó también en vela. La reina dijo:

¿Qué hace mi hijito?

¿Qué hace mi corcito?

El rey no pudo contenerse más, se lanzó hacia ella y la dijo:

-Tú debes de ser mi querida esposa.

-Sí, le contestó soy tu mujer querida.

Y en el mismo instante recobró la vida por la gracia de Dios, y se puso tan hermosa y fresca como una rosa.

Refirió al rey el crimen que habían cometido con ella la malvada hechicera y su hija, y el rey las mandó comparecer delante de su tribunal, donde fueron condenadas. La hija fue conducida a un bosque, donde la despedazaron las bestias salvajes apenas la vieron y la hechicera fue condenada a la hoguera, pereciendo miserablemente entre las llamas; apenas la hubo consumido el fuego, volvió el corzo a su forma natural, y hermanito y hermanita vivieron felices hasta el fin de sus días.

## **EL POBRE Y EL RICO**

Murió una vez un pobre aldeano que fue a la puerta del Paraíso; al mismo tiempo murió un señor muy rico que subió también al cielo. Llegó San Pedro con sus llaves, abrió la puerta y mandó entrar al señor, pero sin duda no vio al aldeano, pues cerró dejándole fuera y desde allí oyó la alegre recepción que hacían al rico en el cielo con músicas y cánticos. Cuando quedó todo en silencio volvió por fin San Pedro y mandó entrar al pobre. Esperaba éste que a su regreso volverían a continuar los cánticos y músicas, más todo continuó en silencio. Le recibieron con mucha alegría, los ángeles salieron a su encuentro, pero no cantó nadie. Preguntó a San Pedro por qué no había música para él como para el rico, o si era que en el cielo reinaban las mismas diferencias que en la tierra. -No, le contestó el Santo, el mismo aprecio nos merecéis uno que otro, y obtendrás la misma parte que el que acaba de entrar en las delicias del Paraíso; pero mira, pobretones así como tú, llegan aquí a centenares todos los días, mientras que ricos como el que acaban de ver entrar, apenas viene uno de siglo en siglo.

## BLANCANIEVE Y ROJAROSA

Una pobre mujer vivía en una cabaña en medio del campo; en un huerto situado delante de la puerta, había dos rosales, uno de los cuales daba rosas blancas y el otro rosas encarnadas. La viuda tenía dos hijas que se parecían a los dos rosales, la una se llamaba Blancanieve y la otra Rojarosa. Eran las dos niñas lo mas bueno, obediente y trabajador que se había visto nunca en el mundo, pero Blancanieve tenía un carácter más tranquilo y bondadoso; a Rojarosa la gustaba mucho más correr por los prados y los campos en busca de flores y de mariposas. Blancanieve, se quedaba en su casa con su madre, la ayudaba en los trabajos domésticos y la leía algún libro cuando habían acabado su tarea. Las dos hermanas se amaban tanto, que iban de la mano siempre que salían, y cuando decía Blancanieve: -No nos separaremos nunca, contestaba Rojarosa: -En toda nuestra vida; y la madre añadía: -Todo debería ser común entre vosotras dos.

Iban con frecuencia al bosque para coger frutas silvestres, y los animales las respetaban y se acercaban a ellas sin temor. La liebre comía en su mano, el cabrito pacía a su lado, el ciervo jugueteaba delante de ellas, y los pájaros, colocados en las ramas, entonaban sus mas bonitos gorjeos.

Nunca las sucedía nada malo; si las sorprendía la noche en el bosque, se acostaban en el musgo una al lado de la otra y dormían hasta el día siguiente sin que su madre estuviera inquieta.

Una vez que pasaron la noche en el bosque, cuando las despertó la aurora, vieron a su lado un niño muy hermoso, vestido con una túnica de resplandeciente blancura, el cual las dirigió una mirada amiga, desapareciendo en seguida en el bosque sin decir una sola palabra. Vieron entonces que se habían acostado cerca de un precipicio, y que hubieran caído en él con solo dar dos pasos más

en la oscuridad. Su madre las dijo que aquel niño era el Ángel de la Guarda de las niñas buenas.

Blancanieve y Rojarosa tenían tan limpia la cabaña de su madre, que se podía cualquiera mirar en ella. Rojarosa cuidaba en verano de la limpieza, y todas las mañanas, al despertar, encontraba su madre un ramo, en el que había una flor de cada uno de los dos rosales. Blancanieve encendía la lumbre en invierno y colgaba la marmita en los llares, y la marmita, que era de cobre amarillo, brillaba como unas perlas de limpia que estaba. Cuando nevaba por la noche, decía la madre: -Blancanieve, ve a echar el cerrojo, y luego se sentaban en un rincón a la lumbre; la madre se ponía los anteojos y leía en un libro grande; y las dos, niñas la escuchaban hilando; cerca de ellas estaba acostado un pequeño cordero y detrás dormía una tórtola en su caña con la cabeza debajo del ala.

Una noche, cuando estaban hablando con la mayor tranquilidad, llamaron a la puerta. -Rojarosa; dijo la madre, ve a abrir corriendo, pues sin duda será algún viajero extraviado que buscará asilo por esta noche.

Rojarosa fue a descorrer el cerrojo y esperaba ver entrar algún pobre, cuando asomó un oso su gran cabeza negra por la puerta entreabierta. Rojarosa echó a correr dando gritos, el cordero comenzó a balar, la paloma revoloteaba por todo el cuarto y Blancanieve corrió a esconderse detrás de la cama de su madre. Pero el oso las dijo: -No temáis, no os haré daño; solo os pido permiso para calentarme un poco; pues estoy medio helado.

-Acércate al fuego, pobre oso; contestó la madre, pero ten cuidado de no quemarte la piel.

Después llamó a sus hijas de esta manera: -Blancanieve, Rojarosa, venid; el oso no os hará daño, tiene buenas intenciones.

Entonces vinieron las dos hermanas, y se acercaron también poco a poco el cordero y la tórtola y olvidaron su temor.

-Hijas, las dijo el oso, ¿queréis sacudir la nieve que ha caído encima de mis espaldas.

Las niñas cogieron entonces la escoba y le barrieron toda la piel; después se extendió delante de la lumbre manifestando con sus gruñidos que estaba contento y satisfecho. No tardaron en tranquilizarse por completo; y aún en jugar con este inesperado

huésped. Le tiraban del pelo, se subían encima de su espalda le echaban a rodar por el cuarto, y cuando gruñía, comenzaban a reír. El oso las dejaba hacer cuanto querían, pero cuando veía que sus juegos iban demasiado lejos, les decía:

-Dejadme vivir, no vayáis a matar a vuestro pretendiente.

Cuando fueron a acostarse, le dijo la madre:

-Quédate ahí; pasa la noche delante de la lumbre, pues por lo menos estarás al abrigo del frío y del mal tiempo.

Las niñas le abrieron las puertas a la aurora, y él se fue al bosque trotando sobre la nieve. Desde aquel día, volvía todas las noches a la misma hora, se extendía delante de la lumbre y las niñas jugaban con él todo lo que querían, habiendo llegado a acostumbrarse de tal modo a su presencia, que nunca echaban el cerrojo a la puerta hasta que él venía.

En la primavera, en cuanto comenzó a nacer el verde, dijo el oso a Blancanieve:

-Me marcho, y no volveré en todo el verano.

-¿Dónde vas, querido oso? le preguntó Blancanieve.

-Voy al bosque, tengo que cuidar de mis tesoros, porque no me los roben los malvados enanos. Por el invierno, cuando la tierra está helada, se ven obligados a permanecer en sus agujeros sin poder abrirse paso; pero ahora que el sol ha calentado ya la tierra, van a salir al merodeo; lo que cogen y ocultan en sus agujeros no vuelve a ver la luz con facilidad.

Blancanieve sintió mucho la partida del oso, cuando le abrió la puerta se desolló un poco al pasar con el pestillo, y creyó haber visto brillar oro bajo su piel, más no: estaba segura de ello. El oso partió con la mayor celeridad, y desapareció bien pronto entre los árboles.

Algún tiempo después, envió la madre a sus hijas a recoger madera seca al bosque, vieron un árbol muy grande en el suelo, y una cosa que corría por entre la yerba alrededor del tronco, sin que se pudiera distinguir bien lo que era. Al acercarse distinguieron un pequeño enano, con la cara vieja; y arrugada y una barba blanca de una vara de largo. Se le había enganchado la barba en una hendidura del árbol, y el enano saltaba como un perrillo atado con

una cuerda que no puede romper; fijó sus ardientes ojos en las dos niñas, y las dijo:

-¿Qué hacéis ahí mirando? ¿por que, no venís a socorrerme?

-¿Cómo te has dejado coger así en la red, pobre hombrecillo? le preguntó Rojarosa.

-Tonta curiosa, replicó el enano; quería partir este árbol para tener pedazos pequeños de madera y astillas para mi cocina, pues nuestros platos son chiquititos y los tarugos grandes los quemarían; nosotros no nos atestamos de comida como vuestra raza grosera y tragona. Ya había introducido la cuña en la madera, pero la cuña era demasiado resbaladiza; ha saltado en el momento en, que menos lo esperaba, y el tronco se ha cerrado tan pronto, que no he tenido tiempo para retirar mi hermosa barba blanca que se ha quedado enredada. ¿Os echáis a reír, simples? ¡Qué feas sois?

Por más que hicieron las niñas no pudieron sacar la barba que estaba cogida como con un tornillo.

-Voy a buscar gente, dijo Rojarosa.

-¿Llamar gente? exclamó el enano con su ronca voz; ¿no sois ya demasiado vosotras dos, imbéciles boriccas?

-Ten un poco de paciencia, dijo Blancanieve, y todo se arreglará.

Y sacando las tijeras de su bolsillo le cortó la punta de la barba. En cuanto el enano se vio libre, fue a coger un saco lleno de oro que estaba oculto en las raíces del árbol, diciendo:

-¡Que animales son esas criaturas! Cortar la punta de un hacha tan hermosa! El diablo os lleve.

Después se echó el saco a la espalda y se marchó sin mirarlas siquiera.

Algunos meses después fueron las hermanas a pescar al río; al acercarse a la orilla vieron correr una especie de saltamonte grande, que saltaba junto al agua como si quisiera arrojarle a ella, echaron a correr y conocieron al enano.

-¿Qué tienes? dijo Rojarosa, ¿es que quieres tirarte al río?

-¡Qué bestia eres! exclamó el enano, ¿no ves que es ese maldito pez que quiere arrastrarme al agua?

Un pescador había echado el anzuelo, mas por desgracia el aire enredó el hilo en la barba del enano, y cuando algunos instantes después mordió el cebo un pez muy grande, las fuerzas de la débil

criatura no bastaron para sacarle del agua y el pez que tenía la ventaja atraía al enano hacia sí, quien tuvo que agarrarse a los juncos y a las yerbas de la ribera, a pesar de lo cual le arrastraba el pez y se veía en peligro de caer al agua. Las niñas llegaron a tiempo para detenerle y procuraron, desenredar su barba, pero todo en vano, pues se hallaba enganchada en el hilo. Fue precisa recurrir otra vez a las tijeras y cortaron, un poco de la punta. El enano, exclamó entonces encolerizado. -Necias, ¿tenéis la costumbre de desfigurar así a las gentes? ¿No ha sido bastante con haberme cortado la barba una vez, sino que habéis vuelto a cortármela hoy? ¿cómo me voy a presentar a mis hermanos? ¡Ojalá tengáis que correr sin zapatos y os desolleis los pies! y cogiendo un saco de perlas que estaba oculto entre las cañas, se le llevó sin decir una palabra y desapareció en seguida detrás de una piedra.

Poco tiempo después envió la madre a sus hijas a la aldea para comprar hilo, agujas y cintas, tenían que pasar por un erial lleno de rosas, donde distinguieron un pájaro muy grande que daba vueltas en el aire, y que después de haber volado largo tiempo por encima de sus cabezas, comenzó a bajar poco a poco, concluyendo por dejarse caer de pronto, al suelo. Al mismo tiempo se oyeron gritos penetrantes y lastimosos. Corrieron y vieron con asombro a un águila que tenía entre sus garras a su antiguo conocido el enano, y que procuraba llevárselo. Las niñas, guiadas por su bondadoso corazón, sostuvieron al enano con todas sus fuerzas, y se las hubieron también con el águila que acabó por soltar su presa; pero en cuanto el enano se repuso de su estupor, les gritó con voz gruñona: -¿No podíais haberme cogido con un poco más de suavidad, pues habéis tirado de tal manera de mi pobre vestido que me le habéis hecho pedazos? ¡Qué torpes sois! Después cogió un saco de piedras preciosas y se deslizó a su agujero, en medio de las rosas. Las niñas estaban acostumbradas a su ingratitud y así continuaron su camino sin hacer caso, yendo a la aldea a sus compras.

Cuando a su regreso volvieron a pasar por aquel sitio, sorprendieron al enano que estaba vaciando su saco de piedras preciosas, no creyendo que transitase nadie por allí a aquellas horas, pues era ya muy tarde. El sol al ponerse iluminaba la

pedrería y lanzaba rayos tan brillantes, que las niñas se quedaron inmóviles para contemplarlas. -¿Por qué os quedáis ahí embobadas? las dijo, y su rostro ordinariamente gris estaba enteramente rojo de cólera.

Iba a continuar un dicterio, cuando salió del fondo del bosque un oso completamente negro, dando terribles gruñidos. El enano quería huir lleno de espanto, pero no tuvo tiempo para llegar a su escondrijo, pues el oso le cerró el paso; entonces le dijo suplicándole con un acento desesperado: -Perdonadme, querido señor oso, y os daré todos mis tesoros, todas esas joyas que veis delante de vos, concededme la vida: ¿qué ganaréis en matar a un miserable enano como yo? Apenas me sentirías entre los dientes; no es mucho mejor que cojáis a esas dos malditas muchachas, que son dos buenos bocados, gordas como codornices? Y zampáoslas en nombre de Dios.

Pero el oso sin escucharle, dio a aquella malvada criatura un golpe con su pata y cayó al suelo muerta.

Las niñas se habían salvado, pero el oso les gritó: -¿Blancanieve? ¿Rojarosa? No tengáis miedo, esperadme.

Reconocieron su voz y se detuvieron, y cuando estuvo cerca de ellas, cayó de repente su piel de oso y vieron a un joven vestido con un traje dorado. -Soy un príncipe, las dijo, ese infame enano me había convertido en oso, después de haberme robado todos mis tesoros; me había condenado a recorrer los bosques bajo esta forma y no podía verme libre más que con su muerte. Ahora ya ha recibido el premio de su maldad.

Blancanieve se casó con el príncipe y Rojarosa con un hermano suyo y repartieron entre todos los grandes tesoros que el enano había amontonado en su agujero. Su madre vivió todavía muchos años tranquila y feliz cerca de sus hijos. Tomó los dos rosales y los colocó en su ventana, donde daban todas las primaveras hermosísimas rosas blancas y encarnadas.

## RAPUNZEL

Había en una ocasión un matrimonio que deseaba hacía mucho tiempo tener un hijo, hasta que al fin dio la mujer esperanzas de que el Señor quería se cumpliesen sus deseos. En la alcoba de los esposos había una ventana pequeña, cuyas vistas daban a un hermoso huerto, en el cual se encontraban toda clase de flores y legumbres. Se hallaba empero rodeado de una alta pared, y nadie se atrevía a entrar dentro, porque pertenecía a una hechicera muy poderosa y temida de todos. Un día estaba la mujer a la ventana mirando al huerto en el cual vio un cuadro plantado de ruiponches, y la parecieron tan verdes y tan frescos, que sintió antojo por comerlos. Creció su antojo de día en día y, como no ignoraba que no podía satisfacerle, comenzó a estar triste, pálida y enfermiza. Asustose el marido y la preguntó:

-¿Qué tienes, querida esposa?

-¡Oh! le contestó, si no puedo comer ruiponches de los que hay detrás de nuestra casa, me moriré de seguro.

El marido que la quería mucho, pensó para sí.

-Antes de consentir en que muera mi mujer, la traeré el ruiponche, y sea lo que Dios quiera.

Al anochecer saltó las paredes del huerto de la hechicera, cogió en un momento un puñado de ruiponche, y se lo llevó a su mujer, que hizo enseguida una ensalada y se lo comió con el mayor apetito. Pero la supo tan bien, tan bien, que al día siguiente tenía mucha más gana todavía de volverlo a comer, no podía tener descanso si su marido no iba otra vez al huerto. Fue por lo tanto al anochecer, pero se asustó mucho, porque estaba en él la hechicera.

-¿Cómo te atreves, le dijo encolerizada, a venir a mi huerto y a robarme mi ruiponche como un ladrón? ¿No sabes que puede venirme una desgracia?

-¡Ah! la contestó, perdonad mi atrevimiento, pues lo he hecho por necesidad. Mi mujer ha visto vuestro ruiponche desde la ventana, y se le ha antojado de tal manera que moriría si no lo comiese.

La hechicera le dijo entonces deponiendo su enojo:

-Si es así como dices, coge cuanto ruiponche quieras, pero con una condición: tienes que entregarme el hijo que dé a luz tu mujer. Nada le faltará, y le cuidaré como si fuera su madre.

El marido se comprometió con pena, y en cuanto vio la luz su hijo le presentó a la hechicera, que puso a la niña el nombre de Rapunzel (que significa ruiponche) y se la llevó.

Rapunzel era la criatura más hermosa que ha habido bajo el sol. Cuando cumplió doce años la encerró la hechicera en una torre que había en un bosque, la cual no tenía escalera ni puerta, sino únicamente una ventana muy pequeña y alta. Cuando la hechicera quería entrar se ponía debajo de ella y decía:

Rapunzel, Rapunzel,  
echa tus cabellos  
subiré por ellos.

Pues Rapunzel tenía unos cabellos muy largos y hermosos y tan finos como el oro hilado. Apenas oía la voz de la hechicera, desataba su trenza, la dejaba caer desde lo alto de su ventana, que se hallaba a más de veinte varas del suelo y la hechicera subía entonces por ellos.

Mas sucedió, trascurridos un par de años, que pasó por aquel bosque el hijo del rey y se acercó a la torre en la cual oyó un cántico tan dulce y suave que se detuvo escuchándole. Era Rapunzel que pasaba el tiempo en su soledad entreteniéndose en repetir con su dulce voz las más agradables canciones. El hijo del rey hubiera querido entrar, y buscó la puerta de la torre, pero no pudo encontrarla. Marchose a su casa, pero el cántico había penetrado de tal manera en su corazón, que iba todos los días al bosque a escucharle. Estando uno de ellos bajo un árbol, vio que llegaba una hechicera, y la oyó decir:

Rapunzel, Rapunzel,  
echa tus cabellos  
subiré por ellos.

Rapunzel dejó entonces caer su cabellera y la hechicera subió por ella.

Si es esa la escalera por que se sube, dijo el príncipe, quiero yo también probar fortuna.

Y al día siguiente, cuando empezaba a anochecer se acercó a la torre y dijo:

Rapunzel, Rapunzel,  
echa tus cabellos  
subiré por ellos.

Enseguida cayeron los cabellos y subió el hijo del rey. Al principio se asustó Rapunzel cuando vio entrar un hombre, pues sus ojos no habían visto todavía ninguno, pero el hijo del rey comenzó a hablarla con la mayor amabilidad, y la refirió que su cántico había conmovido de tal manera su corazón, que desde entonces no había podido descansar un solo instante y se había propuesto verla y hablarla. Desapareció con esto el miedo de Rapunzel y cuando la preguntó si quería casarse con él, y vio que era joven y buen mozo, pensó entre sí:

-Le querré mucho más que a la vieja hechicera.

Le dijo que sí, y estrechó su mano con la suya, añadiendo:

-De buena gana me marcharía contigo, pero ignoro cómo he de bajar; siempre que vengas tráeme cordones de seda con los cuales iré haciendo una escala, y cuando sea suficientemente larga, bajaré, y me llevarás en tu caballo.

Convinieron en que iría todas las noches, pues la hechicera iba por el día, la cual no notó nada hasta que la preguntó Rapunzel una vez:

-Dime, abuelita ¿cómo es que tardas tanto tiempo en subir, mientras el hijo del rey llega en un momento a mi lado?

-¡Ah, pícara! la contestó la hechicera. ¡Qué es lo que oigo! ¡Yo que creía haberte ocultado a todo el mundo, y me has engañado!

Cogió encolerizada los hermosos cabellos de Rapunzel, los dio un par de vueltas a su mano izquierda, tomó unas tijeras con la derecha, y tris, tras, los cortó, cayendo al suelo las hermosas trenzas, y llegó a tal extremo su furor que llevó a la pobre Rapunzel a un desierto, donde la condenó a vivir entre lágrimas y dolores.

El mismo día en que descubrió la hechicera el secreto de Rapunzel, tomó por la noche los cabellos que la había cortado, los aseguró a la ventana, y cuando vino el príncipe dijo:

Rapunzel, Rapunzel,  
echa tus cabellos  
subiré por ellos,

los encontró colgando. El hijo del rey subió entonces, pero no encontró a su querida Rapunzel, sino a la hechicera, que le recibió con la peor cara del mundo.

-¡Hola! le dijo burlándose, vienes a buscar a tu queridita, pero el pájaro no está ya en su nido y no volverá a cantar; le han sacado de su jaula y tus ojos no le verán ya más. Rapunzel es cosa perdida para ti, no la encontrarás nunca.

El príncipe sintió el dolor más profundo y en su desesperación saltó de la torre; tuvo la fortuna de no perder la vida, pero las zarzas en que cayó le atravesaron los ojos. Comenzó a andar a ciegas por el bosque, no comía más que raíces y hierbas y sólo se ocupaba en lamentarse y llorar la pérdida de su querida esposa. Vagó así durante algunos años en la mayor miseria, hasta que llegó al final desierto donde vivía Rapunzel en continua angustia. Oyó su voz y creyó conocerla; fue derecho hacia ella, la reconoció apenas la hubo encontrado, se arrojó a su cuello y lloró amargamente. Las lágrimas que batearon sus ojos, les devolvieron su antigua claridad y volvió a ver como antes. La llevó a su reino donde fueron recibidos con grande alegría, y vivieron muchos años dichosos y contentos.

## LA CARGA LIGERA

En una ocasión había una buena vieja que vivió con una manada de gansos en un desierto en medio de las montañas, donde tenía su habitación. El desierto se hallaba en lo más espeso de un bosque, y todas las mañanas cogía la vieja su muleta e iba a la entrada del bosque con paso trémulo. Una vez allí, la buena vieja trabajaba con una actividad de que no se la hubiera creído capaz al ver sus muchos años, recogía hierba para sus gansos, alcanzaba las frutas salvajes que se hallaban a la altura a que podía llegar, y lo llevaba luego todo a cuestas. Parecía que iba a sucumbir bajo semejante peso; pero siempre le llevaba con facilidad hasta su casa. Cuando encontraba a alguien le saludaba amistosamente.

-Buenos días, querido vecino, hace muy buen tiempo. Os extrañará sin duda que lleve esta hierba; pero todos debemos llevar acuestas nuestra carga.

No gustaba, sin embargo, a nadie el encontrarla y preferían dar un rodeo, y si pasaba cerca de ella algún padre con su hijo, le decía:

-Ten cuidado con esa vieja; es astuta como un demonio; es una hechicera.

Una mañana atravesaba el bosque un joven muy guapo; brillaba el sol, cantaban los pájaros, un fresco viento soplaba en el follaje, y el joven estaba alegre y de buen humor. Aún no había encontrado un alma viviente, cuando de repente distinguió a la vieja hechicera en cuclillas cortando la hierba con su hoz. Había reunido ya una carga entera en su saco y al lado tenía dos cestos grandes, llenos hasta arriba de peras y manzanas silvestres.

-Abuela, le dijo, ¿cómo pensáis llevar todo eso?

-Pues tengo que llevarlo, querido señorito, le contestó; los hijos de los ricos no saben lo que son trabajos. Pero a los pobres se les dice:

Es preciso trabajar,  
no habiendo otro bienestar.

-¿Queréis ayudarme? añadió la vieja viendo que se detenía; aún tenéis las espaldas derechas y las piernas fuertes: esto no vale nada para vos. Además, mi casa no está lejos de aquí: está en un matorral, al otro lado de la colina. Treparéis allá arriba en un instante.

El joven tuvo compasión de la vieja, y la dijo:

-Verdad es que mi padre no es labrador, sino un conde muy rico; sin embargo, para que veáis que no son sólo los pobres los que saben llevar una carga, os ayudaré a llevar la vuestra.

-Si lo hacéis así, contestó la vieja, me alegraré mucho. Tendréis que andar una hora; ¿pero qué os importa? También llevaréis las peras y las manzanas.

El joven conde comenzó a reflexionar un poco cuando le hablaron de una hora de camino; pero la vieja no le dejó volverse atrás, le colgó el saco a las espaldas y puso en las manos los dos cestos.

-Ya veis, le dijo, que eso no pesa nada.

-No, esto pesa mucho, repuso el conde haciendo un gesto horrible; vuestro saco es tan pesado, que cualquiera diría que está llenó de piedras; las manzanas y las peras son tan pesadas como el plomo; apenas tengo fuerza para respirar.

Tenía mucha gana de dejar su carga, pero la vieja no se lo permitió.

-¡Bah! no creo, le dijo con tono burlón, que un señorito tan buen mozo, no pueda llevar lo que llevo yo constantemente, tan vieja como soy. Están prontos a ayudaros con palabras, pero si se llega a los hechos, sólo procuran esquivarse. ¿Por qué, añadió, os quedáis así titubeando? En marcha, nadie os libraré ya de esa carga.

Mientras caminaron por la llanura, el joven pudo resistirlo; pero cuando llegaron a la montaña y tuvieron que subirla, cuando las piedras rodaron detrás de él como si hubieran estado vivas, la fatiga fue superior a sus fuerzas. Las gotas de sudor bañaban su frente, y corrían frías unas veces, ardiendo otras, por todas las partes de su cuerpo.

-Ahora, le dijo, no puedo más, voy a descansar un poco.

-No, dijo la vieja, cuando hayamos llegado podréis descansar; ahora hay que andar. ¿Quién sabe si esto podrá servirte para algo?

-Vieja, eres muy descarada, dijo el conde.

Y quiso deshacerse del saco, mas trabajó en vano, pues el saco estaba tan bien atado como si formara parte de su espalda. Se volvía y revolvía, pero sin conseguir soltar la carga.

La vieja se echó a reír, y se puso a saltar muy alegre con su muleta.

-No os incomodéis, mi querido señorito, le dijo, estáis en verdad encarnado como un gallo; llevad vuestro fardo con paciencia; cuando lleguemos a casa os daré una buena propina.

¿Qué había de hacer? tenía que someterse y arrastrarse con paciencia detrás de la vieja, que parecía volverse más lista a cada momento mientras, que su carga era cada vez más pesada. De repente toma carrera salta encima de su saco, y se sienta sobre él; aunque estaba ética, pesaba doble que la aldeana más robusta. Las rodillas del joven temblaron; pero cuando se detenía, le daba en las piernas con una varita. Subió jadeando la montaña y llegó por último a la casa de la vieja, en el mismo momento en que, próximo a sucumbir, hacía el último esfuerzo. Cuando los gansos distinguieron a la vieja extendieron sus picos hacia arriba, sacaron el cuello hacia adelante, y salieron a su encuentro dando gritos de ¡hu! ¡hu! Detrás de la bandada iba una muchacha alta y robusta pero fea como la noche.

-¡Madre! dijo a la vieja ¿os ha sucedido algo? Habéis estado fuera mucho tiempo.

-No, hija mía, la contestó, no me ha sucedido nada malo, por el contrario, este buen señorito, que ves aquí, me ha traído mi hierba, y además, como yo estaba cansada, me ha traído también a cuestas. El camino no me ha parecido muy largo, estábamos de buen humor y hemos tenido una conversación muy agradable.

La vieja, por último, se dejó caer al suelo, quitó la carga de la espalda del joven, los cestos de sus manos, le miró alegremente, y le dijo:

-Ahora sentaos en ese banco que está delante de la puerta, y descansad. Habéis ganado lealmente vuestro salario y no le perderéis.

Después dijo a la joven que cuidaba los gansos:

-Vuelve a casa, hija mía, no está bien que te quedes aquí sola con este señorito; no se debe poner la leña junto al fuego, podría enamorarse de ti.

El conde ignoraba si debía reírse o llorar.

-Una mujer de esa clase, dijo por lo bajo, no podía esperar mucho de mi corazón, aunque no tuviera más que treinta años.

La vieja sin embargo, cuidó a los gansos como si fueran sus hijos; después entró con su hija en su casa. El joven se echó en el banco bajo un manzano silvestre. La atmósfera estaba serena y no hacía calor; alrededor suyo se extendía una pradera de primulas, tomillo y otras mil clases de flores; en su centro murmuraba un claro arroyo, dorado por los rayos del sol, y los blancos gansos se paseaban por la orilla o se sumergían en el agua.

-Este lugar es delicioso, dijo; pero estoy tan cansado, que se me cierran los ojos; quiero dormir un poco, siempre que el aire no me lleve las piernas, pues están tan ligeras como la hierba.

En cuanto durmió un instante vino la vieja y le despertó menéandole.

-Levántate, le dijo; no puedes quedarte aquí. Te he atormentado un poco, es verdad; pero no te ha costado la vida. Ahora voy a darte tu salario; tú no necesitas dinero, ni bienes; te daré otra cosa.

Diciendo esto le puso en la mano una cajita de esmeralda, de una sola pieza.

-Guárdala bien, le dijo, te traerá la fortuna.

El conde se levantó y viendo que estaba descansado y había recobrado sus fuerzas, dio gracias a la vieja por su regalo y se puso en camino sin pensar un instante en mirar a la hermosa ninfa. Se hallaba ya a alguna distancia cuando oía todavía a lo lejos el alegre grito de los gansos.

El conde permaneció tres días perdido en aquellas soledades antes de poder encontrar el camino. Por último llegó a una ciudad, y como no le conocía nadie, se hizo conducir al palacio del rey, donde el príncipe y su mujer estaban sentados en su trono. El conde puso una rodilla en tierra, sacó de su bolsillo la caja de esmeralda y la depositó a los pies de la reina. Le mandó levantarse y fue a presentarle su caja. Pero apenas la había abierto y mirado, cuando

cayó en tierra como muerta. El conde fue detenido por los criados del rey, e iba a ser puesto en prisión, cuando la reina abrió los ojos y mandó que le dejaran libre, y que salieran todos, porque quería hablarle en secreto.

Cuando se quedó sola la reina se echó a llorar amargamente y dijo:

-¿De qué me sirven el esplendor y los honores que me rodean? Todas las mañanas despierto llena de cuidados y de aflicciones. He tenido tres hijas, la menor de las cuales era tan hermosa que todas la miraban como una maravilla. Era blanca como la nieve, colorada como la flor del manzano, y brillaban sus cabellos como los rayos del sol. Cuando lloraba no eran lágrimas las que caían de sus ojos, sino perlas y piedras preciosas. Cuando llegó a la edad de trece años, mandó el rey venir a sus tres hijas delante de su trono. Era digno de ver cómo abría todo el mundo los ojos cuando entró la menor; creía uno presenciar la salida del sol. El rey dijo:

-Hijas mías, ignoro cuando llegará mi último día; quiero decidir desde hoy lo que debe recibir cada una de vosotras después de mi muerte. Las tres me amáis, pero la que me ame más tendrá la mejor parte.

Cada una dijo que era ella la que amaba más a su padre.

-¿No podríais, repuso el rey, «explicarme todo lo que me amáis? Así sabré cuáles son vuestros sentimientos.

La mayor dijo:

-Amo a mi padre como al azúcar más dulce.

La segunda:

-Amo a mi padre como al vestido más hermoso.

Pero, la menor guardó silencio.

-¿Y tú, dijo su padre, cómo me amas?

-No sé; respondió, y no puedo comparar mi amor a nada.

Pero el padre insistió en que designara un objeto. Al fin dijo:

-El mejor de los manjares no tiene gusto para mí si carece de sal; pues bien, yo amo a mi padre como a la sal.

-Puesto que me amas como a la sal, recompensaré también tu amor con sal. Repartió su reino entre sus dos hijas mayores, e hizo atar un saco de sal a la espalda de la más joven, y mandó dos criados que la condujesen a un bosque inculto. Todos nosotros

hemos llorado y suplicado por ella, más no ha habido medio de apaciguar la cólera del rey. ¡Cuánto ha llorado, cuando ha tenido que separarse de nosotros! Ha sembrado todo el camino con las perlas que han caído de sus ojos. El rey no ha tardado en arrepentirse de su crueldad, y ha hecho buscar a la pobre niña por todo el bosque, pero nadie ha podido encontrarla. Cuando pienso en si se le habrán comido las fieras salvajes no puedo vivir de tristeza; a veces me consuelo con la esperanza de que vive todavía y que está oculta en una caverna, o que ha encontrado un asilo entre personas caritativas. Pero lo que me admira es que cuando he abierto vuestra caja de esmeralda encerraba una perla semejante en todo a las que caían de los ojos de mi hija, por lo que podéis imaginar cuánto se ha conmovido a esta vista mi corazón. Es preciso que me digáis cómo habéis llegado a poseer esta perla.

El conde la refirió que la había recibido de la vieja del bosque que le había parecido ser una mujer extraña y tal vez hechicera, pero que no había visto ni oído nada que tuviera relación con su hija. El rey y la reina tomaron la resolución de ir a buscar a la vieja, esperando que allí donde se había encontrado la perla hallarían también noticias de su hija.

Estaba la vieja en su soledad, sentada a la puerta junto a su rueca e hilaba. Era ya de noche, y algunas astillas que ardían en el hogar esparcían una débil claridad. De repente oyó ruido fuera: los gansos entraron del matorral a la habitación, dando el más ronco de sus gritos. Poco después entró la joven a su vez. Apenas la vieja la saludó y se contentó con menear un poco la cabeza. La joven se sentó a su lado, cogió su rueca y torció el hilo con la misma ligereza que hubiera podido hacerlo la muchacha más lista. Permanecieron dos horas así sentadas sin decirse una palabra. Sintieron por último ruido junto a la ventana y vieron brillar dos ojos de fuego. Era un mochuelo que gritó tres veces ¡hu! ¡hu! La vieja, sin levantar apenas los ojos, dijo:

-Ya es tiempo, hijo mía, de que salgas para hacer tu tarea.

Se levantó y salió.

¿Dónde iba? Lejos, muy lejos, al prado junto al valle. Llegó por último, orilla de una fuente, a cuyo lado se hallaban tres encinas. La luna, se mostraba redonda y llena encima de la montaña, y daba

tanta luz, que se podía buscar un alfiler. La niña levantó una piel que cubría su rostro, se inclinó hacia la fuente y comenzó a lavarse. Cuando hubo concluido, metió la piel en el agua de la fuente para que blanquease y se secase a la luz de la luna. ¡Pero qué cambiada estaba la niña! Nunca se ha visto nada semejante. En cuanto desató su trenza gris, sus cabellos dorados brillaban como rayos del sol, y se extendieron como un manto sobre todo su cuerpo. Sus ojos lucían como las estrellas del cielo, y sus mejillas tenían el suave color rosado de la flor del manzano.

Pero la joven estaba triste. Se sentó y lloró amargamente. Las lágrimas cayeron unas tras otras de sus ojos y rodaron hasta el suelo entre sus largos cabellos. Hubiera permanecido allí largo tiempo, si el ruido de algunas ramas que crujían en un árbol próximo no hubiera llegado a sus oídos. Saltó como un corzo que ha oído el disparo del cazador. La luna se hallaba velada en aquel instante por una nube sombría; la niña se cubrió en un momento con la vieja piel y desapareció como una luz apagada por el viento.

Corrió hacia la casa temblando como la hoja del álamo. La vieja estaba a la puerta de pie; la joven quiso referirle lo que la había sucedido, pero la vieja sonrió con cierta gracia y la dijo:

-Todo lo sé.

La condujo al cuarto y encendió algunas astillas. Pero no se sentó junto a su hija; cogió una escoba y comenzó a barrer y a sacudir el polvo.

-Todo debe estar limpio y arreglado aquí, dijo a la joven.

-Pero madre mía, repuso esta, es muy tarde para comenzar este trabajo. ¿A qué viene eso?

-¿Sabes la hora que es? la preguntó la vieja.

-Aún no son las doce, repuso la joven, pero ya han dado las once.

-¿No recuerdas, continuó la vieja, que hace tres años hoy que has venido a mi casa? El plazo ha concluido, no podemos continuar más tiempo juntas.

La joven dijo asustada:

-¡Ah! buena madre, ¿queréis echarme? ¿dónde iré? Yo no tengo amigos, ni patria, donde hallar un asilo. He hecho todo lo que habéis querido y habéis estado siempre contenta conmigo, no me echéis.

La vieja no quería decir a la niña lo que iba a suceder.

-No puedo permanecer aquí más tiempo, la dijo, pero cuando deje esta morada, es preciso que la casa y el cuarto estén limpios. No me detengas, pues, en mi trabajo. En cuanto a ti no tengas cuidado; hallarás un techo en el que podrás habitar y quedarás contenta también con la recompensa que te daré.

-Pero decidme lo que va a pasar, preguntó la joven otra vez.

-Te lo repito, no me interrumpas en mi trabajo. No digas una palabra más: ve a tu cuarto, quítate la piel que cubre tu rostro, y ponte el vestido que traías cuando has venido a mi casa; después quédate en tu cuarto hasta que yo te llame.

Pero debo volver a hablar del rey y de la reina, que habían partido con el conde para ir a buscar a la vieja a su soledad. El conde se había separado de ellos durante la noche, y se vio obligado a continuar solo su camino. Al día siguiente le pareció que estaba en el buen camino, y continuó andando hasta cerca del anochecer. Entonces subió a un árbol para pasar la noche, pues temía extraviarse. Cuando alumbró la luna el terreno, distinguió una persona que bajaba de la montaña. Llevaba una vara en la mano, por lo que conoció que era la joven que guardaba los gansos que había visto en la casa de la vieja. ¡Ah! dijo, viene hacia aquí, ya veo a una de las dos hechiceras: la otra no puede escapárseme.

Pero ¡cuál fue su asombro cuando la vio acercarse a la fuente, quitarse la piel; cuando la cubrieron sus dorados cabellos y se mostró más hermosa que ninguna de las mujeres que había visto en el mundo! Apenas se atrevía a respirar, pero alargaba el cuello todo lo que podía; a través del follaje, y la miraba sin volver los ojos; ya fuese que se hubiera inclinado demasiado, o por cualquier otra causa, crujió de repente una rama, y vio a la joven en el mismo instante oculta bajo la piel; saltó como un corzo y habiéndose ocultado la luna en aquel momento, se escapó a sus miradas.

Apenas hubo desaparecido, bajó el joven del árbol, y se puso a perseguirla a toda prisa. No había dado más que algunos pasos, cuando vio entre el crepúsculo dos personas que marchaban a través de la pradera. Eran el rey y la reina que habían distinguido desde lejos una luz en la casa de la vieja y se dirigían hacia aquel lado. El conde les refirió las maravillas que había visto cerca de la fuente y no dudaron que hablaba de su perdida hija. Avanzaron

alegres y bien pronto llegaron a la casa. Los gansos estaban colocados a su alrededor, dormían con la cabeza oculta bajo las alas, y ninguno se movía. Miraron por la ventana dentro de la habitación, y vieron a la vieja sentada e hilando con la mayor tranquilidad, inclinando la cabeza y sin mover los ojos. El cuarto estaba tan limpio como si estuviera habitado por esas pequeñas sílfides aéreas que no tienen polvo en los pies. Pero no vieron a su hija. Lo miraron todo durante algunos momentos, se animaron por último, y llamaron suavemente a la ventana.

Se hubiera dicho que los esperaba la vieja, pues se levantó y les dijo con su voz rústica:

-Entrad, ya sé quién sois.

En cuanto entraron en el cuarto, añadió la vieja:

-Hubierais podido ahorraros ese largo camino, si no hubierais echado injustamente, hace tres años, a vuestra hija que es tan buena y tan graciosa. Nada ha perdido, pues durante tres años ha guardado gansos, en cuyo tiempo no ha aprendido nada malo y ha conservado la pureza de su corazón. Pero estáis suficientemente castigados con la inquietud en que habéis vivido. Después se acercó al cuarto, y dijo:

-Sal, hija mía.

Se abrió la puerta y salió la hija del rey vestida con su traje de seda, con sus cabellos dorados y sus ojos brillantes. Se hubiera dicho que descendía un ángel del cielo. Corrió hacia su padre y su madre, se lanzó a su cuello, y abrazó a todos llorando sin poder contenerse. El joven conde se hallaba a su lado y cuando le vio, su rostro se puso encarnado como una rosa; ella misma ignoraba la causa. El rey dijo:

-Querida hija, ya he repartido mi reino; ¿qué podré darte a ti?

-No necesita nada, dijo la vieja; yo la doy las lágrimas que ha vertido por vosotros; son otras tantas perlas más hermosas que las que se hallan en el mar y son de un precio mucho mayor que todo vuestro reino. Y en recompensa de sus servicios, la doy mi pequeña casa.

La vieja desapareció en cuanto dijo estas palabras. Oyeron entonces crujir ligeramente las paredes, y cuando se volvieron encontraron la pequeña casa convertida en un soberbio palacio; una

mesa real se hallaba delante de los huéspedes, y los criados iban y venían alrededor.

La historia continúa todavía; pero mi abuela que me la ha referido había perdido un poco la memoria y olvidó lo demás. Creo, sin embargo, que la hermosa hija del rey se casó con el conde; que permanecieron juntos en el palacio, y que vivieron en la mayor felicidad todo el tiempo que Dios quiso. Si los gansos blancos que se guardaban cerca de la casa eran otras tantas jóvenes (no lo echéis a mala parte) que la vieja había recogido a su lado, si tomaron figura humana y quedaron en calidad de damas al lado de la reina, no puedo decirlo aunque lo presumo. Lo cierto es que la vieja no era una hechicera, sino una buena hada que no quería más que hacer bien. Probablemente también fue ella quien concedió a la hija del rey a su nacimiento el don de llorar perlas en vez de lágrimas. Esto no sucede ahora, pues entonces los pobres serían bien pronto ricos.

## LA BELLA DURMIENTE

Hace muchos años vivía un rey y una reina, que decían todos los días:

-¡Ay, si tuviéramos un hijo!- y no les nacía ninguno; pero una vez, estando la reina bañándose, saltó una rana en el agua, la cual la dijo:

-Antes de un año verás cumplido tu deseo, y tendrás una hija.

No tardó en verificarse lo que había predicho la rana, pues la reina dio a luz una niña tan hermosa, que el rey, lleno de alegría, ignoraba que hacerse y dispuso un gran festín, al cual invitó no sólo a sus parientes, amigos y conocidos, sino también a las hadas para que la niña fuese amable y de buenas costumbres. Había trece hadas en su reino, pero como sólo tenía doce cubiertos de oro, que son los únicos con que comen, una de ellas no podía asistir al banquete. Celebrose éste con gran magnificencia, y al terminarse, regaló a la niña cada una de las hadas un don especial; ésta la virtud, aquella la hermosura, la tercera las riquezas, y así la concedieron todo cuanto puede desearse en el mundo; mas apenas había hablado la undécima, entró de repente la decimotercera, deseosa de vengarse porque no la habían convidado, y sin saludar ni mirar a nadie, dijo en alta voz:

-La princesa se herirá con un huso al cumplir los quince años y quedará muerta en el acto.

Y salió de la sala sin decir otra palabra. Asustáronse todos los presentes, pero entró enseguida la duodécima que no había hecho aún su regalo; no pudiendo evitar el mal que había predicho su compañera, procuró modificarle y dijo:

-La princesa no morirá, pero estará sumergida en un profundo sueño por espacio de un siglo, del cual volverá, trascurrido este tiempo.

El rey, que quería evitar a su querida hija todo género de desgracias, dio la orden de que se quemasen todos los husos de su reino; pero la joven se hallaba adornada de todas las gracias que la habían concedido las hadas, pues era muy hermosa, amable, graciosa y entendida, de manera, que cuantos la veían, sentían hacia ella el mayor cariño. Mas al llegar el día en que cumplió los quince años, dio la casualidad de que se hallase sola en palacio por haber salido el rey y la reina; comenzó a recorrer aquella vasta morada, deseosa de saber lo que contenía y vio una tras otra todas las habitaciones hasta que llegó a una torre muy elevada; subió una estrecha escalera y llegó a una puerta, la cual no se tardó en abrir, dejándola ver una pequeña habitación, donde se hallaba una anciana con su huso hilando con la mayor laboriosidad.

-Buenos días, abuelita, dijo la princesa, ¿qué haces?

-Estoy hilando, contestó la anciana haciendo una cortesía con la cabeza.

-¿Qué es eso que se mueve con tanta ligereza? continuó diciendo la niña; y fue a coger el huso para ponerse a hilar; pero apenas le había tocado, se realizó el encanto y se hirió en el dedo.

En el mismo instante en que sintió la cortadura fue a parar a su cama, donde cayó en un profundo sueño, el cual se extendió a todo el palacio. El rey y la reina, que habían entrado en aquel mismo momento se quedaron dormidos, igualmente que toda la corte; también se durmieron los caballos en la cuadra, los perros en el patio, las palomas en el techo, las moscas en la pared, y hasta el fuego que ardía en el fogón dejó de arder, y la comida cesó de cocer, y el cocinero y los pinches se durmieron por último, para que no quedase nadie despierto. Cesó también el viento y no volvió a moverse ni aun la hoja de un árbol de los alrededores del palacio.

No tardó mucho en nacer y crecer un zarzal en torno de aquel edificio, el cual fue haciéndose más grande cada día hasta que le cercó por completo, de manera que ni aun su techo se veía, y solo los ancianos del país podían dar alguna noticia de la hermosa Rosa-con-espinas que se hallaba allí dormida; pues con este nombre era conocida la princesa, y de tiempo en tiempo venían algunos príncipes que querían penetrar a través de la zarza en el palacio, mas les era imposible, pues las espinas se cerraban fuertemente, y

los jóvenes quedaban cogidos por ellas, no pudiendo muchas veces soltarse, de modo que morían allí. Trascurridos muchos, muchos años, fue un príncipe a aquel país y oyó lo que refería un anciano de aquella zarza, detrás de la cual había un palacio, en el que dormía desde el siglo anterior una hermosa princesa, llamada Rosa-con-espinas, y con ella estaban dormidos el rey y la reina y toda la corte. Añadió además haber oído decir a su abuelo que muchos príncipes habían tratado ya de atravesar por el zarzal, pero que no lo habían podido conseguir, quedando en él muertos.

Entonces dijo el doncel:

-Yo no tengo miedo y he de ver a la bella Rosa-con-espinas.

El buen anciano quiso distraerle de su propósito, mas viendo no lo conseguía, le dejó entregarse a su suerte. Pero precisamente entonces habían trascurrido los cien años y llegado el día, en el cual debía despertar, Rosa-con-espinas. Cuando se acercó el príncipe a la zarza, la halló convertida en un hermoso rosal, que abriéndose por sí mismo le dejó pasar cerrándose después. Llegó a la cuadra y vio dormidos a los perros y caballos, miró el techo y vio a las palomas con la cabeza debajo de las alas, y cuando entró en el edificio, notó que las moscas estaban dormidas en las paredes, el cocinero se hallaba en la cocina en actitud de llamar a los pinches, y la criada estaba cerca de un gallo que parecía dispuesto a cantar. Fue un poco más lejos y vio en un salón a toda la corte dormida, y al rey y a la reina durmiendo en su trono. Fue un poco más allá y todo se encontraba tranquilo, sin que se oyese el menor ruido, hasta que al fin llegó a la torre y abrió la puerta del cuarto en que dormía Rosa-con-espinas. Quedose mirándola, y era tan hermosa, que no pudo separar sus ojos de ella; se inclinó y la dio un beso, pero apenas la habían tocado sus labios, abrió los ojos Rosa-con-espinas, despertó y le miró con la mayor amabilidad. Bajaron entonces juntos y despertó el rey y la reina y toda la corte y se miraron unos a otros llenos de admiración; despertaron los caballos en la cuadra y comenzaron a relinchar, y los perros ladraron al levantarse y las palomas que se hallaban en el techo sacaron sus cabecitas de debajo de sus alas, miraron a su alrededor y echaron a volar; las moscas se separaron de las paredes, el fuego se reanimó y se puso a chisporrotear en la cocina y se coció la comida; el cocinero dio un

cachete a cada pinche, los cuales comenzaron a llorar, y la criada despertó al canto del gallo. Celebrose entonces con grande magnificencia la boda del príncipe con Rosa-con-espinas y vivieron felices hasta el fin de sus días.

## LOS MÚSICOS DE BREMA

Un pobre labrador tenía un asno que le había servido lealmente durante muchos años, pero cuyas fuerzas se habían debilitado de manera que ya no servía para el trabajo. El amo pensó en desollarle para aprovechar la piel, pero el asno, comprendiendo que el viento soplaba de mala parte, se escapó y tomó el camino de Brema.

-Allí, dijo, podré hacerme músico de la municipalidad.

Después de haber andado por algún tiempo, encontró en el camino un perro de caza, que ladraba como un animal cansado de una larga carrera.

-¿Por qué ladras así, camarada? -le dijo.

-¡Ah! -contestó el perro; porque soy viejo, voy perdiendo fuerzas de día en día, y no puedo ir a cazar, mi amo ha querido matarme; yo he tomado las de Villadiego; pero ¿cómo me arreglaré para buscarme la vida?

-No tengas cuidado, repuso el asno; yo voy a Brema para hacerme músico de la ciudad; ven conmigo y procura te reciban también en la banda. Yo tocaré la trompa, y tú tocarás los timbales.

El perro aceptó y continuaron juntos su camino. Un poco más adelante encontraron un gato echado en el camino con una cara bien triste, porque hacía tres días que estaba lloviendo.

-¿Qué tienes, viejo bigotudo? -le dijo el asno.

-Cuando está en peligro la cabeza, no tiene uno muy buen humor, respondió el gato; porque mi edad es algo avanzada, mis dientes están un poco gastados, y me gusta más dormir junto al hogar que correr tras los ratones, mi amo ha querido matarme, me he salvado con tiempo; pero ¿qué he de hacer ahora?, ¿adónde he de ir?

-Ven con nosotros a Brema, tú entiendes muy bien la música nocturna, y te harás como nosotros músico de la municipalidad.

Agradó al gato el consejo y partió con ellos. Nuestros viajeros pasaron bien pronto por delante de un corral encima de cuya puerta había un gallo que cantaba con todas sus fuerzas.

-¿Por qué gritas de esa manera? -dijo el asno.

-Estoy anunciando el buen tiempo, contestó el gallo, y como mañana es domingo hay una gran comida en casa, y el ama sin la menor compasión ha dicho a la cocinera que me comerá con el mayor gusto con arroz, y esta noche tiene que retorcerme el pescuezo. Así he gritado con todas mis fuerzas, no sin cierta satisfacción, viendo que respiro todavía.

-Cresta roja, dijo el asno; vente con nosotros a Brema; en cualquier parte encontrarás una cosa algo mejor que la muerte. Tú tienes buena voz, y cuando cantemos juntos, haremos un concierto admirable.

Agradó al gallo la propuesta y echaron a andar los cuatro juntos; pero no podían llegar en aquel día a la ciudad de Brema; al anoecer pararon en un bosque, donde decidieron pasar la noche. El asno y el perro se colocaron debajo de un árbol muy grande; el gato y el gallo ganaron su copa, y el gallo voló todavía para colocarse en lo más elevado, donde se creía más seguro. Antes de dormirse, cuando paseaba sus miradas hacia los cuatro vientos, le pareció ver a lo lejos como una luz y dijo a sus compañeros que debía haber alguna casa cerca, pues se distinguía bastante claridad.

-Siendo así, contestó el asno, desalojemos y marchemos deprisa hacia ese lado, pues esta posada no es muy de mi gusto.

A lo cual añadió el perro:

-En efecto, no me vendrían mal algunos huesos con su poco de carne.

Se dirigieron hacia el punto de donde salía la luz; no tardaron en verla brillar y agrandarse, hasta que al fin llegaron a una casa de ladrones muy bien iluminada.

El asno, que era el más grande de todos, se acercó a la casa y miró dentro.

-¿Qué ves, rucio? -le preguntó el gallo.

-¿Que qué veo? -dijo el asno. Una mesa llena de manjares y botellas y alrededor los ladrones, que según parece no se dan mal trato.

-¡Qué buen negocio sería ese para nosotros! -añadió el gallo.

-De seguro, repuso el asno; ¡ah!, ¡si estuviéramos dentro!

Comenzaron a idear un medio para echar de allí a los ladrones y al fin le encontraron. El asno se puso debajo, colocando sus pies delanteros encima del poyo de la ventana; el perro montó sobre la espalda del asno, el gato trepó encima del perro, y el gallo voló y se colocó encima de la cabeza del gato. Colocados de esta manera, comenzaron todos su música a una señal convenida. El asno comenzó a rebuznar, el perro a ladrar, el gato a maullar y el gallo a cantar, después se precipitaron por la ventana dentro del cuarto rompiendo los vidrios, que volaron en mil pedazos. Los ladrones, al oír aquel espantoso ruido, creyeron que entraba en la sala algún espectro y escaparon asustados al bosque. Entonces los cuatro compañeros se sentaron a la mesa, se arreglaron con lo que quedaba y comieron como si debieran ayunar un mes.

Apenas hubieron concluido los cuatro instrumentistas, apagaron las luces y buscaron un sitio para descansar cada uno conforme a su gusto. El asno se acostó en el estiércol, el perro detrás de la puerta, el gato en el hogar, cerca de la ceniza caliente, el gallo en una viga, y como estaban cansados de su largo viaje, no tardaron en dormirse. Después de media noche, cuando los ladrones vieron desde lejos que no había luz en la casa y que todo parecía tranquilo, les dijo el capitán.

-No hemos debido dejarnos derrotar de esa manera.

Y mandó a uno de los suyos que fuese a ver lo que pasaba en la casa. El enviado lo halló todo tranquilo; entró en la cocina y fue a encender la luz; cogió una pajuela y como los inflamados y brillantes ojos del gato le parecían dos ascuas, acercó a ellos la pajuela para encenderla; mas como el gato no entendía de bromas, saltó a su cara y le arañó bufando. Lleno de un horrible miedo corrió nuestro hombre para huir hacia la puerta, mas el perro, que estaba echado detrás de ella, se tiró a él y le mordió una pierna; cuando pasaba por el corral al lado del estiércol, le soltó un par de coces el asno, mientras el gallo, despierto con el ruido y alerta ya, gritaba: ¡qui qui ri qui! -desde lo alto de la viga.

El ladrón corrió a toda prisa hacia donde estaba su capitán y le dijo:

-Hay en nuestra casa una horrorosa hechicera que me ha arañado, bufando, con sus largas uñas; junto a la puerta se halla un hombre armado de un enorme cuchillo, que me ha atravesado la pierna; se ha aposentado en el patio un monstruo negro que me ha aporreado con los golpes de su maza, y en lo alto del techo se ha colocado el juez que gritaba:

-¡Traédmele aquí, traédmele aquí, delante de mí! -por lo que he creído debía huir.

Desde entonces no se atrevieron los ladrones a entrar más en la casa, y los cuatro músicos de Brema se hallaban tan bien en ella que no quisieron abandonarla.

## LA CENICIENTA

Un hombre rico tenía a su mujer muy enferma, y cuando vio que se acercaba su fin, llamó a su hija única y la dijo: -Querida hija, sé piadosa y buena, Dios te protegerá desde el cielo y yo no me apartaré de tu lado y te bendeciré. Poco después cerró los ojos y espiró. La niña iba todos los días a llorar al sepulcro de su madre y continuó siendo siempre piadosa y buena. Llegó el invierno y la nieve cubrió el sepulcro con su blanco manto, llegó la primavera y el sol doró las flores del campo y el padre de la niña se casó de nuevo.

La esposa trajo dos niñas que tenían un rostro muy hermoso, pero un corazón muy duro y cruel; entonces comenzaron muy malos tiempos para la pobre huérfana. No queremos que esté ese pedazo de ganso sentada a nuestro lado, que gane el pan que coma, váyase a la cocina con la criada. -La quitaron sus vestidos buenos, la pusieron una basquiña remendada y vieja y la dieron unos zuecos. -¡Qué sucia está la orgullosa princesa! -decían riéndose, y la mandaron ir a la cocina: tenía que trabajar allí desde por la mañana hasta la noche, levantarse temprano, traer agua, encender lumbre, coser y lavar; sus hermanas la hacían además todo el daño posible, se burlaban de ella y la vertían la comida en la lumbre, de manera que tenía que bajarse a recogerla. Por la noche cuando estaba cansada de tanto trabajar, no podía acostarse, pues no tenía cama, y la pasaba recostada al lado del hogar, y como siempre estaba, llena de polvo y ceniza, la llamaban la Cenicienta.

Sucedió que su padre fue en una ocasión a una feria y preguntó a sus hijastras lo que querían las trajese. -Un bonito vestido -dijo la una. -Una buena sortija, -añadió la segunda. -Y tú Cenicienta, ¿qué quieres? la dijo. Padre, traedme la primera rama que encontréis en el camino. -Compró a sus dos hijastras hermosos vestidos y sortijas adornadas de perlas y piedras preciosas, y a su regreso, al pasar

por un bosque cubierto de verdor, tropezó con su sombrero en una rama de zarza, y la cortó. Cuando volvió a su casa dio a sus hijastras lo que le habían pedido y la rama a la Cenicienta, la cual se lo agradeció; corrió al sepulcro de su madre, plantó la rama en él y lloró tanto que regada por sus lágrimas, no tardó la rama en crecer y convertirse en un hermoso árbol. La Cenicienta iba tres veces todos los días a ver el árbol, lloraba y oraba y siempre iba a descansar en él un pajarillo, y cuando sentía algún deseo, en el acto la concedía el pajarillo lo que deseaba.

Celebró por entonces el rey unas grandes fiestas, que debían durar tres días, e invitó a ellas a todas las jóvenes del país para que su hijo eligiera la que más le agradase por esposa. Cuando supieron las dos hermanastras que debían asistir a aquellas fiestas, llamaron a la Cenicienta y la dijeron. -Péinanos, límpianos los zapatos y ponles bien las hebillas, pues vamos a una boda al palacio del rey. La Cenicienta las escuchó llorando, pues las hubiera acompañado con mucho gusto al baile, y suplicó a su madrastra se lo permitiese. -Cenicienta, la dijo: estás llena de polvo y ceniza y ¿quieres ir a una boda? ¿No tienes vestidos ni zapatos y quieres bailar? -Pero como insistiese en sus súplicas, la dijo por último: -Se ha caído un plato de lentejas en la ceniza, si las recoges antes de dos horas, vendrás con nosotras: -La joven salió al jardín por la puerta trasera y dijo: - Tiernas palomas, amables tórtolas, pájaros del cielo, venid todos y ayudadme a recoger.

Las buenas en el puchero,  
las malas en el caldero.

Entraron por la ventana de la cocina dos palomas blancas, y después dos tórtolas y por último comenzaron a revolotear alrededor del hogar todos los pájaros del cielo, que acabaron por bajarse a la ceniza, y las palomas picoteaban con sus piquitos diciendo pi, pi, y los restantes pájaros comenzaron también a decir pi, pi, y pusieron todos los granos buenos en el plato. Aun no había transcurrido una hora, y ya estaba todo concluido y se marcharon volando. Llevó entonces la niña llena de alegría el plato a su madrastra, creyendo que le permitiría ir a la boda, pero la dijo: -No, Cenicienta, no tienes vestido y no sabes bailar, se reirían de nosotras; mas viendo que lloraba añadió: -Si puedes recoger de entre la ceniza dos platos

lentos de lentejas en una hora, irás con nosotras. -Creyendo en su interior, que no podría hacerlo, vertió los dos platos de lentejas en la ceniza y se marchó, pero la joven salió entonces al jardín por la puerta trasera y volvió a decir: -Tiernas palomas, amables tórtolas, pájaros del cielo, venid todos y ayudadme a recoger.

Las buenas en el puchero,  
las malas en el caldero.

Entraron por la ventana de la cocina dos palomas blancas, después dos tórtolas, y por último comenzaron a revolotear alrededor del hogar todos los pájaros del cielo que acabaron por bajarse a la ceniza y las palomas picoteaban con sus piquitos diciendo pi, pi, y los demás pájaros comenzaron a decir también pi, pi, y pusieron todas las lentejas buenas en el plato, y aun no había transcurrido media hora, cuando ya estaba todo concluido y se marcharon volando. Llevó la niña llena de alegría el plato a su madrastra, creyendo la permitiría ir a la boda, pero la dijo: -Todo es inútil, no puedes venir, porque no tienes vestido y no sabes bailar; se reirían de nosotras. -La volvió entonces la espalda y se marchó con sus orgullosas hijas.

En cuanto quedó sola en casa, fue la Cenicienta al sepulcro de su madre, debajo del árbol, y comenzó a decir:

Arbolito pequeño,  
dame un vestido;  
que sea, de oro y plata,  
muy bien tejido.

El pájaro la dio entonces un vestido de oro y plata y unos zapatos bordados de plata y seda; en seguida se puso el vestido y se marchó a la boda; sus hermanas y madrastra no la conocieron, creyendo sería alguna princesa extranjera, pues les pareció muy hermosa con su vestido de oro, y ni aun se acordaban de la Cenicienta, creyendo estaría mondando lentejas sentada en el hogar. Salió a su encuentro el hijo del rey, la tomó de la mano y bailó con ella, no permitiéndola bailar con nadie, pues no la soltó de la mano, y si se acercaba algún otro a invitarla, le decía: -es mi pareja.

Bailó hasta el amanecer y entonces decidió marcharse; el príncipe la dijo: -Iré contigo y te acompañaré: -pues deseaba saber quién era aquella joven, pero ella se despidió y saltó al palomar, entonces

aguardó el hijo del rey a que fuera su padre y le dijo que la doncella extranjera había saltado al palomar. El anciano creyó que debía ser la Cenicienta; trajeron una piqueta y un martillo para derribar el palomar, pero no había nadie dentro, y cuando llegaron a la casa de la Cenicienta, la encontraron sentada en el hogar con sus sucios vestidos y un turbio candil ardía en la chimenea, pues la Cenicienta había entrado y salido muy ligera en el palomar y corrido hacia el sepulcro de su madre, donde se quitó los hermosos vestidos que se llevó el pájaro y después se fue a sentar con su basquiña gris a la cocina.

Al día siguiente; cuando llegó la hora en que iba a principiar la fiesta y se marcharon sus padres y hermanas, corrió la Cenicienta junto al arbolito y dijo:

Arbolito pequeño,  
dame un vestido;  
que sea, de oro y plata,  
muy bien tejido.

Diola entonces el pájaro un vestido mucho más hermoso que el del día anterior y cuando se presentó en la boda con aquel traje, dejó a todos admirados de su extraordinaria belleza; el príncipe que la estaba aguardando la cogió de la mano y bailó toda la noche con ella; cuando iba algún otro a invitarla, decía: -Es mi pareja. Al amanecer manifestó deseos de marcharse, pero el hijo del rey la siguió para ver la casa en que entraba, más de pronto se metió en el jardín de detrás de la casa. Había en él un hermoso árbol muy grande, del cuál colgaban hermosas peras; la Cenicienta trepó hasta sus ramas y el príncipe no pudo saber por dónde había ido, pero aguardó hasta que vino su padre y le dijo: -La doncella extranjera se me ha escapado; me parece que ha saltado el peral. El padre creyó que debía ser la Cenicienta; mandó traer una hacha y derribó el árbol, pero no había nadie en él, y cuando llegaron a la casa, estaba la Cenicienta sentada en el hogar, como la noche anterior, pues había saltado por el otro lado el árbol y fue corriendo al sepulcro de su madre, donde dejó al pájaro sus hermosos vestidos y tomó su basquiña gris.

Al día siguiente, cuando se marcharon sus padres y hermanas, fue también la Cenicienta al sepulcro de su madre y dijo al arbolito:

Arbolito pequeño,  
dame un vestido;  
que sea, de oro y plata,  
muy bien tejido.

Diola entonces el pájaro un vestido que era mucho más hermoso y magnífico que ninguno de los anteriores, y los zapatos eran todos de oro, y cuando se presentó en la boda con aquel vestido, nadie tenía palabras para expresar su asombro; el príncipe bailó toda la noche con ella y cuando se acercaba alguno a invitarla, le decía: -Es mi pareja.

Al amanecer se empeñó en marcharse la Cenicienta, y el príncipe en acompañarla, mas se escapó con tal ligereza que no pudo seguirla, pero el hijo del rey había mandado untar toda la escalera de pez y se quedó pegado en ella el zapato izquierdo de la joven; levantole el príncipe y vio que era muy pequeño, bonito y todo de oro. Al día siguiente fue a ver al padre de la Cenicienta y le dijo: -He decidido sea mi esposa a la que venga bien este zapato de oro. - Alegráronse mucho las dos hermanas porque tenían los pies muy bonitos; la mayor entró con el zapato en su cuarto para probársele, su madre estaba a su lado, pero no se le podía meter, porque sus dedos eran demasiado largos y el zapato muy pequeño; al verlo la dijo su madre alargándola un cuchillo: -Córtate los dedos, pues cuando seas reina no irás nunca a pie: -La joven se cortó los dedos; metió el zapato en el pie, ocultó su dolor y salió a reunirse con el hijo del rey, que la subió a su caballo como si fuera su novia, y se marchó con ella, pero tenía que pasar por el lado del sepulcro de la primera mujer de su padrastro, en cuyo árbol había dos palomas, que comenzaron a decir.

No sigas más adelante,  
detente a ver un instante,  
que el zapato es muy pequeño  
y esa novia no es su dueño.

Se detuvo, la miró los pies y vio correr la sangre; volvió su caballo, condujo a su casa a la novia fingida y dijo no era la que había pedido, que se probase el zapato la otra hermana. Entró ésta en su cuarto y se le metió bien por delante, pero el talón era demasiado grueso; entonces su madre la alargó un cuchillo y la dijo: -Córtate un

pedazo del talón, pues cuando seas reina, no irás nunca a pie. -La joven se cortó un pedazo de talón, metió un pie en el zapato, y ocultando el dolor, salió a ver al hijo del rey, que la subió en su caballo como si fuera su novia y se marchó con ella; cuando pasaron delante del árbol había dos palomas que comenzaron a decir:

No sigas más adelante,  
detente a ver un instante,  
que el zapato es muy pequeño  
y esa novia no es su dueño.

Se detuvo, la miró los pies, y vio correr la sangre, volvió su caballo y condujo a su casa a la novia fingida: -Tampoco es esta la que busco, dijo: -¿Tenéis otra hija? -No, contestó el marido; de mi primera mujer tuve una pobre chica, a que llamamos la Cenicienta, porque está siempre en la cocina, pero esa no puede ser la novia que buscáis. -El hijo del rey insistió en verla, pero la madre le replicó: -No, no, está demasiado sucia para atreverme a enseñarla.- Se empeñó sin embargo en que saliera y hubo que llamar a la Cenicienta. Se lavó primero la cara y las manos, y salió después a presencia del príncipe que la alargó el zapato de oro; se sentó en su banco, sacó de su pie el pesado zueco y se puso el zapato que la venía perfectamente, y cuando se levantó y la vio el príncipe la cara, reconoció a la hermosa doncella que había bailado con él, y dijo: - Esta es mi verdadera novia. -La madrastra y las dos hermanas se pusieron pálidas de ira, pero él subió a la Cenicienta en su caballo y se marchó con ella, y cuando pasaban por delante del árbol, dijeron las dos palomas blancas.

Sigue, príncipe, sigue adelante  
sin parar un solo instante,  
pues ya encontraste el dueño  
del zapatito pequeño.

Después de decir esto, echaron a volar y se pusieron en los hombros de la Cenicienta, una en el derecho y otra en el izquierdo.

Cuando se verificó la boda, fueron las falsas hermanas a acompañarla y tomar parte en su felicidad, y al dirigirse los novios a la iglesia, iba la mayor a la derecha y la menor a la izquierda, y las palomas que llevaba la Cenicienta en sus hombros picaron a la

mayor en el ojo derecho y a la menor en el izquierdo, de modo que picaron a cada una un ojo; a su regreso se puso la mayor a la izquierda y la menor a la derecha, y las palomas picaron a cada una en el otro ojo, quedando ciegas toda su vida por su falsedad y envidia.

## EL PESCADOR Y SU MUJER

Había una vez un pescador que vivía con su mujer en una choza, a la orilla del mar. El pescador iba todos los días a echar su anzuelo, y le echaba y le echaba sin cesar.

Estaba un día sentado junto a su caña en la ribera, con la vista dirigida hacia su límpida agua, cuando de repente vio hundirse el anzuelo y bajar hasta lo más profundo y al sacarle tenía en la punta un barbo muy grande, el cual le dijo: -Te suplico que no me quites la vida; no soy un barbo verdadero, soy un príncipe encantado; ¿de qué te serviría matarme si no puedo serte de mucho regalo? Échame al agua y déjame nadar.

-Ciertamente, le dijo el pescador, no tenías necesidad de hablar tanto, pues no haré tampoco otra cosa que dejar nadar a sus anchas a un barbo que sabe hablar.

Le echó al agua y el barbo se sumergió en el fondo, dejando tras sí una larga huella de sangre.

El pescador se fue a la choza con su mujer: -Marido mío, le dijo, ¿no has cogido hoy nada?

-No, contestó el marido; he cogido un barbo que me ha dicho ser un príncipe encantado y le he dejado nadar lo mismo que antes.

-¿No le has pedido nada para ti? -replicó la mujer.

-No, repuso el marido; ¿y qué había de pedirle?

-¡Ah! -respondió la mujer; es tan triste, es tan triste vivir siempre en una choza tan sucia e infecta como esta; hubieras debido pedirle una casa pequeñita para nosotros; vuelve y llama al barbo, dile que quisiéramos tener una casa pequeñita, pues nos la dará de seguro.

-¡Ah! -dijo el marido, ¿y por qué he de volver?

-¿No le has cogido, continuó la mujer, y dejado nadar como antes? Pues lo harás; ve corriendo.

El marido no hacía mucho caso; sin embargo, fue a la orilla del mar, y cuando llegó allí, la vio toda amarilla y toda verde, se acercó al agua y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,  
hermoso pescado, pequeño vecino,  
mi pobre Isabel grita y se enfurece,  
es preciso darla lo que se merece.

El barbo avanzó hacia él y le dijo: -¿Qué quieres?

-¡Ah! -repuso el hombre, hace poco que te he cogido; mi mujer sostiene que hubiera debido pedirte algo. No está contenta con vivir en una choza de juncos, quisiera mejor una casa de madera.

-Puedes volver, le dijo el barbo, pues ya la tiene.

Volvió el marido y su mujer no estaba ya en la choza, pero en su lugar había una casa pequeña, y su mujer estaba a la puerta sentada en un banco. Le cogió de la mano y le dijo: -Entra y mira: esto es mucho mejor.

Entraron los dos y hallaron dentro de la casa una bonita sala y una alcoba donde estaba su lecho, un comedor y una cocina con su espetera de cobre y estaño muy reluciente, y todos los demás utensilios completos. Detrás había un patio pequeño con gallinas y patos, y un canastillo con legumbres y frutas. -¿Ves, le dijo la mujer, qué bonito es esto?

-Sí, la dijo el marido; si vivimos siempre aquí, seremos muy felices.

-Veremos lo que nos conviene, replicó la mujer.

Después comieron y se acostaron.

Continuaron así durante ocho o quince días, pero al fin dijo la mujer: -¡Escucha, marido mío: esta casa es demasiado estrecha, y el patio y el huerto son tan pequeños!... El barbo hubiera debido en realidad darnos una casa mucho más grande. Yo quisiera vivir en un palacio de piedra; ve a buscar al barbo; es preciso que nos dé un palacio.

-¡Ah!, mujer, replicó el marido, esta casa es en realidad muy buena; ¿de qué nos serviría vivir en un palacio?

-Ve, dijo la mujer, el barbo puede muy bien hacerlo.

-No, mujer, replicó el marido, el barbo acaba de darnos esta casa, no quiero volver, temería importunarle.

-Ve, insistió la mujer, puede hacerlo y lo hará con mucho gusto; ve, te digo.

El marido sentía en el alma dar este paso, y no tenía mucha prisa, pues se decía: -No me parece bien, -pero obedeció sin embargo.

Cuando llegó cerca del mar, el agua tenía un color de violeta y azul oscuro, pareciendo próxima a hincharse; no estaba verde y amarilla como la vez primera; sin embargo, reinaba la más completa calma. El pescador se acercó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,  
hermoso pescado, pequeño vecino,  
mi pobre Isabel grita y se enfurece,  
es preciso darla lo que se merece.

-¿Qué quiere tu mujer? -dijo el barbo.

-¡Ah! -contestó el marido medio turbado, quiere habitar un palacio grande de piedra.

-Vete, replicó el barbo, la encontrarás a la puerta.

Marchó el marido, creyendo volver a su morada; pero cuando se acercaba a ella, vio en su lugar un gran palacio de piedra. Su mujer, que se hallaba en lo alto de las gradas, iba a entrar dentro; le cogió de la mano y le dijo: -Entra conmigo. -La siguió. Tenía el palacio un inmenso vestíbulo, cuyas paredes eran de mármol; numerosos criados abrían las puertas con grande estrépito delante de sí; las paredes resplandecían con los dorados y estaban cubiertas de hermosas colgaduras; las sillas y las mesas de las habitaciones eran de oro; veíanse suspendidas de los techos millares de arañas de cristal, y había alfombras en todas las salas y piezas; las mesas estaban cargadas de los vinos y manjares más exquisitos, hasta el punto que parecía iban a romperse bajo su peso. Detrás del palacio había un patio muy grande, con establos para las vacas y caballerizas para los caballos y magníficos coches; había además un grande y hermoso jardín, adornado de las flores más hermosas y de árboles frutales, y por último, un parque de lo menos una legua de largo, donde se veían ciervos, gamos, liebres y todo cuanto se pudiera apetecer.

-¿No es muy hermoso todo esto? -dijo la mujer.

-¡Oh!, ¡sí! -repuso el marido; quedémonos aquí y viviremos muy contentos.

-Ya reflexionaremos, dijo la mujer, durmamos primero; y nuestras gentes se acostaron.

A la mañana siguiente despertó la mujer siendo ya muy de día y vio desde su cama la hermosa campiña que se ofrecía a su vista; el marido se estiró al despertarse; dióle ella con el codo y le dijo:

-Marido mío, levántate y mira por la ventana; ¿ves?, ¿no podíamos llegar a ser reyes de todo este país? Corre a buscar al barbo y seremos reyes.

-¡Ah!, mujer, repuso el marido, y por qué hemos de ser reyes, yo no tengo ganas de serlo.

-Pues si tú no quieres ser rey, replicó la mujer, yo quiero ser reina. Ve a buscar al barbo, yo quiero ser reina.

-¡Ah!, mujer, insistió el marido; ¿para qué quieres ser reina? Yo no quiero decirle eso.

-¿Y por qué no? -dijo la mujer; ve al instante; es preciso que yo sea reina.

El marido fue, pero estaba muy apesadumbrado de que su mujer quisiese ser reina. No me parece bien, no me parece bien en realidad, pensaba para sí. No quiero ir; y fue sin embargo.

Cuando se acercó al mar, estaba de un color gris, el agua subía a borbotones desde el fondo a la superficie y tenía un olor fétido; se adelantó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,  
hermoso pescado, pequeño vecino,  
mi pobre Isabel grita y se enfurece;  
es preciso darla lo que se merece.

-¿Y qué quiere tu mujer? -dijo el barbo.

-¡Ah! -contestó el marido; quiere ser reina.

-Vuelve, que ya lo es, replicó el barbo.

Partió el marido, y cuando se acercaba al palacio, vio que se había hecho mucho mayor y tenía una torre muy alta decorada con magníficos adornos. A la puerta había guardias de centinela y una multitud de soldados con trompetas y timbales. Cuando entró en el edificio vio por todas partes mármol del más puro, enriquecido con oro, tapices de terciopelo y grandes cofres de oro macizo. Le abrieron las puertas de la sala: toda la corte se hallaba reunida y su mujer estaba sentada en un elevado trono de oro y de diamantes;

llevaba en la cabeza una gran corona de oro, tenía en la mano un cetro de oro puro enriquecido de piedras preciosas, y a su lado estaban colocadas en una doble fila seis jóvenes, cuyas estaturas eran tales, que cada una la llevaba la cabeza a la otra. Se adelantó y dijo:

-¡Ah, mujer!, ¿ya eres reina?

-Sí, le contestó, ya soy reina.

Se colocó delante de ella y la miró, y en cuanto la hubo contemplado por un instante, dijo:

-¡Ah, mujer!, ¡qué bueno es que seas reina! Ahora no tendrás ya nada que desear.

-De ningún modo, marido mío, le contestó muy agitada; hace mucho tiempo que soy reina, quiero ser mucho más. Ve a buscar al barbo y dile que ya soy reina, pero que necesito ser emperatriz.

-¡Ah, mujer! -replicó el marido, yo sé que no puede hacerte emperatriz y no me atrevo a decirle eso.

-¡Yo soy reina, dijo la mujer, y tú eres mi marido! Ve, si ha podido hacernos reyes, también podrá hacernos emperadores. Ve, te digo.

Tuvo que marchar; pero al alejarse se hallaba turbado y se decía a sí mismo: No me parece bien. ¿Emperador? Es pedir demasiado y el barbo se cansará.

Pensando esto vio que el agua estaba negra y hervía a borbotones, la espuma subía a la superficie y el viento la levantaba soplando con violencia, se estremeció, pero se acercó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,  
hermoso pescado, pequeño vecino,  
mi pobre Isabel grita y se enfurece,  
es preciso darla lo que se merece.

-¿Y qué quiere? -dijo el barbo.

-¡Ah, barbo! -le contestó; mi mujer quiere llegar a ser emperatriz.

-Vuelve, dijo el barbo; lo es desde este instante.

Volvió el marido, y cuando estuvo de regreso, todo el palacio era de mármol pulimentado, enriquecido con estatuas de alabastro y adornado con oro. Delante de la puerta había muchas legiones de soldados, que tocaban trompetas, timbales y tambores; en el interior del palacio los barones y los condes y los duques iban y venían en calidad de simples criados, y le abrían las puertas, que eran de oro

macizo. En cuanto entró, vio a su mujer sentada en un trono de oro de una sola pieza y de más de mil pies de alto, llevaba una enorme corona de oro de cinco codos, guarnecida de brillantes y carbunclos; en una mano tenía el cetro y en la otra el globo imperial; a un lado estaban sus guardias en dos filas, más pequeños unos que otros; además había gigantes enormes de cien pies de altos y pequeños enanos que no eran mayores que el dedo pulgar.

Delante de ella había de pie una multitud de príncipes y de duques: el marido avanzó por en medio de ellos, y la dijo:

-Mujer, ya eres emperatriz.

-Sí, le contestó, ya soy emperatriz.

Entonces se puso delante de ella y comenzó a mirarla y le parecía que veía al sol. En cuanto la hubo contemplado así un momento:

-¡Ah, mujer, la dijo, qué buena cosa es ser emperatriz!

Pero permanecía tesa, muy tesa y no decía palabra.

Al fin exclamó el marido:

-¡Mujer, ya estarás contenta, ya eres emperatriz! ¿Qué más puedes desear?

-Veamos, contestó la mujer.

Fueron enseguida a acostarse, pero ella no estaba contenta; la ambición la impedía dormir y pensaba siempre en ser todavía más.

El marido durmió profundamente; había andado todo el día, pero la mujer no pudo descansar un momento; se volvía de un lado a otro durante toda la noche, pensando siempre en ser todavía más; y no encontrando nada por qué decidirse. Sin embargo, comenzó a amanecer, y cuando percibió la aurora, se incorporó un poco y miró hacia la luz, y al ver entrar por su ventana los rayos del sol...

-¡Ah! -pensó; ¿por qué no he de poder mandar salir al Sol y a la Luna? Marido mío, dijo empujándole con el codo, ¡despiértate, ve a buscar al barbo; quiero ser semejante a Dios!

El marido estaba dormido todavía, pero se asustó de tal manera, que se cayó de la cama. Creyendo que había oído mal, se frotó los ojos y preguntó:

-¡Ah, mujer! ¿Qué dices?

-Marido mío, si no puedo mandar salir al Sol y a la Luna, y si es preciso que los vea salir sin orden mía, no podré descansar y no

tendré una hora de tranquilidad, pues estaré siempre pensando en que no los puedo mandar salir.

Y al decir esto le miró con un ceño tan horrible, que sintió bañarse todo su cuerpo de un sudor frío.

-Ve al instante, quiero ser semejante a Dios.

-¡Ah, mujer! -dijo el marido arrojándose a sus pies; el barbo no puede hacer eso; ha podido muy bien hacerte reina y emperatriz, pero, te lo suplico, conténtate con ser emperatriz.

Entonces echó a llorar; sus cabellos volaron en desorden alrededor de su cabeza, despedazó su cinturón y dio a su marido un puntapié gritando:

-No puedo, no quiero contentarme con esto; marcha al instante.

El marido se vistió rápidamente y echó a correr, como un insensato.

Pero la tempestad se había desencadenado y rugía furiosa; las casas y los árboles se movían; pedazos de roca rodaban por el mar, y el cielo estaba negro como la pez; tronaba, relampagueaba y el mar levantaba olas negras tan altas como campanarios y montañas, y todas llevaban en su cima una corona blanca de espuma. Púsose a gritar, pues apenas podía oírse él mismo sus propias palabras:

Tararira ondino, tararira ondino,  
hermoso pescado, pequeño vecino,  
mi pobre Isabel grita y se enfurece,  
es preciso darla lo que se merece.

-¿Qué quieres tú, amigo? -dijo el barbo.

-¡Ah, contestó, quiere ser semejante a Dios!

-Vuelve y la encontrarás en la choza.

Y a estas horas viven allí todavía.

## LOS DOS COMPAÑEROS DE VIAJE

Las montañas no se encuentran nunca, pero los hombres se encuentran, y con mucha frecuencia los buenos con los malos. Un zapatero y un sastre se encontraron frente a frente en sus viajes o correrías por su país. El sastre era un hombre bajito, muy alegre y de muy buen humor. Vio venir hacia él al zapatero, y conociendo su oficio por el paquete que llevaba debajo del brazo, se puso a cantar una canción burlesca:

Procura que tus puntadas  
queden bien aseguradas;  
poco a poco estira el hilo  
porque no queden en vilo.

Pero el zapatero, que no entendía de chanzas, puso una cara como si hubiera bebido vinagre: parecía que iba a saltar encima del sastre. Por fortuna, nuestro hombre le dijo, riendo y presentándole su calabaza:

-Vamos, eso era una broma; echa un trago para apagar la bilis.

El zapatero bebió un trago, y el aire de su rostro cambió un poco en la apariencia. Devolvió la calabaza al sastre, diciéndole:

-No me he querido negar a vuestra invitación: he bebido por la sed presente y por la sed futura. ¿Queréis que viajemos juntos?

-Con mucho gusto, dijo el sastre, siempre que vayamos a alguna gran ciudad, donde no falte trabajo.

-Esa es mi intención, dijo el zapatero; en los lugares pequeños no hay nada que hacer: las gentes van con los pies descalzos.

Y comenzaron a caminar juntos a pie, como los perros del rey.

Ambos tenían más tiempo que perder que dinero que gastar. En todas las ciudades donde entraban, visitaban a los maestros de sus oficios, y, como el sastrecillo era un muchacho muy guapo y de muy buen humor, le daban trabajo con mucho gusto, y aún a veces la hija

del maestro le daba además algún que otro apretón de manos por detrás de la puerta. Cuando volvía a reunirse con su compañero, su bolsa era siempre la más repleta. Entonces el zapatero, gruñendo siempre, se ponía aún más feo, refunfuñando por lo bajo:

-Sólo los pícaros tienen fortuna.

Pero el sastre no hacía más que reírse, y repartía todo lo que tenía con su compañero. En cuanto oía sonar metal en su bolsillo se hacía servir de lo mejor, y manifestando con gestos su alegría, hacía saltar los vasos encima de la mesa. Por él podía muy bien decirse: «pronto ganado, pero aún más pronto gastado.»

Después de haber viajado durante algún tiempo, llegaron a un espeso bosque, por el que atravesaba el camino de la capital del reino. Había que elegir entre dos sendas, por la una se tardaba en llegar siete días, por la otra dos solamente; pero ninguno de los dos sabía cual era la más corta. Se sentaron bajo una encina y trataron del camino que debían tomar y la cantidad de pan que convenía llevar. El zapatero dijo:

-Siempre se debe tomar el mayor número de precauciones posibles, compraré pan para siete días.

-¿A qué viene, dijo el sastre, llevar en la espalda pan para siete días: como una bestia de carga? Yo tengo confianza en Dios, y nada me da cuidado. El dinero que llevo en el bolsillo vale tanto en verano como en invierno, pero cuando hace calor el pan se seca y enmohece. Mi casaca no pasa de la torda: yo no tomo tantas precauciones. Y además, ¿por qué no hemos de dar con el camino mejor? Basta con pan para dos días.

Cada uno hizo sus provisiones, y se pusieron en camino a la ventura.

En el bosque, reinaba la misma calma y tranquilidad que en una iglesia. No se oía ni el soplo del viento; ni el murmullo de los arroyos, ni el cántico de los pájaros, ni la espesura del follaje detenía los rayos del sol. El zapatero no hablaba una palabra, encorvado bajo la carga del pan, que hacía correr el sudor por su negro y sombrío rostro. El sastre, por el contrario, se hallaba de muy buen humor, corría por todas partes; silbando, cantando algunas cancioncillas, y decía:

-Dios en su paraíso debe ser feliz al verme tan alegre.

Pasaron así los dos primeros días; pero al tercero, como no veían el fin de su camino, el sastre, que había consumido todo su pan; vio desvanecerse toda su alegría; sin embargo, sin perder el ánimo, se encomendó a su buenaventura y a la misericordia de Dios. Por la noche se acostó bajo un árbol, con hambre, y se levantó al día siguiente sin que se le hubiera quitado. Lo mismo sucedió al cuarto día, y mientras comía el zapatero, sentado en el tronco de un árbol caído, el pobre sastre no tenía otro recurso que mirarle como lo hacía. Le pidió un bocado de pan, pero el otro le respondió sonriendo:

-A ti que estás siempre tan alegre no te viene mal conocer un poco la desgracia. Los pájaros que cantan por la mañana caen en las garras del gavilán por la tarde.

En una palabra, no le tuvo lástima.

En la mañana del quinto día, el pobre sastre no tenía ya fuerzas para levantarse. Apenas podía pronunciar una palabra en su desmayo: tenía las mejillas pálidas y los ojos encarnados. El zapatero le dijo:

-Te daré un pedazo de pan, pero a condición de que he de sacarte el ojo derecho.

El desgraciado, obligado a aceptar este horrible contrato, para conservar la vida, lloró con los dos ojos por última vez, y se ofreció a su verdugo, que le sacó el ojo derecho con la punta de su cuchillo. El sastre recordó entonces lo que acostumbraba a decirle su madre cuando era niño y le daba azotes por haberle cogido quitándola alguna golosina:

-Se debe comer todo lo que se puede, pero también se debe sufrir todo lo que no se puede impedir.

En cuanto hubo comido aquel pan que tan caro le costaba, se puso en pie y se consoló de su desgracia, pensando que vería bastante bien con un solo ojo. Pero al sexto día le volvió el hambre, y se sintió enteramente desfallecido. Cayó por la noche al pie de un árbol, y al día siguiente por la mañana le impidió levantarse la debilidad. Sentía acercarse la muerte. El zapatero le dijo:

-Tengo compasión de ti, y te voy a dar otro pedazo de pan, pero en cambio te sacaré el ojo que te queda.

El pobre hombre pensó entonces en su ligereza, que era la causa de todo esto; pidió perdón a Dios, y dijo:

-Haz lo que quieras, yo sufriré todo lo que sea necesario. Pero piensa que si Dios no castiga siempre en el acto, llegará sin embargo un instante en que pagues el mal que me haces sin haberlo merecido. En los días de prosperidad he repartido contigo lo que tenía. Necesito los ojos para trabajar: cuando carezca de ellos, no podré coser ya y tendré que pedir limosna. A lo menos, cuando esté ciego, no me dejes aquí solo, pues me moriría de hambre.

El zapatero, que no tenía temor de Dios, cogió su cuchillo y le sacó el ojo izquierdo; después le dio un pedazo de pan, y haciéndole agarrarse a la punta de un palo; se le llevó detrás de sí.

Al ponerse el sol, llegaron al extremo del bosque, donde había una horca. El zapatero condujo a su ciego compañero hasta el pie del cadalso, y dejándole allí continuó solo, su camino. El desgraciado se durmió, anonadado de fatiga, de dolor y de hambre, y pasó toda la noche en un profundo sueño. Se despertó al amanecer sin saber dónde estaba. En la horca se hallaban colgados dos pobres pecadores con dos cuervos sobre sus cabezas. El primer ahorcado comenzó a decir:

-¿Duermes, hermano?

-Estoy despierto, respondió el otro.

-¿Sabes, respondió el primero, que el rocío que ha caído esta noche de la horca, encima de nosotros, daría la vista a los ciegos que se bañasen con él los ojos? Si lo supieran, recobraría la vista más de uno que cree haberla perdido para siempre.

El sastre, al oír esto tomó su pañuelo, lo frotó en la yerba hasta que estuvo bien mojado con el rocío, y se humedeció las vacías cavidades de sus ojos. Enseguida se realizó lo que había predicho el ahorcado, y sus órbitas se llenaron con dos ojos vivos y perspicaces. No tardó el sastre en ver salir el sol por detrás de las montañas. Delante de él se extendía en la llanura la gran capital, con sus puertas magníficas y sus cien campanarios coronados de brillantes cruces. Podía ya contar las hojas de los árboles, seguir el vuelo de los pájaros y la danza de los moscas. Sacó una aguja de su bolsillo y probó a enhebrarla: viendo que lo conseguía, su corazón se llenó de regocijo. Se puso de rodillas para dar gracias a

Dios por su misericordia y hacer la oración de la mañana, y sin olvidar a aquellos pobres pecadores colgados en la horca y traqueteados por el viento, como badajos de campana. Desechando sus disgustos, cogió su paquete bajo el brazo y se puso en camino, cantando y silbando.

El primer ser que encontró fue un potro castaño, que pacía en libertad en un prado. Le cogió por la crin e iba a montarlo para dirigirse a la ciudad. Pero el potro le suplicó que le dejase. Soy todavía demasiado joven, añadió; es verdad que tú no eres más que un sastrecillo, ligero como una pluma, pero aun así me romperías los lomos; déjame comer hasta que sea más fuerte. Quizá venga tiempo en que pueda recompensarte.

-Márchate, respondió el sastre; así como así, veo que no sirves más que para saltar.

Y le dio con la palma de la mano encima de la grupa. El potro se puso a dar vueltas de alegría, y a lanzarse a través de los campos, saltando por encima de los setos y los fosos.

Sin embargo, el sastre no había comido desde el día anterior.

-Mis ojos, se decía, han vuelto a ver la luz, pero mi estómago no ha vuelto a ver el pan. La primera cosa que encuentre que pueda comer, la trasladaré a él.

Al mismo tiempo vio una cigüeña que se adelantaba con la mayor gravedad por el prado.

-Detente, la gritó cogiéndola por una pata; ignoro si tu carne es buena para comer, pero el hambre no me deja dudar en la elección; voy a cortarte la cabeza y asarte.

-Guárdate bien de hacerlo, dijo la cigüeña; soy un pájaro sagrado, útil a los hombres, y nadie me ha hecho nunca daño. Déjame la vida y quizá otra vez pueda servirte de algo.

-Pues bien, dijo el sastre: echa a correr, comadre de los largos pies.

La cigüeña echó a volar, y se elevó tranquilamente en los aires, dejando colgar sus patas.

-¿En qué va a parar todo esto? se dijo el sastre; mi hambre no disminuye y mi estómago me atormenta. Ahora sí que es perdido el primer ser que encuentre a mano.

En el mismo instante vio dos pequeños patos que nadaban en un estanque.

-Llegan a propósito- pensó para sí; y cogiendo uno iba a retorcerle el cuello.

Pero una ánade vieja, que estaba oculta entre las cañas, corrió hacia él con el pico abierto, y le suplicó llorando que dejase a sus hijuelos.

-Piensa, le dijo; en el dolor de tu madre si te dieran el golpe de muerte.

-No tengas cuidado, respondió el buen hombre; -no le tocaré. -Y echó al agua el pato que había cogido.

Al volver vio un árbol muy grande, medio hueco, a cuyo alrededor volaban abejas salvajes.

-Heme aquí recompensado de mi buena acción, se dijo, voy a regalarme con miel.

Pero saliendo del árbol, le declaró la reina de las abejas, que, si tocaba a su pueblo y a su nido, sería al instante herido de mil picaduras; que, si por el contrario, las dejaba en paz, las abejas podrían serle útiles más tarde.

El sastre comprendió pronto que nada podía esperar por aquel lado. -Tres platos vacíos y nada en el cuarto, -se decía a sí mismo, - es una comida sin ningún regalo.

Se arrastró extenuado por el hambre, hasta la ciudad, pero como entró al dar el mediodía, en las posadas estaba preparada la comida, y no había más que ponerse a la mesa. En cuanto concluyó corrió la ciudad para buscar trabajo, y le encontró bien pronto con buenas condiciones.

Como sabía bien su oficio, no tardó en darse a conocer, y todos querían tener un vestido nuevo, hecho de su mano. Su fama crecía de día en día, y el rey, por último, le nombró sastre de la corte.

Pero, ¡cuántas vueltas da el mundo! En el mismo día, su antiguo camarada el zapatero, fue nombrado zapatero de la corte. Cuando vio al sastre con sus dos buenos ojos, se turbó su conciencia:

-Antes que piense en vengarse de mí, se dijo, tengo que tenderle algún lazo.

Pero con frecuencia se tienden lazos a los demás para caer en ellos uno mismo. Por la noche, concluido su trabajo, fue a palacio en

secreto, y dijo al rey:

-Señor, el sastre es un hombre muy orgulloso: se ha alabado de que encontraría la corona de oro que habéis perdido tanto tiempo hace.

-Me alegraría mucho; dijo el rey. -Y al día siguiente llamó al sastre a su presencia y le mandó traerle la corona o salir para siempre de la ciudad.

-¡Ah! dijo el sastre; ¡sólo los bribones prometen lo que no pueden cumplir! Ya que este rey tiene la obstinación de exigir de mí lo que no puede hacer ningún hombre, no esperaré su amenaza: voy a marcharme ahora mismo.

Hizo su maleta, pero al salir por la puerta sentía disgusto de alejarse de una ciudad en que todo le había salido bien. Pasó por delante del estanque donde había hecho amistad con los patos; la ánade vieja, a que había dejado sus hijuelos, estaba de pie a la orilla, arreglándose las plumas con el pico. Le conoció enseguida y le preguntó a dónde iba tan triste.

-No lo extrañarás cuando sepas lo que me ha sucedido, respondió el sastre. -Y la contó su situación.

-¿No es más que eso? dijo el ánade, nosotros podemos ayudarte. La corona se halla precisamente en el fondo de este estanque. Dentro de un instante le tendrás en la orilla: extiende tu pañuelo para recibirla.

Se hundió en el agua con sus doce hijuelos, y al cabo de cinco minutos estaba devuelta y nadaba en medio de la corona que sostenía con sus alas, mientras que sus hijuelos, colocados alrededor, le ayudaban a llevarla con su pico. Llegaron a la orilla y dejaron la corona en el pañuelo. No podéis figuraros lo hermosa que era: brillaba, al sol como un millón de carbunclos. El sastre la envolvió en su pañuelo y la llevó al rey, que, en su alegría le puso una cadena de oro alrededor del cuello.

Cuando vio el zapatero que habla errado el golpe, recurrió a otro expediente y fue a decir al rey:

-Señor, el sastre ha vuelto a caer en su orgullo: se alaba de poder reproducir en cera vuestro palacio, con todo lo que contiene por dentro y por fuera, con muebles y demás.

El rey hizo venir al sastre, y le mandó reproducir en cera su palacio, con todo lo que contenía por dentro y fuera, los muebles y demás, advirtiéndole, que si no lo hacía o si se olvidaba un sólo clavo de una pared, le enviaría a concluir sus días a un calabozo subterráneo.

El pobre sastre se dijo:

-Esto si que va de mal en peor, me piden una cosa imposible.

Hizo su maleta y salió de la ciudad.

Cuando llegó al pie del árbol hueco, se sentó bajando la cabeza. Las abejas volaban a su alrededor; la reina le preguntó, viéndole con la cabeza tan baja, si le dolía.

-No, dijo, no es esa mi enfermedad.

Y la refirió lo que le había mandado el rey.

Las abejas se pusieron, primero a zumbar entre sí, y la reina le dijo:

-Vuelve a tu casa; y ven mañana a estas horas con una servilleta grande y lo tendrás todo arreglado.

Volvió a su casa; pero las abejas volaron al palacio y entraron por las ventanas abiertas para reconocerlo todo y examinar todas las cosas en sus más pequeños detalles y, apresurándose a volver a su colmena, construyeron un palacio de cera que no se podía ver sin llenarse de admiración. Todo estaba dispuesto por la noche, y cuando volvió el sastre al día siguiente halló esperándole el soberbio edificio, blanco como la nieve y exhalando un dulce olor de miel, sin que faltase un clavo en las paredes ni una teja en el techo. El sastre lo envolvió con cuidado en la servilleta, y se lo llevó al rey, que no podía volver de su asombro. Hizo colocar la obra maestra en la sala principal de su palacio, y recompensó al sastre con el regalo de una casa grande de piedra.

Aun no se dio por vencido el zapatero. Fue por tercera vez a buscar al rey, y le dijo:

-Señor, ha llegado a oídos del sastre que siempre se ha intentado en vano abrir un pozo en el patio de vuestro palacio, y se ha alabado de hacer saltar un cañón de agua más alto que un hombre y más claro que el cristal.

El rey hizo llamar al sastre y le dijo:

-Si mañana no hay en mi patio un juego de agua, tal como el de que tú te has alabado, mi verdugo te cortará la cabeza en ese mismo patio.

El desgraciado sastre ganó sin más tardanza las puertas de la ciudad, y como en esta ocasión se trataba de su vida, las lágrimas le corrían a lo largo de las mejillas. Caminaba tristemente, cuando se encontró al lado del potro a que había concedido libertad, y que era ya un hermoso caballo castaño.

-Ha llegado el instante, le dijo, en que puedo manifestarte mi reconocimiento. Conozco tu situación, pero te sacaré de ella; monta encima de mí, ahora puedo llevar dos como tú sin dificultad ninguna.

El sastre recobró su valor, saltó en el caballo, que galopó enseguida hacia la ciudad y entró en el patio del palacio. Dio tres vueltas al galope, tan rápido como el relámpago, y a la tercera se detuvo de repente; al mismo tiempo se oyó un espantoso ruido: un terrón de tierra saltó como una bomba por encima del palacio, y salió al mismo tiempo un juego de agua tan alto como un hombre a caballo y tan puro como el cristal. Los rayos del sol jugaban en él brillando. El rey, viendo esto, se llenó de asombro y estrechó al sastre entre sus brazos.

Mas nuestro hombre no estuvo en paz por mucho tiempo. El rey tenía muchas hijas, más hermosas las unas que las otras, pero ningún hijo. El malvado zapatero se dirigió por cuarta vez al rey, y le dijo:

-Señor, el sastre es más orgulloso cada día. Ahora se alaba de que si quiere hará que os venga un hijo por lo alto de los aires.

El rey mandó venir al sastre y le dijo que si le traía un hijo dentro de ocho días le daría su hija mayor en matrimonio.

-La recompensa es buena, se decía el sastrecillo: con ella puede quedar cualquiera contento; pero las cerezas están demasiado altas; si subo al árbol se romperán las ramas y caeré al suelo.

Fue a su casa, y se sentó, con las piernas cruzadas sobre su banco, para reflexionar lo que debía hacer.

Es imposible, exclamó al fin; tengo que marcharme, aquí no hay descanso para mí.

Hizo su maleta, y se apresuró a salir de la ciudad.

Al pasar por el prado vio a su viajera amiga la cigüeña, que se paseaba a lo largo y a lo ancho, como un filósofo, y que se detenía de tiempo en tiempo para observar algunas ranas que acababa por zamparse. Salió, a su encuentro para saludarle.

-¿Dónde vas con el saco a la espalda? le dijo; ¿dejas ya la ciudad?

El sastre le refirió el compromiso en que había puesto el rey, y se quejó amargamente de su suerte.

-No te incomodes por tan poca cosa, le contestó; yo te sacaré adelante; yo he llevado ya muchos niños, y puedo muy bien, en una ocasión como esta llevar un principito. Vuelve a tu tienda y estate, quieto. De hoy en tres días, si vas al palacio del rey, me hallarás a tu lado.

El sastrecillo se volvió a su casa, y en el día convenido se dirigió a palacio. Un instante después llegó la cigüeña con rápido vuelo y llamó a la ventana. La abrió el sastre, y la comadre de largos pies entró con precaución y se adelantó gravemente por el pavimento de mármol. Llevaba en el pico un niño tan hermoso como un ángel que tendía sus manecitas hacia la reina; se le puso encima de las rodillas, y la reina se puso a besarle y a estrecharle contra su corazón, en muestra de su alegría.

Antes de marcharse, la cigüeña cogió su saco de viaje que llevaba a la espalda y le presentó a la reina. Se hallaba lleno de cucuruchos de bombones de todos colores, que fueron distribuidos a las princesitas. La mayor no tomó ninguno, porque era demasiado grande, pero la dieron por marido a nuestro sastrecillo.

-Puedo decir, pensaba el sastre, que me ha caído el premio grande de la lotería. Mi madre tenía razón cuando decía que, con fe en Dios y fortuna, se sale bien en todo.

El zapatero se vio obligado a hacer los zapatos que sirvieron al sastre para el baile de boda. Después le echaron de la ciudad, prohibiéndole entrar nunca en ella. Tomó el camino del bosque, y al pasar por delante de la horca, anonadado por el calor, la cólera y los celos, se echó al lado de los palos. Pero cuando iba a dormirse, los dos cuervos que se hallaban encima de las cabezas de los ahorcados, se lanzaron sobre él dando grandes gritos y le sacaron los ojos. Corrió como un insensato a través del bosque, y debe

haber muerto de hambre, pues desde entonces nadie le ha visto, ni tenido noticia de él.

## **DIOS TE SOCORRA**

Había una vez dos hermanas, una de las cuales era rica y sin hijos y la otra viuda con cinco niños y tan pobre que carecía de pan para ella y su familia. Obligada por la necesidad fue a buscar a su hermana y la dijo:

-Mis hijos se mueren de hambre, tú eres rica, dame un pedazo de pan.

Pero la rica que tenía un corazón de piedra, la contestó:

-No hay pan en casa-, y la despidió con dureza.

Algunas horas después volvió a su casa el marido de la hermana rica, y cuando comenzaba a partir el pan para comer, se admiró de ver que iban saliendo gotas de sangre conforme le iba partiendo. Su mujer asustada le refirió todo lo que había pasado. Se apresuró a ir a socorrer a la pobre viuda y la llevó toda la comida que tenía preparada. Cuando salió para volver a su casa, oyó un ruido muy grande y vio una nube de humo y fuego que subía hacia el cielo. Era que ardía su casa. Perdió todas sus riquezas en el incendio, su cruel mujer lanzando gritos de rabia decía:

-Nos moriremos de hambre.

-Dios socorre a los pobres-, la respondió su buena hermana, que corrió a su lado.

La que había sido rica, hubo de mendigar a su vez; pero nadie tuvo compasión de ella. Su hermana olvidando su crueldad, repartía con ella las limosnas que recibía.

## EL SEÑOR SABELO-TODO

El señor Sabelo-todo era un hombre bajo y delgado, y tan trabajador, que no daba un sólo instante al descanso. Su rostro pálido y lleno de hoyos de viruelas no presentaba más desigualdad que una nariz ancha y arremangada; sus cabellos eran grises y tiesos, sus ojos lanzaban siempre chispas a derecha e izquierda. Todo lo notaba, todo lo criticaba, todo lo sabía mejor que nadie, y siempre tenía razón. Cuando iba por las calles agitaba sus brazos con tanta violencia, que un día tropezó en un cántaro que llevaba una joven en la cabeza y le hizo saltar en el aire, de modo que llenó de agua a todos los que pasaban.

-Tontuela -la dijo-, ¿no habías visto que iba yo a pasar a tu lado?

Era zapatero y cuando trabajaba, tiraba del cáñamo con tal fuerza, que daba grandes puñetazos a todos los que se le acercaban. Ningún oficial podía estar más de un mes en su casa, porque siempre tenía que criticar aún del trabajo mejor hecho. Ya eran desiguales los puntos de la costura, ya un zapato más largo o un tacón más alto que el otro.

-Espera -decía al aprendiz-; voy a enseñarte cómo se suaviza la piel.

Y le administraba dos latigazos en la espalda con el tirapié.

Llamaba a todos perezosos, sin embargo de que él no trabajaba gran cosa, pues no estaba dos minutos parado en un mismo sitio.

Si se levantaba temprano su mujer, encendía la lumbre, alzaba la cama y corría con los pies desnudos a la cocina.

-¿Quieres quemar la casa? -la gritaba. Con esa lumbre hay para asar una vaca, ¡cualquiera diría que no cuesta nada el carbón!

Si cuando las muchachas se ponían a lavar, reían juntas alrededor de la artesa, y se contaban las novedades que sabían, lo tomaba con mucha formalidad y las decía riéndolas:

-Ya habéis comenzado a chismorrear. Con, vuestra charlatanería olvidáis vuestra obligación. ¡Malas pécoras! Bien podáis apretar las manos y callar las lenguas.

Y dirigiéndose encolerizado hacia ellas, tropezó con una caldera de lejía e inundó toda la cocina.

Labraban una casa nueva enfrente de la que él habitaba y desde su ventana inspeccionaba la obra.

-Emplean una madera que no se secará nunca, decía, no gozarán de mucha salud los vecinos de esa casa: mirad cómo ponen los albañiles las piedras de lado: la argamasa no vale nada, es de casquijo y no de piedra como debe ser. Viviré lo suficiente para ver caerse esa casa encima de los que estén dentro.

Después de dar otras dos puntadas en su zapato, se levantaba otra vez de repente y se quitaba con la mayor precipitación su delantal de cuero, diciendo:

-Voy a decirles lo que tienen que hacer. Y dirigiéndose a los carpinteros:

-¿Qué estáis haciendo? -continuaba. ¿No veis que no tiene aplomo ninguno de esas maderas? ¿Creéis que sostendrán esas vigas? Todo eso caerá cuando menos se piense.

Va a quitar el hacha de mano de un carpintero para enseñarle lo que debe hacer; pero acierta a pasar entonces por allí un carro cargado de tierra y tira el hacha para correr tras el carretero.

-Estás loco -le grita-, ¿dónde tienes los sentidos para uncir esos potros a un carro tan cargado? Los pobres animales van a reventar en seguida.

No le contesta el carretero y el señor Sabelo-todo vuelve a su tienda muy incomodado.

Cuando va a sentarse, un aprendiz le presenta un zapato.

-¿Qué es eso? -le grita-; ¿no te he prohibido cortar los zapatos tan bajos? ¿Quién ha de comprar semejante calzado? ¡No tiene más que suela! Quiero que mis órdenes se ejecuten al pie de la letra.

-Es indudable que tiene usted razón, señor maestro, le responde el aprendiz; este zapato no vale nada, pero es el que usted mismo acaba de cortar; le ha dejado caer cuando se levantó y no le he

tocado más que para cogerle del suelo. Pero un ángel del cielo no conseguiría darle gusto a usted.

Sabelo-todo soñó una noche que se había muerto y que se hallaba en el camino del Paraíso. Al llegar a la puerta llamó y abrió San Pedro para ver quién era el que llamaba.

-¡Ah! ¿Sois vos? -le dijo-; podéis entrar, señor Sabelo-todo, pero os advierto que no critiquéis nada de lo que veáis en el cielo, pues de lo contrario os puede suceder alguna desgracia.

-Muy bien hubierais podido excusaros esa advertencia, le contestó Sabelo-todo; pues conozco a lo que obligan las conveniencias, y a Dios gracias todo es perfecto aquí, muy al contrario de lo que pasa en la tierra.

Entró pues y se puso a recorrer los vastos espacios del cielo. Miraba por todas partes a derecha e izquierda, pero no podía dejar de levantar la cabeza y de gruñir de tiempo en tiempo aunque entre dientes. Vio un día dos ángeles que llevaban una larga viga de madera; era un madero que había tenido un hombre en el ojo, mientras buscaba una paja en el de su vecino. Pero los ángeles, en vez de llevarle a lo largo, le llevaban a lo ancho.

-¿Se ha visto nunca una torpeza semejante? -pensó Sabelo-todo para sí.

Sin embargo, calló y se serenó diciendo:

-En realidad lo mismo da llevad el poste derecho delante de uno, o que se lleve de lado, siempre que se lleve sin dificultad, y por cierto que no tropiezan en ninguna parte.

Más lejos vio dos ángeles que sacaban agua en un cubo agujereado, la que se salía por todos lados. Así formaban la lluvia para regar la tierra.

-¡Con diez mil diablos!- exclamó.

Más por fortuna se contuvo creyendo que estarían probablemente jugando.

-Para distraerse, se dijo asimismo, se pueden hacer muchas cosas inútiles, sobre todo aquí donde veo que reina la pereza en grado superlativo.

Más lejos todavía, vio un carro atravesado en un bache muy profundo.

-No es extraño, dijo al hombre que estaba junto al carro; ¡está tan mal cargado! ¿Qué lleváis ahí?

-Buenos pensamientos. No he podido sacarlos a salvo; pero por fortuna he podido subir hasta aquí mi carro y no me dejarán en el atolladero.

No tardó en efecto en llegar un ángel que enganchó dos caballos delante del carro.

-Muy bien -dijo Sabelo-todo; pero dos caballos no bastan: se necesitan por lo menos cuatro.

Llegó otro ángel con otros dos caballos; pero en vez de engancharlos también por delante los enganchó por detrás. Esto era ya demasiado para el señor Sabelo-todo.

-¡Diantre! -exclamó-, ¿que significa eso? Desde que el mundo es mundo no se ha visto nunca enganchar así. Más en su ciego orgullo creen saberlo todo mejor que los demás.

Iba a continuar, pero uno de los habitantes del cielo le cogió por el cuello y le lanzó en el aire con una fuerza irresistible. Aún pudo, sin embargo, distinguir á través de la puerta, que el carro era arrebatado en los aires por los caballos alados.

En aquel momento despertó Sabelo-todo.

-El cielo, se decía, no se diferencia en nada de la tierra, y hay cosas que parecen malas y son buenas en el fondo. Pero a pesar de todo, ¿quién puede ver con sangre fría enganchar los caballos a los dos lados opuestos de un carro? Tenían alas, es verdad, mas no lo había visto en un principio, y de todas maneras, ¿no es una locura poner dos alas a unos caballos que tienen ya cuatro pies? Pero tengo que levantarme, pues de otro modo todo estaría aquí patas arriba. Verdaderamente es una felicidad que no me haya muerto todavía.

## JUAN EN LA PROSPERIDAD

Juan, después de haber estado siete años en casa de su maestro, le dijo un día:

-Maestro, ha terminado el tiempo de nuestro contrato; quiero volver a casa de mi madre, dadme, si os place, lo que he ganado.

Su maestro le contestó:

-Me has servido bien y lealmente; tu recompensa será buena.

Y lo dio un saco lleno de oro; tan grande como su cabeza.

Juan sacó el pañuelo de su bolsillo, hizo el mismo uso de él que si fuera una cuerda, y colocando el saco en sus hombros al extremo de un palo, se puso en camino para ir en busca de su madre.

Mientras caminaba así, siempre un pie tras otro, vio un hombre que trotaba alegremente en su vigoroso caballo.

-¡Ah!, se dijo Juan a sí mismo en alta voz; ¡qué cosa tan buena es ir a caballo! Va uno como sentado en una silla, no tropieza en las piedras del camino, ahorra zapatos y anda sabe Dios cuánto.

El jinete, que le había oído, se detuvo y dijo:

-Y entonces, Juan, ¿por qué vas a pie?

-Porque no puedo pasar por otro punto, le contestó; llevo este saco a mi madre; es verdad que va lleno de oro, mas no por eso pesa menos en mis espaldas.

-Si quieres, cambiaremos, le dijo el jinete; te daré mi caballo y tú me darás tu saco.

-Con mucho gusto, contestó Juan; pero iréis muy cargado, os lo advierto.

Bajó el jinete, y después de haber tomado el oro, ayudó a Juan a montar a caballo y le puso la brida en la mano, diciendo:

-Cuando quieras ahora ir de prisa, no tienes más que decir: ¡jarre!, ¡jarre!

Juan no cabía en sí de gozo cuando se vio a caballo. Pasado un momento, tuvo ganas de ir más deprisa, y comenzó a gritar: ¡jarre!, ¡jarre! El caballo se lanzó en seguida al galope, y antes de tener tiempo de asegurarse en la silla, fue arrojado Juan al suelo, en un foso al lado del camino. El caballo hubiera continuado corriendo si no le hubiera detenido un aldeano que venía en sentido opuesto, llevando una vaca delante; Juan, de muy mal humor, se levantó como pudo y dijo al labriego:

-Es una cosa muy triste el ir a caballo, en particular cuando tiene uno que habérselas con un animal tan malo como este, que le tira al suelo, con exposición de romperle la cabeza. Dios me libre de volver a montar más en él. Al menos con una vaca como la vuestra se va tranquilamente detrás de ella, y tiene uno además leche, manteca y queso todos los días. ¿Qué no daría yo por poseer una vaca como esa?

-Ya que os agrada tanto, dijo el labriego, cambiad mi vaca por vuestro caballo.

Juan se hallaba en el colmo de la alegría. El labriego montó a caballo y se alejó con rapidez.

Juan comenzó a arrear tranquilamente su vaca, contento con el cambio que había hecho, pues pensaba entre sí:

-Con solo tener un pedazo de pan, nada me puede faltar, pues siempre tendré manteca y queso para que le hagan compañía. Si tengo sed, ordeño mi vaca y bebo leche. ¿Qué más puedo desear?

Detúvose en la primera posada que encontró, y consumió alegremente todas las provisiones que había tomado para el camino. Con los dos maravedises que le quedaban, se bebió un baso de cerveza y continuó su viaje arreando su vaca. Acercábase en tanto el mediodía, el calor era sofocante, y Juan se encontró en un erial que tenía más de una legua de largo. Sentía tanto calor que la sed le pegaba la lengua al paladar.

-Este mal tiene remedio, pensó para sí; voy a ordeñar mi vaca y a refrescarme con un vaso de leche.

Ató la vaca a un árbol seco, y a falta de otra cosa, cogió su sombrero, mas por mucho que apretaba con la punta de los dedos, no sacaba ni una gota de leche; para colmo de la desgracia, como

hacía muy mal la operación, el animal, impaciente, le dio una coz en la cabeza y le derribó al suelo, donde permaneció por largo rato.

Por fortuna le levantó un cortador que acertó a pasar por allí cargado con un cerdo; Juan le refirió lo que había pasado.

El carnicero le dio a beber un trago, diciéndole:

-Bebe esto para tomar fuerzas; esa vaca no te dará nunca leche; es muy vieja y solo sirve para uncirla a una carreta o llevarla al matadero.

Juan se arrancó los cabellos de desesperación.

-¡Quién lo hubiera sabido!, exclamaba. Cierto que el que la mate puede comérsela; pero a mí no me gusta la carne de vaca, no sabe a nada. Si fuera un cerdito como el vuestro, sería mucho mejor, aun prescindiendo de las morcillas.

-Escucha; Juan, le dijo el carnicero: si quieres, por complacerte, cambiaré mi cerdo por tu vaca.

-Dios os premie vuestra buena acción, contestó Juan, y dio su vaca al carnicero. Poniendo este su cerdo en el suelo, dio a Juan en la mano la cuerda con que le llevaba atado.

Juan continuó su camino, pensando en su buena estrella; tenía una dificultad y en seguida estaba vencida; en esta situación encontró a un joven que llevaba debajo del brazo un hermoso ganso blanco. Se saludaron y Juan comenzó a referir sus aventuras y los buenos cambios que había hecho. El joven le contó a su vez que llevaba aquel ganso para celebrar un bautizo.

Mirad, le dijo cogiéndole por las alas; ¡mirad qué peso! Es verdad que le han estado cebando dos meses seguidos; al que coma de este ganso le correrá la grasa por los dos lados de la boca.

-Sí, dijo Juan, pesa bastante; pero mi cerdo tiene también su mérito.

El joven comenzó entonces a menear la cabeza, mirando con precaución a todos lados.

-Escuchad, le dijo, el cambio de ese cerdo podría dar margen a otro mucho peor para vos; en la aldea por donde acabo de pasar han robado en este mismo momento uno del corral del alcalde; mucho me temo que sea el mismo que lleváis. Han enviado emisarios a recorrer los caminos, y sería una desgracia muy grande

para vos si os cogiesen con ese animal; lo mejor que os pudiera suceder sería que os metieran en un calabozo.

-¡Ay, Dios mío!, contestó el pobre Juan, que comenzaba a temblar de miedo; ¡tened compasión de mí! Si me quisierais hacer un favor, cambiaríais mi cerdo por vuestro pato.

-Mucho arriesgar es, repuso el muchacho, pero lo haré porque no os suceda nada y me echéis a mí la culpa.

Y cogiendo la cuerda se llevó con prontitud el cerdo por un camino extraviado, mientras que el honrado Juan, libre de inquietud, marchaba con su pato debajo del brazo.

-Reflexionándolo bien, se decía a sí mismo, no he dejado de ganar en este cambio, pues además de un buen asado, tendré grasa lo menos para tres meses, y además, con todas estas plumas blancas puedo hacerme una almohada en la que dormiré sin necesidad de que me mezan. ¡Qué alegre va a ponerse mi madre!

Al pasar por la última aldea antes de llegar a su casa, vio a un afilador que daba vueltas a su rueda cantando:

Aunque soy afilador, no tengo igual;  
da vueltas, rueda, que el sol es tu rival.

Juan se detuvo a mirarle y concluyó por decirle:

-Estáis muy alegre a lo que veo; parece que os va bien en el oficio.

-Sí, contestó el afilador, es un oficio de oro. Un buen afilador es hombre a quien sobra siempre dinero en el bolsillo. Pero ¿dónde habéis comprado ese hermoso ganso?

-No lo he comprado, lo he obtenido en cambio de un cerdo.

-¿Y el cerdo?

-Se ha cambiado por una vaca.

-¿Y la vaca?

-Se ha cambiado por un caballo.

-¿Y el caballo?

-Lo he cambiado por un saco de oro tan grande como mi cabeza.

-¿Y el oro?

-Era el salario que había ganado en siete años.

-Veo, dijo el afilador, que os habéis arreglado siempre a las mil maravillas. Ahora solo os falta encontrar un medio de tener siempre la bolsa llena y ya sois feliz.

-Pero, ¿cómo encontrarle?

-Haceos afilador como yo. Para ello, solo necesitáis una piedra de afilar, lo demás se consigue con el tiempo. Yo tengo una un poco descantillada, es verdad, pero os la daré de balde por vuestro pato.

¿Aceptáis?

-No hay que hablar más palabras, contestó Juan, soy el hombre más feliz de la tierra. Al diablo los cuidados teniendo siempre la bolsa llena.

Cogió la piedra y dio su ganso en cambio.

-Tomad, le dijo el afilador; presentándole un guijarro muy grande que se hallaba a sus pies: os regalo además esa otra piedra que es muy buena; se puede golpear con ella todo lo que se quiera, y os servirá para enderezar los clavos viejos. Llevadla con cuidado.

Juan cargó con el guijarro y se fue con el corazón lleno de alegría y los ojos bailándole en la cara.

-A fe mía, exclamó, he debido nacer de pie; consigo todo lo que quiero, ni más ni menos que si hubiera venido al mundo en domingo.

Pero como estaba de pie desde el amanecer, comenzó a sentirse cansado. También comenzaba a atormentarle el hambre, pues su alegría, cuando adquirió la vaca, le hizo consumir todas sus provisiones de una vez. Andaba con mucho trabajo y parándose a cada paso. La piedra y el guijarro le pesaban horriblemente: no pudo menos de pensar que sería mucho más feliz, si no tuviera que llevar nada encima. Se acercó como pudo a un charco que se hallaba próximo, para descansar y beber un trago de agua, y por no hacerse daño con las piedras al sentarse, las colocó a su lado junto a la laguna: echándose después de bruces comenzó a beber, mas sin querer tropezó en las piedras que rodaron hasta llegar al fondo. Al verlas desaparecer, dio un salto de alegría, y con las lágrimas en los ojos agradeció a Dios haberle librado de aquella carga tan incómoda, sin que fuese culpa suya.

-No hay bajo el sol, dijo, un hombre más afortunado que yo.

Y sin carga ninguna, con el corazón más ligero que las piernas, continuó su camino hasta casa de su madre.

## EL HOMBRE DE LA PIEL DE OSO

Un joven se alistó en el ejército y se portó con mucho valor, siendo siempre el primero en todas las batallas. Todo fue bien durante la guerra, pero en cuanto se hizo la paz, recibió la licencia y orden para marcharse donde le diera la gana. Habían muerto sus padres y no tenía casa, suplicó a sus hermanos que le admitiesen en la suya hasta que volviese a comenzar la guerra; pero tenían el corazón muy duro y le respondieron que no podían hacer nada por él, que no servía para nada y que debía salir adelante como mejor pudiese. El pobre diablo no poseía más que su fusil, se lo echó a la espalda y se marchó a la ventura.

Llegó a un desierto muy grande, en el que no se veía más que un círculo de árboles. Se sentó allí a la sombra, pensando con tristeza en su suerte.

-No tengo dinero, no he aprendido ningún oficio; mientras ha habido guerra he podido servir al rey, pero ahora que se ha hecho la paz no sirvo para nada; según voy viendo tengo que morir de hambre.

Al mismo tiempo oyó ruido y levantando los ojos, distinguió delante de sí a un desconocido vestido de verde con un traje muy lujoso, pero con un horrible pie de caballo.

-Sé lo que necesitas, le dijo el extraño, que es dinero; tendrás tanto como puedas desear, pero antes necesito saber si tienes miedo, pues no doy nada a los cobardes.

-Soldado y cobarde, respondió el joven, son dos palabras que no se han hermanado nunca. Puedes someterme a la prueba que quieras.

-Pues bien, repuso el forastero, mira detrás de ti.

El soldado se volvió y vio un enorme oso que iba a lanzarse sobre él dando horribles gruñidos.

-¡Ah! ¡ah! exclamó, voy a romperte las narices y a quitarte la gana de gruñir; y echándose el fusil a la cara, le dio un balazo en las narices y el oso cayó muerto en el acto.

-Veo, dijo el forastero, que no te falta valor, pero debes llenar además otras condiciones.

-Nada me detiene, replicó el soldado, que veía bien con quién tenía que habérselas, siempre que no se comprometa mi salvación eterna.

-Tú juzgarás por ti mismo, le respondió el hombre. Durante siete años no debes lavarte ni peinarte la barba ni el pelo, ni cortarte las uñas, ni rezar. Voy a darte un vestido y una capa que llevarás durante todo este tiempo. Si mueres en este intervalo me perteneces a mí, pero si vives más de los siete años, serás libre y rico para toda tu vida.

El soldado pensó en la gran miseria a que se veía reducido; él que había desafiado tantas veces la muerte, podía muy bien arriesgarse una vez más. Aceptó. El diablo se quitó su vestido verde y se le dio diciéndole:

-Mientras lleves puesto este vestido, siempre que metas la mano en el bolsillo sacarás un puñado de oro.

Después quitó la piel al oso y añadió:

-Esta será tu capa y también tu cama, pues no debes tener ninguna otra, y a causa de este vestido te llamarán Piel de Oso.

El diablo desapareció enseguida.

El soldado se puso su vestido y metiendo la mano en el bolsillo, vio que el diablo no le había engañado. Se endosó también la piel de oso y se puso a correr el mundo dándose buena vida y no careciendo de nada de lo que hace engordar a las gentes y enflaquecer al bolsillo. El primer año tenía una figura pasadera, pero al segundo tenía todo el aire de un monstruo. Los cabellos le cubrían la cara casi por completo, la barba se había mezclado con ellos, y se hallaba su rostro tan lleno de cieno, que si hubieran sembrado yerba en él hubiese nacido de seguro. Todo el mundo huía de él; sin embargo, como socorría a todos los pobres pidiéndoles rogasen a Dios porque no muriese en los siete años, y como hablaba como un hombre de bien, siempre hallaba buena acogida.

Al cuarto año entró en una posada, cuyo dueño no quería recibirle ni aun en la caballeriza, por temor de que no asustase a los caballos. Pero cuando Piel de Oso sacó un puñado de duros de su bolsillo, se dejó ganar el patrón y le dio un cuarto en la parte trasera del patio a condición de que no se dejaría ver para que no perdiese su reputación el establecimiento.

Una noche estaba sentado Piel de Oso en su cuarto, deseando de todo corazón la conclusión de los siete años, cuando oyó llorar en el cuarto inmediato. Como tenía buen corazón, abrió la puerta y vio a un anciano que sollozaba con la cabeza entre las manos. Pero viendo entrar a Piel de Oso, el hombre asustado quiso huir. Mas se tranquilizó por último oyendo una voz humana que le hablaba, y Piel de Oso concluyó, a fuerza de palabras amistosas, por hacerle referir la causa, de su disgusto. Había perdido todos sus bienes y estaba reducido con sus hijas a tal miseria que no podía pagar al huésped y le iban a poner preso.

-Si no tenéis otro cuidado, le dijo Piel de Oso, yo poseo dinero bastante para sacaros de vuestro apuro.

-Y mandando venir al posadero le pagó, y dio además a aquel desgraciado una fuerte suma para sus necesidades.

El anciano, viéndose salvado, no sabía cómo manifestar su reconocimiento.

-Ven conmigo, le dijo; mis hijas son modelos de hermosura, elegirás una por mujer y no se negará en cuanto sepa lo que acabas de hacer por mí. Tu aire es en verdad un poco extraño, pero una mujer te reformará bien pronto.

Piel de Oso consintió en acompañar al anciano, mas cuando la hija mayor vio su horrible rostro, echó a correr asustada dando gritos de espanto. La segunda le miró a pie firme y después de haberle contemplado de arriba abajo, dijo:

-¿Cómo aceptar un marido que no tiene figura humana? Preferiría el oso afeitado que vi un día en la feria, y que estaba vestido de hombre con una pelliza de húsar y sus guantes blancos. Al menos no era más que feo y podía una acostumbrarse a él.

Pero la menor dijo:

-Querido padre, debe ser un hombre muy honrado, puesto que nos ha socorrido; le habéis prometido una mujer y es preciso hacer

honor a vuestra palabra.

-Por desgracia el rostro de Piel de Oso estaba cubierto de pelo y de barro, pues si no se hubiera podido ver brillar la alegría que rebosó en su corazón al oír estas palabras. Quitó un anillo de su dedo, le partió en dos, dio la mitad a su prometida, recomendándola le guardase ínterin él conservaba la otra. En la mitad que la dio inscribió su propio nombre, y el de la joven en la que guardó para sí. Después se despidió de ella, diciendo:

-Os dejo hasta dentro de tres años, si vuelvo nos casaremos, pero si no vuelvo es que he muerto y entonces seréis libre.

Pedid a Dios que me conserve la vida.

La pobre joven estaba siempre triste desde aquel día y se la saltaban las lágrimas cuando se acordaba de su futuro marido. Sus hermanas, por su parte, la dirigían las chanzas más groseras.

-Ten cuidado, la decía la mayor, cuando le des la mano, no te desuelle con su pata.

-Desconfía de él, la decía la segunda; los osos son aficionados a la carne blanca; si le gusta te comerá.

-Tendrás que hacer siempre su voluntad, añadía la mayor, pues de otro modo no te faltarán gruñidos.

-Pero, añadía la segunda, el baile de la boda será alegre; los osos bailan mucho y bien.

La pobre joven dejaba hablar a sus hermanas sin incomodarse. En cuanto al hombre de la Piel de Oso, andaba siempre por el mundo haciendo todo el bien que podía y dando generosamente a los pobres para que pidiesen por él.

Cuando llegó al fin el último día de los siete años, volvió al desierto y se puso en la plazuela de árboles. Se levantó un aire muy fuerte, y no tardó en presentarse el diablo de muy mal humor; dio al soldado sus vestidos viejos y le pidió el suyo verde.

-Espera, dijo Piel de Oso, es preciso que me limpies antes.

El diablo se vio obligado, bien a pesar suyo, a ir a buscar agua y lavarle, peinarle el pelo y cortarle las uñas. El joven tomó el aire de un bravo soldado mucho mejor mozo de lo que era antes.

Piel de Oso se sintió aliviado de un gran peso cuando partió el diablo sin atormentarle de ningún otro modo. Volvió a la ciudad, y se puso un magnífico vestido de terciopelo, y subiendo a un coche

tirado por cuatro caballos, blancos, se hizo conducir a casa de su prometida. Nadie le conoció; el padre le tomó por un oficial superior y le condujo al cuarto donde se hallaban sus hijas. Las dos mayores le hicieron sentar a su lado, le sirvieron una excelente comida, y declarando que no habían visto nunca un caballero tan buen mozo. En cuanto a su prometida, estaba sentada enfrente de él con su vestido negro, los ojos bajos y sin decir una sola palabra.

El padre le preguntó, por último, si quería casarse con alguna de sus hijas, y las dos mayores corrieron a su cuarto para vestirse, pensando cada una de ellas que sería la preferida.

El forastero se quedó solo con su prometida, sacó la mitad del anillo que llevaba en el bolsillo y le echó en un vaso de vino que la ofreció.

Citando se puso a beber y distinguió aquel fragmento en el fondo del vaso; se estremeció su corazón de alegría.

Cogió la otra mitad que llevaba colgada al cuello y la acercó a la primera, uniéndose ambas exactamente. Entonces él la dijo:

-Soy tu prometido, el que has visto bajo una piel de oso; ahora, por la gracia de Dios, he recobrado la figura humana y estoy purificado de mis pecados.

Y tomándola en sus brazos, la estrechaba en ellos cariñosamente en el momento mismo en que entraban sus dos hermanas con sus magníficos trajes; pero cuando vieron que aquel joven tan buen mozo era para su hermana y que era el hombre de la piel de oso, se marcharon llenas de disgusto y cólera. La primera se tiró a un pozo y la segunda se colgó de un árbol.

Por la noche llamaron a la puerta, y yendo, a abrir el marido, vio al diablo con su vestido verde que le dijo:

-No he salido mal; he perdido un alma pero he ganado dos.

## JUANITA Y JUANITO

En medio de un espeso bosque había un antiguo castillo habitado únicamente por una anciana, la cual era hechicera, por el día se convertía en gato o ave nocturna, mas por la noche volvía a tomar su forma humana. Cogía caza y pájaros, los mataba, los cocía y se los comía; si se acercaba alguien a cien pasos de su castillo, se quedaba parado en el sitio por donde se había acercado; del cual no se podía mover, hasta que ella se lo permitía; si era una doncella la que entraba en aquel círculo, la convertía en pájaro, la encerraba en una jaula y la llevaba a una habitación del castillo donde había llegado a reunir unas setecientas jaulas de este género.

Había por entonces una doncella, llamada Juanita, que era mucho más hermosa que todas las doncellas de su edad, la cual se hallaba prometida a un joven, también muy buen mozo, llamado Juanito; hallábanse próximos a contraer matrimonio y no tenían más placer que estar juntos, y para poder hablar con mas confianza, iban al bosque a pasearse.

-Guárdate, la decía Juanito, de acercarte mucho al castillo.

Pero una hermosa tarde, cuando el sol iluminaba la verde yerba del bosque a través de las copas de los árboles, y las tórtolas expresaban sus quejas en animados gorjeos, Juanita se puso a escucharlas y comenzó a llorar y al verla Juanito echó a llorar también. Estaban tan turbados como si se hallaran próximos a la muerte; miraron a su alrededor, se habían perdido e ignoraban por dónde debían volver a su casa. El sol estaba ocultándose detrás de la montaña; Juanito miró a través de los árboles y vio que se hallaban próximos a las viejas paredes del castillo, se asustó y quedó pálido y desfallecido. Juanita comenzó a cantar:

Pajarillo, pajarillo,  
el del dorado collar;

¿qué cantas, qué, cantas, dime?

cantas, cantas tu pesar.

¿Qué canta mi palomita,

qué cantas, dímelo tú,

cantas acaso su muerte?

Cántala tú, sí, tú, sí, tú.

Juanito miró a Juanita, la cual se habla convertido en un ruiseñor, que cantaba, sí, tú, sí, tú. Un ave, nocturna de brillantes ojos voló tres veces alrededor de ella, y gritó también tres veces: ¡hu, hu, hu! Juanito no podía moverse, estaba como petrificado, no podía llorar, ni hablar, ni menear mano ni pie. Acababa de ponerse el sol, voló el ave a un arbusto y a poco salió de detrás de él una vieja pálida y flaca; con grandes ojos colorados, nariz aplastada y retorcida por la punta, que la llegaba hasta la barba. Murmuró algunas palabras, llamó al ruiseñor y le cogió con la mano.

Juanito no podía hablar, ni moverse del sitio donde se hallaba; el ruiseñor desapareció. Volvió luego la mujer y dijo con voz ronca:

-Yo te saludo, la luna ha aparecido en el cielo, estás libre; sea en buen hora.

Y Juanito quedó en libertad.

Arrojose entonces a los pies de aquella mujer, y le suplicó le permitiese llevarse a su Juanita, mas ella le dijo que no lo conseguiría jamás, y se marchó. La llamó, lloró, se lamentó, todo fue en vano.

-¡Oh, qué va a ser de mí!

Juanito echó a andar hasta que llegó a una aldea lejana; donde guardó ovejas por mucho tiempo. Con frecuencia iba a dar una vuelta alrededor del castillo, pero nunca se acercaba; al fin soñó una noche que se había encontrado una rosa de color de sangre, en cuyo centro había una perla muy grande; cogió la rosa, se marchó al castillo, y todo lo que tocaba con ella quedaba desencantado; también soñó haber vuelto a reunirse con su Juanita. Cuando despertó por la mañana comenzó a buscar por las montañas y valles para ver si encontraba una rosa como con la que habla soñado, la buscó nueve días seguidos y una mañana halló una rosa de color de sangre; en su centro había una gota de rocío tan grande

como una hermosa perla. Dirigióse al castillo con su rosa, no se quedó petrificado y pudo seguir andando hasta llegar a la puerta.

Juanito se puso muy alegre, tocó las puertas con la flor y se abrieron; entró y se detuvo en el patio para escuchar dónde se oía el canto de los pájaros, hasta que le oyó al fin; se dirigió hacia aquel punto y se encontró en un salón en el cual se hallaba la hechicera rodeada de siete mil jaulas de pájaros.

Cuando vio a Juanito se encolerizó mucho, gritó, y le arrojó hiel y veneno, pero no pudo acercarse a dos pasos de él, que no quiso retroceder, y siguió recorriendo las jaulas llenas de pájaros; pero contenían muchos centenares de ruiseñores; ¿cómo encontrar a su Juanita?

Hallándose en esto, se acercó la vieja a hurtadillas a una jaula que tenía un pájaro al cual abrió la puerta; fue corriendo, tocó a la jaula con la flor y también a la vieja, que desde entonces no podía encantar ya a nadie, y se encontró al lado de Juanita, que se arrojó a su cuello mucho más hermosa que le había estado nunca.

Volvió antes de marcharse a todos los pájaros a su primitivo ser de doncellas y se fue con su Juanita a su casa, donde vivieron por mucho tiempo felices y contentos.

## EL JOVEN GIGANTE

Un labrador tenía un hijo tan grande como el dedo pulgar. Nunca crecía, y en muchos años su estatura no se aumentó ni en un solo dedo. Un día que iba su padre a trabajar al campo, le dijo el pequeñillo:

-Padre, quiero ir contigo.

-¿Venir conmigo? dijo el padre; ¡quédate ahí! Fuera de casa no servirías más que para incomodar; y además podrías perderte.

Pero el enano echó a llorar, y por tener paz, se le metió su padre en el bolsillo y le llevó consigo. En cuanto llegó a la tierra que iba a arar, le sentó en un surco recién abierto.

Estando allí se apareció un gigante muy grande que venía del otro lado de las montañas:

-Mira, el coco, le dijo su padre, que quería meter miedo a su hijo para que fuera más obediente; viene a cogerte. Pero el gigante, que había oído esto, llegó en dos pasos al surco, cogió al enanito y se le llevó sin decir una palabra. El padre, mudo de asombro, no tuvo fuerzas ni aun para dar un grito. Creyó perdido a su hijo, y no esperó volverle a ver más.

El gigante se le llevó a su casa, y le crió por sí mismo, y el enanito tomó de repente una gran estatura, creció y llegó a ser parecido a un gigante. Al cabo de dos años el gigante fue con él al bosque, para probarle, le dijo:

Cógeme una varilla.

El muchacho era ya tan fuerte, que arrancó de la tierra un arbolito con raíces. Pero el gigante se propuso que creciera todavía más, y llevándosele consigo, le crió todavía durante otros dos años. Al cabo de este tiempo, habían aumentado de tal modo sus fuerzas, que arrancaba de la tierra un árbol aunque fuera muy viejo. Pero esto no

era suficiente para el gigante; le crió todavía durante otros dos años, al cabo de los cuales fue con él al bosque, y le dijo:

-Cógeme un palo de un tamaño regular.

El joven arrancó de la tierra la encina mayor del bosque, que dio un horrible estallido, no siendo este esfuerzo más que un juego para él.

-Está bien, dijo el gigante, ya ha concluido tu educación.

-Y le llevó a la tierra donde le había cogido. Hallábase ocupado en labrar su padre, cuando se acercó a él el joven gigante y le dijo:

-Ya estoy aquí, padre mío, y hecho todo un hombre. El labrador, asustado, exclamó:

-No, tú no eres mi hijo, yo no te quiero; márchate.

-Sí, yo soy vuestro hijo. Dejadme trabajar en lugar vuestro. Yo araré tan bien y mejor que vos.

-No, no, tú no eres mi hijo, y tú no sabes arar; márchate.

Pero, como tenía miedo al coloso, dejó el arado y se puso a alguna distancia. Entonces, el joven, cogiendo su instrumento con una sola mano, se apoyó encima con tal fuerza, que la reja se hundió profundamente en la tierra. El labrador no pudo dejar de gritarle:

-Si quieres arar, no debes profundizar tanto, pues te saldrá muy mal el trabajo.

El joven desenganchó entonces los caballos y se enganchó al arado, diciendo a su padre:

-Id a casa, y decid a mi madre que me prepare una comida abundante; entretanto acabaré de arar esta tierra. El labrador fue a su casa y se lo dijo todo a su mujer. En cuanto al joven gigante, aró toda la tierra, que tendría muy bien dos fanegas, por sí solo, y enseguida la rastrilló arrastrando dos rastrillos a la vez. Cuando hubo concluido fue al bosque, arrancó dos encinas que se echó al hombro, y colgando en la una los dos rastrillos, y en la otra los dos caballos, lo llevó todo a casa de sus padres con la misma facilidad que si fuera una paja.

Cuando entró en el patio, su madre, que no le conocía, exclamó:

-¿Quién es ese horrible gigante?

-Es nuestro hijo, dijo el labrador.

-No, dijo ella, no es nuestro hijo; nuestro hijo, ha muerto ya. Nosotros no hemos tenido nunca ninguno tan grande: el nuestro era muy pequeñito.

Y dirigiéndose a él:

-Márchate, le gritó; nosotros no te queremos. El joven no la contestó.

Llevó los caballos a la cuadra, les dio heno y avena y los cuidó perfectamente. Después, cuando hubo concluido, entró en el cuarto, y sentándose en el banco:

-Madre, dijo, tengo hambre, ¿está pronta la comida?

-Sí, respondió, y puso delante de él dos platos muy grandes, llenos hasta arriba, y que hubieran bastado para comer ella y su marido durante ocho días.

El joven se comió todo; enseguida preguntó si había algo más.

-No; eso es todo lo que tenemos.

-Eso apenas ha bastado para abrirme el apetito; necesito otra cosa.

-La madre no se atrevió a negarse: puso a la lumbre una marmita muy grande, llena de tocino y se le dio en cuanto estuvo cocido.

-Vamos, dijo, ahora ya se puede tomar un bocado. Y se lo tragó todo sin que se le quitase el hambre. Entonces dijo a su padre:

-Veo que en casa no hay lo que necesito para comer. Buscadme una barra de hierro, bastante fuerte, que no se rompa encima de mi rodilla y me iré a correr el mundo.

El labrador estaba admirado. Enganchó los dos caballos al carro y trajo de la fragua una barra de hierro tan grande y tan gruesa que apenas podían arrastrarla los dos caballos.

El joven la cogió y la rompió en su rodilla como una paja; tiró los pedazos a un lado. El padre enganchó cuatro caballos, y trajo otra barra de hierro, mucho más grande y fuerte que la primera. Pero su hijo la rompió también encima de la rodilla, diciendo:

Esta tampoco vale nada, traedme otra más fuerte. El padre enganchó por último ocho caballos y trajo una que apenas podían arrastrarla todos ellos. En cuanto la cogió el hijo en su mano, rompió un poco de una punta; y dijo a su padre:

Ahora veo que no podéis procurarme una barra de hierro como la que necesito. Me marcho de vuestra casa.

Para correr el mundo se hizo herrero. Llegó a una ciudad donde había un herrero muy avaro que no daba nunca nada a nadie y quería guardárselo todo para él solo. Se presentó en la fragua y le pidió trabajo. El maestro se admiró de ver un joven tan vigoroso, y contó con que daría buenos martillazos y ganaría bien su dinero. ¿Cuánto quieres de jornal? Le preguntó.

-Nada, respondió el otro, pero cada quincena cuando pagues a los demás quiero darte dos puñetazos, que quedarás obligado a recibir.

El avaro quedó muy satisfecho del contrato, que le ahorraba mucho dinero. Al día siguiente el oficial forastero fue el que dio el primer martillazo cuando el maestro llevó la barra de hierro, ardiendo; la dio tal golpe, que el hierro se rompió, y saltó, y el yunque se hundió tan profundamente en el suelo que no pudieron volverle a sacar. El maestro, incomodado, le dijo:

No sirves para el oficio, porque pegas muy fuerte; ¿qué quieres que te dé por ese martillazo que has pegado?

-No quiero más que darte un puntillazo, uno solo.

Y le dio tal puntillazo, que le hizo saltar por encima de cuatro carros de heno. Después buscó la barra de hierro más gruesa que pudo hallar en la fragua, y cogiéndola como un bastón, continuó su camino.

Un poco más lejos llegó a una granja, y preguntó a su dueño si necesitaba algún criado.

-Sí- le respondió, necesito uno. Tú me pareces un muchacho muy vigoroso y que sabes ya tu obligación. Pero ¿cuanto quieres de salario?

Le respondió que no quería salario y se contentaba con darle todos los años tres trompis, que se obligaría a recibir. El extranjero se alegró mucho de este contrato porque era también muy avaricioso.

Al día siguiente habla que ir a buscar madera al bosque, los otros criados estaban ya de pie, pero nuestro joven se hallaba aun en la cama. Uno de ellos le gritó:

-Levántate, que ya es hora, vamos al bosque y es preciso que vengas con nosotros.

-Id delante, le contestó bruscamente, yo estaré de vuelta mucho antes que vosotros.

Los otros fueron a buscar al amo y le dijeron que el criado nuevo estaba todavía acostado y no quería ir con ellos al bosque. El amo les dijo que fueran a despertarle otra vez y le dieron orden de enganchar los caballos. Pero nuestro hombre les volvió a responder:

Id delante, que yo estaré de vuelta antes que vosotros.

Todavía estuvo acostado dos horas; al cabo de este tiempo se levantó y después de haber cogido dos fanegas de guisantes y hacerse un buen cocido que comió tranquilamente enganchó los caballos para conducir la carreta al bosque. Para llegar a este sitio había que pasar por un camino que se hallaba en una hondonada; hizo pasar primero la carreta, después, deteniendo los caballos volvió atrás, cubrió el camino con árboles y malezas, de modo que no era posible pasar. Cuando entró en el bosque los otros volvían ya con sus carretas cargadas, y les dijo:

Id delante, que yo estaré en casa antes que vosotros. Sin andar más, se contentó con arrancar dos árboles enormes que echó en su carreta, y después se volvió por el mismo camino. Cuando los halló detenidos y sin poder pasar delante de los árboles que había preparado con aquel objeto les dijo:

Si os hubierais quedado en casa esta mañana como yo, habríais dormido una hora más, y no entraríais esta noche otra más tarde.

Y como no podían avanzar sus caballos, los desenganchó, los puso encima de la carreta, y cogiendo él mismo la lanza en la mano, cargó con todo como si fuera un puñado de plumas. Cuando estuvo al otro lado:

Ved, les dijo, como llego mucho antes que vosotros; y continuó su camino sin aguardarlos. Al llegar cogió un árbol en la mano, y le enseñó al amo, diciendo:

¿No es este un hermoso tronco?

El amo dijo a su mujer: Este es un buen criado: si se levanta más tarde que los demás, también está de regreso antes que ellos.

Sirvió al granjero durante un año. Cuando éste expiró y recibieron su salario los otros criados, quiso también cobrarse el suyo. Pero el amo, atemorizado a la perspectiva de los golpes que tenía que

recibir, le suplicó en el acto se los perdonase, declarándole que prefería ser él mismo su criado y cederle la granja.

-No, le respondió, yo no quiero la granja, soy criado, y quiero continuar siéndolo, pero lo que se ha convenido debe ejecutarse.

El granjero le ofreció darle todo lo que quisiera, pero fue en vano, pues respondía siempre:

-No.

Le pidió un plazo de quince días para buscar alguna escapatoria. El otro consintió.

El arrendatario reunió entonces a todos sus criados y les pidió su parecer. Después de haber reflexionado por mucho tiempo, respondieron que con un criado semejante nadie estaba seguro de su vida, y que mataría a un hombre como a una mosca. Fueron, pues, de parecer que se le hiciera bajar al pozo, so protesto de limpiarle, y en cuanto estuviera abajo, echarle encima de la cabeza una porción de piedras de molino que estaban allí cerca, de modo que le matasen en el acto.

El consejo agradó al arrendatario y el criado se apresuró a bajar al pozo. En cuanto estuvo en el fondo, le arrojaron aquellas enormes piedras creyendo que le desharían la cabeza, pero él les gritaba desde abajo:

-Echad las gallinas de ahí, arañan en la arena, y me cae en los ojos, me han cegado.

El arrendatario hizo ¡spcha! ¡spcha! como si echara las gallinas. Cuando concluyó y subió el criado.

-Mira; le dijo, qué hermoso collar.

Era la mayor de las piedras que tenía alrededor del cuello.

El criado seguía exigiendo su salario, pero el arrendario le pidió otros quince días, decidido a reflexionarlo. Sus criados le aconsejaron enviase al joven a un molino encantado, para moler el grano durante la noche, pues nadie había salido vivo al día siguiente. Este consejo agradó al arrendatario, y en el mismo instante envió a su criado al molino a llevar ocho fanegas de trigo y molerlas durante la noche, porque estaban ya haciendo falta. El criado echó dos fanegas de trigo en su bolsillo derecho, dos en el izquierdo, se cargó cuatro en una alforja, dos por delante y dos por detrás, y marchó corriendo al molino. El molinero le dijo que podía

muy bien moler de día y no de noche, pues todos los que se aventuraban a ello, habían aparecido muertos a la mañana siguiente.

-No moriré yo; idos a costar, y dormid sin cuidado.

Y entrando en el molino empezó a moler el trigo como si no se tratase de nada.

Hacia las once de la noche entró en el cuarto del molinero, y se sentó en un banco. Al cabo de un instante se abrió la puerta por sí misma y se vio entrar una mesa muy grande, en la que se colocaron por sí solos una multitud de platos y de botellas llenos de las cosas más exquisitas, sin que pareciera nadie para llevarlos. Los taburetes se colocaron también alrededor de la mesa, sin que se presentase nadie, pero el joven vio al fin dedos sin mano ni nada que iban y venían a los platos, y manejaban los tenedores y los cuchillos. Como tenía hambre y le olían bien los manjares, se sentó también a la mesa y comió con apetito. Cuando hubo concluido de cenar y los platos vacíos anunciaron que los invisibles habían concluido también, oyó claramente que apagaban las luces y se apagaron todas de repente. Entonces, en la oscuridad, sintió en su mejilla una cosa parecida a un bofetón, y dijo en voz alta:

-Si empiezas, empiezo yo también.

Recibió sin embargo un segundo y correspondió entonces.

Los bofetones dados y devueltos continuaron toda la noche, y el joven gigante no se quedó atrás en el juego. Al amanecer cesó todo. Llegó el molinero y se admiró de hallarle vivo todavía.

-Me he regalado bien, dijo el gigante: he recibido bofetones, pero también los he dado.

El molinero se puso muy contento, porque ya estaba desencantado su molino; quería dar al joven gigante mucho dinero para recompensarle.

-No quiero dinero, le dijo, tengo más del que necesito.

Y echándose sus sacos de harina a las espaldas, volvió a la granja, y declaró al arrendatario que estaba concluida su comisión y quería su salario.

El arrendatario estaba asustado; no podía estar quieto en un lugar, iba y venía por el cuarto, y las gotas de sudor le caían por el rostro. Para respirar un poco abrió la ventana; pero antes que

tuviera tiempo de desconfiar, le dio un puntillón el criado, que le hizo salir volando por la ventana y subir por el aire, en que continuó hasta perderse de vista.

Entonces dijo el criado a la arrendataria:

-Ahora os toca a vos, pues vuestro marido no ha podido recibir el segundo puntillón.

Pero ella exclamó:

-No, no, a las mujeres no se las pega.

Y abrió la otra ventana, porque la corría el sudor por la frente, pero recibió un puntillón que la echó a volar por el aire, más alto todavía que a su marido, porque era mucho más ligera.

Su marido la gritaba:

-Ven conmigo.

Y ella le respondía:

-Ven conmigo tú, pues no puedo ir yo.

Y continuaron flotando en el aire, sin conseguir reunirse, y quizá flotan en él todavía.

En cuanto al joven gigante, cogió su barra de hierro y se puso en camino.

## EL OSO Y EL REYEZUELO

El oso y el lobo se paseaban un día por el bosque, cuando el oso oyó cantar a un pájaro.

-Hermano lobo, le preguntó, ¿quién es ese hermoso cantor?

-Es el rey de los pájaros, contestó el lobo, debemos saludarle. Era en efecto el reyezuelo.

-En ese caso, dijo el oso, S. M. tendrá su correspondiente palacio. Me alegraría verle.

-Eso no es tan fácil como piensas, replicó el lobo, pues es preciso aguardar a que esté en él la reina.

La reina llegó en este intermedio, la cual, lo mismo que el rey, tenía en su pico gusanillos para dar de comer a sus hijuelos. El oso los hubiera seguido con mucho gusto, pero le detuvo el lobo por la manga, diciéndole:

-No, espera a que salgan.

Tuvieron únicamente cuidado con el lugar donde se hallaba el nido, y continuaron su camino.

Mas el oso no podía parar de curiosidad hasta ver el palacio del rey de los pájaros, y no tardó en volver. El rey y la reina estaban fuera; dirigió una mirada a hurtadillas, y vio cinco o seis pajarillos acostados en el nido.

-Si es este el palacio, exclamó, es un palacio bien triste; y en cuanto a vosotros, vosotros no sois hijos de un rey, sino unas criaturas bien pequeñas e innobles.

Los reyezuelos se incomodaron mucho al oír esto y comenzaron a gritar:

-No, no, no, nosotros no somos lo que nos dices; nuestros padres son nobles; pagarás cara esta injuria.

El lobo y el oso tomaron miedo al oír esta amenaza y se refugiaron en sus agujeros.

Pero los reyezuelos continuaron gritando y haciendo ruido, y dijeron a sus padres en cuanto vinieron a traerles de comer:

-El oso ha venido a insultarnos, no nos menearmos de aquí, y no comeremos nada hasta que hayáis dejado bien puesta nuestra reputación.

-No tengáis cuidado, les dijo el rey, volveré por vuestra honra.

Y marchó volando con la reina hasta el agujero del oso, donde le gritó:

-Viejo gruñón, ¿por qué has insultado a mis hijos? te pesará, porque vamos a hacerte una guerra a muerte. Declarada la guerra, el oso llamó en su auxilio al ejército de los cuadrúpedos, el buey, la vaca, el asno, el ciervo, el corzo y todos sus semejantes. El reyezuelo convocó por su parte a todos los que vuelan por los aires, no solo a los pájaros grandes y pequeños, sino también a los insectos alados: tales como las moscas, cínifes, abejas y avispas. Cuando llegó el día de la batalla, el reyezuelo envió espías para saber quién era el general del ejército enemigo; el cínife, como el más pequeño de todos, voló al bosque donde estaba reunido el enemigo y se ocultó bajo la hoja de un árbol, a cuyo alrededor se hallaba deliberando el consejo. El oso llamó al zorro y le dijo:

-Compadre, tú eres el más astuto de todos los animales, tú serás nuestro general.

-Con mucho gusto, contestó, pero es preciso convenir en una señal.

Nadie se atrevió a decir una palabra.

-Pues bien, -continuó- yo tengo una cola muy hermosa, larga y espesa como un penacho rojo; mientras la tenga levantada en alto, las cosas van bien y marcháis adelante; pero en cuanto la baje al suelo, será la señal de sálvese el que pueda.

El cínife, que había comprendido bien, fue al punto a contárselo todo al reyezuelo.

Al rayar la aurora, recorrían los cuadrúpedos el campo de batalla; galopando de tal manera que la tierra temblaba bajo sus pies. El reyezuelo apareció en los aires con su ejército, que zumbaba, gritaba y volaba por todas partes de un modo que causaba vértigos. Se atacaron con furor. Pero el reyezuelo envió a la avispa con la orden de colocarse bajo la cola del zorro y picarle con todas sus

fuerzas. El zorro no pudo menos de dar un salto al primer aguijonazo, pero conservando, sin embargo, la cola en el aire; al segundo se vio obligado a bajarla un instante; pero al tercero no pudo tenerla alzada por más tiempo y la apretó entre las piernas, dando agudos gritos. Al ver esto, creyeron los cuadrúpedos que se había perdido todo, y comenzaron a huir cada uno a su agujero, y así ganaron la batalla los pájaros.

El rey y la reina volaron enseguida a su nido, exclamando:

-Somos vencedores, hijos; bebed y comed alegremente.

-No, contestaron los pajarillos; es necesario que venga el oso a pedirnos perdón y a declarar que reconoce nuestra nobleza.

El reyezuelo voló al agujero del oso y le dijo:

-Viejo gruñón, ve a pedir perdón delante del nido de mis hijos, y a declararles que reconoces su nobleza. ¡Ay de ti si no!

Asustado el oso, se acercó arrastrando y pidió el perdón exigido; entonces se sosegaron al fin los reyezuelos y pasaron la noche alegremente en fiestas.

## LOS DOCE CAZADORES

Había una vez un príncipe que tenía una novia, a la cual quería mucho; hallábase siempre a su lado y estaba muy contento, pero tuvo noticia de que su padre, que vivía en otro reino, se hallaba mortalmente enfermo, y quería verle antes de morir; entonces dijo a su amada:

-Tengo que marcharme y abandonarte, pero aquí tienes esta sortija en memoria de nuestro amor, y cuando sea rey volveré y te llevaré a mi palacio.

Se puso en camino, y cuando llegó al lado de su padre, se hallaba moribundo, y le dirigió estas palabras:

-Querido hijo mío, he querido verte por última vez antes de morir; prométeme casarte con la mujer que te designe.

Y le nombró una princesa que debía ser su esposa.

El joven estaba tan afligido, que le contestó sin reflexionar:

-Sí, querido padre, cumpliré vuestra voluntad. Y el rey cerró los ojos y murió.

Comenzó entonces a reinar el hijo, y trascurrido el tiempo del luto debía cumplir su promesa, por lo que envió a buscar a la hija del rey con la cual había dado palabra de casarse. Súpolo su primera novia y sintió mucho su infidelidad, llegando casi a perder la salud.

Entonces la preguntó su padre:

-Dime, querida hija, ¿qué te falta?, ¿qué tienes? Reflexionó ella un momento y después contestó:

-Querido padre, quisiera encontrar once jóvenes iguales a mi rostro y estatura.

El rey la respondió:

-Se cumplirá tu deseo si es posible.

Y mandó buscar por todo su reino once doncellas que fueran iguales a su hija en rostro y estatura.

Cuando las hubo encontrado, se vistieron todas de cazadores con trajes enteramente iguales; la princesa se despidió después de su padre y se marchó con sus compañeras a la corte de su antiguo novio; preguntó si necesitaba cazadores y si podían entrar todos en su servicio. El rey la miró y no la conoció; pero como todos eran tan buenos mozos, dijo que sí, que los recibiría con gusto. Y quedaron los doce cazadores a servicio del rey.

Pero el rey tenía un león, que era un animal mágico, pues sabía todo lo oculto y secreto, y una noche le dijo:

-¿Crees que tienes doce cazadores?

-Sí, contestó el rey, los cazadores son doce. Pero el león añadió:

-Te engañas, son doce doncellas.

El rey replicó:

-No puede ser verdad; ¿cómo me lo probarás?

-Manda echar guisantes en tu cuarto, replicó el león, y lo verás con facilidad. Los hombres tienen el paso firme; cuando andan sobre guisantes, ninguno se mueve; pero las mujeres caminan con inseguridad y vacilan y los guisantes ruedan.

El rey siguió su consejo y mandó extender los guisantes. Mas un criado del rey, que quería mucho a los cazadores, cuando supo que debían ser sometidos a una prueba, se lo contó diciéndoles:

-El león quiere probar al rey que sois mujeres. Agradecióselo la princesa y dijo a sus doncellas:

-Id con cuidado, y andad con paso fuerte por los guisantes.

Cuando el rey llamó al día siguiente a los cazadores y fue a su cuarto, donde estaban los guisantes, comenzaron a andar con fuerza y con un paso tan firme y seguro, que ni uno solo rodó ni se movió. Cuando se marcharon, dijo el rey al león:

-Me has engañado, andan como hombres.

El león le contestó:

-Lo han sabido, y han procurado salir bien de la prueba, haciendo un esfuerzo. Pero manda traer doce husos a tu cuarto, y cuando entren verás cómo se sonríen, lo cual no hacen los hombres.

Agradó al rey el consejo y mandó llevar las ruecas a su cuarto.

Pero el criado, que tenía cada vez más afición a los cazadores, fue a verlos y les descubrió el secreto. Entonces dijo la princesa a sus once doncellas, así que estuvieron solas:

-Estad con cuidado y no miréis a las rucas.

Cuando el rey llamó al día siguiente a los doce cazadores, entraron en su cuarto sin mirar a las rucas. El rey dijo entonces al león:

-Me has engañado, son hombres, pues no han mirado las rucas.

El león le contestó:

-Han sabido que debían ser sometidos a esta prueba y han procurado vencerse.

Pero el rey no quiso creer ya al león.

Los doce cazadores seguían al rey constantemente a la caza, el cual había llegado a tenerlos verdadero cariño; pero un día, estando cazando, llegó la noticia de que había llegado la esposa del rey; su antigua novia, al oírlo, lo sintió tanto, que la faltaron las fuerzas y cayó desmayada en el suelo. El rey creyó que había dado mal de corazón a su querido cazador, se acercó a él para auxiliarle, le quitó el guante, y vio en su mano la sortija que había regalado a su primera novia; miróla entonces a la cara y la conoció, conmoviéndose de tal modo su alma, que la dio un beso, y cuando volvió en sí la dijo:

-Tú eres mía y yo soy tuyo, y ningún hombre del mundo puede separarnos.

Envió a su otra novia un caballero diciéndola regresase a su reino, pues estaba ya casado, y no tardaron en celebrar su boda, perdonando al león, porque había dicho la verdad.

## EL SASTRECILLO VALEROSO

Un sastrecillo estaba sentado en su mesa cerca de la ventana en una hermosa mañana de verano, cosiendo alegremente y con mucha prisa, cuando acertó a pasar por la calle una mujer que voceaba:

-¿Quién compra buena crema? ¿Quién compra buena crema?

Esta palabra crema sonó tan agradablemente a nuestro hombre que, asomando su pequeña cabeza por la ventana, exclamó:

-Aquí, buena mujer, entrad aquí y encontraréis comprador.

Subió cargada con su pesado cesto los tres escalones de la tienda del sastre y tuvo que poner delante de él todos sus cacharros para que los mirase, manejase y oliese el uno después del otro concluyendo por decir:

-Me parece que es buena esta crema; dadme dos onzas, buena mujer, y aunque sea un quarterón.

La vendedora, que había creído hacer un negocio mucho mejor, le dio lo que pedía, pero se fue gruñendo y refunfuñando.

-Ahora, exclamó el sastrecillo, suplico a Dios que tenga a bien bendecir esta buena crema para que me dé fuerza y vigor.

Y cogiendo el pan del armario partió una larga rebanada para extender su crema encima.

-¡Qué bien me va a saber!, pensó para sí, pero antes de comérmela voy a acabar este chaquet.

Colocó la tostada a su lado y se puso a coser de nuevo, y era tal su alegría que daba las puntadas cada vez mayores. Pero el olor de la crema atraía las moscas que cubrían la pared y vinieron en gran número a colocarse encima de ello.

-¿Quién os ha llamado aquí?, dijo el sastre echando estos huéspedes incómodos.

Pero las moscas sin hacerle caso volvieron en mayor número que antes.

Se incomodó entonces, y sacando de su cajón un pedazo de paño:

-Esperad, exclamó, yo os arreglaré, y las dio sin piedad.

Después del primer golpe, contó las muertas y no había nada menos que siete, que estaban con las patas extendidas.

-¡Diablos!, se dijo admirado de su valor, parece que soy un valiente; es necesario que lo sepa toda la ciudad.

Y en su entusiasmo se hizo un cinturón y bordó encima con letras muy gordas: «Mató siete de un cachete.»

-Pero la ciudad es muy pequeña, añadió en seguida; debe saberlo el mundo entero.

El corazón le saltaba de alegría dentro del pecho, como la cola de un corderillo.

Se puso su cinturón y resolvió correr el mundo, pues su tienda le pareció desde entonces un teatro muy pequeño para su valor.

Antes de salir de su casa buscó por toda ella lo que había de llevar, pero no encontró más que un queso rancio que se metió en el bolsillo. Delante de la puerta había un pájaro en su jaula, que se metió en el bolsillo con el queso.

Después emprendió valerosamente su camino y como era listo y activo, anduvo una semana.

Pasó por una montaña, en cuya cumbre había una enorme gigante que miraba tranquilamente a los pasajeros. El sastrecillo se fue derecho a él y le dijo:

-Buenos días, compañero; ¿qué haces ahí sentado? ¿Estás mirando cómo se mueve el mundo a tus pies? Yo me he puesto en camino en busca de aventuras; ¿quieres venir conmigo?

El gigante le contestó con aire de desprecio:

-¡Bribonzuelo, sietemesino!

-¿Cómo te atreves a decirme eso?, exclamó el sastre.

Y desabotonándose el chaleco, le enseñó el cinturón diciendo:

-Lee aquí y verás con quien las has.

El gigante que leyó, «siete de un cachete», se imaginó que eran hombres lo que había muerto el sastre y miró con un poco más de respeto a su débil interlocutor. Sin embargo para experimentar

cogió un guijarro en la mano y le apretó con tal fuerza que rezumaba agua.

-Ahora, le dijo, haz lo que yo, si tienes tanta fuerza.

-¿No es más que eso?, dijo el sastre, pues eso es un juego de niño para mí.

Y metiendo la mano en su bolsillo sacó el queso que llevaba en él y le apretó en su mano de manera que le sacó todo el jugo que tenía.

-¿Qué te parece?, añadió; ¿hay alguna diferencia entre los dos?

El gigante no sabía qué decir y no comprendía que un enano pudiera tener tantas fuerzas. Cogió otro guijarro y le tiró tan alto que apenas lo distinguía la vista más perspicaz, y le dijo:

-Vamos, hombrecillo, haz lo que yo.

-Bien tirado, dijo el sastre, pero la piedra ha caído. Yo voy a tirar otra que no caerá.

Y sacando el pájaro que estaba en su bolsillo le echó a volar.

El pájaro, contento al verse libre, partió más rápido que una flecha y no volvió más.

-¿Qué dices ahora, camarada?, añadió.

-Está muy bien hecho, respondió el gigante; mas quiero ver si cargas tanto como lejos tiras.

Y condujo al sastrecillo delante de una enorme encina que estaba caída en el suelo.

-Si verdaderamente tienes fuerzas, le dijo, es preciso que me ayudes a levantar este árbol.

-Con mucho gusto, contestó el hombrecillo, carga el tronco en tus espaldas, yo cargaré con las ramas y la copa que es lo más pesado.

El gigante se echó el tronco a espaldas, pero el sastrecillo se sentó en una rama de manera que el gigante, que no podía mirar hacia atrás, llevaba todo el árbol y además al sastre que se había instalado pacíficamente y cantaba con la mayor alegría:

Iban juntos tres sastres a caballo una tarde,

como si hubiera sido para él un juego de niños el llevar un árbol.

El gigante anonadado bajó el peso y no pudiendo resistirle dados algunos pasos, gritó:

-Mira, voy a tirarle al suelo.

El hombrecillo saltó muy listo en tierra y cogiendo el árbol entre sus brazos como si hubiera llevado lo que le correspondía dijo al gigante:

-Bien flojo eres para ser tan alto.

Continuaron su camino y acertando a pasar por delante de un cerezo, cogió el gigante la copa del árbol donde se hallaba la más madura, y encorvándole hasta el suelo, le puso en la mano del sastrecillo para que comiese las cerezas, pero éste era demasiado débil para sostenerle, y en cuanto le soltó el gigante, enderezándose el árbol se llevó al sastre consigo. Bajó sin hacerse daño, pero el gigante le dijo:

-¿Qué es eso?, no tienes fuerzas para encorvar semejante bagatela?

-No se trata de fuerzas, respondió el sastrecillo, ¿qué es eso para un hombre que ha derribado siete de un cachete? He saltado por encima del árbol para librarme de las balas, porque allá abajo hay unos cazadores que tiran a los matorrales. Haz tú otro tanto si puedes.

El gigante probó, pero no pudo saltar por encima del árbol y se quedó encerrado en las ramas. Así conservó la ventaja el sastre.

-Puesto que eres un muchacho tan valiente, dijo el gigante, es preciso que vengas a nuestra caverna y pases la noche con nosotros.

El sastre consintió en ello con mucho gusto. En cuanto llegaron encontraron a otros gigantes sentados cerca de la lumbre comiéndose cada uno un carnero asado que tenía en la mano. El sastre creyó que la habitación era mucho mayor que su tienda.

El gigante le enseñó su cama y le mandó que se acostase, pero como la cama era demasiado grande para un cuerpo tan pequeño, se acurrucó en un rincón. A la media noche, creyendo el gigante que dormía con un profundo sueño, cogió una barra de hierro y dio un golpe muy grande en medio de la cama, con lo que pensó haber matado decididamente al enano. Los gigantes se levantaron al amanecer y se fueron al bosque; se habían olvidado del sastre, cuando le vieron salir de la caverna con un aire muy alegre y un tanto descarado; llenos de miedo y temiendo no los matase a todos, echaron a correr sin esperar a más.

Continuó el sastrecillo su viaje y después de haber andado mucho tiempo, llegó al jardín de un palacio, y como estaba un poco cansado se echó en el musgo y se durmió. Las personas que pasaron por allí se pusieron a mirarle por todos lados y leyeron en su cinturón: «Siete de un cachete.»

-¡Ah!, dijeron para sí, ¿qué es lo que viene a hacer aquí este rayo de la guerra en el seno de la paz? Debe ser algún señor muy poderoso.

Fueron a dar parte a su rey, añadiendo que si llegaba a declararse la guerra sería un auxiliar muy eficaz, por lo que había que ganarle a cualquier precio.

Agradó al rey este consejo y envió a uno de sus cortesanos para ofrecerle, en cuanto despertase, un empleo en su servicio.

El enviado permaneció de centinela cerca del hombrecillo; y cuando comenzó a abrir los ojos y a estirarse le hizo la propuesta.

-Con ese objeto he venido, respondió el otro; estoy pronto a entrar al servicio del rey.

Se le recibió con toda clase de honores y le designaron una habitación en la Corte. Pero los militares estaban celosos de él y hubieran querido verle a mil leguas de allí.

-¿En qué vendrá a parar todo esto?, se decían unos a otros.

-Si tenemos alguna desazón con él, se arrojará sobre nosotros y matará siete de una vez. Ninguno de nosotros sobrevivirá.

Resolvieron presentarse al rey y presentarle todos su dimisión.

-No podemos, le dijeron, permanecer al lado de un hombre que derriba siete de un cachete.

El rey sintió mucho verse abandonado por todos sus leales servidores y hubiera deseado no haber conocido nunca al que era causa de ello y del que se hubiese deshecho con mucho gusto. Pero no se atrevía a despedirle por temor de que este hombre terrible le matase lo mismo que a su pueblo, para apoderarse de un trono.

El rey, después de haber pensado mucho en ello, halló un expediente. Mandó hacer al hombrecillo una oferta que no podía dejar de aceptar en su calidad de héroe. En un bosque de aquel país había dos gigantes que cometían toda clase de robos, asesinatos e incendios. Nadie se acercaba a ellos sin temer por su vida. Si conseguía vencerlos y matarlos, el rey le daba su hija única

por mujer con la mitad del reino por dote. Para ayudarle en caso necesario pusieron cien caballos a su disposición. Pensó el sastrecillo que la ocasión de casarse con una princesa tan linda era muy buena y que no se encontraría todos los días. Declaró que, consentía en ir contra los gigantes, pero que para nada quería la escolta de los cien caballos, pues el que había matado siete de un cachete, no temía a dos adversarios a la vez.

Se puso en marcha seguido de los cien caballos y, cuando llegó a la entrada del bosque, les dijo que le esperaran que él solo se las compondría con los dos gigantes. Después entró en el bosque, mirando alrededor con precaución. Al cabo de un rato distinguió a los dos gigantes; estaban dormidos bajo un árbol y roncaban con tanta fuerza que hacían encorvarse a las ramas. El sastrecillo llenó sus dos bolsillos de guijarros y subiendo al árbol sin perder tiempo se deslizó por una rama que se adelantaba precisamente por entre los dos gigantes dormidos y dejó caer algunos guijarros, uno tras otro, sobre el estómago de uno de ellos. El gigante no sintió nada en un principio, pero al fin despertó y empujando a su compañero le dijo:

- ¿Por qué me pegas?

-Estás soñando, dijo el otro, yo no te he tocado.

A poco volvieron a dormirse. El sastre tiró entonces una piedra al segundo.

¿Qué hay?, exclamó éste. ¿Qué es lo que has tirado?

-Yo no te he tirado nada, tú sueñas, respondió el primero.

Disputaron por algún tiempo, pero, como estaban cansados, concluyeron por callar y volverse a dormir. El sastre sin embargo continuó su juego y escogiendo el mayor de los guijarros le tiró con todas sus fuerzas sobre el estómago del primer gigante:

-¡Esto es ya demasiado!, exclamó éste y levantándose como furioso saltó sobre su compañero que le pagó en la misma moneda.

El combate fue tan terrible que arrancaban árboles enteros para servirse de ellos como de armas, y no cesó hasta que ambos quedaron muertos en el suelo.

El sastrecillo bajó entonces de su puesto.

-Por fortuna, pensó para sí, no han arrancado también el árbol en que yo me hallaba, pues me hubiera visto obligado a saltar a otro

como una ardilla, pero en nuestro oficio todos somos listos.

Sacó la espada y después de haber dado dos buenos golpes en el pecho a cada uno de ellos, volvió a reunirse a su escolta a la que dijo:

-Ya he concluido; les he dado el golpe de gracia; el negocio ha estado reñido, querían resistir y hasta han arrancado árboles para tirármelos, pero ¿de qué sirve todo esto contra un hombre como yo que derriba siete de un cachete?

-¿No estás herido?, le preguntaron los soldados.

-No, dijo, no han podido tocarme ni a la punta de un cabello.

Los soldados no quisieron creerlo; entraron en el bosque y encontraron en efecto a los gigantes nadando en su sangre y los árboles arrancados por todas partes a su alrededor.

El sastrecillo reclamó la recompensa prometida por el rey, pero éste, que se arrepentía de haber empeñado su palabra, buscó un medio para librarse del héroe.

-Hay, le dijo, otra aventura que debes llevar a cabo antes de obtener a mi hija y la mitad de mi reino. Frecuenta mis bosques un unicornio que hace muchos estragos, es preciso que te apoderes de él.

-Un unicornio me da todavía menos miedo que dos gigantes; siete de un cachete es mi divisa.

Tomó una cuerda y un hacha y entró en el bosque mandando a los que le acompañaban que le esperasen fuera. No tuvo que andar mucho tiempo; el unicornio apareció bien pronto y corrió hacia él para herirle.-Poco a poco, dijo, muy deprisa no está en regla.- Permaneció inmóvil hasta que el animal estuvo cerca de él, y entonces se deslizó muy listo detrás del tronco de un árbol. El unicornio, que se había lanzado contra el árbol con todas sus fuerzas, metió en él un cuerno tan profundamente que le fue imposible sacarle, y así le cogió.-El pájaro está en la jaula, se dijo el sastre, y saliendo de su escondrijo, se acercó al unicornio, le pasó la cuerda alrededor del cuello, le partió el cuerno metido en el árbol a fuerza de hachazos y, cuando hubo acabado, llevó el animal delante del rey.

Pero el rey no podía decidirse a cumplir su palabra y le impuso otra tercera condición. Se trataba de apoderarse de un jabalí que

hacía grandes estragos en los bosques. Los cazadores del rey tenían orden de ayudarlo. El sastre aceptó diciendo que esto no era más que un juego de niños. Entró solo en el bosque sin que lo sintieran los cazadores, a los que el jabalí había recibido y muchas veces de tal manera que no tenían ánimo de volver. El jabalí en cuanto distinguió al sastre se precipitó hacia él, echando espuma y enseñando sus agudos colmillos, pero el ligero hombrecillo se refugió en una ermita que había allí cerca y volvió a salir enseguida, saltando por la ventana. El jabalí entró detrás de él, pero el sastrecillo volvió en dos saltos y cerró la puerta de modo que la fiera se encontró presa, pues era demasiado pesada y grande para salvarse por el mismo camino. Después de esta hazaña llamó a los cazadores para que vieran al prisionero con sus propios ojos, y se presentó al rey, el cual se vio obligado esta vez a darle a pesar suyo su hija y la mitad de su reino. Con mucha más dificultad se hubiera decidido si hubiera sabido que su yerno no era un gran guerrero sino un infeliz sastrecillo. La boda se celebró con mucha magnificencia y poca alegría, y de un sastre se hizo rey.

Algún tiempo después, la joven reina oyó una noche a su marido que decía soñando.-Vamos, muchacho, concluye ese chaleco y remienda ese pantalón o si no te doy con la vara entre las orejas. - Comprendió entonces el sitio en que se había educado su marido y al día siguiente fue a quejarse a su padre suplicándole la librería de un marido que no era más que un miserable sastre.

Para consolarla, la dijo el rey:

-Deja tu cuarto abierto esta noche; mis criados estarán a la puerta y, en cuanto esté dormido, entrarán y le llevarán cargado de cadenas a un navío que le conducirá lejos de aquí.

La reina estaba muy contenta, pero un escudero del rey que lo había oído todo y que amaba al nuevo príncipe, fue y le descubrió el complot.

-Yo lo arreglaré, le dijo el sastre.

Por la noche se acostó como de costumbre, y cuando su mujer le creyó bien dormido fue a abrir la puerta y se volvió a acostar a su lado. Pero el hombrecillo, que fingía dormir, se puso a gritar en alta voz:

-Vamos, muchacho, termina ese chaleco o te doy con la vara en las orejas. He derribado siete de un cachete, he muerto dos gigantes, cazado un unicornio y un jabalí, ¿tendré miedo de gentes que están ocultas a mi puerta?

Al oír estas últimas palabras se asustaron todos de tal modo que echaron a correr como si hubieran visto al diablo y nadie se atrevió ya a declararse contra él. De esta manera conservó la corona toda su vida.

## EL FESTÍN CELESTIAL

Un hijo de un pobre labrador oyó decir un día en la iglesia al sacerdote que quien quiere ir al cielo tiene que andar derecho. Se puso en camino, marchando siempre en línea recta por montes y por valles, sin hacer nunca ningún rodeo. Al fin de su camino llegó a una gran ciudad en medio de la cual había una hermosa iglesia donde se celebraban los oficios divinos. Admirado de la magnificencia que le rodeaba creyó haber llegado al Paraíso y se detuvo allí lleno de alegría.

Cuando se concluyeron los oficios le mandó salir el sacristán, a lo que le contestó:

-No, no saldré; he llegado al fin al cielo y me quedo en él.

El sacristán fue a buscar al cura y le dijo que había en la iglesia un niño que no quería salir y que se imaginaba estar en el Paraíso.

-Si lo cree así -dijo el cura-, hay que dejarle.

Vino en seguida donde estaba el niño y le preguntó si quería trabajar. El niño le contestó que sí y que estaba acostumbrado al trabajo, pero que no quería salir del cielo.

Se quedó en la iglesia y como veía a los fieles adorar de rodillas a una imagen del niño Jesús, creyó que aquel era Dios y dijo a la imagen:

-¡Qué delgado estás, Dios mío! de seguro esas gentes no te dan de comer, yo repartiré contigo mi pan.

Entonces oyó una voz que le dijo:

-Da a los pobres que tienen hambre y me contentarás a mí.

Una pobre anciana tendía su mano temblona a la puerta de la iglesia a los transeúntes. El niño le dio la mitad de su pan, después miró a la imagen y le pareció que se sonreía, hizo lo mismo todos los días figurándosele que la imagen estaba más contenta cada vez.

Algún tiempo después cayó malo y no se levantó de la cama en ocho días. En cuanto pudo levantarse se fue a arrodillar a los pies del niño Jesús. El cura que le seguía le oyó decir así:

-No me acuses, Dios mío, si hace tanto tiempo que no te he alimentado, estaba enfermo y no podía levantarme. Como continuaba de rodillas le preguntó el cura lo que hacía.

-¡Oh! padre mío -respondió-, mirad lo que me ha dicho el niño Jesús. He visto tu buena voluntad y es suficiente. El domingo próximo vendrás conmigo al festín celestial.

El sacerdote pensó que le ordenaba Dios dar la comunión al pobre niño y le preparó para aquel gran día. El niño asistió el domingo a los oficios divinos, pero en el momento de la comunión le llamó Dios al Paraíso y le sentó a su lado en el festín celestial.

## LOS TRES PELOS DE ORO DEL DIABLO

Había una mujer que dio a luz un hijo, el cual nació de pie, por lo que la predijeron que a los catorce años se casaría con la hija del rey.

Por los mismos días pasó el rey por aquella aldea sin que nadie le conociese, y preguntando lo que había de nuevo, le respondieron que acababa de nacer un niño de pie, y que todo lo que emprendiese le saldría bien, y que le habían vaticinado que cuando tuviera catorce años se casaría con la hija del rey.

El rey tenía muy mal corazón, y esta predicción le incomodó. Fue a buscar a los padres del recién nacido, y les dijo en tono amistoso:

-Vosotros sois unos pobres; dadme a vuestro hijo, y yo cuidaré de él.

Negáronse desde luego, mas el forastero les ofreció mucho oro, y se dijeron a sí mismos: «Puesto que el niño ha nacido de pie, todo lo que le suceda será por su bien». Y acabaron por ceder y entregar a su hijo.

El rey le puso en una caja y le llevó a orillas de un río, donde le arrojó pensando que libraba a su hija de un amante con el que no contaba. Pero la caja en vez de irse a fondo, comenzó a flotar como un barquichuelo sin que entrase en ella ni una sola gota de agua; la corriente la arrastró hasta dos leguas mas allá de la capital, donde se detuvo junto a la esclusa de un molino. Un criado del molinero, que se hallaba allí por casualidad, la vio y la sacó con un garfio, esperando encontrar al abrirla grandes tesoros, pero se halló con un niño muy bonito, despierto y alegre. Le llevó al molino, y el molinero y su mujer, que no tenían hijos, le recibieron como si se le hubiera enviado Dios. Trataron muy bien al huerfanito, que creció en su casa en fuerzas y en buenas cualidades.

Sorprendido un día el rey por una tempestad, entró en el molino, y preguntó al molinero si era hijo suyo aquel joven.

-No señor -le contestó-, es un expósito que hemos encontrado en una caja que arrastró el agua hasta la esclusa del molino hará unos catorce años; mi criado le sacó del agua.

El rey conoció entonces que este era el niño que había nacido de pie y que arrojó él al río.

-Buenas gentes -les dijo-, ¿no podría este joven llevar una carta de parte mía a la reina? Le daré dos monedas de oro por su trabajo.

-Lo que mande V. M. -le contestaron-, y dijeron al joven que se preparase para ponerse en camino.

El rey envió a la reina una carta en que la mandaba prender al portador, darle muerte y enterrarle, de manera que a su regreso lo encontrase hecho todo.

El muchacho se puso en camino con la carta, pero se extravió y llegó por la noche a un bosque muy espeso. A lo lejos distinguió una débil luz en medio de las tinieblas, y dirigiéndose hacia aquel lado llegó a una casita pequeña, donde se encontró una vieja sentada junto al hogar. Sorprendida al ver al joven, le dijo aquella mujer:

-¿De dónde vienes y qué quieres?

-Vengo del molino -respondió-, llevo una carta a la reina, me he perdido en el camino y quisiera pasar la noche aquí.

-Desgraciado joven -le replicó la mujer-, has caído en una caverna de ladrones, y si te encuentran aquí, morirás sin remedio.

-A Dios gracias -dijo el joven-, no tengo miedo, y además estoy tan cansado que me es imposible ir más lejos. Se echó en un banco y se durmió; poco después llegaron los ladrones y preguntaron incomodados por qué se hallaba allí aquel forastero.

-¡Ah! -dijo la vieja-, es un pobre niño que se ha perdido en el bosque y le he recibido por compasión; lleva una carta a la reina.

Los ladrones pidieron la carta para leerla, y vieron que contenía la orden de dar muerte al portador. A pesar de la dureza de su corazón se compadecieron del pobre diablo; el capitán rompió la carta y puso otra en su lugar, en que decía que tan pronto como llegase se casara el joven con la hija del rey. Después los ladrones le dejaron dormir en el banco hasta la mañana siguiente, y en cuanto despertó, le entregaron la carta y le enseñaron el camino.

Apenas recibió la carta, ejecutó la reina lo que se decía en su contenido, se celebraron las bodas con magnificencia la hija del rey se casó con el niño nacido de pie, y como era guapo y amable vivía a gusto con él.

Algún tiempo después volvió el rey a su palacio y vio que se había cumplido la predicción, y que el niño nacido de pie se había casado con su hija.

-¿Cómo habéis hecho eso? -dijo-; yo había dado en la carta una orden muy diferente.

La reina le enseñó la carta, y le dijo que podía ver lo que contenía. La leyó y vio que habían cambiado la suya.

Preguntó al joven lo que había hecho de la carta que le había entregado, y por qué había dado otra.

-No sé nada de eso -replicó el joven-, a menos que no la hayan cambiado la noche que pasé en el bosque.

El rey, encolerizado, le dijo:

-Esto no puede quedar así; el que pretenda a mi hija debe traerse del infierno tres pelos de oro de la cabeza del diablo. Tráemelos, y entonces te pertenecerá mi hija.

El rey, al darle esta comisión, creía que no volvería más.

El joven le respondió:

-No tengo miedo al diablo, iré a buscar los tres pelos de oro.

Y se despidió del rey y se puso en camino.

Llegó a poco delante de una gran ciudad, a cuya puerta le preguntó el centinela cuál era su estado, y lo que sabía.

-Todo -le respondió.

-Entonces -dijo el centinela-, haz el favor de decirnos por qué la fuente de nuestro mercado, que antes daba siempre vino, se ha secado y no mana mas que agua.

-Esperad -le respondió-, y os lo diré a mi regreso.

Más lejos, llegó delante de otra ciudad; el centinela de la puerta le preguntó cuál era su estado y lo que sabía.

-Todo -le contestó.

-Entonces haz el favor de decirnos por qué el árbol grande de nuestra ciudad, que antes daba siempre manzanas de oro no produce ya ni aun hojas.

-Esperad -le respondió-, y os lo diré a mi regreso.

Más lejos todavía llegó delante de un ancho río que necesitaba pasar. El barquero le preguntó su estado, y lo que sabía.

-Todo -le respondió.

-Entonces -dijo el barquero-, haz el favor de decirme si debo permanecer siempre en este puesto sin ser relevado nunca.

-Espera -le contestó-, y te lo diré a mi regreso.

Al otro lado del agua encontró la boca del infierno estaba negra llena de humo. El diablo no se hallaba en su casa, pero encontró a su patrona, que estaba sentada en un sillón grande.

-¿Qué quieres? -le preguntó, con un tono bastante dulce.

-Necesito tres pelos de oro de la cabeza del diablo, sin lo cual no puedo vivir con mi mujer.

-Mucho pedir es eso -le dijo-, y si el diablo te ve cuando entre, pasarás un rato muy malo; sin embargo, tengo interés por ti, y voy a procurar ayudarte.

Le convirtió en hormiga y le dijo:

-Ocúltate en los pliegues de mi vestido; aquí estarás seguro.

-Gracias -la contestó-; creo que esto va bien; pero necesito además saber tres cosas: por qué una fuente que manaba siempre vino, no mana ya ni aun agua; por qué un árbol que daba manzanas de oro, no produce ya ni aun hojas, y si cierto barquero debe permanecer siempre en su puesto sin ser relevado nunca.

-Esas son tres preguntas muy difíciles, pero no tengas cuidado, está con atención a lo que diga el diablo cuando le arranque los tres pelos de oro.

Por la noche volvió el diablo a su casa, y apenas había entrado, notó un olor extraño.

-¿Qué hay aquí de nuevo? -dijo-; huele a carne humana. Registró todos los rincones, pero sin encontrar nada, y la patrona le armó una quimera.

-Acabo de barrer y de arreglarlo todo -le dijo-, y vas a desarreglarlo; siempre estás oliendo a carne humana, siéntate y cena.

Como estaba cansado, en cuanto cenó, puso la cabeza en la rodilla de la patrona, y la dijo que le espulgase un poco, pero no tardó en dormirse y roncar. La vieja cogió un pelo de oro, lo arrancó y lo puso a su lado.

-¡Ay! -exclamó el diablo-, ¿qué haces?

-He tenido un mal sueño, dijo la patrona, y te he agarrado del pelo.

-¿Qué has soñado? -la preguntó el diablo.

-He soñado que la fuente de un mercado que manaba siempre vino, se ha secado y no da ya ni aun agua; ¿cuál puede ser la causa?

-¡Ah! ¡si lo supieran! -contestó el diablo-; hay un sapo en la fuente debajo de una piedra, no tienen mas que matarle y volverá a manar vino.

La huéspedada se puso a espulgarle otra vez, se volvió a dormir y comenzó a roncar.

Entonces le arrancó el segundo pelo.

-¡Ay! ¿qué haces? -exclamó el diablo encolerizado.

-No te muevas -le respondió-, es un sueño que he tenido.

-¿Qué has soñado? -la preguntó.

-He soñado que en cierto país hay un árbol, que daba antes manzanas de oro, y ahora no tiene ni aun hojas; ¿cuál puede ser el motivo?

-¡Oh! ¡si lo supieran! -replicó el diablo-; hay un ratón que seca la raíz; no tienen mas que matarle y el árbol volverá a producir manzanas de oro; pero si continúa royéndola, se secará por completo. Ahora dejadme en paz tú y tus sueños. Si me vuelves a despertar, te daré un bofetón.

Pacificole la patrona y volvió a espulgarle hasta que se durmió y comenzó a roncar. Entonces le arrancó el tercer pelo de oro. El diablo se levantó gritando y quería pegarla; pero ella le supo engañar, diciéndole:

-¿Quién puede librarse de un mal sueño?

-¿Qué has soñado ahora? -la preguntó con curiosidad.

-He soñado con un barquero que se queja de estar pasando siempre el río con su barca, sin que le reemplace nunca nadie.

-¡Ah! el tonto -repuso el diablo-, no tiene mas que poner el remo en la mano al primero que vaya a pasar el río y quedará libre, viéndose el otro obligado a servir a su vez de barquero.

Como la patrona le había arrancado los tres cabellos de oro y había sabido las tres respuestas que quería saber, le dejó en paz y

él se durmió hasta la mañana siguiente.

Apenas hubo el diablo salido de la casa, cogió la vieja a la hormiga de entre los pliegues de su vestido, y volvió al joven su forma humana.

-Ahí tienes los tres cabellos -le dijo.

-¿Has oído bien las respuestas del diablo a tus tres preguntas?

-Muy bien -respondió-, no las olvidaré.

-Entonces ya no tienes cuidado -le dijo-, y puedes seguir tu camino.

Dio gracias a la vieja por lo bien que le había ayudado, y salió del infierno muy contento de haber tenido tan buena fortuna.

Cuando llegó donde estaba el barquero, se hizo pasar al otro lado antes de darle la respuesta prometida, y entonces le dio el consejo del diablo.

-No tienes mas que poner el remo en la mano al primero que venga a pasar el río.

Poco después llegó a la ciudad, donde se hallaba el árbol estéril, el centinela esperaba también su respuesta.

-Mata al ratón, que roe las raíces -le dijo-, y volverán a nacer las manzanas de oro.

El centinela le dio en agradecimiento dos asnos cargados de este metal precioso.

Tocó, por último en la ciudad, cuya fuente estaba seca, y dijo al centinela:

-En la fuente, debajo de la piedra, hay un sapo; buscadle: y matadle, y volverá a correr el vino en abundancia. El centinela le dio las gracias, y dos asnos además cargados de oro.

El niño nacido de pie llegó por último donde se hallaba su mujer, que se regocijó de todo corazón por su regreso, y en particular al saber que todo le había salido bien.

Entregó al rey los tres pelos de oro del diablo; el rey quedó muy satisfecho al ver los cuatro asnos cargados de oro y le dijo:

-Ahora has cumplido ya con todas las condiciones, y mi hija es tuya. Pero, querido hijo mío, dime, ¿de dónde has sacado tanto oro? Pues has traído un verdadero tesoro.

-Lo he cogido -le contestó-, cerca de un río que he atravesado; es la arena que hay en aquella orilla.

-¿Podría yo coger otro tanto? -le preguntó el rey que era muy avaro.

-Y mucho más -le respondió-; hay un barquero, dirigíos a él para pasar el río y podréis llenar todos los sacos que llevéis.

El avaro monarca se puso en seguida en camino, y al llegar a la orilla del río hizo señal al barquero para que arrimase la barca. El barquero le mandó entrar, y en cuanto estuvieron al otro lado, le puso el remo en la mano y saltó fuera. El rey quedó así de barquero en castigo de sus pecados.

-¿Sigue siéndolo todavía?

-¡Ah! sin duda, puesto que nadie le ha tomado el remo.

## PULGARCITO

Un pobre labrador estaba sentado una noche en el rincón del hogar; mientras su mujer hilaba a su lado, él la decía:

-¡Cuánto siento no tener hijos! ¡Qué silencio hay en nuestra casa mientras en las demás todo es alegría y ruido!

-Sí -respondió su mujer suspirando-, yo quedaría contenta, aunque no tuviésemos más que uno solo tan grande como el dedo pulgar y le querríamos con todo nuestro corazón.

En este intermedio se hizo embarazada la mujer y al cabo de siete meses dio a luz un niño bien formado con todos sus miembros, pero que no era más alto que el dedo pulgar. Entonces dijo:

-Es tal como le hemos deseado, mas no por eso le queremos menos.

Y sus padres le llamaron Tom Pouce, a causa de su tamaño. Le criaron lo mejor que pudieron, mas no creció, y quedó como había sido desde su nacimiento. Parecía sin embargo, que tenía talento: sus ojos eran inteligentes y manifestó bien pronto en su pequeña persona astucia y actividad para llevar a cabo lo que se le ocurría.

Preparábase un día el labrador para ir a cortar madera a un bosque, y se decía: Cuánto me alegraría tener alguien que llevase el carro.

-Padre -exclamó Tom Pouce-, yo quiero guiarle, yo; no tengáis cuidado, llegará a buen tiempo.

El hombre se echó a reír.

-Tú no puedes hacer eso -le dijo-, eres demasiado pequeño para llevar el caballo de la brida.

-¿Qué importa eso, padre? Si mamá quiere enganchar, me meteré en la oreja del caballo, y le dirigiré donde queráis que vaya.

-Está bien -dijo el padre-, veamos.

La madre enganchó el caballo y puso a Tom Pouce en la oreja, y el hombrecillo le guiaba por el camino que había que tomar, tan bien que el caballo marchó como si le condujese un buen carretero, y el carro fue al bosque por buen camino.

Mientras daban la vuelta a un recodo del camino, el hombrecillo gritaba:

-¡Soo, arre! Pasaban dos forasteros.

-Dios mío -exclamó uno de ellos-, ¿qué es eso? He ahí un carro que va andando: se oye la voz del carretero y no se ve a nadie.

-Es una cosa bastante extraña -dijo el otro-, vamos a seguir a ese carro y a ver donde se detiene.

El carro continuó su camino y se detuvo en el bosque, precisamente en el lugar donde había madera cortada. Cuando Tom Pouce distinguió a su padre, le gritó:

-¿Ves padre, qué bien he traído el carro? ahora bájame.

El padre cogió con una mano la brida, sacó con la otra a su hijo de la oreja del caballo y le puso en el suelo: el pequeñuelo se sentó alegremente en una paja.

Al ver a Tom Ponce, se admiraron los dos forasteros, no sabiendo qué pensar.

Uno de ellos llamó aparte al otro y le dijo:

-Ese diablillo podría hacer nuestra fortuna si le enseñásemos por dinero en alguna ciudad; hay que comprarle. Se acercaron al labrador y le dijeron:

-Vendednos ese enanillo: le cuidaremos bien.

-No -respondió el padre-, es hijo mío, y no le vendo por todo el oro del mundo.

Pero al oír la conversación, Tom Pouce había trepado por los pliegues del vestido de su padre subiendo hasta sus espaldas, desde donde le dijo al oído:

-Padre vendedme a esos hombres, volveré pronto.

Su padre se le dio a los hombres por una hermosa moneda de oro.

-¿Dónde quieres ponerte? -le dijeron.

-¡Ah! ponedme en el ala de vuestro sombrero; podré pasearme y ver el campo, y tendré cuidado de no caerme. Hicieron lo que él quería, y en cuanto Tom Pouce se despidió de su padre, se

marcharon con él, caminando hasta la noche. Entonces los gritó el hombrecillo:

-Esperadme, necesito bajar.

-Quédate en el sombrero -dijo el hombre-; poco me importa lo que tengas que hacer, los pájaros hacen mucho más algunas veces.

-No, no -dijo Tom Ponce-, bajadme en seguida.

El hombre lo cogió y le puso en el suelo, en una tierra junto al camino; corrió un instante entre los surcos, y después se metió en un agujero que había buscado expresamente.

-Buenas noches, caballeros, ya estáis demás aquí -les gritó riendo.

Quisieron cogerle metiendo palos en el agujero, mas fue trabajo perdido. Tom se escondía más adentro cada vez, y empezando a oscurecer de repente, se vieron obligados a entrar en su casa incomodados y con las manos vacías.

Cuando estuvieron lejos, salió Tom Pouce de su cueva. Temía aventurarse por la noche en medio del campo, pues una pierna se rompe enseguida. Por fortuna encontró un caracol vacío:

-A Dios gracias -dijo-, pasaré la noche en seguridad aquí dentro. Y se estableció allí.

Cuando iba a dormirse oyó dos hombres que pasaban, y el uno decía al otro:

-¿Cómo nos arreglaríamos para robar el oro y la plata a ese cura tan rico?

-Yo os lo diré -les gritó Tom Pouce.

-¿Qué hay? -exclamó uno de los ladrones asustados-; ¿he oído hablar a alguien?

Continuaban escuchando, cuando Tom Pouce les gritó de nuevo:

-Llevadme con vosotros y os ayudaré.

-¿Dónde estás?

-Buscadme por el suelo, por donde sale la voz. Los ladrones concluyeron por encontrarle:

-Pequeño extracto de hombre -le dijeron-, ¿cómo quieres sernos útil?

-Mirad -les dijo-, me deslizaré por entre los hierros de la ventana en el cuarto del cura, y os pasaré todo lo que me pidáis.

-Pues vamos a probarlo -le dijeron.

En cuanto llegaron al presbiterio, Tom Pouce se deslizó en el cuarto; después se puso a gritar con todas sus fuerzas:

-¿Queréis todo lo que hay aquí?

Los ladrones asustados le dijeron:

-Habla bajo, vas a despertar a la gente:

Pero él, haciendo como si no los hubiera oído, gritó de nuevo:

-¿Qué es lo que queréis? ¿Queréis todo lo que hay aquí?

La criada que dormía en el cuarto de al lado, oyó este ruido, se levantó y escuchó. Los ladrones habían batido retirada; en fin, tomaron ánimo, y creyendo únicamente que el picarillo quería divertirse a sus expensas volvieron atrás y le dijeron por lo bajo

-Déjate de bromas, pásanos algo.

Entonces Tom se puso a gritar con todas sus fuerzas:

-Voy a dároslo todo: abrid las manos.

La criada oyó bien claro esta vez, saltó de la cama y corrió a la puerta. Los ladrones, viendo esto, echaron a correr como si el diablo se les hubiera aparecido; no oyendo nada más la criada, fue a encender una luz. Cuando volvió, Tom Pouce se fue a ocultar en la pajera sin que le viese. La criada, después de haber registrado todos los rincones sin descubrir nada, fue a acostarse, y creyó que había soñado.

Tom Pouce había subido al heno, donde se arregló una camita; pensaba descansar allí hasta el día, y volver en seguida a casa de sus padres. ¡Pero debía sufrir tantas pruebas todavía! ¡Hay tanto malo en el mundo! La criada se levantó a la aurora para dar de comer al ganado. Su primera visita fue a la pajera, cogió un brazado de heno con el pobre Tom Pouce dormido dentro. Dormía tan profundamente, que no se apercibió de nada, y no despertó hasta que estaba en la boca de una vaca que le había cogido con un puñado de heno. Creyó en un principio que había caído dentro de un molino, pero comprendió bien pronto donde se hallaba en realidad. Evitando dejarse mascar entre los dientes, concluyó por deslizarse por la garganta a la panza. La habitación le parecía estrecha, sin ventana, y no veía ni sol ni luz. La morada le desagradaba mucho, y lo que complicaba más su situación, es que bajaba siempre nuevo heno, y el espacio se le hacía más estrecho cada vez.

Lleno de terror, gritó al fin lo más alto que pudo:

-¡Basta de heno! ¡Basta de heno! no quiero más.

La criada estaba precisamente en aquel momento ocupada en ordeñar la vaca; aquella voz que oyó sin ver a nadie, y que reconoció por la que la había despertado ya la noche anterior, la asustó de tal modo, que se cayó al suelo vertiendo la leche.

Fue corriendo a buscar a su amo y le dijo:

-¡Oh! ¡Dios mio! ¡Señor cura, que habla la vaca!

-Tú estás loca -respondió el sacerdote-, y sin embargo, fue él mismo al establo para asegurarse de lo que pasaba.

Pero apenas había entrado, gritó de nuevo Tom Pouce:

-¡Basta de heno! ¡no quiero más!

El cura se asustó a su vez, y creyendo que la vaca tenía el diablo en el cuerpo, dijo que era preciso matarla. La mataron, y la panza en que se hallaba prisionero el pobre Tom, fue arrojada al estiércol.

El pobrecillo trabajó mucho para desenredarse, y empezaba a sacar la cabeza fuera, citando le sucedió una nueva desgracia. Un lobo hambriento se arrojó sobre la panza, y se la tragó de una vez. Tom Pouce no perdió ánimo.

-Quizá -pensó para sí-, será tratable este lobo.

Y desde su vientre donde estaba encerrado, le gritó:

-Querido amigo, quiero enseñarte dónde puedes hallar una buena comida.

-¿Dónde? -le dijo el lobo.

-En tal y tal casa; no tienes mas que deslizarte por el albañal a la cocina y encontrarás tortas, tocino, salchichas, a boca qué quieres.

Y le designó la casa de su padre con la mayor exactitud.

El lobo no se lo hizo decir dos veces: se introdujo en la cocina y dio un buen avance a las provisiones. Pero cuando estuvo harto y tuvo que salir, se hallaba tan hinchado con el alimento, que no pudo conseguir pasar por el albañal. Tom, que había contado con esto, comenzó a hacer un ruido terrible en el cuerpo del lobo saltando y brincando con todas sus fuerzas

-¿Quieres estarte quieto? -le dijo el lobo-, vas a despertar a todos.

-¿Y qué? -le respondió el hombrecillo-. ¿No te has regalado tú? también yo quiero divertirme.

Y se puso a gritar todo lo que pudo.

Concluyó por despertar a sus padres, que corrieron y miraron en la cocina, a través de la cerradura. Cuando vieron que había un lobo, se armaron el hombre con una hacha y la mujer con una hoz.

-Ponte detrás -dijo el hombre a su mujer, cuando entraron en el cuarto-, voy a darle con mi hacha, si no le mato del golpe, le cortas tú el vientre.

Tom Pouce, que oyó la voz de su padre, se puso a gritar:

-Soy yo, querido padre, quien está en el vientre del lobo.

-Gracias a Dios -dijo el padre lleno de alegría-, que hemos encontrado a nuestro hijo.

Y mandó a su mujer que dejara la hoz de lado para no herir a su hijo. Después levantó su hacha, y tendió muerto al lobo de un golpe en la cabeza, y en seguida le abrió el vientre con su cuchillo y tijeras, y sacó al pequeño Tom.

-¡Ah! -le dijo-, ¡qué inquietos hemos estado por tu suerte!

-Sí, padre, he corrido mucho, pero por fortuna, heme aquí, vuelto a la luz.

-¿Dónde has estado?

-¡Ah, padre! he estado en un hormiguero, en la panza de una vaca y en el vientre de un lobo. Ahora me quedo con vosotros.

-Y no volveremos a venderte por todo el oro del mundo -dijeron sus padres abrazándole y estrechándole contra su corazón.

Le dieron de comer y le compraron vestidos, porque los suyos se habían estropeado durante el viaje.

## EL DINERO LLOVIDO DEL CIELO

Había una vez una niña que era huérfana y vivía en tan extremada pobreza que no tenía ni cuarto ni cama donde dormir, no poseyendo más que el vestido que cubría su cuerpo y un pedacito de pan que la había dado un alma caritativa; pero era muy buena y muy piadosa.

Como se veía abandonada de todos, se puso en camino, confiando en Dios. A los pocos pasos encontró un pobre que la dijo.

-¡Si me pudieras dar algo de comer, porque tengo tanta hambre!...

Y ella le dio todo su pan diciéndole.

-Dios te ayude.

Y continuó andando.

Poco después encontró un niño que lloraba, diciendo:

-Tengo frío en la cabeza, dame algo para cubrirme.

Se quitó su gorro y se le dio. Un poco más allá vio otro que estaba medio helado porque no tenía jubón y le dio el suyo; otro por último la pidió su saya y se la dio también.

Siendo ya de noche llegó a un bosque, donde halló otro niño que la pidió la camisa.

La caritativa niña pensó para sí:

-La noche es muy oscura, nadie me verá, bien puedo darle mi camisa.

Y se la dio también.

Ya no la quedaba nada que dar. Pero en el mismo instante comenzaron a caer las estrellas del cielo y al llegar a la tierra se volvían hermosas monedas de oro y plata, y aunque se había quitado la camisa se encontró con otra enteramente nueva y de tela mucho más fina. Reunió todo el dinero y quedó rica para toda su vida.

## LOS TRES HEREDEROS AFORTUNADOS

Un padre reunió a sus tres hijos en su presencia y les dio: al primero un gallo, al segundo una guadaña, y al tercero un gato.

-Soy viejo, les dijo, y está cercana mi muerte; quiero antes de que llegue, asegurar vuestro porvenir. No tengo dinero que dejaros, y aunque os parezcan de poco valor las cosas que ahora os doy, eso depende del uso que hagáis de ellas; buscad cada uno un país en que sea desconocido el objeto que posee y hará su fortuna.

El mayor de los hijos se puso en camino con su gallo, después de la muerte de su padre, pero por todas cuantas partes pasaba era conocido el gallo; en las ciudades le veía encima de los campanarios, dando vueltas con el viento; en los campos le oía cantar continuamente, y a nadie chocaba su animalito, de manera que no se hallaba en la situación más a propósito para mejorar su suerte.

Llegó por último a una isla donde nadie sabía lo que era un gallo, de modo que les costaba mucho trabajo conocer la aproximación de las diferentes partes del día. Sabían muy bien cuándo era de día y cuándo era de noche, pero los que dormían por la noche, ignoraban siempre la hora que era.

-Mirad, les dijo, qué animal tan hermoso; tiene una corona de rubíes en la cabeza y lleva espuelas en los pies como los caballeros. Por la noche canta tres veces a horas fijas; la última cuando va a salir el sol. Cuando canta en medio del día, indica que va a cambiar el tiempo.

Este discurso gustó mucho a los habitantes de la isla; a la noche siguiente nadie se durmió, y todos escucharon con la mayor ansiedad al gallo anunciar las dos, las cuatro y las seis de la mañana. Le preguntaron si vendía aquel hermoso pájaro, y cuánto quería por él.

-Quiero el oro que pueda llevar un asno en una carga, les contestó.

Todos contestaron que semejante precio era una bagatela para un animal tan maravilloso, y se apresuraron a dárselo.

Viendo volver rico a su hermano mayor, los hermanos menores se llenaron de asombro, y el segundo resolvió partir también para ver si le valía algo su hoz. Pero por todas partes por donde pasaba encontraba a los labradores provistos de hoces tan buenas como la suya. Por fortuna desembarcó al fin en una isla en que nadie sabía lo que era una hoz. Cuando el trigo estaba seco en aquel país, le cortaban con la mano, espiga a espiga, malgastando mucho tiempo y no menos dinero, por lo que estaban muy caros los cereales. Cuando nuestro hombre se puso delante de ellos a segar el trigo con tanta facilidad y tan pronto, todos le miraron asombrados. Le compraron su instrumento por el precio que quiso, y obtuvo un caballo cargado con todo el oro que podía llevar.

El tercer hermano quiso sacar partido a su vez de su gato. Como a los otros dos, no se le presentó ninguna buena ocasión ínterin estuvo en tierra firme; en todas partes había gatos, y en número tan grande, que se tiraban muchos de ellos apenas habían nacido. Se hizo conducir, por último, a una isla, donde por fortuna no habían visto nunca ninguno; pero en cambio había en ella tal número de ratones, que corrían por las mesas y los bancos, aun en presencia de los dueños de las casas. Todos sufrían este terrible azote; el mismo rey no podía libertarse de él, pues por todos los rincones de su palacio se oían correr los ratones y no se veía libre nada de cuanto podía alcanzar su diente. En cuanto entró el gato limpió dos salas, de modo que los habitantes suplicaron al rey adquiriese para el Estado este precioso animal. El rey le pagó sin regatear en el precio de un mulo cargado de oro, y el hermano menor volvió a su país, mucho más rico todavía que los dos mayores.

## **HISTORIA DE UNO QUE HIZO UN VIAJE PARA SABER LO QUE ERA MIEDO**

Un labrador tenía dos hijos, el mayor de los cuales era muy listo y entendido, y sabía muy bien a qué atenerse en todo, pero el menor era tonto y no entendía ni aprendía nada, y cuando le veían las gentes decían:

-Trabajo tiene su padre con él.

Cuando había algo que hacer, tenía siempre que mandárselo al mayor, pero si su padre le mandaba algo siendo de noche, o le enviaba al oscurecer cerca del cementerio, o siendo ya oscuro al camino o cualquier otro lugar sombrío, le contestaba siempre:

-¡Oh!, no, padre, yo no voy allí: ¡tengo miedo! Pues era muy miedoso.

Si por la noche referían algún cuento alrededor de la lumbre, en particular si era de espectros y fantasmas, decían todos los que le oían:

-¡Qué miedo!

Pero el menor, que estaba en un rincón escuchándolos no podía comprender lo que querían decir:

-Siempre dicen ¡miedo, miedo!, yo no sé lo que es miedo: ese debe ser algún oficio del que no entiendo una palabra.

Mas un día le dijo su padre:

-Oye tú, el que está en el rincón: ya eres hombre y tienes fuerzas bastantes para aprender algo con que ganarte la vida. Bien ves cuánto trabaja tu hermano, pero tú no haces más que perder el tiempo.

-¡Ay padre!, le contestó, yo aprendería algo de buena gana, y sobre todo quisiera aprender lo que es miedo, pues de lo contrario no quiero saber nada.

Su hermano mayor se echó a reír al oírle, y dijo para sí:

-¡Dios mío, qué tonto es mi hermano!, nunca llegará a ganarse el sustento.

Su padre suspiró y le contestó:

-Ya sabrás lo que es miedo: mas no por eso te ganarás la vida.

Poco después fue el sacristán de visita, y le refirió el padre lo que pasaba, diciéndole cómo su hijo menor se daba tan mala maña para todo y que no sabía ni aprendía nada.

-¿Podréis creer que cuando le he preguntado si quería aprender algo para ganarse su vida, me contestó que solo quería saber lo que es miedo?

-Si no es más que eso, le respondió el sacristán, yo se lo enseñaré: enviádmelo a mi casa, y no tardará en saberlo.

El padre se alegró mucho, pues pensó entre sí:

-Ahora quedará un poco menos orgulloso.

El sacristán se le llevó a su casa para enviarle a tocar las campanas. A los dos días le despertó a media noche, le mandó levantarse, subir al campanario y tocar las campanas.

-Ahora sabrás lo que es miedo, dijo para sí.

Salió tras él, y cuando el joven estaba en lo alto del campanario, e iba a coger la cuerda de la campana, se puso en medio de la escalera, frente a la puerta, envuelto en una sábana blanca.

-¿Quién está ahí?, preguntó el joven.

Pero la fantasma no contestó ni se movió.

-Responde, o te hago volver por donde has venido, tú no tienes nada que hacer aquí a estas horas de la noche. Pero el sacristán continuó inmóvil, para que el joven creyese que era un espectro. El joven le preguntó por segunda:

-¿Quién eres?, habla, si eres un hombre honrado, o si no te hago rodar por la escalera abajo.

El sacristán creyó que no haría lo que decía y estuvo sin respirar como si fuese de piedra. Entonces le preguntó el joven por tercera vez, y como estaba ya incomodado, dio un salto y echó a rodar al espectro por la escalera abajo de modo que rodó diez escalones y fue a parar a un rincón. En seguida tocó las campanas, y se fue a su casa, se acostó sin decir una palabra y se durmió. La mujer del sacristán esperó un largo rato a su marido; pero no volvía. Llena entonces de recelo, llamó al joven y le preguntó:

-¿No sabes dónde se ha quedado mi marido?, ha subido a la torre detrás de ti.

-No, contestó el joven, pero allí había uno en la escalera frente a la puerta, y como no ha querido decirme palabra ni marcharse, he creído que iba a burlarse de mí y le he tirado por la escalera abajo. Id allí y veréis si es él, pues lo sentiría.

La mujer fue corriendo; y halló a su marido que estaba en un rincón y se quejaba porque tenía una pierna rota.

Se le llevó en seguida a su casa y fue corriendo a la del padre del joven.

-Vuestro hijo, exclamó, me ha causado una desgracia muy grande, ha tirado a mi marido por las escaleras y le ha roto una pierna; ese es el pago que nos ha dado el bribón.

Su padre se asustó, fue corriendo y llamó al joven.

-¿Qué mal pensamiento te ha dado para hacer esa picardía?

-Padre, le contestó, escuchadme, pues estoy inocente. Era de noche y estaba allí como un alma del otro mundo. Ignoraba quién era, y le he mandado tres veces hablar o marcharse.

-¡Ay!, replicó su padre, solo me ocasionas disgustos: vete de mi presencia, no quiero volverte a ver más.

-Bien, padre con mucho gusto, pero esperad a que sea de día, yo iré y sabré lo que es miedo, así aprenderé un oficio con que poderme mantener.

-Aprende lo que quieras, le dijo su padre, todo me es indiferente.

Ahí tienes cinco duros para que no te falte por ahora que comer, márchate y no digas a nadie de dónde eres, ni quién es tu padre, para que no tenga que avergonzarme de ti.

-Bien, padre, haré lo que queréis, no tengáis cuidado por mí.

Como era ya de día se quedó el joven con sus cinco duros en el bolsillo, y echó a andar por el camino real, diciendo constantemente:

-¿Quién me enseña lo que es miedo? ¿Quién me enseña lo que es miedo?

Entonces encontró un hombre que oyó las palabras que decía el joven para sí, y cuando se hubieron alejado un poco hacia un sitio que se veía una horca, le dijo:

-Mira, allí hay siete pobres a los que por sus muchos pecados han echado de la tierra y no quieren recibir en el cielo; por eso ves que

están aprendiendo a volar; ponte debajo de ellos, espera a que sea de noche, y sabrás lo que es miedo.

-Si no es más que eso, dijo el joven, lo haré con facilidad; pero no dejes de enseñarme lo que es miedo y te daré mis cinco duros; vuelve a verme por la mañana temprano.

Entonces fue el joven a donde estaba la horca, se puso debajo y esperó a que fuera de noche, y como tenía frío encendió lumbre; pero a media noche era el aire tan frío que no le servía de nada la lumbre; y como al aire hacía moverse a los cadáveres y chocar entre sí, creyó que teniendo frío él que estaba al lado del fuego, mucho más debían tener los que estaban más lejos, por lo que procuraban reunirse para calentarse, y como era muy compasivo, cogió la escalera, subió y los descolgó uno tras otro hasta que bajó a todos siete. En seguida puso más leña en el fuego, sopló y los colocó alrededor para que se pudiesen calentar. Pero como no se movían y la lumbre no hacía ningún efecto en sus cuerpos, les dijo:

-Mirad lo que hacéis, porque si no vuelvo a colgaros.

Pero los muertos no le oían, callaban y continuaban sin hacer movimiento alguno. Incomodado, les dijo entonces:

-Ya que no queréis hacerme caso, después que me he propuesto ayudaros, no quiero que os calentéis más.

Y los volvió a colgar uno tras otro. Entonces se echó al lado del fuego y se durmió, y a la mañana siguiente cuando vino el hombre, quería que le diese los cinco duros; pues le dijo:

-¿Ahora ya sabrás lo que es miedo?

-No, respondió, ¿por qué lo he de saber? Los que están ahí arriba tienen la boca bien cerrada, y son tan tontos, que no quieren ni aun calentarse.

Entonces vio el hombre que no estaba el dinero para él y se marchó diciendo:

-Con este no me ha ido muy bien.

El joven continuó su camino y comenzó otra vez a decir:

-¿Quién me enseñará lo que es miedo?, ¿quién me enseñará lo que es miedo?

Oyéndolo un carretero que iba tras él, le preguntó:

-¿Quién eres?

-No lo sé, le contestó el joven.

-¿De dónde eres?, continuó preguntándole el carretero.

-No lo sé.

-¿Quién es tu padre?

-No puedo decirlo.

-¿En qué vas pensando?

-¡Ah!, respondió el joven, quisiera encontrar quien me enseñase lo que es miedo, pero nadie quiere enseñármelo.

-No digas tonterías, replicó el carretero, ven conmigo, ven conmigo, y veré si puedo conseguirlo.

El joven continuó caminando con el carretero y por la noche llegaron a una posada, donde determinaron quedarse. Pero apenas llegó a la puerta, comenzó a decir en alta voz:

-¿Quién me enseña lo que es miedo?, ¿quién me enseña lo que es miedo?

El posadero al oírle se echó a reír diciendo:

-Si quieres saberlo; aquí te se presentará una buena ocasión.

-Calla, le dijo la posadera, muchos temerarios han perdido ya la vida, y sería lástima que esos hermosos ojos no volvieran a ver la luz más.

Pero el joven la contestó:

-Aunque me sucediera otra cosa peor, quisiera saberlo, pues ese es el motivo de mi viaje.

No dejó descansar a nadie en la posada hasta que le dijeron que no lejos de allí había un castillo arruinado, donde podría saber lo que era miedo con solo pasar en él tres noches.

El rey había ofrecido por mujer a su hija, que era la doncella más hermosa que había visto el sol, al que quisiese hacer la prueba. En el castillo había grandes tesoros, ocultos que estaban guardados por los malos espíritus, los cuales se descubrían entonces, y eran suficientes para hacer rico a un pobre. A la mañana siguiente se presentó el joven al rey, diciéndole que si se lo permitía pasaría tres noches en el castillo arruinado.

El rey le miró y como le agradase, le dijo:

-Puedes llevar contigo tres cosas, con tal que no tengan vida, para quedarte en el castillo.

El joven le contestó:

-Pues bien, concededme llevar leña para hacer lumbre, un torno y un tajo con su cuchilla.

El rey le dio todo lo que había pedido. En cuanto fue de noche entró el joven en el castillo, encendió en una sala un hermoso fuego, puso al lado el tajo con el cuchillo, y se sentó en el torno.

-¡Ah!, ¡si me enseñaran lo que es miedo!, dijo; pero aquí tampoco lo aprenderé.

Hacia media noche se puso a atizar el fuego y cuando estaba soplando oyó de repente decir en un rincón:

-¡Miau!, ¡miau!, ¡frío tenemos!

-Locos, exclamó, ¿por qué gritáis?, si tenéis frío, venid, sentaos a la lumbre, y calentaos.

Y apenas hubo dicho esto, vio dos hermosos gatos negros, que se pusieron a su lado y le miraban con sus ojos de fuego; al poco rato, en cuanto se hubieron calentado, dijeron:

-Camarada, ¿quieres jugar con nosotros a las cartas?

-¿Por qué no?, les contestó; pero enseñadme primero las patas.

-Entonces extendieron sus manos.

-¡Ah!, les dijo, ¡qué uñas tan largas tenéis!, aguardad a que os las corte primero.

Entonces los cogió por los pies, los puso en el tajo y los aseguró bien por las patas.

-Ya os he visto las uñas, les dijo, ahora no tengo ganas de jugar.

Los mató y los tiró al agua. Pero a poco de haberlos tirado, iba a sentarse a la lumbre, cuando salieron de todos los rincones y rendijas una multitud de gatos y perros negros con cadenas de fuego; eran tantos en número que no se podían contar; gritaban horriblemente, rodeaban la lumbre, tiraban de él y le querían arañar. Los miró un rato con la mayor tranquilidad, y así que se incomodó cogió su cuchillo, exclamando:

-Marchaos, canalla.

Y se dirigió hacia ellos.

Una parte escapó y a la otra la mató y la echó al estanque. En cuanto concluyó su tarea se puso a soplar la lumbre y volvió a calentarse. Y apenas estuvo sentado, comenzaron a cerrársele los ojos y tuvo ganas de dormir. Miró a su alrededor, y vio en un rincón una hermosa cama.

-Me viene muy bien, dijo.

Y se echó en ella.

Pero cuando iban a cerrársele los ojos, comenzó a andar la cama por sí misma y a dar vueltas alrededor del cuarto.

-Tanto mejor, dijo, tanto mejor.

Y la cama continuó corriendo por los suelos y escaleras como si tiraran de ella seis caballos. Mas de repente cayó, quedándose él debajo y sintiendo un peso como si tuviera una montaña encima, pero levantó las colchas y almohadas y se puso en pie diciendo:

-No tengo ganas de andar.

Se sentó junto al fuego y se durmió hasta el otro día. El rey vino a la mañana siguiente, y como le vio caído en el suelo creyó que los espectros habían dado fin con él y que estaba muerto. Entonces dijo:

-¡Qué lastima de hombre!, ¡tan buen mozo!

El joven al oírle, se levantó y le contestó:

-Aún no hay por qué tenerme lástima.

El rey, admirado, le preguntó cómo le había ido.

-Muy bien, le respondió, ya ha pasado una noche, las otras dos vendrán y pasarán también.

Cuando volvió a la casa le miró asombrado el posadero:

-Temía, dijo, no volverte a ver vivo; ¿sabes ya lo que es miedo?

-No, contestó, todo es inútil, si no hay alguien que quiera enseñármelo.

A la segunda noche fue de nuevo al castillo, se sentó a la lumbre, y comenzó su vieja canción:

-¿Quién me enseña lo que es miedo?

A la media noche comenzaron a oírse ruidos y golpes, primero débiles, después más fuertes, y por último cayó por la chimenea con mucho ruido la mitad de un hombre, quedándose delante de él.

-Hola, exclamó, todavía falta el otro medio, esto es muy poco.

Entonces comenzó el ruido de nuevo: parecía que tronaba, y se venía el castillo abajo y cayó la otra mitad.

-Espera, le dijo, encenderé un poco el fuego.

Apenas hubo concluido y miró a su alrededor, vio que se habían unido las dos partes, y que un hombre muy horrible se había sentado en su puesto.

-Nosotros no hemos apostado, dijo el joven, el banco es mío.

El hombre no le quiso dejar sentar, pero el joven le levantó con todas sus fuerzas y se puso de nuevo en su lugar. Entonces cayeron otros hombres uno después de otro, que cogieron nueve huesos y dos calaveras y se pusieron a jugar a los bolos. El joven, alegrándose, les dijo:

-¿Puedo ser de la partida?

-Sí, si tienes dinero.

-Y bastante, les contestó, pero vuestras bolas no son bien redondas.

Entonces cogió una calavera, la puso en el torno y la redondeó.

-Así están mejor, les dijo; ahora vamos.

Jugó con ellos y perdió algún dinero; mas en cuanto dieron las doce todo desapareció de sus ojos. Se echó y durmió con la mayor tranquilidad. A la mañana siguiente fue el rey a informarse.

-¿Cómo lo has pasado?, le preguntó.

-He jugado y perdido un par de pesetas, le contestó.

-¿No has tenido miedo?

-Por el contrario, me he divertido mucho. ¡Ojalá supiera lo que es miedo!

A la tercera noche se sentó de nuevo en su banco y dijo incomodado:

-¿Cuándo sabré lo que es miedo?

En cuanto comenzó a hacerse tarde se le presentaron seis hombres muy altos que traían una caja de muerto.

-¡Ay!, les dijo, este es de seguro mi primo, que ha muerto hace un par de días.

Hizo señal con la mano y dijo:

-Ven, primito, ven.

Pusieron el ataúd en el suelo, se acercó a él y levantó la tapa; había un cadáver dentro. Le tentó la cara, pero estaba fría como el hielo.

-Espera, dijo, te calentaré un poco.

Fue al fuego, calentó su mano, y se la puso en el rostro, pero el muerto permaneció frío. Entonces le cogió en brazos, le llevó a la lumbre y le puso encima de sí y le frotó los brazos para que la

sangre se le pusiese de nuevo en movimiento. Como no conseguía nada, se le ocurrió de pronto:

-Si me meto con él en la cama, se calentará.

-Se llevó al muerto a la cama, le tapó y se echó a un lado. Al poco tiempo estaba el muerto caliente y comenzó a moverse. Entonces, dijo el joven:

-Mira, hermanito, ya te he calentado.

Pero el muerto se levantó diciendo:

-Ahora quiero estrangularte.

-¡Hola!, le contestó, ¿son esas las gracias que me das? ¡Pronto volverás a tu caja!

Le cogió, le metió dentro de ella y cerró; entonces volvieron los seis hombres y se le llevaron de allí.

-No me asustarán, dijo; aquí no aprendo yo a ganarme la vida.

Entonces entró un hombre que era más alto que los otros y tenía un aspecto horrible, pero era viejo y tenía una larga barba blanca.

-¡Ah, malvado, pronto sabrás lo que es miedo, pues vas a morir!

-No tan pronto, contestó el joven.

-Yo te quiero matar, dijo el hechicero.

-Poco a poco, eso no se hace tan fácilmente, yo soy tan fuerte como tú y mucho más todavía.

-Eso lo veremos, dijo el anciano; ven, probaremos.

Entonces le condujo a un corredor muy oscuro, junto a una fragua, cogió un hacha y dio en un yunque, que metió de un golpe en la tierra.

-Eso lo hago yo mucho mejor, dijo el joven.

Y se dirigió a otro yunque; el anciano se puso a su lado para verle, y su barba tocaba en la bigornia. Entonces cogió el joven el hacha, abrió el yunque de un golpe y clavó dentro la barba del anciano.

-Ya eres mío, le dijo, ahora morirás tú.

Entonces cogió una barra de hierro y comenzó a pegar con ella al anciano hasta que comenzó a quejarse y le ofreció, si le dejaba libre, darle grandes riquezas. El joven soltó el hacha y le dejó en libertad. El anciano le condujo de nuevo al castillo y le enseñó tres cofres llenos de oro, que había en una cueva.

-Una parte es de los pobre, la otra del rey y la tercera tuya.

Entonces dieron las doce y desapareció el espíritu, quedando el joven en la oscuridad.

-Yo me las arreglaré, dijo.

Empezó a andar a tientas, encontró el camino del cuarto y durmió allí junto a la lumbre. A la mañana siguiente volvió el rey y le dijo:

-Ahora ya sabrás lo que es miedo.

-No, le contestó, no lo sé; aquí ha estado mi primo muerto y un hombre barbudo que me ha enseñado mucho dinero, pero no ha podido enseñarme lo que es miedo. Entonces le dijo el rey:

-Tú has desencantado el castillo y te casarás con mi hija.

-Todo eso está bien, le contestó; pero sin embargo, aún no sé lo que es miedo.

Entonces sacaron todo el oro de allí y celebraron las bodas, pero el joven rey, aunque amaba mucho a su esposa y estaba muy contento, no dejaba de decir:

-¿Quién me enseñará lo que es miedo?, ¿quién me enseñará, etc.?

Esto disgustó al fin a su esposa y dijo a sus doncellas:

-Voy a procurar enseñarle lo que es miedo.

Fue al arroyo que corría por el jardín y mandó traer un cubo entero lleno de peces. Por la noche cuando dormía el joven rey, levantó su esposa la ropa y puso el cubo lleno de agua encima de él, de manera que los peces al saltar, dejaban caer algunas gotas de agua. Entonces despertó diciendo.

-¡Ah!, ¿quién me asusta?, ¿quién me asusta, querida esposa? Ahora sé ya lo que es miedo.

## LA MADRE VIEJA

Una pobre anciana estaba sentada una noche sola en su cuarto en una gran ciudad, pensando que había perdido primero a su marido, después sus dos hijos; luego todos sus parientes unos después de otros y por último que acababa de morir su postrer amigo y quedaba abandonada y sola en el mundo. Sentía en su corazón un disgusto tan profundo, sobre todo por la pérdida de sus dos hijos, que llegaba en su dolor hasta acusar a Dios.

Se hallaba así sumida en tristes pensamientos cuando la pareció oír tocar a misa. Admirada de que se hubiese pasado tan pronto la noche, encendió su luz y se dirigió hacia la iglesia. A su llegada halló la nave alumbrada no por velas como de costumbre, sino por una luz extraña y de un resplandor dudoso. La iglesia estaba llena de gente, todos los sitios estaban ocupados y cuando la anciana quiso sentarse en el banco en que lo hacía siempre, le encontró lleno de gente. Mirando a los que estaban sentados en él reconoció a sus parientes difuntos, con sus trajes de hechura antigua pero con el rostro pálido. No hablaban ni cantaban, sólo se oía un murmullo sordo y un ruido ligero en toda la iglesia.

Una de sus tías difuntas se acercó a ella y la dijo:

-Mira hacia el altar y verás a tus hijos.

La pobre madre vio en efecto a sus dos hijos, el uno estaba en la horca y el otro en la rueda. Entonces la dijo su tía:

-Mira lo que hubieran llegado a ser tus hijos, si Dios los hubiera dejado en el mundo y no los hubiera llamado a sí cuando estaban todavía en la edad de la inocencia.

La anciana entró en su casa temblando y dio gracias a Dios de rodillas porque había hecho por ella mucho más de lo que podía desear ni comprender. Se echó en la cama y murió a los tres días.

## LA ONDINA DEL ESTANQUE

Había en cierto tiempo un molinero que vivía feliz con su mujer: tenían dinero y bienes y su propiedad aumentaba de año en año, pero la desgracia, dice el proverbio, viene durante la noche; su fortuna disminuyó de año en año, lo mismo que se había aumentado, y por último el molinero apenas podía llamar suyo el molino en que habitaba. Hallábase muy afligido, y cuando se acostaba por la noche terminado su trabajo, apenas podía descansar, pues sus penas le hacían dar vueltas en la cama. Una mañana se levantó antes de la aurora y salió para tomar el aire, imaginando que sentía algún alivio en su pesar. Cuando pasaba cerca de la escalera del molino, comenzaba a apuntar el primer rayo del sol y oyó un ligero ruido en el estanque. Se volvió y distinguió a una mujer muy hermosa, que se elevaba lentamente en medio del agua; sus largos cabellos, que había echado con sus delicadas manos sobre sus espaldas, descendían por ambos lados y cubrían su cuerpo blanco y brillante como la nieve. No tardó en conocer que era la ondina del estanque, e ignoraba en su terror si debía quedarse o huir de allí, pero la ondina dejó oír su dulce voz, le llamó por su nombre y le preguntó por qué estaba tan triste. El molinero permaneció como mudo en un principio, pero oyéndola hablar con tanta gracia, se animó y le refirió que anteriormente había vivido feliz y rico, y que ahora se había quedado tan pobre que ignoraba qué hacerse.

-No tengas cuidado, contestó la ondina; yo te haré más feliz y dichoso de lo que nunca has sido; mas es preciso que me prometas darme lo que acaba de nacer en tu casa.

-Sin duda será algún perro o algún gato, pensó para sí el molinero y la prometió lo que la pedía.

La ondina se sumergió en el agua y él volvió corriendo, consolado y alegre, a su molino; aún no había llegado cuando salió la criada de la casa y le dijo que se regocijase, pues su mujer acababa de dar a luz un niño. Quedó el molinero como herido de un rayo, comprendiendo entonces que la maliciosa ondina sabía lo que pasaba y le había engañado. Acercose al lecho de su mujer con la cabeza baja, y cuando le preguntó.

-¿Por qué no te alegras por el nacimiento de nuestro nuevo hijo?

La refirió lo que le había sucedido y la promesa que había hecho a la ondina.

-¿De qué me sirve la prosperidad y las riquezas, añadió, si debo perder a mi hijo?

Mas ¿qué había de hacer?, sus mismos parientes cuando fueron a felicitarle, no le pudieron dar remedio ninguno.

La fortuna volvió sin embargo a la casa del molinero; cuanto emprendía le salía siempre bien, parecía que los baúles y cofres se llenaban por sí mismos y que el dinero se multiplicaba en sus armarios durante la noche; trascurrido algún tiempo, era mucho más rico que antes. Pero no podía gozar de su felicidad pues la promesa que había hecho a la ondina destrozaba su corazón. Siempre que pasaba cerca del estanque temía verla subir a la superficie y recordarle su deuda. No dejaba al niño acercarse al agua.

-Ten cuidado, le decía, si te acercas alguna vez ahí, saldrá una mano que te cogerá y te arrastrará al fondo.

Sin embargo como los años pasaban uno tras otro, y la ondina no parecía, comenzó a tranquilizarse el molinero.

El niño creció y llegó a hombre y le colocaron en casa de un cazador, en cuanto aprendió a cazar y supo bien la profesión, le recibió a su servicio el señor de la aldea, donde había una hermosa y honrada joven que agradó al cazador, y cuando lo supo su amo, le regaló una casita, donde vivieron felices y tranquilos amándose de todo corazón.

El cazador perseguía un día un corzo; el animal salió del bosque a la llanura, y él le siguió matándole de un tiro. No había notado que se hallaba cerca del peligroso estanque, y en cuanto cogió su presa fue a lavarse las manos llenas de sangre. Pero apenas las había metido en el agua, cuando salió la ondina del fondo, le enlazó

sonriendo en sus húmedos brazos, y le arrastró tras sí con tal prontitud, que la ola le cubrió enteramente al cerrarse.

Cuando entrada la noche el cazador no volvía a su casa, su mujer sintió grande inquietud; salió a buscarle y como la había referido algunas veces que tenía que guardarse de las emboscadas de la ondina y que no se atrevía a aventurarse en las cercanías del estanque, sospechó lo que había sucedido. Corrió al estanque, y cuando vio la escopeta a la orilla no dudó ya de su desgracia: llamó a su marido por su nombre, lamentándose y retorciéndose las manos, pero todo fue en vano; corrió al otro lado del estanque, dirigió a la ondina las injurias más violentas, mas no sintió respuesta alguna. El agua continuaba tranquila y la luna casi llena la miraba sin hacer el menor movimiento.

La pobre mujer no se separaba del estanque; con precipitados pasos y sin descansar daba vueltas a su alrededor, callando unas veces, dando gritos otras y murmurando algunas en voz baja. Faltáronle al fin las fuerzas, se sentó en el suelo y cayó en un profundo letargo; bien pronto comenzó a soñar.

Parecíala subir con la mayor inquietud por entre dos masas de rocas; las espinas y las piedras herían sus pies; la luna bañaba su rostro y el viento agitaba sus largos cabellos. Cuando llegó a la cumbre de la montaña, todo cambió de aspecto. El cielo era azul, el aire suave, la tierra descendía en suave pendiente, y en medio de un verde prado, esmaltado todo de flores, vio una bonita cabaña; se acercó a ella y abrió la puerta; en el interior se hallaba sentada una anciana de cabellos blancos, que la hizo una seña con la mayor amabilidad. La pobre mujer despertó en el mismo instante. Era ya de día y decidió poner en seguida en práctica, lo que su sueño la había aconsejado. Subió la montaña con gran trabajo y encontró todo lo que había visto la noche anterior; la vieja la recibió con mucha bondad y la indicó una silla donde sentarse.

-Sin duda has tenido alguna desgracia, la dijo, cuando vienes a visitar mi solitaria cabaña.

La mujer la refirió llorando lo que la había pasado.

-Consuélate, dijo, yo te socorreré. Toma ese peine de oro; espera hasta que llegue la luna llena, entonces vas a la orilla del estanque,

te sientas y pasas el peine por tus largos cabellos negros. Cuando hayas concluido, le pones allí al lado y ya verás lo que sucede.

Volvió la mujer a su casa, pero transcurrió mucho tiempo antes de llegar la luna llena; al fin brilló en el cielo el redondo disco; fue entonces a la orilla del estanque, se sentó y pasó el peine de oro por sus largos cabellos negros, y cuando hubo concluido se sentó junto al agua. Poco después comenzó a moverse el fondo, se levantó una ola, rodó hacia la orilla y se llevó el peine. Aún no habría podido tocar al fondo cuando se abrió el espejo del agua y subió a la superficie la cabeza del cazador; no habló, pero dirigió a su mujer una mirada llena de tristeza. En el mismo instante se levantó con grande ruido una segunda ola y cubrió la cabeza del cazador. Todo desapareció en seguida, el estanque quedó tranquilo como anteriormente y la faz de la luna volvió a brillar en él.

La mujer se marchó desesperada, pero se la apareció en sueños la cabaña de la vieja; a la mañana siguiente se puso en camino y contó su pena a la buena hada. La vieja la dio una flauta de oro y la dijo:

-Espera hasta la luna llena; entonces, coges esta flauta, te pones a la orilla del estanque, tocas un rato y cuando hayas concluido la dejas en la arena, y verás lo que sucede.

La mujer hizo lo que la había dicho la vieja. Apenas había dejado la flauta en la arena, comenzó a moverse el fondo del agua, se levantó una ola, se adelantó hacia la orilla y se llevó la flauta. Poco después se entreabrió el agua, y no solo subió a la superficie la cabeza del cazador, sino todo él hasta la mitad de su cuerpo.

Extendió sus brazos hacia ella con ardoroso amor, pero vino una segunda ola con grande estrépito, le cubrió y le arrastró al fondo.

-¡Ah!, dijo la desgraciada mujer, ¿de qué me sirve ver a mi amado para perderle en seguida?

Llenose de nuevo su corazón de tristeza, pero un sueño la indicó por tercera vez la cabaña de la anciana. Se puso en camino y el hada la dio una rueca de oro, la consoló y la dijo:

-Todavía hay esperanza: aguarda hasta que llegue la luna llena; entonces tomas la rueca, te colocas en la orilla e hilas hasta que hayas llenado el uso; cuando concluyas coloca la rueca junto al agua y verás lo que sucede.

La mujer siguió el consejo punto por punto: en cuanto llegó la luna llena, llevó la rueca de oro orilla del agua e hiló con la mayor actividad hasta que hubo concluido todo, su lino y el hilo llenó el huso.

Apenas dejó la rueca junto a la orilla, se removi6 el fondo del agua con más violencia que nunca, se adelantó una ola y se llevó la rueca.

Enseguida subió a la superficie la cabeza y todo el cuerpo del cazador, saltó en un instante a la orilla, tomó a su mujer de la mano y echaron a correr, pero apenas habían dado algunos pasos, cuando se levantó toda el agua del estanque formando solo una ola y se extendió por la llanura con una violencia irresistible.

Los dos fugitivos veían ya la muerte delante de sus ojos, cuando la mujer, con angustia, llamó a la vieja en su corazón, y en un momento fueron convertidos ella en sapo y él en rana.

La ola que los había alcanzado no pudo acabar con ellos, pero los separó y los llevó muy lejos el uno del otro. Cuando se retiró el agua y pusieron el pie en un terreno seco, volvieron a tomar su forma humana, pero ninguno de los dos sabía lo que había sucedido al otro, se hallaban entre hombres extraños que no conocían su país; los separaban altas montañas y profundos valles. Los dos se vieron obligados a guardar ovejas para ganar el sustento y durante muchos años condujeron su ganado por los bosques y los campos, llenos de tristeza y de pesar.

En una ocasión, cuando comenzaban a brotar las flores de la primavera, salieron los dos con un rebaño en el mismo día y la casualidad quiso que marchasen al encuentro el uno del otro. El marido distinguió la pendiente de una montaña y dirigió hacia ella sus ovejas: llegaron juntos al valle, pero no se conocieron y sin embargo se alegraron de no estar solos. Desde entonces llevaron todos los días sus ganados a pacer juntos; no se hablaban, pero sentían un consuelo desconocido a sus almas.

Una noche cuando la luna brillaba en el cielo y descansaban ya las ovejas, sacó el pastor la flauta de su zurrón y tocó una sonata muy melodiosa, pero también muy triste; cuando acabó vio que la pastora lloraba amargamente.

-¿Por qué lloras?, la preguntó.

-¡Ah!, contestó; así brillaba la luna cuando toqué por última vez esa sonata en la flauta y apareció en la superficie del agua la cabeza de mi amado.

La miró entonces el pastor, y le pareció que caía un velo de sus ojos, pues reconoció a su amada mujer, y mirándole a la luz de la luna que daba en su rostro, le reconoció ella a su vez. Arrojándose en los brazos uno del otro, se abrazaron, y no se pregunta si fueron dichosos.

## LOS TRES RAMOS VERDES

Había una vez un ermitaño que vivía en un bosque al pie de una montaña; pasaba el tiempo rezando y haciendo buenas obras, y todas las tardes llevaba por penitencia dos cubos grandes de agua desde la ladera hasta la cumbre de la montaña, para regar las plantas y dar de beber a los animales, pues reinaba en aquella altura un aire tan fuerte que todo lo secaba, y los pájaros, que huían en aquel desierto de la presencia del hombre, buscaban en vano agua que beber con sus perspicaces ojos. Un ángel del Señor se aparecía al ermitaño para recompensar su piedad, y en cuanto concluía su tarea le daba de comer, como a aquel profeta que era sustentado por los cuervos de orden del Eterno.

El ermitaño llegó así, en olor de santidad, hasta una edad muy avanzada; pero un día en que vio a lo lejos un pobre pecador, a quien llevaban al cadalso, se atrevió a decir:

-Ya vas a pagar lo que has hecho.

Por la tarde, cuando subió el agua a la montaña, no se le apareció el ángel como costumbre, ni le trajo su comida. Atemorizado, inquirió en el fondo de su corazón en lo que podía haber ofendido a Dios, y no podía descubrirlo. Postrose en tierra y estuvo orando día y noche sin querer tomar alimento alguno.

Un día, cuando estaba llorando amargamente en el bosque, oyó a un pájaro que cantaba con una voz tan melodiosa que no pudo menos de decirle:

-¡Ah!, pajarito, ¡qué contento cantas! El Señor no está incomodado contigo. ¡Ay!, si pudieras decirme en lo que le he ofendido, haría penitencia y volvería la alegría a mi corazón.

El pájaro le contestó:

-Has cometido una mala acción, condenando a un pobre pecador que llevaban al cadalso: por eso está incomodado contigo el Señor,

pues solo a él le corresponde juzgarle. Sin embargo, si haces penitencia y te arrepientes de tu pecado, te perdonará.

El ermitaño vio entonces al ángel del Señor delante de él, con una rama seca en la mano.

El ángel le dijo estas palabras:

-Llevarás esta vara seca hasta que salgan de ella tres ramos verdes, y por las noches, cuando vayas a dormir la colocarás debajo de tu cabeza. Mendigarás el pan de puerta en puerta y no permanecerás más que una noche bajo el mismo techo. Tal es la penitencia que te impone el Señor.

El ermitaño tomó la vara y comenzó a andar por el mundo, que hacía tanto tiempo tenía olvidado. No vivía más que de las limosnas que le daban a las puertas, pero con frecuencia no hacían caso de sus súplicas y más de una puerta permanecía cerrada, de modo que pasaba días enteros sin tener una migaja de pan.

Un día, en que había estado desde por la mañana hasta por la noche mendigando de puerta en puerta y no habían querido darle nada, ni aun dejarle pasar la noche en un rincón del pajar, fue a un bosque, donde encontró un hueco abierto en una roca, en el que había sentada una vieja.

-Buena mujer, la dijo, déjame pasar la noche en tu casa.

-No, le contestó; yo no me atrevería, aunque pudiera. Tengo tres hijos que son ladrones; y si te ven aquí cuando vengán nos matarán a los dos.

-Déjame entrar, dijo el ermitaño; no nos harán nada a ninguno de los dos.

La vieja tuvo compasión y se enterneció.

El hombre se echó al pie de la escalera con su vara debajo de la cabeza. La vieja le preguntó por qué se ponía así, y le refirió que cumplía una penitencia y que debía ser su almohada aquella rama seca. La mujer exclamó llorando:

-¡Ay!, si Dios castiga así una simple palabra, ¿qué será de mis hijos cuando comparezcan, el día del juicio, delante de él?

A la media noche volvieron los ladrones haciendo mucho ruido. Encendieron una lumbre muy grande que iluminó toda la pieza, de modo que no tardaron en ver al hombre debajo de la escalera; encolerizados dijeron entonces a su madre:

-¿Quién es ese hombre? Olvidas que te hemos prohibido recibir aquí a nadie?

-Dejadle; es un pobre pecador que hace penitencia de sus pecados, contestó la madre.

¿Qué ha hecho?, preguntaron los bandidos. Vamos, viejo, cuéntanos tus pecados.

Se levantó entonces, y les refirió cómo por haber ofendido a Dios con sólo una palabra, había tenido que someterse a una vida de expiación. Los ladrones se conmovieron de tal modo al oír su historia, que se llenaron de terror al considerar su vida pasada; volvieron en sí, y comenzaron a hacer penitencia con sincera contrición.

El ermitaño, después de haber convertido a aquellos pecadores, se echó a dormir debajo de la escalera. Pero al día siguiente le encontraron muerto, y la vara seca, colocada bajo su cabeza, había echado tres ramos verdes, porque el Señor le había perdonado ya.

## LOS SEIS COMPAÑEROS QUE LO CONSIGUEN TODO

Había una vez un hombre que era muy hábil en todos los oficios. Se hizo soldado y sirvió con valor, pero cuando se concluyó la guerra recibió la licencia con algún dinero para el gasto del camino. Esto no le convenía y se propuso, si encontraba compañeros, obligar al rey a darle todos los tesoros del reino.

Tomó incomodado el camino del bosque, y vio allí a un hombre que acababa de desarraigar seis árboles muy grandes con la mano, como si no hubieran sido más que seis hojas de yerba.

Le preguntó:

-¿Quieres seguirme y servir a mis órdenes?

-Con mucho gusto -respondió el otro-, pero antes tengo que llevar a mi madre este hacecillo de leña.

Y cogiendo uno de los árboles ató con él los otros, y se echó el haz a espaldas y se lo llevó.

Volvió a poco a encontrar a su amo, que le dijo:

-Nosotros dos lo conseguiremos todo.

Un poco más allá encontraron un cazador que estaba de rodillas y que apuntaba con su escopeta.

El soldado le preguntó:

-¿A qué apuntas, cazador?

Él le contestó:

-Dos leguas de aquí hay una mosca colocada en la rama de una encina, y quiero meterla la bala en el ojo izquierdo.

- ¡Oh! Ven conmigo -le dijo el soldado-. Nosotros tres lo conseguiremos todo.

El cazador le siguió y llegaron delante de siete molinos de viento que daban vueltas con la mayor velocidad, sin embargo de que no hacía un pelo de viento y no se movía la hoja de ningún árbol.

El soldado le dijo:

-No concibo cómo pueden andar estos molinos, pues no hace aire.

Dos leguas más allá vieron un hombre que estaba subido en un árbol; tenía una de las narices tapada y soplaba con la otra.

-¿Qué diablos soplas ahí arriba? -le preguntó el soldado.

-Dos leguas de aquí -le respondió-, hay siete molinos de viento, y estoy soplando para hacerlos andar.

-¡Oh! ven conmigo -dijo el soldado-; nosotros cuatro lo conseguiremos todo.

El que soplaba bajó del árbol y les acompañó. Al cabo de algún tiempo vieron a un hombre que estaba sobre un solo pie; se había quitado el otro, y le tenía a su lado.

-He ahí uno -dijo el soldado-, que de seguro quiere descansar.

-Soy un andarín -respondió el otro-, y por no ir tan de prisa me he quitado una pierna; cuando tengo puestas las dos ando más que las golondrinas.

-¡Oh! ven conmigo -dijo el soldado-; nosotros cinco lo conseguiremos todo.

Se fue con ellos, y poco tiempo después encontraron un hombre que tenía un sombrero pequeño puesto encima de la oreja.

El soldado le dijo:

-Dispensadme, caballero, creo que haríais mejor en poneros el sombrero derecho.

-Me guardaré muy bien -dijo el otro-, pues si me pongo el sombrero derecho, hace un frío tan grande que los pájaros se hielan en el aire y caen muertos en el suelo.

-¡Oh! entonces -dijo el soldado- ven conmigo; nosotros seis lo conseguiremos todo.

Los seis entraron en una ciudad en que el rey había mandado pregonar que el que quisiera luchar en la carrera con su hija, se casaría con ella si era vencedor; pero se le cortarían la cabeza si era vencido. El soldado se presentó y preguntó si podía correr en lugar suyo uno de su compañía.

-¿Por qué no? -respondió el rey-; pero su vida y la tuya servirán de prenda, y si es vencido os cortarán a los dos la cabeza.

Convenidos así, el soldado mandó al andarín que se pusiese la segunda pierna y le recomendó correr sin perder tiempo y no

despreciar nada para obtener la victoria. Se había decidido que sería vencedor el que trajese primero agua de una fuente situada muy lejos de allí.

El andarín y la hija del rey recibieron un cántaro cada uno al mismo tiempo; pero apenas había dado algunos pasos la princesa, cuando se había perdido de vista el andarín, como si se le hubiera llevado el viento. Llegó en seguida a la fuente, llenó su cántaro y se puso en camino. Pero se sintió cansado en medio del tránsito, y poniendo el cántaro en el suelo se echó a dormir un rato; mas tuvo el cuidado de ponerse debajo de la cabeza un cráneo de caballo que encontró allí cerca para no tardar en despertar con la dureza de la almohada.

La princesa, que corría tan bien como puede hacerlo una persona en el estado natural, llegó a la fuente y se apresuró a volver después de haber llenado el cántaro.

Encontró al andarín dormido:

-Bueno -se dijo alegremente-, el enemigo está en mis manos.

Vació el cántaro del dormido y continuó su camino.

Todo se había perdido; mas por fortuna, el cazador colocado en lo alto del palacio, vio esta escena con su perspicaz vista.

-Pues no faltaba más -dijo-, sino que ganara la princesa.

Y disparando su carabina, rompió el cráneo de caballo que servía de almohada al andarín, sin hacerle daño ninguno.

Despertando el otro sobresaltado, vio que estaba vacío su cántaro, y que la princesa le había tomado ya un gran adelanto. Pero volvió a la fuente sin desanimarse, llenó de nuevo su cántaro y llegó al término de la carrera diez minutos antes que la princesa.

-Al fin -dijo- he tenido que menear bien las piernas; lo que había hecho antes no era en realidad correr.

Pero el rey y su hija estaban furiosos de ver que el vencedor era un miserable soldado licenciado; resolvieron perderle a él y a todos sus compañeros.

El rey dijo a su hija:

-No tengas miedo: he encontrado un buen medio, no se me escaparán.

Después, bajo pretexto de obsequiarles, los hizo entrar en un cuarto cuyo suelo era de hierro, lo mismo que las puertas y las

ventanas.

En medio de la habitación había una mesa con una espléndida comida.

-Entrad -les dijo el rey-; regalaos bien.

Y en cuanto estuvieron dentro, hizo cerrar con cerrojos todas las puertas por fuera. Después mandó venir a su cocinero y le dio la orden de encender lumbre debajo del cuarto hasta que el piso de hierro se pusiera enteramente rojo. Puso en ejecución la orden y los seis compañeros que estaban a la mesa comenzaron a tener calor; creyeron en un principio que provenía de lo mucho que comían; pero yendo el calor siempre en aumento, quisieron salir, y vieron que las puertas y las ventanas estaban cerradas y que el rey había querido jugarles una mala pasada.

-Pero ha cerrado el golpe -dijo el hombre del sombrerillo-, pues voy a hacer venir un frío que hará impotente al calor.

Entonces se metió el sombrero hasta los ojos, y comenzó a hacer tal frío, que desapareció el calor y se helaron los platos de la mesa.

Al cabo de dos horas el rey, creyendo que estaban ya muertos, hizo abrir las puertas y vino a ver por sí mismo lo que les había sucedido. Pero halló a los seis muy frescos y contentos, diciendo que deseaban poder salir para ir a calentarse un poco, porque hacía tal frío en el cuarto, que se les habían helado los platos encima de la mesa. Incomodado el rey, fue a buscar al cocinero, y le preguntó por qué no había ejecutado sus órdenes.

Pero el cocinero le respondió:

-He echado una lumbre capaz de asar una docena de bueyes. Vedlo vos mismo.

El rey reconoció en efecto que se había echado una lumbre muy grande debajo del cuarto en que los seis compañeros habían sabido librarse del calor.

El rey, deseoso de deshacerse de estos incómodos huéspedes, llamó al soldado, y le dijo:

-Si quieres ceder los derechos que tienes a la mano de mi hija, te daré todo el oro que deseas.

-Con mucho gusto, señor -respondió el otro-; dadme únicamente todo el oro que pueda llevar uno de los míos y dejo a la princesa.

El rey se puso muy alegre; el soldado le dijo que volvería a buscar su oro dentro de quince días. Entre tanto convocó en el mismo instante a todos los sastres del reino y los alquiló por quince días para hacer un saco. En cuanto estuvo concluido, el Hércules de la banda, el que desarraigaba los árboles con la mano, se lo echó auestas y se presentó en palacio. El rey preguntó quién era aquel mozo tan vigoroso que llevaba en las espaldas un fardo de paño tan grande como una casa, y cuando lo supo se asustó pensando en todo el oro que cabía dentro. Hizo traer un tonel que apenas podían hacer rodar seis hombres de los más fuertes, pero el Hércules lo cogió con una mano y, echándole en el saco, se quejó de que le hubiesen traído tan poco que no había, ni aun para llenar el fondo.

El rey hizo traer sucesivamente todo su tesoro, que pasó entero al saco, sin llenar ni aun la mitad.

-Traed más -gritó el Hércules-, dos nueces no bastan para hartar a un hombre.

Trajeron además setecientos carros cargados de oro de todas las partes del reino, y los metió en el saco con bueyes y todo.

Cuando estuvo todo dentro, aún quedaba lugar, pero dijo:

-Hay que concluir, bien puede uno cerrar su saco antes de que esté lleno.

Y se le echó a espaldas, y fue a reunirse a sus compañeros.

El rey viendo que un solo hombre se llevaba todas las riquezas del reino, se puso muy enfadado y mandó montar a toda su caballería, con la orden de perseguir a los compañeros y quitarles el saco. Poco después les alcanzaron dos regimientos que les dijeron:

-Daos prisioneros, entregad el saco y el oro que contiene, o morís en el acto.

-¿Qué decís? -respondió el que soplaba-, ¿que somos prisioneros? Antes echaréis todos a volar.

Y tapándose una de las narices se puso a soplar con la otra a los dos regimientos, de modo que los dispersó acá y allá, por el azul del cielo, por encima de los valles y las montañas. Un antiguo sargento mayor le pidió gracia, diciendo que tenía nueve cicatrices, y que un valiente como él no merecía ser tratado tan ignominiosamente. El que soplaba se detuvo un poco, de manera que el sargento cayó sin lesión, pero le dijo:

-Ve a buscar a tu rey y dile que aunque hubiera enviado doble gente contra nosotros, yo los hubiera hecho bailar a todos en el aire.

Al saber la aventura, dijo el rey:

-Es preciso dejarlos marcharse: los pícaros son hechiceros. Los seis compañeros se llevaron así sus riquezas, se las repartieron, y vivieron felices hasta el fin de sus días.

## LA LIEBRE Y EL ERIZO

Esta historia, niños, va a pareceros una mentira y sin embargo es verdadera, pues mi abuelo de quien la sé no dejaba nunca, cuando me la refería, de añadir:

-Debe sin embargo ser verdadera, pues, si no, no la contaría nadie.

He aquí la historia tal como ha pasado.

Era una hermosa mañana de verano, durante el tiempo de la siega, precisamente cuando el alforfón, trigo negro, está en flor. El sol brillaba en el cielo, el aire de la mañana ponía en movimiento los trigos, las alondras cantaban volando, las abejas zumbaban en el alforfón, las personas iban a la iglesia con el vestido del domingo y todo el mundo se alegraba y también el erizo.

El erizo estaba delante de su puerta, tenía los brazos cruzados, miraba pasar el tiempo y cantaba un cantarcillo, ni más ni menos que como lo canta un erizo en una hermosa mañana de domingo.

Mientras cantaba así, a media voz, se le ocurrió, muy osadamente en verdad, ínterin su mujer lavaba y vestía a sus hijuelos, dar algunos paseos por la llanura e ir a ver cómo crecían los nabos. Los nabos se hallaban cerca de su casa, tenía la costumbre de comerlos con su familia y los cogía como si fueran suyos. Dicho y hecho.

El erizo cerró la puerta detrás de sí y se puso en camino. Apenas se hallaba fuera de la casa e iba precisamente a pasar por delante de una zarza, que se hallaba junto al campo donde crecen los nabos, cuando encontró a la liebre que había salido con una intención semejante, para ir a visitar sus berzas.

Así que el erizo vio a la liebre, pensó jugarla una buena treta y la dio los buenos días con mucha política; pero la liebre que era un personaje muy grande a su manera y de un carácter orgulloso, no devolvió el saludo, sino que dijo con un aire muy burlón:

-¿Cómo corres tan temprano por el campo, en una mañana tan hermosa?

-Voy a pasearme -dijo el erizo.

-¿A pasearte? -dijo riendo la liebre-; me parece que necesitarías para ello cambiar de piernas.

Esta respuesta disgustó mucho al erizo, pues no se incomodaba, mas que cuando se trataba de sus piernas, porque las tenía torcidas de nacimiento.

-¿Te imaginas quizá -dijo a la liebre- que tus piernas valen más que las mías?

-Lo creo al menos -dijo la liebre.

-Eso es lo que está por ver -repuso el erizo-; apuesto a que, si corremos juntos, corro más que tú.

-¿Con tus piernas torcidas? Tú te chanceas -dijo la liebre-, pero si quieres apostaremos. ¿Qué vamos a ganar?

-Un luis de oro y una botella de aguardiente -dijo el erizo.

-Apostado -dijo la liebre-; toca y podemos probarlo en el acto.

-No, a nada viene tanta prisa -dijo el erizo-; aún no he tomado nada hoy y quiero ir a mi casa a tomar cualquier cosa. Volveré dentro de media hora.

Consintió la liebre y se marchó el erizo. Por el camino se iba diciendo a sí mismo: «La liebre se fía en sus largas piernas, pero yo se la jugaré. Se da mucha importancia, pero es muy tonta y lo pagará.»

En cuanto llegó a su casa, dijo el erizo a su mujer:

-Mujer, vístete corriendo; es preciso que vengas al campo conmigo.

-¿Qué pasa? -dijo su mujer.

-He apostado con la liebre un luis de oro y una botella de aguardiente a que corro más que ella, y es preciso que seas de la partida.

-Pero Dios mío, hombre -dijo la mujer al erizo levantando la cabeza-: ¿estás en tu sentido, has perdido la cabeza? ¿Cómo pretendes luchar en la carrera con la liebre?

-Silencio, mujer -dijo el erizo-; no te metas en lo que no te importa. Nunca te mezcles en los negocios de los hombres. Anda, vístete y ven conmigo.

¿Qué había de hacer la mujer del erizo? tenía que obedecer, con ganas o sin ellas.

Cuando salían juntos, dijo el erizo a su mujer:

-Pon cuidado en lo que voy a decirte. Vamos a correr por esa tierra grande que ves ahí. La liebre correrá por un surco y nosotros por el otro, partiremos de allá abajo. Tú no tienes más que estar escondida dentro del surco, y cuando llegue la liebre cerca de ti, te levantas gritando: «Aquí estoy.»

Apenas había dicho esto, llegaron al punto designado. El erizo indicó a su mujer el puesto que debía ocupar, y subió campo arriba. Cuando hubo llegado al otro extremo encontró a la liebre que le dijo:

-Vamos a correr.

-Sin duda -repuso el erizo.

-Pues comencemos.

Y cada uno se colocó en su surco.

La liebre dijo:

-Una, dos, tres.

Y partió como un torbellino, saltando varas enteras. El erizo dio dos o tres pasos detrás de ella, después se agazapó en el surco y se estuvo quedo.

En cuanto llegó la liebre, a grandes zancadas al otro lado de la tierra, le gritó la mujer del erizo:

-Aquí estoy.

La liebre se admiró y maravilló mucho; creía oír al mismo erizo, pues la mujer era exactamente igual a su marido.

La liebre pensó para sí: «El diablo anda en esto.»

Y añadió:

-Vamos a correr otra vez.

Y volvió a correr partiendo como un torbellino, saltando varas enteras, de modo que sus orejas flotaban al viento. La mujer del erizo no se movió de su puesto; cuando la liebre llegó al otro extremo de la tierra, la gritó el erizo:

-Aquí estoy.

La liebre fuera de sí, dijo:

-Volvamos a empezar, vamos a correr otra vez.

-¿Por qué no? -respondió el erizo-, estoy dispuesto a continuar todo el tiempo que quieras.

La liebre corrió así setenta y tres veces seguidas, y el erizo sostuvo la lucha hasta el fin; cada vez que la liebre llegaba a un extremo u otro del campo, el erizo o su mujer decían siempre.

-Aquí estoy.

A las setenta y cuatro veces, la liebre no pudo concluir. Rodó por el suelo, en medio del campo la empezó a salir sangre por todas partes y expiró en el acto. El erizo cogió el luis de oro que había ganado y la botella de aguardiente, llamó a su mujer para que saliese del surco y ambos entraron muy contentos en su casa y, si no se han muerto, viven todavía.

Así fue como el erizo en el erial de Buxtelmde<sup>1</sup> corrió hasta que hizo morir a la liebre, y desde aquel tiempo ninguna liebre se ha atrevido a correr con ningún erizo de Buxtelmde.

La moral de esta historia es mucho más importante de lo que puede imaginarse; nadie, en primer lugar, debe burlarse del más pequeño, aunque sea un erizo; y, en segundo lugar, es bueno, si tomáis mujer, que la toméis de vuestra clase, y semejante a vos en un todo. Si sois erizo, tened cuidado de que vuestra mujer sea eriza, y lo mismo en las demás clases.

## EL HUSO, LA LANZADERA Y LA AGUJA

Quedose huérfana una joven a poco de nacer, y su madrina, que vivía sola en una cabaña al extremo de la aldea, sin más recursos que su lanzadera, su aguja y su huso, se la llevó consigo, la enseñó a trabajar y la educó en la santa piedad y temor de Dios. Cuando llegó la niña a los quince años, cayó enferma su madrina, y llamándola cerca de su lecho, la dijo:

-Querida hija, conozco que voy a morir; te dejo mi cabaña que te protegerá del viento y la lluvia, y te lego también mi huso, mi lanzadera y aguja, que te servirán para ganar el pan.

Poniéndola después la mano en la cabeza, la bendijo, añadiendo:

-Conserva a Dios en tu corazón, y llegarás a ser feliz. Cerráronse enseguida sus ojos, y la pobre niña acompañó su ataúd llorando, y la hizo los últimos honores. Desde entonces vivió sola, trabajando con la mayor actividad, ocupándose en hilar, tejer y coser y la bendición de la buena anciana la protegía en todo aquello en que ponía mano. Se podía decir que su provisión de hilo era inagotable, y apenas había tejido una pieza de tela o cosido una camisa, se la presentaba enseguida un comprador, que la pagaba con generosidad; de modo que, no sólo no se hallaba en la miseria, sino que podía también socorrer a los pobres.

Por el mismo tiempo, el hijo del rey se puso a recorrer el país para buscar mujer con quien casarse. No podía elegir una pobre, pero tampoco quería una rica, por lo cual decía que se casaría con la que fuese a la vez la más pobre y la más rica. Al llegar a la aldea donde vivía nuestra joven, preguntó, según su costumbre, dónde vivían la más pobre y la más rica del lugar. Se le designó enseguida la segunda; en cuanto a la primera se le dijo que debía ser la joven que habitaba en una cabaña aislada al extremo de la aldea.

Cuando pasó el príncipe, la rica, vestida con su mejor traje, se hallaba delante de la puerta; se levantó y salió a su encuentro, haciéndole una profunda cortesía; pero él la miró sin decirle una palabra y continuó su camino. Llegó a la cabaña de la pobre, que no había salido a la puerta y estaba encerrada en su cuarto; detuvo su caballo y miró por la ventana a lo interior de una habitación que iluminaba un rayo de sol; la joven estaba sentada delante de su rueda e hilaba con el mayor ardor. No dejó de mirar, furtivamente al príncipe, pero se puso muy encarnada y continuó hilando, bajando los ojos aunque no me atreveré a asegurar que su hilo fuera tan igual como lo era antes; prosiguió hilando hasta que partió el príncipe. En cuanto no le vio ya, se levantó a abrir la ventana, diciendo:

-¡Qué calor hace aquí!

Y le siguió con la vista mientras pudo distinguir la pluma blanca de su sombrero.

Volvió a sentarse, por último, y continuó hilando, pero no se la iba de la memoria un refrán que había oído repetir con frecuencia a su madrina, el cual se puso a cantar, diciendo:

Corre huso, corre, a todo correr,  
mira que es mi esposo y debe volver.

Mas he aquí que el huso se escapó de repente de sus manos y salió fuera del cuarto; la joven se le quedó mirando, no sin asombro, y le vio correr a través de los campos, dejando detrás de sí un hilo de oro. Al poco tiempo estaba ya muy lejos y no podía distinguirlo. No teniendo huso, cogió la lanzadera y se puso a tejer.

El huso continuó corriendo, y cuando se le acabó el hilo, ya se había reunido al príncipe.

-¿Qué es esto? exclamó; este huso quiere llevarme a alguna parte.

Y volvió su caballo, siguiendo al galope el hilo de oro. La joven continuaba trabajando y cantando:

Corre, lanzadera, corre tras de él,  
tráeme a mi esposo, pronto tráemele.

Enseguida se escapó de sus manos la lanzadera, dirigiéndose a la puerta; pero al salir del umbral comenzó a tejer, comenzó a tejer el tapiz más hermoso que nunca se ha visto; por ambos lados le

adornaban guirnaldas de rosas y de lirios, y en el centro se veían pámpanos verdes sobre un fondo de oro; entre el follaje se distinguían liebres y conejos, y pasaban la cabeza, a través de las ramas, ciervos y corzos; en otras partes tenía pájaros de mil colores, a los que no faltaba más que cantar. La lanzadera continuaba corriendo, y la obra adelantaba a las mil maravillas.

Corre, aguja, corre, a todo correr,  
prepáralo todo, que ya va a volver.

La aguja, escapándose de sus dedos, echó a correr por el cuarto con la rapidez del relámpago, pareciendo que tenía a sus órdenes espíritus invisibles, pues la mesa y los bancos se cubrían con tapetes verdes, las sillas se vestían de terciopelo y las paredes de una colgadura de seda.

Apenas había dado la aguja su última puntada, cuando la joven vio pasar por delante de la ventana la pluma blanca del sombrero del príncipe, a quien había traído el hilo de oro; entró en la cabaña pasando por encima del tapiz y en el cuarto donde vio a la joven, vestida como antes, con su pobre traje; pero hilando, sin embargo, en medio de este lujo improvisado, como una rosa en una zarza.

-Tú eres la más pobre y la más rica, exclamó; ven, tú serás mi esposa.

Presentole ella la mano sin contestarle, él se la besó, y haciéndola subir en su caballo, la llevó a la corte, donde se celebraron sus bodas con grande alegría.

El huso, la lanzadera y la aguja, se conservaron con el mayor cuidado en el tesoro real.

## EL ABUELO Y EL NIETO

Había una vez un pobre muy viejo que no veía apenas, tenía el oído muy torpe y le temblaban las rodillas. Cuando estaba a la mesa, apenas podía sostener su cuchara, dejaba caer la copa en el mantel, y aun algunas veces escapar la baba. La mujer de su hijo y su mismo hijo estaban muy disgustados con él, hasta que, por último, le dejaron en un rincón de un cuarto, donde le llevaban su escasa comida en un plato viejo de barro. El anciano lloraba con frecuencia y miraba con tristeza hacia la mesa. Un día se cayó al suelo, y se le rompió la escudilla que apenas podía sostener en sus temblorosas manos. Su nuera le llenó de improperios a que no se atrevió a responder, y bajó la cabeza suspirando. Compráronle por un cuarto una tarterilla de madera, en la que se le dio de comer de allí en adelante.

Algunos días después, su hijo y su nuera vieron a su niño, que tenía algunos años, muy ocupado en reunir algunos pedazos de madera que había en el suelo.

-¿Qué haces? preguntó su padre.

-Una tartera, contestó, para dar de comer a papá y a mamá cuando sean viejos.

El marido y la mujer se miraron por un momento sin decirse una palabra. Después se echaron a llorar, volvieron a poner al abuelo a la mesa; y comió siempre con ellos, siendo tratado con la mayor amabilidad.

## LA MESA, EL ASNO Y LA VARA MARAVILLOSA

Había una vez un sastre que tenía tres hijos y una cabra. Como la cabra daba leche para toda la familia, era necesario procurarla buen pasto, y llevarla al campo todos los días. Los hijos se hallaban obligados a esto y lo hacían por turno. Un día la llevó el mayor al cementerio, donde había yerba muy crecida, que comió con extraordinaria alegría dando muchos saltos. Cuando volvían a casa al anochecer, la preguntó el mancebo.

-¿Has comido, cabra?

A lo que le contestó.

Estoy atascada,

Saciada.

¡Bah!, ¡ba!

-Vamos a casa, dijo el joven y cogiéndola por la cuerda la llevó al establo, donde la ató.

-Ha comido la cabra todo lo que quería, dijo el sastre viejo.

-Sí, contestó el hijo, está atascada y saciada.

Mas queriendo el padre asegurarse por sí mismo, fue al establo y se puso a acariciar a su querido animal, diciéndole.

-¿Cabrita, has comido bien?

La cabra le contestó.

¿Cómo había de comer,

si no he hecho más que correr  
sin hallar una hoja que pacer?

¡Beh!, ¡be!

-¡Qué viejo!, dijo el sastre, y saliendo del establo, regañó a su hijo.

-Embustero, no me has dicho, que la cabra estaba harta y ha vuelto en ayunas.

-Cogió encolerizado la vara de medir, y le echó de la casa dándole de palos.

Al día siguiente tocaba la vez al hijo segundo, quien buscó a lo largo del cercado del jardín un lugar bien provisto de yerba y la cabra cortó hasta el último tallo. -Por la noche cuando se trataba de volver la preguntó.

-¿Has comido, cabra?

A lo que contestó.

Estoy atascada,

Saciada.

¡Bah!, ¡ba!

-Vamos a casa dijo el joven y la llevó al establo, donde la ató.

-¿Ha comido la cabra todo lo que necesitaba?, dijo el sastre.

-¡Oh!, sí, contestó el hijo, está atascada y saciada.

El sastre que era aficionado a verlo todo por sí mismo; fue al establo y preguntó.

-¿Cabrita, has comido bien?

A lo que respondió la cabra.

¿Cómo había de comer,

si no he hecho más que correr sin hallar una hoja que pacer?

¡Beh!, ¡be!

-¡Miserable!, exclamó el sastre, ¡dejar en ayunas a animal tan bueno!, y puso también en la calle a palos a su hijo segundo.

Tocó al hijo menor al día siguiente que para hacer bien las cosas buscó sotos provistos de buenas yerbas, en los que puso a comer a la cabra. Por la noche cuando se trató de volver, la preguntó.

-¿Has comido, cabra?

A lo que contestó:

Estoy atascada,

Saciada,

¡Bah!, ¡ba!

-Vamos a casa, dijo el joven, y la llevó al establo, y la ató.

-¿Ha comido la cabra, todo lo que necesitaba?, preguntó el sastre.

-¡Ah!, contestó el hijo, está atascada y saciada.

Pero el sastre que no tenía confianza fue al establo, y preguntó.

-¿Has comido bien, cabrita?

Pero el malvado animal contestó:

¿Cómo había de comer  
si no he hecho más que correr  
sin hallar una hoja que pacer?

¡Beh!, ¡be!

-¡Raza de embusteros, gritó el sastre tan malos y tan, desalmados unos como otros; pero no me engañaréis ya más!, y fuera de sí de cólera, molió a su hijo a palos con la vara de medir, de manera que el joven escapó a su vez de la casa paterna.

El sastre se quedó entonces solo con su cabra; al día siguiente fue al establo y se puso a acariciarla diciéndola:

-Ven, querida cabrita, voy a llevarte a pacer yo mismo.

Cogió la cabra y la llevó a unos prados llenos de verde, a sitios donde brotaba la yerba con mil hojas, y a otros lugares que agradan a las cabras.

-Hoy la dijo, puedes sacar la tripa de mal año, y la dejó pacer hasta la noche.

Entonces la preguntó.

-¿Has comido, cabra?

-A lo que contestó.

Estoy atascada,

Saciada,

¡Bah!, ¡ba!

-Vamos a casa, dijo el sastre y la llevó al establo, donde la ató.

Al salir volvió a repetirla.

-¿Has comido bien hoy?

Pero la cabra no se portó mejor con el padre que se había portado con los hijos.

¿Cómo había de comer  
si no he hecho más que correr  
sin hallar una hoja que pacer?

¡Beh!, ¡be!

Sorprendido el sastre al oír esto, comprendió que había echado a sus hijos de su casa injustamente.

-Espera, dijo ingrato animal, el echarte así es muy poco, quiero marcarte de manera que no te atrevas jamás a presentarte delante de ningún honrado sastre.

En el mismo instante cogió la navaja de afeitar, dio jabón a la cabra, en la cabeza y se la puso tan lisa como la palma de la mano, y como la vara era muy hermosa para ella, cogió su látigo y la dio tales latigazos que echó a correr dando saltos prodigiosos.

Viéndose solo en su casa comenzó el sastre a fastidiarse y hubiera querido llamar a sus hijos, pero nadie sabía lo que les había sucedido.

El mayor se había puesto de aprendiz en casa de un ebanista: aprendió el oficio con aplicación, y cuando terminó, el tiempo de su contrato, quiso marcharse a probar fortuna. Su maestro le regaló una mesita común en la apariencia, pero dotada de una preciosa cualidad. Cuando la ponían delante de alguien, y la decían: mesa sírveme; aparecía en el mismo instante con un hermoso mantel blanco, con su plato, su cuchillo y su tenedor, y otros platos llenos de toda clase de manjares, tantos como cabían en ella y un vaso lleno de vino tinto que regocijaba el corazón.

El joven se creyó rico mientras viviera y echó a correr por el mundo sin hacer caso de si las posadas eran buenas o malas, o de si encontraba o no qué comer.

Muchas veces ni aún entraba en ninguna parte, sino que en medio del campo en un bosque, en una pradera ponía su mesa, y sin más que decirla, sírveme, se hallaba servido en el mismo instante.

Se le ocurrió al fin volver a casa de su padre, creyendo que ya se habría apaciguado su cólera, y que sería bien recibido por la mesa maravillosa. En el camino entró una noche en una posada que estaba llena de viajeros, le dieron la enhorabuena por su llegada y le invitaron a sentarse a la mesa con ellos, pues si no le costaría mucho trabajo el encontrar comida.

-No, contestó, no quiero tomar parte en vuestro escote, os convido por el contrario a tomarla conmigo.

Se echaron a reír creyendo querría burlarse, sin embargo, preparó su mesa en medio de la sala y dijo:

-Mesa, sírveme.

Enseguida se cubrió de manjares, tales como no habían salido nunca de la cocina de la posada, y cuyo olor agradaba al olfato de los convidados.

-Vamos, señores, exclamó; a la mesa.

Viendo de lo que se trataba no se hicieron de rogar, y se pusieron a trabajar heroicamente con el cuchillo en la mano, pero los llenaba de admiración el ver que a medida que se vaciaba un plato, le reemplazaba otro lleno. Hallábase en un rincón el posadero viendo todo esto sin saber qué pensar, pero se decía a sí mismo que una cocina de esta clase le sería muy útil en su posada.

El ebanista y sus compañeros pasaron alegremente una parte de la noche y al fin fueron a acostarse; el joven al meterse en la cama, colocó su mesa cerca de la pared; mas el posadero no podía dormir, agitado por diferentes pensamientos; recordó que tenía en el granero una mesa vieja exactamente igual, y fue a buscarla en silencio y la colocó en lugar de la otra.

Despertó al día siguiente el ebanista y después de haber pagado por la noche que había pasado en la posada, cogió la mesa sin percibirse del cambio, y continuó su camino.

Llegó al medio día a la casa de su padre, quien le recibió con extraordinario placer.

-¿Qué has aprendido, querido hijo?, le preguntó.

-El oficio de ebanista, padre mío.

-Es un buen oficio, replicó el anciano, y ¿qué has traído de tus viajes?

-Padre, lo mejor de cuanto poseo, es una mesita pequeña.

El padre miró por todas partes y lo dijo:

-Si es esa tu obra maestra, no tiene nada de extraordinario, es un mueble viejo que apenas puede tenerse de pie.

-¡Oh!, contestó el hijo, es una mesa mágica, cuando la mando me sirva, se llena de los platos mejores, y de vino para alegrar el corazón, y a convidar a todos nuestros parientes y amigos, que vengan a regalarse, la mesa bastará para todos.

Apenas estuvieron reunidos puso su mesa en medio del cuarto y la dijo:

-Mesa, sírvenos.

Mas no escuchó sus órdenes y continuó vacía como una mesa ordinaria.

El pobre muchacho conoció entonces que se la habían cambiado, y quedó tan avergonzado como un embustero cogido en mentira.

Los parientes se burlaron de él y volvieron a sus casas sin haber comido ni bebido. El padre cogió su aguja y su dedal, y el hijo se puso a trabajar en casa de un maestro ebanista.

El segundo hijo entró en casa de un molinero. Cuando terminó su ajuste le dijo su amo:

-Te voy a dar este asno para recompensarte por tu buena conducta. Es de una raza especial y no sirve para carga ni para tiro.

-¿Pues entonces, para qué sirve?, contestó el joven.

-Da oro, contestó el molinero, no tienes más que colocarle encima de un paño extendido y decir bricklelrit y el bueno del animal echará oro por delante y por detrás.

-He ahí un animal maravilloso, repuso el joven.

Dio gracias a su amo y comenzó a correr el mundo. Cuando necesitaba dinero, con solo decir a mano bricklelrit llovían las monedas de oro sin tener más trabajo que el de recogerlas. Por todas partes por donde iba, lo mejor no era bueno para él y lo más caro estaba a su disposición, pues tenía siempre la bolsa repleta. Después de haber viajado algún tiempo, creyó se habría mitigado ya la cólera de su padre, y que podría ir a reunirse con él, pudiendo ser bien recibido, por lo menos en consideración a su asno. Entró en la única posada en que su hermano había perdido la mesa; llevaba su asno suelto; el posadero quiso cogerle y atarle, mas el joven le dijo:

-No os toméis ese trabajo, yo mismo iré y ataré a mi asno en la cuadra, porque quiero saber siempre dónde se halla.

Sorprendido el posadero, supuso que un hombre que quería cuidar por sí mismo de su asno, no hacía mucho gasto; pero cuando el forastero, metiendo la mano en el bolsillo, sacó dos monedas y le mandó le sirviera de todo lo mejor, abrió unos ojos muy grandes y se puso a buscar todo lo mejor que tenía. Después de la comida, preguntó al posadero lo que le debía, quien no perdonando medio para aumentar la cuenta, le contestó que debía aún otras dos monedas de oro. El joven metió la mano en el bolsillo, pero estaba vacío.

-Esperad un instante, dijo, voy a buscar dinero. Y salió llevándose el mantel.

El posadero no comprendía nada de lo que estaba viendo, pero era curioso; siguió al viajero, y aunque este cerró la puerta de la

cuadra, miró por una rendija. El forastero extendió el mantel debajo del asno, dijo bricklelrit, y el animal comenzó enseguida a echar oro por delante y por detrás; era una lluvia.

-¡Diablo!, dijo el posadero; ¡escudos nuevecitos! Semejante tesoro no hacía daño a su asno.

El joven pago su gasto y se fue a acostar; mas el posadero se deslizó por la noche en la cuadra, quitó el asno que daba dinero y puso otro, en lugar suyo.

A la mañana siguiente tomó el joven su asno, y se puso en camino creyendo que llevaba su animal mágico. Llegó al medio día a casa de su padre, quien se alegró de verle y le recibió con los brazos abiertos.

-¿Qué has hecho, hijo mío?, le preguntó el viejo.

-Soy molinero, querido padre, lo contestó. ¿Qué traes de tu viaje?

-Nada más que un asno.

-No faltan asnos entre nosotros, replicó el padre: mejor hubieras hecho en traernos una buena cabra.

-Pero, repuso el hijo, mi asno no es como los demás, es un asno mágico; no tengo más que decir bricklelrit, y enseguida deja caer tantas monedas de oro, que hay para llenar una manta; envidad a llamar a todos nuestros parientes, que voy a enriquecerlos de un golpe.

-No me disgusta, replicó el padre; ya no me cansaré en tirar de la aguja.

Y fue a buscar a toda su parentela.

Cuando estuvieron reunidos, hizo sitio el molinero, extendió su paño, y colocó el asno encima.- «Atención», exclamó, y dijo: bricklelrit. Pero el asno no comprendía la magia, y lo que dejó caer en el paño ni aun por lo amarillo se parecía al oro. El pobre molinero conoció que le habían robado, y poniendo una cara muy triste pidió perdón a sus parientes, que volvieron a sus casas tan pobres como habían venido. Su padre continuó obligado a vivir de la aguja y él se volvió de criado en un molino.

El tercer hermano se había puesto de aprendiz en casa de un tornero, y como el oficio es difícil, tardó mucho más tiempo en aprenderle que sus otros dos hermanos. Le enviaron a decir en una carta las desgracias que les habían sucedido, y que el posadero les

había robado los regalos mágicos de que eran poseedores. Cuando el tornero concluyó su aprendizaje y le llegó el tiempo de viajar, su maestro, para recompensarle por su buena conducta, le dio un saco, en el que había un palo muy gordo.

-El saco me puede servir de algo, se dijo, me le echaré a espaldas; pero ¿de qué me servirá el palo como no sea de peso?

-Voy a enseñarte su uso, le contestó el maestro; si alguno te hace mal, no tienes más que decir estas palabras: ¡palo, fuera del saco! Enseguida saltará el palo a sus espaldas, y se meneará con tanta ligereza, que no podrá moverse en ocho días; no cesando la broma hasta que digas: ¡palo, al saco!

El oficial dio gracias a su maestro, y se puso en camino con su saco; si se le arrimaba alguien demasiado cerca y quería tocarle, no tenía más que decir: ¡palo, fuera del saco!, y enseguida se ponía a limpiar la ropa de la gente sin que tuviesen tiempo de quitársela.

Llegó una noche a la posada donde se había robado a sus hermanos; colocó su saco delante y se puso a referir todas las curiosidades que había visto en el mundo.

-Sí, decía, cierto es que hay mesas que sirven de comer por sí solas, asnos que dan oro y otras cosas semejantes, que me hallo muy lejos de despreciar; pero todo esto no vale nada al lado del tesoro que llevo yo en mi saco.

El posadero enderezaba las orejas.

-Qué podrá ser, pensaba para sí, sin duda su saco está lleno de piedras preciosas: me alegraría unírsele al asno y a la mesa, pues todas las cosas buenas entran por tres.

Cuando se acostaron, el joven se echó en un banco, y se puso el saco debajo de la cabeza a manera de almohada. El posadero apenas le creyó bien dormido se acercó a él suavemente y comenzó a tirar poco a poco del saco para ver si podría quitarle y colocar otro en su lugar.

Mas el tornero le estaba espiando hacía mucho tiempo, y en el momento en que el ladrón dio un tirón fuerte exclamó: Palo, fuera del saco; y enseguida saltó el palo a las espaldas del bribón, y comenzó a plancharle las costuras del vestido. El desgraciado pedía perdón y misericordia, pero cuanto más gritaba más fuerte caía el

palo sobre sus espaldas, de modo que al fin dio con su cuerpo en tierra. Entonces, le dijo el tornero:

-Si no me das en este mismo instante la mesa y el asno va a comenzar la danza otra vez.

-Ay, no, exclamó el posadero con una voz muy débil, todo te lo devolveré, pero haz entrar en el saco a ese maldito diablo.

-Sería sin embargo muy justo volver a comenzar, dijo el oficial, pero te perdono si cumples tu palabra.

Después añadió:

-¡Palo al saco!, y le dejó en paz.

El tornero llegó al día siguiente a casa de su padre con la mesa y el asno: su padre se alegró de volverle a ver, y le preguntó lo que había aprendido.

-El oficio de tornero, querido padre, le contestó.

-Buen oficio, replicó el padre; ¿y qué traes de tus viajes?

-Una hermosa pieza, amado padre, un palo metido en un saco.

-¿Un palo?, exclamó el padre, ¿y para qué?, ¿faltan acaso en ninguna parte?

-Pero no como el mío, querido padre, cuando le digo: Palo, fuera del saco, se lanza sobre los que le hacen daño, y los apalea hasta que caen al suelo pidiendo perdón, y me ha servido como veréis para recobrar la mesa y el asno que ese ladrón de posadero había robado a mis hermanos.

Mandadlos venir a los dos, y convidad a todos nuestros parientes, que quiero obsequiarlos y llenar sus bolsillos.

El sastre viejo fue a buscar a sus parientes aunque no tenía la mayor confianza; el tornero extendió un paño en el cuarto, trajo al asno e imitó a su hermano a pronunciar las palabras sacramentales.

El molinero dijo bricklelrit, y enseguida cayeron monedas de oro como si fueran granizo, y no cesó la lluvia hasta que todos ellos tuvieron más de las que podían llevar (no te hubiera desagradado encontrarte allí querido lector). Enseguida cogió el tornero la mesa y dijo a su hermano el ebanista:

-Ahora te toca a ti.

Apenas hubo dicho éste:

-Mesa sírvenos: quedó servida y cubierta de los platos más apetitosos.

Hubo entonces un festín como nunca le había visto el viejo en su casa, y todos continuaron reunidos divirtiéndose hasta que llegó la noche.

El sastre guardó cuidadosamente sus agujas, su dedal, su vara y sus hilos, y vivió contento y alegre el resto de sus días en compañía de sus tres hijos.

¿Pero qué había sucedido a la cabra que fue causa de que el padre echara de su casa a sus tres hijos? Voy a referirlo.

Como tenía vergüenza de ver su cabeza pelada, fue a esconderse a una madriguera de zorras. Al volver percibió el zorro en la oscuridad dos ojos grandes que brillaban como ascuas, se amedrentó y huyó.

Encontró un oso y le dijo viendo su turbación:

-¿Qué hay, hermano zorro, de dónde vienes tan asustado?

-¡Ah!, respondió el zorro; en el fondo de mi madriguera hay un monstruo espantoso, que me ha mirado con dos ojos como dos ascuas.

-Pronto le echaremos, dijo el oso, y fue también a mirar al fondo de la madriguera; pero cuando vio aquellos terribles ojos se llenó también de espanto, y huyó con la mayor ligereza para no tener que habérselas con el monstruo.

Encontró una abeja, y le dijo, viendo que su aspecto era poco tranquilo:

-¡Ah, compadre, qué cara tan triste tienes! ¿Qué ha sido de tu alegría?

-Dices bien, contestó el oso; pero hay en la madriguera del zorro un monstruo de miradas tan temibles que no podemos hacerle desalojar.

La abeja le replicó:

-Me da lástima de vosotros; yo soy una criatura débil, que apenas te dignas mirar en tu camino, pero sin embargo, creo que podré serte útil.

Volvió a la madriguera, se colocó en la cabeza de la cabra, y la picó con tal fuerza, que la chiva no pudo menos de gritar: ¡be!, ¡be!, y se lanzó al bosque como una loba; y desde entonces nadie sabe lo que se ha hecho de ella.



## LOS TRES HERMANOS

Un hombre tenía tres hijos y no poseía más bienes que la casa en que vivía. Todos sus hijos querían heredarla, y no sabía cómo arreglarse para no perjudicar a ninguno. Lo mejor hubiera sido venderla y repartir el dinero entre los tres; pero no podía decidirse porque era la casa de sus antepasados. Al fin dijo a sus hijos:

-Marchaos a correr mundo, aprended cada uno un oficio, y cuando volváis heredaré la casa el que tenga más habilidad.

La proposición les agradó: el mayor resolvió ser herrador, el segundo barbero y el tercero maestro de esgrima. Se separaron, conviniendo estar en casa de su padre en un día señalado. Cada uno de ellos se puso en casa de un buen maestro, que le enseñó bien el oficio. El mariscal herraba los caballos del rey, y creía que la casa sería para él. El barbero afeitaba a grandes señores, y pensaba también que la casa vendría a ser suya. En cuanto al aprendiz de maestro de esgrima, recibió más de un floretazo, pero apretaba los dientes y no se desanimaba, pues pensaba que si tenía miedo no sería para él la casa.

Cuando llegó el tiempo fijado, volvieron los tres a la casa de su padre. Pero no sabían cómo buscar la ocasión para manifestar su talento. Cuando hablaban entre sí de su situación, acertó a pasar una liebre corriendo por la llanura.

-¡Diablo! dijo el barbero; he aquí uno que viene como marea en cuaresma.

Cogiendo su vacía y su jabón, preparó la espuma hasta que el animal estuvo cerca, y corriendo tras él le jabonó a la carrera y le afeitó el bigote sin detenerse, ni cortarle un pelo de ninguna otra parte de su cuerpo.

-¡Eso es admirable! dijo el padre; si tus hermanos no hacen lo mismo, será para ti la casa.

Un instante después pasó una silla de posta a escape.

-Padre mío, dijo el herrador, ahora vais a ver lo que sé yo hacer.

Y corriendo tras el coche, quitó a uno de los caballos las cuatro herraduras al galope y le puso otras cuatro.

-Eres un buen muchacho, dijo el padre, y vales tanto como tu hermano, y no sé en verdad cómo decidir entre los dos.

Pero el tercero dijo:

-Padre mío, ahora me toca a mí.

Y como empezaba a llover, sacó su espada y la agitó en todos sentidos encima de su cabeza, de modo que no le cayó ni una gota de agua. Aumentó la lluvia, y cayó al fin como si la echaran a cántaros, paró toda el agua con su espada, y permaneció hasta el fin, mojándose tan poco como si hubiera estado a cubierto dentro de un cuarto. Viendo esto el padre, no pudo ocultar su asombro.

-Tú has ganado, le dijo; la casa es tuya.

Los otros dos, llenos de la misma admiración, aprobaron la decisión de su padre. Como se amaban todos mucho, permanecieron los tres juntos en la casa, ejerciendo su profesión, y ganaron mucho dinero. Vivieron dichosos hasta una edad muy avanzada. Habiendo muerto entonces uno de ellos, los otros se disgustaron de tal modo, que cayeron enfermos y murieron también.

Y a causa de su habilidad común y de su recíproco afecto, se les enterró a los tres en la misma tumba.

## LA SEPULTURA

Un labrador muy rico estaba un día delante de su puerta, mirando sus campos y sus huertos; el llano estaba cubierto por la cosecha; los árboles estaban cargados de fruta. El trigo de los años anteriores llenaba de tal modo sus graneros, que las vigas del techo se doblaban bajo su peso. Sus establos estaban llenos de bueyes, de vacas y de caballos.

Entró en su cuarto y dirigió una mirada al cofre en que encerraba el dinero, pero mientras estaba absorto en la contemplación de estas riquezas, creyó oír en su interior una voz que le decía:

-¿Has hecho feliz, a pesar de todo tu oro, a alguno de los que te rodeaban? ¿Has aliviado la miseria de los pobres? ¿Has repartido tu pan con los que tenían hambre? ¿Has estado satisfecho con lo que poseías y no has deseado nunca más?

Su corazón no vaciló en contestar:

-Siempre he sido duro e inexorable, nunca he hecho nada por mis parientes ni por mis amigos. Más que en Dios he pensado siempre en aumentar mis riquezas. Aun cuando hubiera poseído el mundo entero, no hubiera tenido nunca bastante.

Este pensamiento le atemorizó, temblándole las rodillas de tal modo que se vio obligado a sentarse. Al mismo tiempo llamaron a la puerta. Era uno de sus vecinos, cargado de hijos, a quienes no podía sustentar.

-No ignoro, pensaba para sí, que mi vecino es mucho más desapiadado que rico; sin duda no hará caso de mí, pero mis hijos me piden pan; voy a hacer una prueba.

En cuanto llegó a la presencia del rico, le dijo de esta manera:

-No ignoro que no os gusta socorrer a nadie, pero me dirijo a vos en la última desesperación, como un hombre que, estando próximo a ahogarse, se agarra a la más débil rama. Mis hijos tienen hambre:

prestarme un puñado de trigo. Un rayo de compasión penetró por primera vez en el hielo de aquel corazón avaro.

-No te prestaré un puñado, le respondió; te daré una fanega, pero con una condición.

-¿Cuál? preguntó el pobre.

-Que pasarás las tres primeras noches, después de mi muerte, velando sobre mi sepultura.

La proposición no agradó mucho al pobre, pero en la necesidad en que se encontraba, tuvo que pasar por todo. Lo prometió, pues, y se llevó el trigo a su casa.

Parecía que el labrador había adivinado el porvenir, pues a los tres días murió de repente, sin que nadie lo sintiera. En cuanto estuvo enterrado, el pobre se acordó de su promesa; hubiera querido verse dispensado de ella, pero se dijo: -Este hombre ha sido generoso para mí, ha dado pan a mis hijos, y además le he dado mi palabra y debo cumplírsela.

A la caída de la tarde, fue al cementerio y se sentó encima de la sepultura.

Todo estaba tranquilo; la luna iluminaba los sepulcros y de cuando en cuando, volaba un búho lanzando gritos fúnebres. A la salida del sol volvió a su casa sin haber corrido el menor peligro. Lo mismo se verificó a la noche siguiente.

La noche del tercer día sintió un secreto terror, como si fuera a pasar alguna cosa extraña. Al entrar en el cementerio, distinguió a lo largo de la pared un hombre como de unos cuarenta años, de rostro moreno y de ojos vivos y penetrantes, envuelto en una capa; bajo la cual sólo se veían unas grandes botas de montar.

-¿Qué buscáis aquí? le dijo el pobre; ¿no tenéis miedo en este cementerio?

-Nada busco, respondió el otro, ¿y de qué he de tener miedo? Soy un pobre soldado licenciado y voy a pasar la noche aquí porque no tengo otro asilo.

-Pues bien, le dijo el pobre: ya que no tenéis miedo, me ayudaréis a guardar esta tumba.

-Con mucho gusto, respondió el soldado; mi oficio es hacer guardias. Quedémonos juntos y participaremos del bien o del mal que se presente.

Los dos se sentaron encima de la sepultura.

Todo permaneció en silencio hasta el acercarse la media noche. Entonces sonó en el aire un silbido agudo y los dos guardias vieron delante de ellos al diablo en persona.

-Fuera de aquí, canallas, les gritó; este muerto me pertenece: voy a llevármelo, y si no escapáis pronto, os retuerzo el pescuezo.

-Señor de la pluma roja, le contestó el soldado: vos no sois mi capitán; no tengo ninguna orden que recibir de vos y no os tengo miedo. Continuad vuestro camino; nosotros nos quedamos aquí.

El diablo pensó que con dinero lo obtendría todo de estos dos miserables, y tomando un tono más dulce, les preguntó con la mayor familiaridad si consentían en alejarse dándoles una bolsa llena de oro.

-Con mucho gusto, respondió el soldado; eso es hablar como hombres, pero una bolsa de oro no es suficiente, pues no dejaremos este lugar si no nos dais con qué llenar una de mis botas.

-No tengo una cantidad tan grande aquí, dijo el diablo; pero voy a ir a buscarla. En la ciudad próxima vive un usurero amigo, que no vacilará en prestarme esa suma.

En cuanto partió el diablo, se quitó el soldado la bota izquierda diciendo:

-Vamos a jugarle una treta de campaña. -Compadre, dame tu navaja.

Cortó la suela de la bota y puso la badana derecha encima de unas yerbas muy altas, arimada a un sepulcro que había allí cerca.

No aguardaron mucho tiempo; el diablo llegó en breve con un pequeño saco de oro en la mano.

-Echadle, dijo el soldado levantando un poco la bota; pero no será bastante eso.

El diablo vació el saco, pero el oro cayó en el suelo y la bota quedó vacía.

-¡Imbécil! le gritó el soldado; ¿no te lo había dicho? Vuelve y trae mucho más.

El diablo partió meneando la cabeza y volvió al cabo de un rato con un saco mucho mayor bajo el brazo.

-Eso ya vale algo más, dijo el soldado: pero dudo que baste todavía para llenar la bota.

El oro cayó sonando, pero la bota quedó vacía. El diablo se aseguró por sí mismo mirando con sus ojos de fuego.

-¡Vaya unas botas que gastas! exclamó haciendo un gesto.

-¿Querías, replicó el soldado, que llevara como tú, un pie descalzo? ¿Desde cuándo te has vuelto avaro? Vamos, ve a buscar otro saco, o si no ya estás de más aquí.

El diablo se alejó otra vez, pero estuvo mucho tiempo ausente; cuando volvió por fin, apenas podía llevar el enorme saco que traía sobre sus espaldas. Apresurose a vaciarle en la bota, que se llenó menos que nunca. Iba encolerizado a arrancar las botas de manos del soldado, cuando vino a iluminar el cielo el primer rayo de sol naciente. En el mismo instante desapareció, lanzando un grito. La pobre alma se había salvado.

El labrador quería repartir el dinero, pero el soldado le dijo:

-Da mi parte a los pobres. Voy a ir a tu casa, y con el resto viviremos juntos pacíficamente todo lo que Dios quiera.

## LA MANIRROTA

Había una vez una joven que era muy bonita, pero muy descuidada y perezosa. Cuando la hacían hilar, lo ejecutaba con tanto disgusto, que en vez de desenredar los pequeños pelotones de hilacha que se encuentran en el lino, los arrancaba a puñados que echaba en el suelo a su lado. Su criada, que era una hilandera muy trabajadora, recogía todas estas pizcas de lana, las limpiaba y las hilaba muy finas, y se llegó a hacer con ellas un bonito vestido.

Un joven pidió por mujer a la manirrota e iba ya a verificarse la boda. El día antes la activa criada bailaba muy alegre con su vestido nuevo; la novia comenzó a cantar:

Con los restos de mi hilacha  
se ha arreglado mi muchacha.

El novio la preguntó lo que quería decir, y le contó que con el lino que había tirado se había hecho un vestido su criada. El joven, al saber esto, y al ver el descuido de la una y la actividad de la otra; dejó a su novia y se casó con la criada.

## LOS ENANOS MÁGICOS

### I

Había un zapatero que, a consecuencia de muchas desgracias, llegó a ser tan pobre que no le quedaba material más que para un solo par de zapatos. Le cortó por la noche para hacerle a la mañana siguiente: después, como era hombre de buena conciencia, se acostó tranquilamente, rezó y se durmió. Al levantarse al otro día fue a ponerse a trabajar, pero encontró encima de la mesa el par de zapatos hecho. Grande fue su sorpresa, pues ignoraba cómo había podido verificarse esto. Tomó los zapatos, los miró por todas partes y estaban tan bien hechos, que no tenían falta ninguna: eran una verdadera obra maestra.

Entró en la tienda un comprador, al que agradaron tanto aquellos zapatos, que los pagó en doble de su precio y el zapatero pudo procurarse con este dinero cuero para dos pares más. Los cortó también por la noche y los dejó preparados para hacerlos al día siguiente, pero al despertar los halló también concluidos; tampoco le faltaron compradores entonces, y con el dinero que sacó de ellos pudo comprar cuero para otros cuatro pares. A la mañana siguiente, los cuatro pares estaban también hechos, y por último, toda la obra que cortaba por la noche la hallaba concluida a la mañana siguiente, de manera que mejoró de fortuna y casi llegó a hacerse rico:

Una noche cerca de Navidad, cuando acababa de cortar el cuero e iba a acostarse, le dijo su mujer:

-Vamos a quedarnos esta noche en vela para ver quiénes son los que nos ayudan de esta manera.

El marido consintió en ello, y dejando una luz encendida, se escondieron en un armario, detrás de los vestidos que había colgados en él, y aguardaron para ver lo que iba a suceder. Cuando dieron las doce de la noche, entraron en el cuarto dos lindos enanitos completamente desnudos, se pusieron en la mesa del zapatero y tomando con sus pequeñas manos el cuero cortado, comenzaron a trabajar con tanta ligereza y destreza que era cosa que no había más que ver. Trabajaron casi sin cesar hasta que estuvo concluida la obra, y entonces desaparecieron de repente.

Al día siguiente le dijo la mujer:

-Esos enanitos nos han enriquecido; es necesario manifestarnos reconocidos con ellos. Deben estar muertos de frío teniendo que andar casi desnudos, sin nada con que cubrirse el cuerpo; ¿no te parece que haga a cada uno una camisa, casaca, chaleco y pantalones, y además un par de medias? Hazle tú también a cada uno un par de zapatos.

El marido aprobó este pensamiento, y por la noche, cuando estuvo todo concluido, colocaron estos regalos en vez del cuero cortado encima de la mesa, y se ocultaron otra vez para ver cómo los tomaban los enanos. Iban a ponerse a trabajar al dar las doce, cuando en vez de cuero hallaron encima de la mesa los lindos vestiditos. En un principio manifestaron su asombro, a que bien pronto sucedió una grande alegría. Se pusieron en un momento los vestidos y comenzaron a cantar.

Después empezaron a saltar y a bailar encima de las sillas y de los bancos, y por último, se marcharon bailando.

Desde aquel momento no se los volvió a ver más; pero el zapatero continuó siendo feliz el resto de su vida, y todo lo que emprendía le salía bien.

## II

Había una vez una pobre criada que era muy limpia y trabajadora; barría la casa todos los días y sacaba la basura a la calle. Una mañana al ponerse a trabajar, encontró una carta en el suelo, y como no sabía leer colocó la escoba en un rincón y se la llevó a sus amos: era una invitación de los enanos mágicos que la convidaban a ser madrina de uno de sus hijos. Ignoraba qué hacer, pero al fin, después de muchas vacilaciones, aceptó, porque la dijeron que era peligroso el negarse.

Vinieron a buscarla tres enanos y la condujeron a una cueva que habitaban en la montaña. Todo era allí sumamente pequeño, pero tan bonito y tan lindo, que era cosa digna de verse. La recién parida estaba en una cama de ébano incrustada de perlas, con cortinas bordadas de oro; la cuna del niño era de marfil y su baño de oro macizo. Después del bautizo quería la criada volver enseguida a su casa, pero los enanos la suplicaron con instancia que permaneciese tres días con ellos. Los pasó en festejos y diversiones, pues estos pequeños seres la hicieron una brillante acogida.

Al cabo de los tres días quiso volverse decididamente: la llenaron los bolsillos de oro y la condujeron hasta la puerta de su subterráneo. Al llegar a casa de sus amos, quiso ponerse a trabajar porque encontró la escoba en el mismo sitio en que la había dejado. Pero halló en la casa personas extrañas que la preguntaron quién era y lo que quería. Entonces supo que no había permanecido tres días como creía, sino siete años enteros en casa de los enanos y que durante este tiempo habían muerto sus amos.

### III

Un día quitaron los enanos a una mujer su hijo que estaba en la cuna, y pusieron en lugar suyo un pequeño monstruo que tenía una cabeza muy grande y unos ojos muy feos, y que quería comer y beber sin cesar. La pobre madre fue a aconsejarse de su vecina, la que le dijo que debía llevar el monstruo a la cocina, ponerle junto al fogón, encender lumbre a su lado, hacer hervir agua en dos cáscaras de huevo y que esto haría reír al monstruo, y si se reía una vez se vería obligado a marcharse.

La mujer siguió el consejo de su vecina. En cuanto vio a la lumbre las cáscaras de huevo llenas de agua, exclamó el monstruo.

Yo no he visto nunca  
aunque soy muy viejo,  
poner a hervir agua  
en cáscaras de huevo.

Y partió dando risotadas.

Enseguida vinieron una multitud de enanos que trajeron al verdadero niño, le depositaron en la chimenea y se llevaron su monstruo consigo.

## LA HIJA DE LA VIRGEN MARÍA

A la entrada de un extenso bosque vivía un leñador con su mujer y un solo hijo, que era una niña de tres años de edad; pero eran tan pobres que no podían mantenerla, pues carecían del pan de cada día. Una mañana fue el leñador muy triste a trabajar y cuando estaba partiendo la leña, se le presentó de repente una señora muy alta y hermosa que llevaba en la cabeza una corona de brillantes estrellas, y dirigiéndole la palabra le dijo:

-Soy la señora de este país; tú eres pobre miserable; tráeme a tu hija, la llevaré conmigo, seré su madre y tendré cuidado de ella.

El leñador obedeció; fue a buscar a su hija y se la entregó a la señora, que se la llevó a su palacio.

La niña era allí muy feliz: comía bizcochos, bebía buena leche, sus vestidos eran de oro y todos procuraban complacerla.

Cuando cumplió los catorce años, la llamó un día la señora, y la dijo:

-Querida hija mía, tengo que hacer un viaje muy largo; te entrego esas llaves de las trece puertas de palacio, puedes abrir las doce y ver las maravillas que contienen, pero te está prohibido tocar a la decimotercia que se abre con esta llave pequeña; guárdate bien de abrirla, pues te sobrevendrían grandes desgracias.

La joven prometió obedecer, y en cuanto partió la señora comenzó a visitar las habitaciones; cada día abría una diferente hasta que hubo acabado de ver las doce; en cada una se hallaba el sitial de un rey, adornado con tanto gusto y magnificencia que nunca había visto cosa semejante. Llenábase de regocijo, y los pajes que la acompañaban se regocijaban también como ella. No la quedaba ya más que la puerta prohibida, y tenía grandes deseos de saber lo que estaba oculto dentro, por lo que dijo a los pajes que la acompañaban.

-No quiero abrirla toda, mas quisiera entreabrir la un poco para que pudiéramos ver a través de la rendija.

-¡Ah! no dijeron los pajes, sería una gran falta, lo ha prohibido la señora y podría sucederte alguna desgracia. La joven no contestó, pero el deseo y la curiosidad continuaban hablando en su corazón y atormentándola sin dejarla descanso. Apenas se marcharon los pajes, dijo para sí:

-Ahora estoy sola, y nadie puede verme.

Tomó la llave, la puso en el agujero de la cerradura y la dio vuelta en cuanto la hubo colocado. La puerta se abrió y apareció, en medio de rayos del más vivo resplandor, la estatua de un rey magníficamente ataviada; la luz que de ella se desprendía la tocó ligeramente en la punta de un dedo y se volvió de color de oro. Entonces tuvo miedo, cerró la puerta muy ligera y echó a correr, pero continuó teniendo miedo a pesar de cuanto hacía y su corazón latía constantemente sin recobrar su calma habitual; y el color de oro que quedó en su dedo no se quitaba a pesar de que todo se la volvía lavarse.

Al cabo de algunos días volvió la señora de su viaje, llamó a la joven y la pidió las llaves de palacio; cuando se las entregaba la dijo:

-¿Has abierto la puerta decimatercera?

-No, la contestó.

La señora puso la mano en su corazón, vio que latía con mucha violencia y comprendió que había violado su mandato y abierto la puerta prohibida. Díjola sin embargo otra vez.

-¿De veras no lo has hecho?

-No, contestó la niña por segunda vez.

La señora miró el dedo, que se había dorado al tocarle la luz; no dudó ya de que la niña era culpable y la dijo por tercera vez:

-¿No lo has hecho?

-No, contestó la niña por tercera vez. La señora la dijo entonces:

-No me has obedecido y has mentado, no mereces estar conmigo en mi palacio.

La joven cayó en un profundo sueño y cuando despertó estaba acostada en el suelo, en medio de un lugar desierto.

Quiso llamar, pero no podía articular una sola palabra; se levantó y quiso huir, mas por cualquiera parte, que lo hiciera, se veía

detenida por un espeso bosque que no podía atravesar. En el círculo en que se hallaba encerrada encontró un árbol viejo con el tronco hueco que eligió para servirla de habitación. Allí dormía por la noche, y cuando llovía o nevaba, encontraba allí abrigo. Su alimento consistía en hojas y yerbas, las que buscaba tan lejos como podía llegar.

Durante el otoño reunía una gran cantidad de hojas secas, las llevaba al hueco y en cuanto llegaba el tiempo de la nieve y el frío, iba a ocultarse en él. Gastáronse al fin sus vestidos y se la cayeron a pedazos, teniendo que cubrirse también con hojas. Cuando el sol volvía a calentar, salía, se colocaba al pie del árbol y sus largos cabellos la cubrían como un manto por todas partes. Permaneció largo tiempo en aquel estado, experimentando todas las miserias y todos los sufrimientos imaginables.

Un día de primavera cazaba el rey del país en aquel bosque y perseguía a un corzo; el animal se refugió en la espesura que rodeaba al viejo árbol hueco; el príncipe bajó del caballo, separó las ramas y se abrió paso con la espada. Cuando hubo conseguido atravesar, vio sentada debajo del árbol a una joven maravillosamente hermosa, a la que cubrían enteramente sus cabellos de oro desde la cabeza hasta los pies. La miró con asombro y la dijo:

-¿Cómo has venido a este desierto?

Mas ella no le contestó, pues le era imposible despegar los labios. El rey añadió, sin embargo.

-¿Quieres venir conmigo a mi palacio?

Le contestó afirmativamente con la cabeza. El rey la tomó en sus brazos; la subió en su caballo y se la llevó a su morada, donde la dio vestidos y todo lo demás que necesitaba, pues aun cuando no podía hablar, era tan bella y graciosa que se apasionó y se casó con ella.

Había trascurrido un año poco más o menos, cuando la reina dio a luz un hijo; por la noche, estando sola en su cama, se la apareció su antigua señora, y la dijo así:

-Si quieres contar al fin la verdad, y confesar que abriste la puerta prohibida, te abriré la boca y te volveré la palabra, pero si te obstinas e insistes en el pecado e insistes en mentir, me llevaré

conmigo tu hijo recién nacido. Entonces pudo hablar la reina, pero dijo solamente:

-No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora la quitó de los brazos su hijo recién nacido y desapareció con él. A la mañana siguiente, como no encontraban el niño, se esparció el rumor entre la servidumbre de palacio de que la reina era ogra y le había matado. Todo lo oía y no podía contestar, pero el rey la amaba con demasiada ternura para creer lo que se decía de ella. Trascurrido un año, la reina tuvo otro hijo; la señora se la apareció de nuevo por la noche y la dijo.

-Si quieres confesar al fin que has abierto la puerta prohibida te volveré a tu hijo, y te desataré la lengua, pero si te obstinas en tu pecado y continúas mintiendo, me llevaré también a este otro hijo.

La reina contestó lo mismo que la vez primera:

-No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora cogió a su hijo en los brazos y se le llevó a su morada. Por la mañana cuando se hizo público que el niño había desaparecido también, se dijo en alta voz habersele comido la reina y los consejeros del rey pidieron que se la procesase; pero la amaba con tanta ternura que les negó el permiso, y mandó no volviesen a hablar más de este asunto bajo pena de la vida.

Al año tercero la reina dio a luz una hermosa niña, y la señora se presentó también a ella durante la noche, y la dijo:

-Sígueme.

La cogió de la mano, la condujo a su palacio, y la enseñó a sus dos primeros hijos, que la conocieron y jugaron con ella, y como la madre se alegraba mucho de verlos, la dijo la señora:

-Si quieres confesar ahora que has abierto la puerta prohibida, te volveré a tus dos hermosos hijos.

La reina contestó por tercera vez:

-No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora la volvió a su cama, y la tomó su tercera hija. A la mañana siguiente, viendo que no la encontraban, decían todos los de palacio a una voz:

-La reina es ogra, hay que condenarla a muerte.

El rey tuvo en esta ocasión que seguir el parecer de sus consejeros; la reina compareció delante de un tribunal y como no

podía hablar ni defenderse, fue condenada a morir en una hoguera. Estaba ya dispuesta la pira, atada ella al palo, y la llama comenzaba a rodearla, cuando el arrepentimiento tocó a su corazón.

-Si pudiera, pensó entre sí, confesar antes de morir que he abierto la puerta...

Y exclamó:

-Sí, señora, soy culpable.

Apenas se la había ocurrido este pensamiento, cuando comenzó a llover y se la apareció la señora, llevando a sus lados los dos niños que la habían nacido primero y en sus brazos la niña que acababa de dar a luz, y dijo a la reina con un acento lleno de bondad:

-Todo el que se arrepiente y confiesa su pecado es perdonado.

La entregó sus hijos, la desató la lengua y la hizo feliz por el resto de su vida.

## LOS HUÉSPEDES IMPORTUNOS

En una ocasión dijo un gallo a una gallina.

-Ya es la estación de las nueces, iremos al prado antes que las coja todas la ardilla.

-Excelente idea, contestó la gallina, partamos pues; nos divertiremos mucho.

Fueron juntos al prado, donde permanecieron hasta la noche; entonces ya por vanidad, ya porque habían comido demasiado, no quisieron volver a pie a su casa, y el gallo se vio obligado a hacer un carrito con cáscaras de nuez. Cuando estuvo arreglado se sentó donde la gallina y mandó al gallo que se engancharse a la lanza.

-Tú estás equivocada, la contestó el gallo, mejor quiero volver a pie que engancharme como una yegua; no, eso no entra en nuestro convenio; en un caso haré de cochero y me sentaré en el pescante; pero arrastrar un coche, ¡ca!, eso no lo haré yo nunca.

Mientras disputaban de esta manera comenzó a gritar un ánade:

-¡Ah! ¡Ladrones! ¿Quién os ha dado permiso para estar bajo mis nogales? Esperad ¡Yo os arreglaré!

Y se precipitó con el pico abierto sobre el gallo, pero este volviendo las tornas sacudió bien al ánade, le puso el cuerpo como nuevo a picotazos, de modo que se dio por vencida y se dejó enganchar en el carruaje en castigo de su temeridad. El gallo se sentó en el pescante para dirigir el carro, que lanzó a la carrera gritando:

-¡Al galope!, ánade, ¡al galope!

Cuando habían andado ya un gran trecho del camino encontraron dos viajeros que iban a pie; eran un alfiler y una aguja que les gritaron:

-¡Alto!, ¡alto! Bien pronto, añadieron, será de noche y no podremos andar más, porque el camino está lleno de barro y nos

hemos detenido bebiendo cerveza a la puerta de la posada del sastre, por lo que os suplicamos nos dejéis subir hasta la posada.

El gallo, en atención a la flaqueza de los recién llegados, y del poco lugar que ocuparían por lo tanto, accedió a recibirlos, pero a condición de que no pinchasen a nadie.

Por la noche, ya muy tarde, llegaron a una posada, y como no querían exponerse pasándola en el camino, y el ánade estaba muy cansada decidieron entrar. El posadero puso en un principio muchas dificultades. La casa estaba llena de gente y los nuevos viajeros no le parecieron de una condición muy elevada, pero vencido al fin por sus buenas palabras y por la promesa que le hicieron de dejarle el huevo que acababa de poner la gallina en el camino, y aun el ánade, que ponía uno todos los días, accedió a recibirlos por aquella noche. Se hicieron servir a cuerpo de rey y la pasaron de broma.

A la mañana siguiente, al apuntar el día, cuando todos dormían aun, despertó el gallo a la gallina y rompiendo el huevo a picotazos, se lo comieron entre los dos y echaron las cáscaras en la ceniza; fueron en seguida a coger la aguja, que dormía profundamente, y tomándola por el ojo, la pusieron en el sillón del posadero, haciendo lo mismo con el alfiler que prendieron en la toalla, después se salieron volando por la ventana. El ánade, que se había quedado en el corral para dormir a cielo raso, se levantó al oírlos, y metiéndose por un arroyo que pasaba por debajo de la pared, salió mucho más pronto que había entrado la noche anterior cuando venía corriendo la posta.

A las dos horas, poco más o menos, se levantó de la cama el posadero, y después de haberse lavado, cogió la toalla para secarse; pero se arañó el rostro con el alfiler, que le hizo una señal encarnada que le cogía de oreja a oreja. Bajó en seguida a la cocina para encender la pipa, pero al soplar la lumbre, le saltaron a los ojos los restos de la cáscara del huevo.

-Todo conspira hoy contra mí, se dijo a sí mismo.

Y se dejó caer disgustado en su ancho sillón; mas pronto se levantó dando gritos, pues la aguja se le había clavado hasta más de la mitad; y no era en la cara. Este último acontecimiento acabó de exasperarle; sus sospechas recayeron en el acto en los viajeros que había recibido la noche anterior; y en efecto, cuando fue a ver lo

que se hacían, habían desaparecido. Entonces juró no volver a recibir en su casa a ninguno de esos huéspedes importunos que hacen mucho gasto, no pagan, y no contentos aún, suelen jugar alguna mala pasada.

## **POR FALTAR UN CLAVO**

Después de haber hecho muy buenos negocios en la feria, vender todas sus mercancías y llenar su bolsa de oro y de plata, quería un comerciante ponerse en camino para llegar a su casa antes de la noche. Metió su dinero en la maleta, la ató a la silla y montó a caballo.

Detúvose al medio día en una ciudad, y cuando iba a partir le dijo el mozo de la cuadra al darle su caballo:

-Caballero, falta a vuestro caballo un clavo en la herradura del pie izquierdo trasero.

-Está bien, contestó el comerciante; la herradura resistirá todavía seis leguas que me restan que andar. Tengo prisa.

Por la tarde, bajó otra vez para dar de comer un poco de pan a su caballo. El mozo salió a su encuentro y le dijo:

-Caballero, vuestro caballo está destrozado del pie izquierdo; llevadle a casa del herrador.

-No, no hace falta, contestó; para dos leguas que me quedan que andar aún puede andarlas mi caballo así como está. Tengo prisa.

Montó y partió. Pero poco después comenzó a cojear el caballo, algo más allá empezó a tropezar, y luego no tropezaba ya sino que cayó con una pierna rota. El comerciante se vio obligado a dejar allí al animal, a desatar su maleta, echársela a las espaldas y volver a pie a su casa, donde no llegó hasta muy entrada la noche.

-Aquel maldito clavo de que no quise hacer caso, murmuraba para sí, ha sido la causa de todas mis desgracias.

Lectores, corred despacio.

## BLANCANIEVES Y LOS SIETE ENANITOS

Había una vez...

... Una niña muy bonita, una pequeña princesa que tenía un cutis blanco como la nieve, labios y mejillas rojos como la sangre, y cabellos negros como el azabache. Su nombre era Blancanieves.

A medida que crecía la princesa, su belleza aumentaba día tras día hasta que su madrastra, la reina, se puso muy celosa. Llegó un día en que la malvada madrastra no pudo tolerar más su presencia y ordenó a un cazador que la llevara al bosque y la matara. Como ella era tan joven y bella, el cazador se apiadó de la niña y le aconsejó que buscara un escondite en el bosque.

Blancanieves corrió tan lejos como se lo permitieron sus piernas, tropezando con rocas y troncos de árboles que la lastimaban. Por fin, cuando ya caía la noche, encontró una casita y entró para descansar. Todo en aquella casa era pequeño, pero más lindo y limpio de lo que se pueda imaginar. Cerca de la chimenea estaba puesta una mesita con siete platos muy pequeñitos, siete tacitas de barro y al otro lado de la habitación se alineaban siete camitas muy ordenadas. La princesa, cansada, se echó sobre tres de las camitas, y se quedó profundamente dormida.

Cuando llegó la noche, los dueños de la casita regresaron. Eran siete enanitos, que todos los días salían para trabajar en las minas de oro, muy lejos, en el corazón de las montañas.

-¡Caramba, qué bella niña! -exclamaron sorprendidos-. ¿Y cómo llegó hasta aquí?

Se acercaron para admirarla cuidando de no despertarla. Por la mañana, Blancanieves sintió miedo al despertarse y ver a los siete enanitos que la rodeaban. Ellos la interrogaron tan suavemente que ella se tranquilizó y les contó su triste historia.

-Si quieres cocinar, coser y lavar para nosotros -dijeron los enanitos-, puedes quedarte aquí y te cuidaremos siempre.

Blancanieves aceptó contenta. Vivía muy alegre con los enanitos, preparándoles la comida y cuidando de la casita. Todas las mañanas se paraba en la puerta y los despedía con la mano cuando los enanitos salían para su trabajo.

Pero ellos le advirtieron: -Cuídate. Tu madrastra puede saber que vives aquí y tratará de hacerte daño.

La madrastra, que de veras era una bruja, y consultaba a su espejo mágico para ver si existía alguien más bella que ella, descubrió que Blancanieves vivía en casa de los siete enanitos. Se puso furiosa y decidió matarla ella misma. Disfrazada de vieja, la malvada reina preparó una manzana con veneno, cruzó las siete montañas y llegó a casa de los enanitos.

Blancanieves, que sentía una gran soledad durante el día, pensó que aquella viejita no podía ser peligrosa. La invitó a entrar y aceptó agradecida la manzana, al parecer deliciosa, que la bruja le ofreció. Pero, con el primer mordisco que dio a la fruta, Blancanieves cayó como muerta.

Aquella noche, cuando los siete enanitos llegaron a la casita, encontraron a Blancanieves en el suelo. No respiraba ni se movía. Los enanitos lloraron amargamente porque la querían con delirio. Por tres días velaron su cuerpo, que seguía conservando su belleza -cutis blanco como la nieve, mejillas y labios rojos como la sangre, y cabellos negros como el azabache.

-No podemos poner su cuerpo bajo tierra -dijeron los enanitos. Hicieron un ataúd de cristal, y colocándola allí, la llevaron a la cima de una montaña. Todos los días los enanitos iban a velarla.

Un día el príncipe, que paseaba en su gran caballo blanco, vio a la bella niña en su caja de cristal y pudo escuchar la historia de labios de los enanitos. Se enamoró de Blancanieves y logró que los enanitos le permitieran llevar el cuerpo al palacio donde prometió adorarla siempre. Pero cuando movió la caja de cristal tropezó y el pedazo de manzana que había comido Blancanieves se desprendió de su garganta. Ella despertó de su largo sueño y se sentó. Hubo gran regocijo, y los enanitos bailaron alegres mientras Blancanieves aceptaba ir al palacio y casarse con el príncipe.

## CAPERUCITA ROJA

Había una vez una adorable niña que era querida por todo aquél que la conociera, pero sobre todo por su abuelita, y no quedaba nada que no le hubiera dado a la niña. Una vez le regaló una pequeña caperuza o gorrito de un color rojo, que le quedaba tan bien que ella nunca quería usar otra cosa, así que la empezaron a llamar Caperucita Roja. Un día su madre le dijo: “Ven, Caperucita Roja, aquí tengo un pastel y una botella de vino, llévaselas en esta canasta a tu abuelita que esta enfermita y débil y esto le ayudará. Vete ahora temprano, antes de que caliente el día, y en el camino, camina tranquila y con cuidado, no te apartes de la ruta, no vayas a caerte y se quiebre la botella y no quede nada para tu abuelita. Y cuando entres a su dormitorio no olvides decirle, “Buenos días”, ah, y no andes curioseando por todo el aposento.”

“No te preocupes, haré bien todo”, dijo Caperucita Roja, y tomó las cosas y se despidió cariñosamente. La abuelita vivía en el bosque, como a un kilómetro de su casa. Y no más había entrado Caperucita Roja en el bosque, siempre dentro del sendero, cuando se encontró con un lobo. Caperucita Roja no sabía que esa criatura pudiera hacer algún daño, y no tuvo ningún temor hacia él. “Buenos días, Caperucita Roja,” dijo el lobo. “Buenos días, amable lobo.” - “¿Adonde vas tan temprano, Caperucita Roja?” - “A casa de mi abuelita.” - “¿Y qué llevas en esa canasta?” - “Pastel y vino. Ayer fue día de hornear, así que mi pobre abuelita enferma va a tener algo bueno para fortalecerse.” - “¿Y adonde vive tu abuelita, Caperucita Roja?” - “Como a medio kilómetro más adentro en el bosque. Su casa está bajo tres grandes robles, al lado de unos avellanos. Seguramente ya los habrás visto,” contestó inocentemente Caperucita Roja. El lobo se dijo en silencio a sí mismo: “¡Qué criatura tan tierna! qué buen bocadito - y será más sabroso que esa

viejita. Así que debo actuar con delicadeza para obtener a ambas fácilmente.” Entonces acompañó a Caperucita Roja un pequeño tramo del camino y luego le dijo: “Mira Caperucita Roja, que lindas flores se ven por allá, ¿por qué no vas y recoges algunas? Y yo creo también que no te has dado cuenta de lo dulce que cantan los pajaritos. Es que vas tan apurada en el camino como si fueras para la escuela, mientras que todo el bosque está lleno de maravillas.”

Caperucita Roja levantó sus ojos, y cuando vio los rayos del sol danzando aquí y allá entre los árboles, y vio las bellas flores y el canto de los pájaros, pensó: “Supongo que podría llevarle unas de estas flores frescas a mi abuelita y que le encantarán. Además, aún es muy temprano y no habrá problema si me atraso un poquito, siempre llegaré a buena hora.” Y así, ella se salió del camino y se fue a cortar flores. Y cuando cortaba una, veía otra más bonita, y otra y otra, y sin darse cuenta se fue adentrando en el bosque. Mientras tanto el lobo aprovechó el tiempo y corrió directo a la casa de la abuelita y tocó a la puerta. “¿Quién es?” preguntó la abuelita. “Caperucita Roja,” contestó el lobo. “Traigo pastel y vino. Ábreme, por favor.” - “Mueve la cerradura y abre tú,” gritó la abuelita, “estoy muy débil y no me puedo levantar.” El lobo movió la cerradura, abrió la puerta, y sin decir una palabra más, se fue directo a la cama de la abuelita y de un bocado se la tragó. Y enseguida se puso ropa de ella, se colocó un gorro, se metió en la cama y cerró las cortinas.

Mientras tanto, Caperucita Roja se había quedado colectando flores, y cuando vio que tenía tantas que ya no podía llevar más, se acordó de su abuelita y se puso en camino hacia ella. Cuando llegó, se sorprendió al encontrar la puerta abierta, y al entrar a la casa, sintió tan extraño presentimiento que se dijo para sí misma: “¡Oh Dios! que incómoda me siento hoy, y otras veces que me ha gustado tanto estar con abuelita.” Entonces gritó: “¡Buenos días!”, pero no hubo respuesta, así que fue al dormitorio y abrió las cortinas. Allí parecía estar la abuelita con su gorro cubriéndole toda la cara, y con una apariencia muy extraña. “¡Oh, abuelita!” dijo, “qué orejas tan grandes que tienes.” - “Es para oírte mejor, mi niña,” fue la respuesta. “Pero abuelita, qué ojos tan grandes que tienes.” - “Son para verte mejor, querida.” - “Pero abuelita, qué brazos tan grandes que tienes.” - “Para abrazarte mejor.” - “Y qué boca tan

grande que tienes.” - “Para comerte mejor.” Y no había terminado de decir lo anterior, cuando de un salto salió de la cama y se tragó también a Caperucita Roja.

Entonces el lobo decidió hacer una siesta y se volvió a tirar en la cama, y una vez dormido empezó a roncar fuertemente. Un cazador que por casualidad pasaba en ese momento por allí, escuchó los fuertes ronquidos y pensó, ¡Cómo ronca esa viejita! Voy a ver si necesita alguna ayuda. Entonces ingresó al dormitorio, y cuando se acercó a la cama vio al lobo tirado allí. “¡Así que te encuentro aquí, viejo pecador!” dijo él.” ¡Hacía tiempo que te buscaba!” Y ya se disponía a disparar su arma contra él, cuando pensó que el lobo podría haber devorado a la viejita y que aún podría ser salvada, por lo que decidió no disparar. En su lugar tomó unas tijeras y empezó a cortar el vientre del lobo durmiente. En cuanto había hecho dos cortes, vio brillar una gorrita roja, entonces hizo dos cortes más y la pequeña Caperucita Roja salió rapidísimo, gritando: “¡Qué asustada que estuve, qué oscuro que está ahí dentro del lobo!”, y enseguida salió también la abuelita, vivita, pero que casi no podía respirar. Rápidamente, Caperucita Roja trajo muchas piedras con las que llenaron el vientre del lobo. Y cuando el lobo despertó, quiso correr e irse lejos, pero las piedras estaban tan pesadas que no soportó el esfuerzo y cayó muerto.

Las tres personas se sintieron felices. El cazador le quitó la piel al lobo y se la llevó a su casa. La abuelita comió el pastel y bebió el vino que le trajo Caperucita Roja y se reanimó. Pero Caperucita Roja solamente pensó: “Mientras viva, nunca me retiraré del sendero para internarme en el bosque, cosa que mi madre me había ya prohibido hacer.”

También se dice que otra vez que Caperucita Roja llevaba pasteles a la abuelita, otro lobo le habló, y trató de hacer que se saliera del sendero. Sin embargo Caperucita Roja ya estaba a la defensiva, y siguió directo en su camino. Al llegar, le contó a su abuelita que se había encontrado con otro lobo y que la había saludado con “buenos días”, pero con una mirada tan sospechosa, que si no hubiera sido porque ella estaba en la vía pública, de seguro que se la hubiera tragado. “Bueno,” dijo la abuelita, “cerraremos bien la puerta, de modo que no pueda ingresar.” Luego,

al cabo de un rato, llegó el lobo y tocó a la puerta y gritó: “¡Abre abuelita que soy Caperucita Roja y te traigo unos pasteles!” Pero ellas callaron y no abrieron la puerta, así que aquel hocicón se puso a dar vueltas alrededor de la casa y de último saltó sobre el techo y se sentó a esperar que Caperucita Roja regresara a su casa al atardecer para entonces saltar sobre ella y devorarla en la oscuridad. Pero la abuelita conocía muy bien sus malas intenciones. Al frente de la casa había una gran olla, así que le dijo a la niña: “Mira Caperucita Roja, ayer hice algunas ricas salsas, por lo que trae con agua la cubeta en las que las cociné, a la olla que está afuera.” Y llenaron la gran olla a su máximo, agregando deliciosos condimentos. Y empezaron aquellos deliciosos aromas a llegar a la nariz del lobo, y empezó a aspirar y a caminar hacia aquel exquisito olor. Y caminó hasta llegar a la orilla del techo y estiró tanto su cabeza que resbaló y cayó de bruces exactamente al centro de la olla hirviente, ahogándose y cocinándose inmediatamente. Y Caperucita Roja retornó segura a su casa y en adelante siempre se cuidó de no caer en las trampas de los que buscan hacer daño.

## EL ENANO SALTARÍN

Había una vez un molinero muy pobre. Todo lo que tenía en el mundo era su hermosa hija.

Un día, el rey llamó al molinero porque no había pagado sus impuestos. Como el molinero no tenía dinero, le dijo al rey: -tengo una hija que puede hilar la paja y convertirla en oro. -¡Tráemela!- le ordenó el rey.

El rey llevó a la joven a un habitación llena de paja y le ordenó:

-Para mañana, antes de que amanezca, debes hilar esta paja y convertirla en oro, Si no lo haces, te castigaré.

Diciendo esto, el rey salió cerrando la puerta con llave tras de sí.

La pobre joven, que no tenía la menor idea de cómo convertir la paja en oro, se arrojó al suelo llorando.

Repentinamente, la puerta se abrió dando paso a un extaño hombrecillo.

-Buenas noches molinera. ¿por qué lloras? - le preguntó. -Se supone que debo hilar esta paja y convertirla en oro. ¿pero no sé cómo hacerlo! -respondió sollozando. -¿Qué me das si hago el trabajo por ti?- preguntó el hombrecillo.

La joven le dio su collar y el hombrecillo se sentó ante la rueca. A la mañana siguiente toda la paja había sido convertida en hilos de oro. Cuando el rey vio el cuarto lleno de oro, quiso tener más. Llevó a la joven a una habitación aún más grande, llena con más paja y le ordenó que la hilara convirtiéndola en oro. Esa noche, el hombrecillo encontró a la joven llorando de nuevo. Esta vez, aceptó hilarle la paja a cambio de su anillo de oro.

Cuando el rey vio tanto oro, su ambición creció. Encerró a la joven en una enorme habitación llena hasta el techo de paja y le dijo:

-Si hilas esta paja y la conviertes en oro antes del amanecer, serás mi esposa. Esa noche, el hombrecillo regresó, pero la joven ya no tenía nada que darle. -Prométeme que cuando te cases y tengas tu primer hijo, me lo darás.

No viendo ninguna otra solución, la joven aceptó.

A la mañana siguiente, el rey encontró la enorme habitación llena de oro. Tal como lo había prometido, se casó con la hija del molinero, quien a partir de entonces fue la reina.

El siguiente año, nació una niña. la reina se había olvidado por completo del hombrecillo. Pero un día, éste apareció de nuevo y le dijo:

-Ahora debes darme lo que prometiste. La reina le ofreció toda clase de tesoros a cambio de su promesa, pero él la rechazó. -Para mí es más importante un ser viviente que todas las riquezas del mundo- le contestó. Al oír eso, la reina estalló en llanto. Finalmente, el hombrecillo le dijo:

-Te doy tres días para que adivines mi nombre. Si tienes éxito, podrás quedarte con tu hija.

La reina pasó toda la noche preparando una larga lista con todos los nombres que había oído en su vida. Al día siguiente, cuando el hombrecillo regresó, ella le leyó todos los nombres de la lista. pero al oír cada uno, el hombrecillo respondía:

-No, ese no es mi nombre.

El segundo día, la reina envió mensajeros a todos los rincones del reino. -Traíganme todos los nombres que encuentren- les ordenó.

Los mensajeros regresaron con nombres muy raros, pero a todos, el hombrecillo respondía:

-No, ese no es mi nombre.

Al tercer día, la reina estaba desesperada. Envío de nuevo a sus mensajeros para que buscaran en todo el reino los nombres que se les hubieran podido escapar. Al caer la noche, el último mensajero regresó y contó a la reina una extraña historia: -Iba pasando por el bosque- le dijo-. De pronto, vi a un hombrecillo muy raro que bailaba alrededor de una hoguera y que cantaba:

*"¡Nunca la reina mi nombre sabrá, ni Rumpelstilzchen me llamará!"*

Esa noche, la reina preguntó al hombrecillo:

-¿Es tu nombre alfalfa?. -No, ese no es mi nombre- le contestó. -  
¿Acaso, Zebulón?. -No, ese tampoco es mi nombre -repuso el  
hombrecillo. -¿Podría ser Rumpelstilzchen? - preguntó firmemente  
la reina.

Al oír su nombre el hombrecillo se enojó tanto que su cara se puso  
azul. Pateó el suelo con tanta fuerza que rompió el piso y  
desapareció por el agujero para siempre.

Fue así como el rey, la reina y su hijita vivieron felices para siempre.

## EL GATO Y EL RATÓN HACEN VIDA EN COMÚN

Cierto gato conoció una vez a un ratón, y le habló tanto sobre el gran amor y amistad que él le sentía, que por fin el ratón aceptó que podrían vivir y manejar la casa juntos.

-Pero debemos hacer una provisión para el invierno, o si no sufriremos hambre,- dijo el gato, -y tú, ratoncito, no debes arriesgarte en todo lado, pues puedes ser agarrado por una trampa algún día.

El buen consejo fue aceptado, y compraron una vasija de grasa, pero no sabían donde ponerla.

Al fin, después de mucha consideración, el gato dijo:

-No sé de ningún otro lugar donde sería mejor almacenado que en la iglesia, ya que nadie se atrevería a llevarse nada de allí. Lo pondremos bajo el altar, y no lo tocaremos hasta que realmente lo necesitemos.

Así la vasija fue colocada en lugar seguro. Pero no pasó mucho tiempo para que el gato sintiera gran ansiedad por la grasa, y dijo al ratón:

-Quiero decirte algo, ratoncito; mi primo ha traído un pequeño hijo al mundo, y me ha pedido ser su padrino; él es blanco con puntos marrones, y debo sostenerlo sobre la fuente en el bautizo.

Permíteme salir hoy, y tú te encargas del cuidado de la casa.

-Sí, sí,- contestó el ratón -por supuesto, ve, y si consigues algo bueno, piensa en mí, me gustaría una gota de vino bautismal rojo y dulce.

Todo lo que dijo el gato, sin embargo, era falso. No había tal primo, y no había tal bautizo. Salió el gato de la casa hacia la iglesia, tomó la vasija de grasa y comenzó a lamerla y lamió la cumbre de la grasa. Y luego se dio un paseo por las azoteas de la ciudad, visitó amistades, tomó un rato de sol, y lamió sus labios siempre

pensando en la vasija de grasa y regresó a casa antes del final de la tarde.

-¡Oh, ya regresaste!- dijo el ratón -sin duda tuviste un día alegre.

-Todo salió muy bien.- contestó el gato.

-¿Y que nombre le pusieron?

-Rica Cumbre.- dijo el gato tranquilamente.

-¿Rica Cumbre?- gritó el ratón -es un nombre muy raro y poco común, ¿es eso habitual en tu familia?

-¿Y que significa eso?- dijo el gato -no es peor que Roba Migas, como llaman a tus ahijados.

A los pocos días el gato fue atacado por el antojo otra vez. Y le dijo al ratón:

-Podrías hacerme un favor, y una vez más hacerte cargo de manejar tú solo la casa durante un día. Me piden otra vez ser el padrino, y, como el bebé tiene un aro blanco por su cuello, no puedo negarme. El buen ratón consintió, pero el gato se arrastró detrás de las paredes de la ciudad hasta llegar a la iglesia, y devoró la mitad de la vasija de grasa.

-Nada es nunca tan bueno como lo que uno guarda para uno,- dijo, y estuvo completamente satisfecho por el trabajo de ese día.

Cuándo llegó a casa el ratón preguntó:

-¿Y con qué nombre lo bautizaron?

-Por La Mitad,- contestó el gato.

-¡Por La Mitad! ¿Qué estás diciendo? ¡Nunca oí ese nombre en mi vida, apostaré algo a que no existe en el calendario!

Unos días después el gato tuvo de nuevo el antojo, y dijo:

-Todo lo bueno viene de tres en tres. Me piden de nuevo ser padrino. El recién nacido es completamente negro, sólo tiene blancas las blancas, pero con esa excepción, no tiene ni un solo pelo blanco en su cuerpo entero; esto sólo pasa una vez cada pocos años, ¿me dejarás ir, verdad?

-¡Rica Cumbre! ¡Por La Mitad!- contestó el ratón, -ellos son raros nombres, y me ponen muy pensativo.

-Tú te sientas en casa,- dijo el gato, -en tu abrigo de piel oscuro gris y larga cola, y estás lleno de fantasías, eso es porque no sales en el día.

Durante la ausencia del gato el ratón limpió la casa, y puso todo en

orden, pero el gato avaro en cambio, vació completamente la vasija de grasa.

-Cuando todo está comido por completo uno tiene un poco de paz,- se dijo, y bien lleno y gordito no volvió a casa hasta la noche.

Al llegar, el ratón inmediatamente preguntó que nombre había sido dado al tercer bebé.

-De seguro no te complacerá más que los demás, dijo el gato -Lo llamaron Todo Comido.

-¡Todo Comido!,- gritó el ratón, -¡es el nombre más sospechoso de todos! Nunca lo he visto en ningún libro. Todo Comido; ¿qué puede eso significar?- y el gato sacudió su cabeza, se lamió, y se fue a dormir sin decir más palabras.

A partir de ese día nadie invitó al gato a ser padrino, pero cuando llegó el invierno y ya no se encontraba qué comer afuera, el ratón pensó en la provisión, y dijo:

-Ven gato, vamos a nuestra vasija de grasa que tenemos almacenada para nosotros, la disfrutaremos.

-Sí, claro- contestó el gato, -vas a disfrutar tanto como cuando pegas esa lengua fina tuya por la ventana.

Y salieron hacia la iglesia, pero cuando llegaron, la vasija de grasa estaba todavía en su lugar, pero estaba vacío.

-¡Ay!- dijo el ratón, -ahora veo lo que ha pasado, ahora esto sale a luz! ¡Verdaderamente eres un mal amigo! Has devorado todo cada vez que venías de padrino. Primero Rica Cumbre, luego Por La Mitad, y por último...

-Ya, ¡cállate la boca!,- gritó el gato -una palabra más y te comeré también.

-..Todo Comido- terminó de salir de los labios del pobre ratón.

Y no más terminaron de escucharse aquellas palabras, cuando el gato saltó sobre él, lo agarró y se lo tragó.

Desdichadamente, así son atrapados los inocentes.

## HANSEL Y GRETEL

Erase una vez un leñador muy pobre que tenía dos hijos: un niño llamado Hansel, y una niña llamada Gretel, y que había contraído nuevamente matrimonio después de que la madre de los niños falleciera. El leñador quería mucho a sus hijos pero un día una terrible hambruna asoló la región. Casi no tenían ya que comer y una noche la malvada esposa del leñador le dijo: “No podremos sobrevivir los cuatro otro invierno. Deberemos tomar mañana a los niños y llevarlos a la parte más profunda del bosque cuando salgamos a trabajar. Les daremos un pedazo de pan a cada uno y luego los dejaremos allí para que ya no encuentren su camino de regreso a casa. El leñador se negó a esta idea porque amaba a sus hijos y sabía que si los dejaba en el bosque morirían de hambre o devorados por las fieras, pero su esposa le dijo: “Tonto, ¿no te das cuenta que si no dejas a los niños en el bosque, entonces los cuatro moriremos de hambre?”- Y tanto insistió la malvada mujer, que finalmente convenció a su marido de abandonar a los niños en el bosque. Afortunadamente los niños estaban aún despiertos y escucharon todo lo que planearon sus padres. "Gretel" dijo Hansel a su hermana: “No te preocupes que ya tengo la solución”. A la mañana siguiente todo ocurrió como se había planeado. La mujer levantó a los pequeños muy temprano, les dió un pedazo de pan a cada uno y los cuatro emprendieron la marcha hacia el bosque. Lo que el leñador y su mujer no sabían era que durante la noche, Hansel había salido al jardín para llenar sus bolsillos de guijarros blancos, y ahora, mientras caminaban, lenta y sigilosamente fue dejando caer guijarro tras guijarro formando un camino que evitaría que se perdieran dentro del bosque. Cuando llegaron a la parte más boscosa, encendieron un fuego, sentaron a los niños en un árbol caído y les dijeron "Aguarden aquí hasta que terminemos de

trabajar". Por largas horas los niños esperaron hasta que se hizo de noche, ellos permanecieron junto al fuego tranquilos porque oían a lo lejos un CLAP-CLAP, que supusieron sería el hacha de su padre trabajando todavía. Pero ignoraban que su madrastra había atado una rama a un árbol para que hiciera ese ruido al ser movida por el viento. Cuando la noche se hizo más oscura Gretel decidió que era tiempo de volver, pero Hansel le dijo que debían esperar que saliera la luna y así lo hicieron, cuando la luna iluminó los guijarros blancos dejados por Hansel fue como si hubiera delante de ellos un camino de plata.

A la mañana siguiente los dos niños golpearon la puerta de su padre; "¡Hemos llegado!" gritaron los niños, la madrastra estaba furiosa, pero el leñador se alegró inmensamente, porque lamentaba mucho lo que había hecho.

Vivieron nuevamente los cuatro juntos un tiempo más, pero a los pocos días, una hambruna aún más terrible que la anterior volvió a devastar la región. El leñador no quería separarse de sus hijos pero una vez más su esposa lo convenció de que era la única solución. Los niños oyeron esto una segunda vez, pero esta vez Hansel no pudo salir a recoger los guijarros porque su madrastra había cerrado con llave la puerta para que los niños no se pudieran escapar. "No importa" le dijo Hansel a Gretel: "No te preocupes, que algo se me ocurrirá mañana", Aún no había salido el sol cuando los cuatro dejaron la casa, Hansel fue dejando caer todo a lo largo del camino, las miguitas del pan que le habían dado antes de partir la malvada madrastra. Nuevamente los dejaron junto al fuego, en lo profundo del bosque, y esperaron mucho tiempo allí sentados, cuando estaba oscureciendo quisieron volver a casa, Oh! que gran sorpresa se llevaron los niños cuando comprobaron que todas las miguitas dejadas por Hansel se las habían comido las aves del bosque y no quedaba ni una solita.

Solos, con mucha hambre y llenos de miedo, los dos niños se encontraron en un bosque espeso y oscuro del que no podían hallar la salida. Vagaron durante muchas horas hasta que por fin, encontraron un claro donde sus ojos descubrieron la maravilla más grande que jamás hubiesen podido imaginar: ¡una casita hecha de dulces!. Los techos eran de chocolate, las paredes de mazapán, las

ventanas de caramelo, las puertas de turrón, el camino de confites, "¡un verdadero manjar!" dijo Hansel quien corrió hacia la casita diciendo a su hermana: "¡Ven Gretel, yo comeré del techo y tu podrás comerte las ventanas!" Y así diciendo y corriendo, los niños se avalanzaron sobre la casa y comenzaron a devorarla sin notar que, sigilosamente salía a su encuentro una malvada bruja que inmediatamente los llamó y los invitó a seguir

"Veo que querían comer mi casa" dijo la bruja "Pues ahora ¡yo los voy a comer a ustedes!" y los tomó prisioneros. Y así diciendo los examinó: "Tu, la niña" dijo mirando a Gretel "me servirás para ayudarme mientras engordamos al otro que está muy flacucho y así no me lo puedo comer, pues solo lamería los huesos". Y sin prestar atención a las lágrimas de los niños tomó a Hansel y lo metió en un diminuto cuarto esperando el día en que estuviese lo suficientemente gordo para comérselo. Una noche mientras la bruja dormía los niños empezaron a crear un plan. "Como la bruja es muy corta de vista" dijo Gretel "cuando ella te pida que le muestres uno de sus dedos para sentir si ya estas rellenito, tu lo que vas a sacar por entre los barrotes de la jaula es este huesito de pollo, de forma tal que la bruja sienta lo huesudo de tu mano y decidía esperar un tiempo más" y ambos estuvieron de acuerdo con la idea. Sin embargo, y como era de esperarse, esa situación no podía durar por siempre, y un mal día la bruja vociferó: "Ya estoy cansada de esperar que este niño engorde. Come y come todo el día y sigue flaco como el día que llegó". Entonces encendió y gigantesco horno le gritó a Gretel, "métete dentro para ver si ya está caliente", pero la niña, que sabía que en realidad lo que la bruja quería era atraparla dentro para comérsela también, le replicó: "No se como hacerlo". "Quítate" grito la bruja, moviendo los brazos de lado a lado y lanzando maldiciones a diestra y siniestra, "estoy fastidiada" le dijo: "Si serás tonta. Es lo más fácil del mundo, te mostraré cómo hacerlo" Y se metió dentro del horno. Gretel, sin dudar un momento, cerró la pesada puerta y dejó allí atrapada a la malvada bruja que, dando grandes gritos pedía que la sacaran de aquel gran horno, fue así como ese día la bruja murió quemada en su propia trampa. Gretel corrió entonces junto a su hermano y lo liberó de su prisión.

Entonces los niños vieron que en la casa de la bruja había grandes bolsas con montones de piedras preciosas y perlas. Así que llenaron sus bolsillos lo más que pudieron y a toda prisa dejaron aquel bosque encantado. Caminaron y caminaron sin descansar y finalmente dieron con la casa de su padre quien al verlos llegar se llenó de júbilo porque desde que los había abandonado no había pasado un solo día sin que lamentase su decisión. Los niños corrieron a abrazarlo y, una vez que se hubieron reencontrado, les contó que la malvada esposa había muerto y que nunca más volvería a lastimarlos, los niños entonces recordaron y vaciaron sus bolsillos ante los incrédulos ojos de su padre que nunca más debió padecer necesidad alguna.

## JUAN EL LISTO

Pregunta la madre a Juan:

- ¿Adónde vas, Juan?

Responde Juan:

- A casa de Margarita.
- Que te vaya bien, Juan.
- Bien me irá. Adiós, madre.
- Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

- Buenos días, Margarita.
- Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?
- Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan una aguja. Juan dice:

- Adiós, Margarita.
- Adiós, Juan.

Juan coge la aguja, la pone en un carro de heno y se vuelve a casa tras el carro.

- Buenas noches, madre.
- Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?
- Con Margarita estuve.
- ¿Qué le llevaste?
- Llevar, nada; ella me dio.
- ¿Y qué te dio Margarita?
- Una aguja me dio.
- ¿Y dónde tienes la aguja, Juan?
- En el carro de heno la metí.
- Hiciste una tontería, Juan; debías clavártela en la manga.
- No importa, madre; otra vez lo haré mejor.
- ¿Adónde vas, Juan?
- A casa de Margarita, madre.

- Que te vaya bien, Juan.
- Bien me irá. Adiós, madre.
- Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

- Buenos días, Margarita.
- Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?
- Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan un cuchillo.

- Adiós, Margarita.
- Adiós, Juan.

Juan coge el cuchillo, se lo clava en la manga y regresa a su casa.

- Buenas noches, madre.
- Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?
- Con Margarita estuve.
- ¿Qué le llevaste?
- Llevar, nada; ella me dio.
- ¿Y qué te dio Margarita?
- Un cuchillo me dio.
- ¿Dónde tienes el cuchillo, Juan?
- Lo clavé en la manga.
- Hiciste una tontería, Juan. Debiste meterlo en el bolsillo.
- No importa, madre; otra vez lo haré mejor.
- ¿Adónde vas, Juan?
- A casa de Margarita, madre.
- Que te vaya bien, Juan.
- Bien me irá. Adiós, madre.
- Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

- Buenos días, Margarita.
- Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?
- Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan una cabrita.

- Adiós, Margarita.
- Adiós, Juan.

Juan coge la cabrita, le ata las patas y se la mete en el bolsillo. Al llegar a casa, está ahogada.

- Buenas noches, madre.
- Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?
- Con Margarita estuve.
- ¿Qué le llevaste?
- Llevar, nada; ella me dio.
- ¿Qué te dio Margarita?
- Una cabra me dio.
- ¿Y dónde tienes la cabra, Juan?
- En el bolsillo la metí.
- Hiciste una tontería, Juan. Debiste atar la cabra de una cuerda.
- No importa, madre; otra vez lo haré mejor.
- ¿Adónde vas, Juan?
- A casa de Margarita, madre.
- Que te vaya bien, Juan.
- Bien me irá. Adiós, madre.
- Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

- Buenos días, Margarita.
- Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?
- Traer, nada; tú me darás.

Margarita, regala a Juan un trozo de tocino.

- Adiós, Margarita.
- Adiós, Juan.

Juan coge el tocino, lo ata de una cuerda y lo arrastra detrás de sí. Vienen los perros y se comen el tocino. Al llegar a casa tira aún de la cuerda, pero nada cuelga de ella.

- Buenas noches, madre.
- Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?
- Con Margarita estuve.
- ¿Qué le llevaste?
- Llevar, nada; ella me dio.
- ¿Qué te dio Margarita?
- Un trozo de tocino me dio,
- ¿Dónde tienes el tocino, Juan?
- Lo até de una cuerda, lo traje a rastras, los perros se lo

comieron.

- Hiciste una tontería, Juan. Debiste llevar el tocino sobre la cabeza.

- No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

- ¿Adónde vas, Juan?

- A casa de Margarita, madre.

- Que te vaya bien, Juan.

- Bien me irá. Adiós, madre.

- Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

- Buenos días, Margarita.

- Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

- Traer, nada; tú me darás.

Margarita regala a Juan una ternera.

- Adiós, Margarita.

- Adiós, Juan.

Juan coge la ternera, se la pone sobre la cabeza, y el animal le pisotea y lastima la cara.

- Buenas noches, madre.

- Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

- Con Margarita estuve.

- ¿Qué le llevaste?

- Llevar, nada, ella me dio.

- ¿Qué te dio Margarita?

- Una ternera me dio.

- ¿Dónde tienes la ternera, Juan?

- Sobre la cabeza la puse; me lastimó la cara.

- Hiciste una tontería, Juan. Debías traerla atada y ponerla en el pesebre.

- No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

- ¿Adónde vas, Juan?

- A casa de Margarita, madre.

- Que te vaya bien, Juan.

- Bien me irá. Adiós, madre.

- Adiós, Juan.

Juan llega a casa de Margarita.

- Buenos días, Margarita.

- Buenos días, Juan. ¿Qué traes de bueno?

- Traer nada; tú me darás.

Margarita dice a Juan:

- Me voy contigo.

Juan coge a Margarita, la ata a una cuerda, la conduce hasta el pesebre y la amarra en él. Luego va a su madre.

- Buenas noches, madre.

- Buenas noches, Juan. ¿Dónde estuviste?

- Con Margarita estuve.

- ¿Qué le llevaste?

- Llevar, nada.

- ¿Qué te ha dado Margarita?

- Nada me dio; se vino conmigo.

- ¿Y dónde has dejado a Margarita?

- La he llevado atada de una cuerda; la amarré al pesebre y le eché hierba

- Hiciste una tontería, Juan; debías ponerle ojos tiernos.

- No importa, madre; otra vez lo haré mejor.

Juan va al establo, saca los ojos a todas las terneras y ovejas y los pone en la cara de Margarita. Margarita se enfada, se suelta y escapa, y Juan se queda sin novia.

## LOS REGALOS DE LOS GNOMOS

Un sastre y un herrero hicieron un viaje en compañía. Una tarde, cuando el sol acababa de ponerse detrás de las montañas, oyeron a lo lejos los sonidos de una música, que les parecieron cada vez más armoniosos conforme se acercaban al sitio de donde provenían.

Era una música extraordinaria, pero tan encantadora, que olvidaron su cansancio para dirigirse a toda prisa hacia el lugar donde se escuchaba. Ya había salido la luna cuando llegaron a una colina, en la que vieron una multitud de hombres y mujeres tan pequeños, que eran de un tamaño casi microscópico, los cuales bailaban en corro, cogidos de la mano, con el aire más alegre del mundo, y al mismo tiempo cantaban de una manera admirable, siendo esta la música que habían oído nuestros viajeros. En el centro del corro se hallaba un anciano un poco más alto que los demás, vestido con un traje de diferentes colores, y con una barba blanca que le llegaba hasta el pecho. Admirados los dos compañeros, permanecieron inmóviles contemplando el baile. El anciano les incitó a que entrasen, y los pequeños bailarines abrieron su corro. El herrero entró sin vacilar, tenía la espalda un poco redonda y era atrevido como todos los jorobados. El sastre tuvo en un principio su poco de miedo y se quedó detrás, pero cuando vio que continuaba reinando la mayor alegría, recobró su valor y entró también. En seguida se cerró el círculo y los pequeños seres comenzaron a cantar y a bailar dando saltos prodigiosos; el vejete tomó un cuchillo muy grande que pendía de su cintura, se puso a arreglarle, y en cuanto le hubo afilado bastante bien, se volvió hacia los forasteros que se hallaban helados de espanto. Mas no fue muy larga su ansiedad; el anciano se acercó al herrero, y en un abrir y cerrar de ojos, le rapó completamente la barba y los cabellos; después hizo lo mismo con el sastre. En cuanto hubo concluido, les

dio un golpecito amigable en la espalda, como para decirles que habían hecho bien en dejarse afeitar, sin presentar la menor resistencia, y se disipó su temor. Entonces les mostró con el dedo un montón de carbones que se hallaban allí cerca y les hizo señal de que llenasen con ellos sus bolsillos. Ambos obedecieron sin saber para qué les servirían aquellos carbones, y continuaron su camino buscando un asilo donde pasar la noche. Cuando llegaban al valle, el reló de un convento próximo dio las doce; en el mismo instante cesó el cántico, desapareció todo, y no vieron más que la colina desierta iluminada por la luna.

Los dos viajeros entraron en una posada y se echaron a dormir encima de la paja, pero el cansancio les hizo olvidarse de tirar sus carbones. Un peso inusitado y que les incomodaba mucho les hizo despertar más pronto de lo acostumbrado. Llevaron la mano a sus bolsillos, y no podían creer a sus propios ojos cuando vieron que los tenían llenos, no de carbones, sino de barras de oro puro. Su barba y sus cabellos habían crecido también de una manera maravillosa. En lo sucesivo serían ya ricos, pero el herrero, que por su carácter avaro había llenado mucho más sus bolsillos, poseía doble de lo que el sastre.

Mas un hombre avaro ambiciona siempre mucho más, aun cuando posea grandes tesoros. El herrero propuso al sastre esperar al otro día y volver por la noche al sitio en que habían encontrado al anciano, con el objeto de adquirir nuevas riquezas:

El sastre se negó diciendo:

-Tengo bastante y estoy contento; únicamente quería llegar a ser maestro en mi oficio y casarme con mi caprichillo (así llamaba a su novia); ya puedo hacerlo y soy feliz.

Por condescendencia, sin embargo, con su compañero, consintió en quedarse un día más.

Al anochecer, el herrero se echó dos sacos al hombro para traer una buena carga y se puso en camino hacia la colina. Como en la noche anterior, encontró a los enanos cantando y bailando; le rapó el anciano y le hizo seña para que cogiese carbones.

No vaciló en llenar sus bolsillos y sus sacos hasta que no cupo más y se acostó vestido.

En cuanto comience mi carbón a convertirse en oro, se dijo a sí mismo, no voy a poder resistir el peso.

Y se durmió por último, con la dulce esperanza de despertar al día siguiente rico como un Creso.

En cuanto abrió los ojos, su primer cuidado fue registrar sus bolsillos; pero por más que registró sólo encontró muchos carbones y muy negros.

«Del mal el menos», pensó para sí; «aún me queda el oro que traje la otra noche.»

Fue a verlo; pero ¡ay! su oro se había convertido también en carbón.

Llevó a la frente su negra mano y vio que su cabeza estaba calva y rapada lo mismo que su barba. Sin embargo, aún no conocía toda su desgracia, pues bien pronto vio que la joroba que llevaba por detrás había producido otra que le salía por delante.

Conoció entonces que era castigado por su avaricia y comenzó a lanzar profundos gemidos.

El bueno del sastre, despierto por sus lamentos, le consoló lo mejor que pudo y le dijo:

-Somos compañeros, hemos viajado juntos, quédate conmigo, mi tesoro bastará para los dos.

Cumplió su palabra, pero el herrero se vio obligado a llevar toda su vida sus dos jorobas, y a ocultar bajo su gorro su cabeza sin un pelo.

## LOS VIAJES DE PULGARCITO

Cierto sastre tuvo un hijo, quien resultó ser pequeño, siendo no más grande que un pulgar y por esta razón siempre fue llamado Pulgarcito. Él tenía, sin embargo, algo de coraje en él, y le dijo a su padre: "padre, debo y voy a salir al mundo". "Eso es cierto, hijo mío", dijo el viejo, y tomó una larga aguja para zurcir e hizo una perilla de cera en un extremo de ésta, "y aquí tienes una espada para que te enfrentes con lo que se interponga en tu camino". Luego el pequeño sastrecillo quiso tener una última comida con sus padres, y esperó en la cocina para ver qué había cocinado su madre. Fue, sin embargo, justo cuando el plato fue servido, y puesto en la mesa, cuando Pulgarcito dijo, "Madre, ¿qué hay para comer hoy?", "Velo tú mismo" le respondió su madre. Así que Pulgarcito saltó a la mesa y le echó un vistazo al plato, pero, como estiró tanto su cuello por encima del plato, el vapor de este lo agarró y lo llevó encima de la chimenea. Rodó en el aire del vapor por un ratito, hasta que por fin bajó a la tierra nuevamente.

Ahora el pequeño sastrecillo estaba afuera en el ancho mundo, viajando por él, y fue un maestro en el arte de cocinar, pero la comida no era lo suficientemente buena para él. "Camarera, sino nos da mejor comida", dijo Pulgarcito, "me iré y temprano en la mañana escribiré con tiza en la puerta de su casa: muchas papas y poca carne! Adiós, Sr. Rey-papa" "¿Qué tendría usted realmente, saltamontes?" dijo la camarera furiosa y tomó un paño de cocina y fue tras Pulgarcito para golpearlo, pero éste fue más hábil y se escondió bajo un dedal, asomado bajo éste le sacó la lengua a la camarera. Ella levantó el dedal para agarrarlo pero Pulgarcito saltó al paño y mientras la camarera lo buscaba éste saltó a una grieta en la mesa, asomó su cabeza y gritó "Jo, Jo señorita camarera" y cuando ella se abalanzó para golpearlo, él se deslizó hasta un

cajón. Al final, sin embargo, la camarera lo atrapó y lo llevó fuera de la casa.

El pequeño sastrecillo siguió su viaje y llegó a un gran bosque, allí se topó con un grupo de ladrones que habían diseñado un plan para robar el tesoro del Rey. Cuando ellos vieron al pequeño sastrecillo, pensaron, "Un pequeño tipo como ése puede entrar por el ojo de una cerradura y servirnos de ganzúa". "Hola" gritó uno de ellos, "Gigante Goliat, ¿irás a la cámara del tesoro con nosotros?, te puedes deslizar hacia dentro y sacar el dinero". Pulgarcito reflexionó un momento y al final respondió "sí", y fue con ellos a la cámara del tesoro. Luego revisó las puertas de arriba a abajo para ver si tenían alguna grieta. No le costó mucho encontrar una lo suficientemente grande para que lo dejara pasar.

Así se encaminó a la entrada de una vez por todas, pero uno de los dos centinelas que vigilaban la puerta, lo vio, y le dijo al otro, "qué fea araña la que está allí, la mataré", "deja a la pobre criatura en paz" le dijo el otro; "no le ha hecho daño a nadie". Entonces Pulgarcito atravesó sano y salvo la grieta de la puerta de la cámara del tesoro, abrió la ventana bajo la cual estaban esperando los ladrones y lanzó a través de ella un Tálero[1] tras otro. Cuando el pequeño sastrecillo estaba en la mitad de su tarea, escuchó al rey que venía a inspeccionar su cámara del tesoro, y se escabulló rápidamente a un escondrijo. El Rey notó que varios Táleros estaban desaparecidos, pero no concebía quien podría haberlos robado, ya que las cerraduras y cerrojos estaban en buen estado y todo parecía estar a buen resguardo. Entonces él se marchó y dijo a los centinelas, "Manténganse en guardia, alguien está tras el dinero".

Cuando Pulgarcito al fin siguió con su trabajo, los centinelas escucharon el sonido del dinero y un klink, klink, klink. Ellos corrieron rápidamente en aras de agarrar al ladrón, pero el pequeño sastrecillo, que era aun más rápido, saltó a un rincón y se cubrió con un Tálero, para que así ninguna parte de él estuviera al descubierto, y al mismo tiempo se burló de los centinelas gritándoles, "Aquí estoy", los centinelas corrieron al lugar en donde Pulgarcito había gritado, pero en el momento en que llegaban, Pulgarcito ya había saltado a otro rincón bajo un tálero y gritaba, "Jo, jo, aquí estoy", los

guardias saltaron allí con apuro pero hacía mucho que Pulgarcito estaba en otra esquina y gritaba "Jo, jo, aquí estoy". Así estuvo Pulgarcito tanto tiempo haciéndolos tontos y conduciéndolos de un lado a otro por la cámara del tesoro que los centinelas se cansaron y se fueron. Entonces poco a poco lanzó todos los táleros hacia fuera, enviando el último con toda su fuerza, luego saltó ágilmente sobre él y voló a través de la ventana hacia fuera en un tálero. Los ladrones se deshicieron en alabanzas a él, "tú eres un héroe muy valiente", le dijeron, "¿quieres ser nuestro capitán?"

Pulgarcito, sin embargo, rechazó la oferta, y dijo que quería ver el mundo primero. Entonces dividieron el botín, pero el pequeño sastrecillo solo pidió un kreuzer<sup>[2]</sup> porque no podía llevar más consigo.

Entonces, una vez más desenvainó su espada y con ella le dijo adiós a los ladrones, y siguió con su camino. Primero se fue a trabajar con unos maestros, pero a él no le quedó gustando ese oficio y por último ofreció sus servicios como empleado en una posada. Las criadas, sin embargo, no lo soportaban, porque él veía todo lo que ellas hacían en secreto, sin que ellas se dieran cuenta de que estaban siendo observadas, y él le dijo a sus patronas que ellas habían tomado los platos y los habían sacado de la bodega para ellas. Entonces ellas dijeron "Espera, y nosotras le pagaremos" y arreglaron entre ellas tenderle una trampa. Pronto después cuando una de las criadas estaba cortando el césped en el jardín, y vio a Pulgarcito saltando sobre y asomándose por arriba y abajo de las plantas, ella lo cortó rápidamente junto con el pasto, lo amarró todo en un gran trapo, y secretamente lo arrojó a las vacas. Ahora entre ellas había una gran vaca negra, quien se lo tragó sin hacerle daño. Adentro, sin embargo, esto lo puso mal, porque estaba bastante oscuro y no había ni una luz de vela. Cuando la vaca estaba siendo ordeñada, Pulgarcito gritó:

Maíz, trigo, centeno<sup>[3]</sup>  
¿Estará pronto el balde lleno?

Pero el ruido del ordeño evitó que éste fuese entendido. Después de esto el amo de la casa fue al establo y dijo "esa vaca deberá ser

faenada mañana", luego Pulgarcito se alarmó tanto que gritó a viva voz "Déjenme salir primero, que estoy atrapado dentro de ella". El amo oyó eso bastante bien, pero no supo de dónde venía la voz, "¿Dónde estás?", preguntó. "En la negra", respondió Pulgarcito, pero el amo no comprendió lo que significaba y se fue.

La mañana siguiente la vaca fue matada. Felizmente Pulgarcito no se topó con ninguno de los cortes que le hicieron a la vaca; lo consiguió entre la carne. Y cuando el carnicero vino y empezó su trabajo, él gritó con todas sus fuerzas, "No cortes muy profundo, no cortes muy profundo, estoy dentro", nadie oyó esto por el ruido que hacía el cuchillo carnicero. Ahora el pobre Pulgarcito estaba en problemas, pero los problemas avivan el ingenio, y saltó hacia fuera con tanta agilidad entre golpe y golpe que ninguno de ellos lo tocó, y se escapó sin un solo rasguño.

[1] Moneda de plata Alemana que se usó desde 1829 hasta 1837

[2] Moneda Alemana que se utilizó desde 1837 hasta 1873 y equivale a 0.01~, es decir, 105 kreuzer=1 tálero.

[3] En el original dice "srtrip, strap, strull", pero para que rime ha sido modificado

**¡Gracias por leer este libro de  
[www.elejandria.com](http://www.elejandria.com)!**

**Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web**